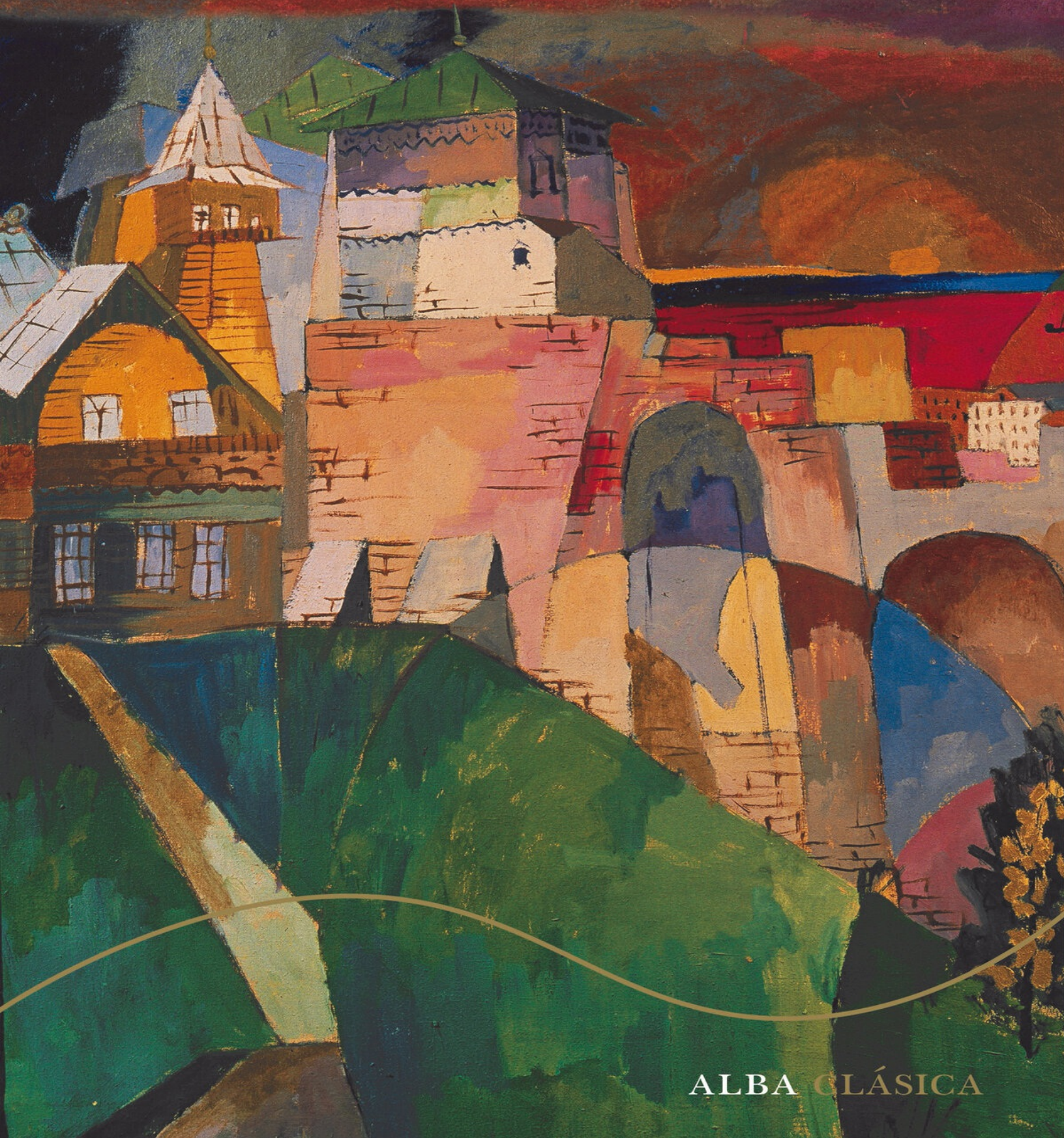


¿Quién tiene la culpa?

Aleksandr I. Herzen



ALBA CLÁSICA

ALEKSANDR I. HERZEN

¿QUIÉN TIENE
LA CULPA?

NOVELA EN DOS PARTES

Traducción
Alejandro Ariel González

ALBA

ALEKSANDR IVÁNOVICH HERZEN nació en Moscú en 1812, hijo de un noble y de una joven alemana con la que este nunca llegaría a casarse. Estudió en la Universidad de Moscú. Arrestado en 1834 por calumniar a la familia del zar, fue desterrado cinco años; en Vladímir se casó con su prima Natalia Aleksándrovna Zajárina, hija ilegítima como él. En 1840, gracias a la influencia de su padre, obtuvo un cargo público en San Petersburgo, pero un nuevo conflicto con la censura lo condenó otra vez al destierro, en Nóvgorod. Un año después podría regresar a Moscú, donde se alineó con el círculo intelectual occidentalista. Después de morir su padre en 1846, y de recibir un considerable legado, partió con su familia hacia París, donde en 1848 seguiría de cerca los acontecimientos revolucionarios y escribiría sobre ellos. Pero estas crónicas le valieron la prohibición de regresar a su país, así como, una vez sofocada la revolución, la expulsión de Francia. De ahí partió hacia Italia, luego a Suiza, y durante trece años se estableció en Londres, donde su casa fue refugio de exilados, y en 1857 fundó una revista, *La campana*, que, difundida clandestinamente en Rusia, sin duda contribuyó a la emancipación de los siervos promulgada en 1861. Socialista y crítico del socialismo, empezó en Londres a redactar la que sería la obra de su vida: *Pasado y pensamientos* (1852-1867), una autobiografía en cinco volúmenes que, en palabras de Isaiah Berlin, «merece un lugar al lado de las novelas de Tolstói, Turguénev y Dostoievski». Entre su obra narrativa cabe destacar la novela *¿Quién tiene la culpa?* (1847), los relatos *Doctor Krupov* (1847) y *La urraca ladrona* (1848) y el texto autobiográfico *Crónica de un drama familiar* (ALBA CLÁSICA núm. LXXXII), no publicado hasta 1917. Murió en París en 1870.

Índice

Cubierta

Portada

Aleksandr Ivánovich Herzen

Nota al texto

Epígrafe

[Prólogo]

Primera parte

I. El general retirado y el maestro que entra a servir

II. Biografía de su excelencia

III. Biografía de Dmitri Iákovlevich

IV. Vida cotidiana

V. Vladímir Biéltov

VI

VII

Segunda parte

I

II

III

IV

V

VI

Notas

Créditos

Sobre ALBA

NOTA AL TEXTO

¿Quién tiene la culpa? (Kto vinovat?) se publicó en la revista *Anales de la Patria (Otechestvennye Zapiski)* entre 1845 y 1846. En 1847 salió en forma de libro. Para la presente traducción castellana hemos tomado como fuente la siguiente edición: *Sobranii sochinenii v 30 tomaj*, t. 4, Izdatelstvo Akademii naúk SSSR [Obras selectas en 30 tomos, t. 4, Editorial de la Academia de Ciencias de la URSS], Moscú, 1955.

Como no se han hallado culpables, dejar este asunto librado a la voluntad de Dios. Considérese el caso resuelto y archívese.

Acta

A Natalia Aleksándrovna Herzen, en señal de profunda simpatía, del escritor
Moscú, 1846

¿Quién tiene la culpa? fue la primera novela que publiqué. La comencé durante mi destierro en Nóvgorod (en 1841) y la terminé mucho tiempo después en Moscú.

Es verdad que antes había intentado escribir algo así como una novela, pero una de ellas no fue *escrita*¹ y la otra no es una *novela*.² En un primer momento, luego de trasladarme de Viatka a Vladímir, quise mitigar con una novela los reproches de la memoria, reconciliarme conmigo mismo y cubrir de flores una imagen de mujer para que sobre ella no se vieran las lágrimas.³

Claro está que no logré mi cometido, y que mi primera novela inconclusa tenía mucho de afectación y, acaso, dos o tres páginas decentes. Uno de mis amigos me atemorizó tiempo después con estas palabras: «Si no escribes un nuevo artículo, publicaré tu novela. ¡La tengo yo!». Por suerte, no cumplió con su amenaza.

A fines de 1840 se publicaron en *Anales de la Patria* fragmentos de *Memorias de un joven*; «La ciudad de Manílov y sus habitantes»⁴ gustó a muchos; por lo que respecta al resto, en él se nota la fuerte influencia de los *Cuadros de viaje* de Heine.

Pero Malínov casi me ocasionó una desgracia.

Un consejero de Viatka quería quejarse al ministro del Interior y solicitar la protección de las autoridades alegando que los personajes de los funcionarios de la ciudad de Malínov se parecían tanto a sus venerables colegas que eso podía dañar el respeto que por ellos profesaban sus subordinados. Uno de mis conocidos de Viatka le preguntó qué pruebas tenía para afirmar que mi texto sobre los de Malínov era un *pasquín* contra los de Viatka. El consejero le respondió: «Tengo miles. Por ejemplo, el *auctor* dice abiertamente que la esposa del director del liceo tiene un vestido de baile de color arándano, y ¿acaso no es así?». El asunto llegó a oídos de la esposa del director, que se enfureció no conmigo, sino con el consejero. «¿Es ciego o está mal de la cabeza? —dijo—. ¿Dónde ha visto que tengo un vestido de color arándano? Es cierto que tenía un vestido oscuro, pero de color *pensée*».⁵ Ese matiz en el color me hizo un auténtico favor. El enfadado consejero abandonó el asunto, pero, si la esposa del director en verdad hubiera tenido un vestido de color arándano y el consejero le hubiera escrito, en aquellos hermosos tiempos el color arándano seguramente me habría causado más daño que el que el zumo de arándano de los Larin podía causar a Oneguin.⁶

El éxito de «Malínov» me obligó a ponerme con *¿Quién tiene la culpa?*

La primera parte de la novela la llevé de Nóvgorod a Moscú. No fue del agrado de mis amigos moscovitas, así que la dejé. Unos años más tarde, la opinión sobre ella cambió, pero yo no pensaba ni publicarla ni continuarla. Bielinski se llevó después el manuscrito y, con su capacidad de entusiasmarse, sobreestimó la novela cien veces más de lo que valía y me escribió: «Si no valorara en ti al hombre tanto o aún más que al escritor, yo, como Potiomkin a Fonvizin después de la representación de *El brigadier*, te habría dicho: “¡Muere, Herzen!”. Pero Potiomkin se equivocó, Fonvizin no murió y por eso escribió *El menor de edad*. No quiero equivocarme y creo que después de *¿Quién tiene la culpa?* escribirás una obra tal de la que todos dirán: “¡Tiene razón, ya hace tiempo que debería haberse puesto con la novela!”. Ahí tienes un cumplido y un retruécano posible».

La censura introdujo diversos cortes y modificaciones, ¡qué pena que no los tenga conmigo! He recordado algunas expresiones (figuran en cursiva) e incluso una página entera (cuando la hoja ya estaba impresa, así que la añadí a la página XXX).⁷ Ese pasaje lo recuerdo bien porque Bielinski se volvía loco para que no lo omitieran.

8 de junio de 1859
Park-House, Fulham
I-r⁸

PRIMERA PARTE

I

EL GENERAL RETIRADO Y EL MAESTRO QUE ENTRA A SERVIR

El asunto ocurrió al atardecer. Alekséi Abrámovich estaba de pie en el balcón; aún no podía volver en sí después de una siesta de dos horas; sus ojos se abrían perezosos y de tanto en tanto bostezaba. Entró un criado para anunciar algo, pero Alekséi Abrámovich no consideró necesario reparar en él, y el criado no se atrevió a molestar a su señor. Así transcurrieron unos dos o tres minutos, hasta que al fin Alekséi Abrámovich preguntó:

—¿Qué quieres?

—Mientras su excelencia se dignaba dormir, han traído de Moscú al maestro que contrató el médico.

—¿Ah? [Qué conviene poner aquí, si el signo de interrogación (?) o el de exclamación (!), las circunstancias no lo han resuelto.]

—Lo he conducido a la habitación en la que vivía el alemán al que usted se ha dignado despedir.

—¡Ah!

—Me ha pedido que le avisara cuando tuviera a bien despertarse.

—Llámallo.

Y el rostro de Alekséi Abrámovich adquirió una expresión más valiente y majestuosa. Unos minutos después, apareció el joven criado y anunció:

—Ha venido el maestro, señor.

Alekséi Abrámovich guardó silencio un momento y después, mirando amenazadoramente al criado, señaló:

—¿Qué? ¿Tienes una mosca en la boca, estúpido? Mascullas y no se te entiende nada. —Pero, sin esperar a que se lo repitiera, añadió—: Llámallo. —Y enseguida se sentó.

Un joven de unos veintitrés o veinticuatro años, debilucho, pálido, rubio y con un frac negro bastante estrecho apareció en escena con timidez y turbación.

—¡Buenas tardes, honorabilísimo! —dijo el general, sonriendo con benevolencia y sin moverse de su sitio—. Mi médico me ha hablado muy bien de usted; espero que estemos contentos el uno

con el otro. ¡Ey, Vaska! –Al decir esto silbó–. ¿Por qué no acercas una silla? ¿Crees que como es un maestro no la necesita? ¡Ay, ay, ay! ¿Cuándo aprenderás a comportarte como la gente? Por favor, tome asiento. Yo, honorabilísimo, tengo un hijo; es un buen chico, con sus aptitudes; quiero prepararlo para la escuela militar. Habla francés; alemán no habla, pero entiende. Me tocó un alemanucho borrachín que no se ocupaba de él; a decir verdad, me valía de él más para las cuestiones administrativas; vivía en la misma habitación que le han asignado a usted; lo despedí. Le diré con franqueza que no necesito que mi hijo se convierta en un académico o un filósofo; sin embargo, honorabilísimo, por más que esté bien económicamente, no voy a pagar dos mil quinientos rublos en vano. En nuestros tiempos, como sabe, incluso para servir en el ejército exigen todas esas gramáticas, aritméticas... ¡Ey, Vaska, llama a Mijailo Alekseich!

Durante todo ese tiempo el joven callaba, enrojecía, toqueteaba su pañuelo y se disponía a decir algo; los oídos le zumbaban por la sangre que fluía a ellos; ni siquiera comprendía cabalmente las palabras del general, pero sentía que todo su discurso causaba en conjunto una sensación similar a la que se experimenta cuando se pasa la mano a contrapelo por una piel de morsa. Al término de aquel manifiesto, dijo:

–Al cargar con la obligación de ser maestro de su hijo, actúo como la conciencia y el honor... desde luego, en la medida de mis fuerzas... Por lo demás, haré todos los esfuerzos para justificar su confianza... la confianza de su excelencia.

Alekséi Abrámovich lo interrumpió:

–Mi excelencia, amabilísimo, no pedirá nada más. Lo principal es acicatear el interés del alumno, dicho así, en broma, ¿me entiende? Usted ha terminado los estudios, ¿verdad?

–Claro, soy candidato.

–¿Eso qué es, un nuevo rango?

–Un grado académico.

–Ah. Permítame, ¿sus padres gozan de buena salud?

–Los dos están vivos, señor.

–¿Pertenecen al clero?

–Mi padre es médico de distrito.

–Y ¿usted ha estudiado en la Facultad de Medicina?

–En la de Física y Matemática.

–¿Sabe latín?

–Sí, señor.

–Es una lengua absolutamente innecesaria. Una cosa es para los médicos, por supuesto: no van a decir delante del enfermo que mañana estira la pata. Pero a nosotros, ¿de qué nos sirve?, hágame el favor...

No sabemos si se habría prolongado mucho tiempo aquella conversación erudita de no haber

sido interrumpida por Mijailo Alekséievich, es decir, Misha, un niño de trece años, sano, de mejillas coloradas, bronceado y bien cebado; llevaba una chaqueta que le había quedado pequeña al cabo de unos meses y tenía el mismo aspecto que todos los adocenados niños de los terratenientes ricos que vivían en el campo.

—Aquí tienes a tu nuevo maestro —dijo el padre.

Misha chocó los tacones.

—Obedécelo, estudia con aplicación. Yo no escatimo el dinero: tu parte es saber aprovecharlo.

El maestro se levantó, hizo una cortés reverencia a Misha, lo tomó de la mano y con aspecto manso y bondadoso le dijo que haría todo lo que pudiera para aligerar las lecciones y acicatear el interés del alumno.

—Algo ya ha aprendido con la institutriz que vive con nosotros —señaló Alekséi Abrámovich—. El pope también le ha enseñado algo; un seminarista, el pope de nuestro distrito. Así que bueno, querido, examínemelo, por favor.

El maestro se turbó y pensó un buen rato qué preguntar:

—Dígame, ¿cuál es el objeto de la gramática? —dijo al final.

Misha miró a los costados, se hurgó la nariz y dijo:

—¿De la gramática rusa?

—De cualquiera, en general.

—Eso no lo hemos estudiado.

—Y ¿qué ha hecho el pope contigo? —preguntó el padre con tono amenazante.

—Hemos estudiado la gramática rusa hasta los gerundios y catequesis hasta los sacramentos, papá.

—Bueno, ve a mostrarle la habitación de estudio... Perdone, ¿cuál es su nombre?

—Dmitri —respondió el maestro, enrojeciendo.

—¿Y el de su padre?

—Iákov.

—¡Ah, Dmitri Iákovlich! ¿No quiere picar algo después del camino, beber un poco de vodka?

—Solo bebo agua.

«¡Simula!», pensó Alekséi Abrámovich, sumamente cansado después de tan prolongada y erudita conversación, y se dirigió a la sala de descanso de su esposa. Glafira Lvovna dormía en una mullida otomana. Llevaba una blusa; era su prenda favorita porque todas las demás la apretaban; quince años de matrimonio verdaderamente feliz le habían sido de provecho: se había convertido en un baobab entre las mujeres. Los fuertes pasos de Alekséi la despertaron; levantó la cabeza soñolienta, estuvo un buen rato sin volver en sí y, como si por primera vez en la vida se hubiera quedado dormida a una hora inconveniente, exclamó asombrada:

—¡Oh, Dios mío! Me he quedado dormida, ¿verdad? ¡Figúrate!

Alekséi Abrámovich empezó a darle cuenta de sus ajetreos en pro de la educación de Misha. Glafira Lvovna se mostró contenta con todo y, mientras escuchaba, se bebió media botella de *kvas*.⁹ Todos los días, antes de tomar el té, bebía *kvas*.

No todas las desgracias terminaron para Dmitri Iákovlevich con la audiencia con Alekséi Abrámovich; taciturno e inquieto, estaba sentado en la habitación de estudio cuando entró un hombre y lo llamó a tomar el té. Hasta entonces, nuestro candidato nunca había estado en compañía de damas; profesaba por las mujeres una especie de sentimiento instintivo de respeto; le parecía que estaban rodeadas de una suerte de limbo; las veía o bien en el bulevar, emperifolladas e inaccesibles, o bien en el escenario de los teatros de Moscú, donde todas esas monstruosas figurantes se le antojaban hadas, diosas. Ahora lo llevarían a presentarlo a la esposa del general, pero ¿estaría sola? Misha llegó a contarle que tenía una hermana, que con ellos vivía una institutriz y una tal Liúbonka. Dmitri Iákovlevich anhelaba saber cuántos años tenía la hermana de Misha; empezó tres veces la conversación sobre ese tema, pero no se atrevía a preguntar, pues temía que se le inflamara el rostro.

—¿Qué hay? ¡Vamos! —dijo Misha, que, con la diplomacia típica de todos los niños malcriados, era la mar de modesto y manso con los desconocidos. El candidato, al ponerse de pie, no confiaba en que sus piernas lo levantarían; tenía las manos frías y húmedas; hizo un esfuerzo gigantesco y entró, casi a punto de desmayarse, en la sala de descanso; en el umbral hizo una respetuosa reverencia a la doncella que salía después de haber dejado el samovar.

—Glasha —dijo Alekséi Abrámovich—, te presento al nuevo mentor de nuestro Misha.

El candidato hizo una reverencia.

—Mucho gusto —dijo Glafira Lvovna, entornando un poco los ojos y con una ligera mueca bien lograda desde antiguo—. Nuestro Misha hace mucho que necesita un buen preceptor; en verdad, no sabemos cómo agradecer a Semión Ivánich por habernos puesto en contacto con usted. Le pido que no se ande con ceremonias. ¿No desea sentarse?

—He estado sentado todo el tiempo —murmuró el candidato, verdaderamente sin saber lo que decía.

—¡No iba a viajar de pie en el coche! —soltó con agudeza el general.

Esta observación acabó por completo con el candidato; tomó una silla, la colocó de un modo algo excéntrico y casi se cayó al sentarse. Temía levantar los ojos como quien evita una gran desgracia; a lo mejor había señoritas en la habitación y, si las veía, debería hacerles una reverencia, pero ¿cómo? Y, además, seguramente no debería haberse sentado sin antes haberlas saludado.

—Te lo he dicho —dijo el general a media voz—. ¡Es de lo más apocado!

—*Le pauvre, il est à plaindre*¹⁰ —señaló Glafira Lvovna, mordiéndose los gruesos labios.

A Glafira Lvovna el joven le gustó a primera vista; había muchas razones: primero, Dmitri

Iákovlevich, con sus grandes ojos celestes, era *interesante*; segundo, Glafira Lvovna, exceptuando al marido, los lacayos, los cocheros y el viejo médico, rara vez veía hombres, en especial jóvenes e interesantes, y ella, como sabremos luego, era afecta, según la vieja costumbre, a las ensoñaciones platónicas; tercero, las mujeres a cierta edad miran a un joven con la misma incomprensible atracción con la que los hombres suelen mirar a las muchachas. Puede parecer que ese sentimiento es afín a la compasión –un sentimiento maternal–, que quieren tomar bajo su protección a jóvenes indefensos, tímidos, inexpertos, mimarlos, acariciarlos, cobijarlos; eso es lo que más bien les parece a ellas: nosotros no pensamos del mismo modo, pero no consideramos necesario decir cómo pensamos... Glafira Lvovna le dio en persona la taza de té al candidato; él bebió un largo trago y se quemó la lengua y el paladar, pero disimuló el dolor con la firmeza de Mucio Escévola.¹¹ Esa circunstancia le fue propicia: se distrajo y un poco se tranquilizó. Gradualmente, empezó incluso a levantar la mirada. En un sofá estaba sentada Glafira Lvovna; delante de ella había una mesa, y sobre esta se erguía un samovar enorme, como un monumento al estilo indio. Frente a ella, acaso para gozar del entrañable *vis-à-vis*,¹² acaso para no verlo detrás del samovar, aplastaba contra el suelo un antiguo sillón Alekséi Abrámovich; detrás del sillón estaba de pie una niña de unos diez años con un aspecto sumamente estúpido; escudriñaba al maestro por encima de los hombros del padre: ¡el valiente candidato la hacía temblar! Misha también estaba sentado a la mesa; tenía delante una escudilla con leche agria y una gruesa rebanada de pan integral. De debajo del mantel que cubría la mesa, con una representación bastante lograda de la ciudad de Iaroslavl que terminaba en todos los extremos con la imagen de un oso,¹³ asomaba la cabeza de un perro perdiguero; los pliegues del mantel le daban un aire egipcio: inmóvil, clavaba sus dos ojos hinchados en el candidato. Junto a la ventana, en un sillón, con una media en la mano, estaba una viejita minúscula con aspecto alegre y arrugado, cejas caídas y labios finos y pálidos. Dmitri Iákovlevich adivinó que se trataba de la institutriz francesa. En las puertas estaba el criado, que le había entregado la pipa a Alekséi Abrámovich; a su lado se veía a la doncella con un vestido de percal con mangas de lienzo, esperando con cierta veneración a que los señores terminaran la ceremonia del té. Había también otro rostro en la sala, pero Dmitri Iákovlevich no lo veía porque estaba inclinado sobre un bastidor. El rostro pertenecía a una muchacha pobre que educaba el buen general. La conversación tardó mucho tiempo en cuajar y, cuando lo hizo, resultó fragmentaria, innecesaria y extenuante para el candidato.

Extraña era esa colisión entre la vida de un joven pobre y la vida familiar de un terrateniente rico. Diríase que esas personas podrían haber vivido muy tranquilamente hasta el fin de su vida sin haberse encontrado. Pero sucedió de otro modo. La vida de un muchacho tierno y bueno, instruido y dedicado, por alguna disonancia fue a parar a la opulenta vida de Alekséi Abrámovich y su esposa, fue a parar como un pájaro a una jaula. Todo para él cambió, y podía

preverse que el cambio no dejaría de tener influencia en un joven inexperto y sin noción alguna sobre el mundo práctico.

Pero ¿quiénes eran esas personas, el general y su esposa, que formaban un matrimonio próspero y feliz; ese joven encargado de modelar la cabeza de Misha lo suficiente para que el niño pudiera ingresar en alguna escuela militar?

No sé escribir novelas: quizá justamente por eso no me parece en absoluto superfluo introducir antes del relato algunos datos biográficos abrevados en fuentes muy fidedignas. Desde luego, primero:

II

BIOGRAFÍA DE SU EXCELENCIA

Alekséi Abrámovich Niégrov, general mayor retirado y condecorado, hombre alto y obeso que, desde que le salieron los dientes, no había enfermado ni una vez, podía servir como la mejor y más cabal refutación del célebre libro de Hufeland¹⁴ *Sobre la prolongación de la vida humana*. Se conducía de un modo diametralmente opuesto al estipulado en cada página de Hufeland y estaba siempre sano y sonrosado. Observaba solo una regla de higiene: no se arruinaba la digestión con ejercicios intelectuales, lo cual, acaso, le daba derecho a no observar todo lo demás. Severo, irascible, cruel de palabra y a menudo también en sus actos, no se podía afirmar que fuera un hombre malo por naturaleza; si se examinaban sus facciones pronunciadas, no del todo borradas por el exceso de carne, sus cejas negras y pobladas y sus ojos brillantes, podía suponerse que la vida había sofocado en él más de una capacidad. A los catorce años, criado por la naturaleza y una francesa que vivía en casa de su hermana, Niégrov fue enviado a un regimiento de caballería; como recibía mucho dinero de su tierna progenitora, tuvo una juventud intensa. Después de la campaña de 1812 fue ascendido a coronel; las charreteras de coronel cayeron sobre sus hombros cuando estos ya estaban cansados del uniforme; el servicio militar había empezado a hartarlo, así que sirvió un tiempo más y, «considerándose incapaz de continuar el servicio por razones de salud», pidió el retiro y se llevó consigo el rango de general mayor, unos bigotes en los que siempre quedaban restos de todos los platos de comida y un uniforme para ocasiones solemnes. Cuando el general retirado se instaló en Moscú, que para entonces ya había sido reconstruida después del incendio, ante él se abrió una interminable sucesión de días y noches de vida monótona, vacía y aburrida. No había nada en lo que pudiera o quisiera ocuparse. Viajaba de una casa a otra, jugaba a las cartas, almorzaba en el club, aparecía en la primera fila de los teatros, asistía a los bailes, se procuró dos tiros de cuatro estupendos caballos, los mimaba, instruía día y noche con palabras y con las manos al cochero, enseñaba al postillón los secretos de la equitación... Así transcurrió un año y medio; por fin, el cochero aprendió a sentarse en el pescante y a sostener las riendas, el postillón aprendió a montar a caballo y a sostener las bridas, y el tedio se apoderó de Niégrov, que decidió viajar al campo para administrar su hacienda,

persuadido de que ese viaje era necesario para prevenir un gran desbarajuste. Su teoría económica era muy sencilla: regañaba todos los días al intendente y al alcalde pedáneo, salía a cazar liebres y andaba con un fusil. Como definitivamente no llegó a acostumbrarse a ningún tipo de actividad y no se le ocurría qué podía hacer, se ocupaba de menudencias y estaba satisfecho. El intendente y el alcalde pedáneo, por su parte, estaban contentos con el señor; los campesinos, no sé, no decían nada. Unos dos meses más tarde, en las ventanas de la casa del señor se dejó ver una hermosa carita de mujer, primero con sus ojitos claros llorosos, después simplemente encantadores. Por el mismo tiempo, el alcalde pedáneo, que no se ocupaba en absoluto de los asuntos de la aldea, informó al general de que la isba de Iemielka Barbasha estaba en mal estado y preguntó si Alekséi Abrámovich no tendría a bien dar muestras de benevolencia paternal y permitirle talar unos árboles. El bosque era el punto débil de Alekséi Abrámovich; no se habría resuelto enseguida a talar un árbol para su propio ataúd; pero... pero entonces estaba en una buena disposición de ánimo y permitió que Barbasha talara el bosque para construirse una isba, no sin añadir: «Pero mira bien, bestia colorada: un tronco de más y te arranco una costilla». El alcalde corrió a la entrada posterior e informó a Avdotia Iemeliánovna del éxito total de su gestión, llamándola «madrecita e intercesora». La pobrecita enrojeció hasta las orejas, pero en su sincera candidez se alegraba de que el padre fuera a tener una isba nueva. En nuestras fuentes hallamos pocos datos acerca de la conquista de los ojitos claros, del encuentro con ellos. Supongo que porque esas victorias se obtienen con mucha facilidad.

Como sea, la vida rural, por su parte, hartó a Niégrov; se convenció de que había subsanado todos los defectos en la administración y, lo que es aún más importante, le había marcado un rumbo tan firme que podría funcionar en su ausencia, así que se dispuso a regresar a Moscú. Su equipaje había aumentado: los hermosos ojitos claros, una nodriza y un bebé de pecho viajaban en un coche aparte. En Moscú los alojaron en una pequeña habitación cuyas ventanas daban a un patio. Alekséi Abrámovich amaba a la criatura, amaba a Dunia y amaba también a la nodriza: ¡aquella fue una época erótica para él! A la nodriza se le estropeó la leche, todo el tiempo sentía náuseas; el médico dijo que no podía dar más el pecho. El general sintió lástima por ella: «Haber encontrado una nodriza como las hay pocas, sana, diligente, muy servicial, y que se le estropee la leche... ¡qué rabia!». Le regaló veinte rublos, le entregó un pañuelo y la dejó que volviera con su marido para curarse. El médico recomendó sustituir a la nodriza por una cabra; así se hizo; la cabra era sana. Alekséi Abrámovich la quería mucho, le daba con su propia mano pan negro, la acariciaba, pero eso no le impedía alimentar a la niña. El modo de vida de Alekséi Abrámovich era el mismo de cuando había llegado por primera vez; lo soportó unos dos años, pero no pudo más. La completa falta de una actividad determinada es insoportable para el hombre. El animal cree que toda su tarea consiste en vivir, mientras que el hombre toma la vida solo como una posibilidad para hacer algo. Aunque Niégrov no estaba en casa desde las doce del mediodía hasta

las doce de la noche, el tedio no dejaba de atormentarlo; aquella vez no quería siquiera viajar al campo; la melancolía se apoderó mucho tiempo de él, y empezó a dar con más frecuencia que de costumbre consejos paternos a su ayuda de cámara y a estar cada vez menos en la habitación cuyas ventanas daban al patio. Una vez volvió a casa con un estado de ánimo excepcional; algo le preocupaba; ora fruncía el ceño, ora sonreía; se paseó un buen rato por la habitación y, de pronto, se detuvo con aspecto decidido. Se notaba que el asunto había quedado resuelto en su fuero interno. Entonces silbó, y lo hizo de tal modo que el criado que dormía en una silla en la habitación contigua se arrojó del susto hacia el lado opuesto de la puerta, que terminó encontrando a duras penas. «No haces más que dormir, cachorro –le dijo el general, pero no con esa voz atronadora que preludiaba rayos paternos, sino así, sin más–. Espera, dile a Mishka que mañana a primera hora vaya a buscar al carrocer alemán y me lo traiga a las ocho, que sin falta me lo traiga.» Se notaba que se había quitado un peso de encima y que ahora podía irse a dormir tranquilo. Al día siguiente, a las ocho de la mañana, apareció el carrocer alemán, y a las diez terminó la entrevista en la que, con toda claridad y minuciosidad, le fue encargada una carroza para cuatro personas con caja *mordoré foncé*,¹⁵ escudos dorados, paño punzó, galón rojo amapola y pescantes de gala con triple funda.

La carroza para cuatro personas significaba ni más ni menos que Alekséi Abrámovich tenía la intención de casarse. Esa intención pronto se manifestó con indicios inequívocos. Después del carrocer llamó a su ayuda de cámara. En un discurso prolongado y bastante incoherente (lo que hace gran honor a Niégrov, ya que en esa incoherencia se reflejaba algo semejante a lo que las personas llaman conciencia) le expresó su gratitud por el servicio que le brindaba y su intención de recompensarlo de un modo ejemplar. El ayuda de cámara no podía entender adónde iba eso, hizo una reverencia y dijo cortesías del tipo: «¿A quién iba a complacer sino a su excelencia? Usted es nuestro padre y nosotros somos sus hijos». Esta comedia hartó a Niégrov, y en palabras breves pero expresivas le anunció al ayuda de cámara que le permitía casarse con Dunka. El ayuda de cámara era un hombre inteligente y despabilado y, aunque la inesperada benevolencia del señor lo sorprendió sobremanera, en un pispás calculó todas las posibilidades a favor y en contra y le pidió besarle la mano por su generosidad y constante atención: el prometido había entendido qué pasaba; sin embargo, pensó, a Avdotia Iemeliánovna no la dejan del todo desamparada toda vez que la casan conmigo: yo soy un allegado, y además conozco el carácter del señor; tampoco está mal tener una esposa tan bella. En una palabra, el novio estaba contento. Dunia se sorprendió cuando le dijeron que era novia, lloró un poco y anduvo unos momentos triste, pero, entre volver con el padre al campo y ser la esposa del ayuda de cámara, optó por lo segundo. No podía pensar sin estremecerse en cómo sus antiguas amigas se burlarían de ella; recordó que cuando era fuerte y famosa la llamaban a media voz *semiseñora*. Una semana más tarde los casaron. Cuando, a la mañana siguiente, los jóvenes acudieron con confites a saludar,

Niégrov estaba alegre, les regaló cien rublos y le dijo al cocinero que estaba allí: «Aprende, burro: me gusta castigar y me gusta gratificar; me ha servido bien y le va bien». El cocinero respondió: «A sus órdenes, su excelencia», pero su rostro decía: «Te engaño en cada compra y no puedes pillarme. ¡Vaya tonto que soy!». Por la noche, el ayuda de cámara ofreció un banquete a causa del cual todos los criados olieron a vodka durante dos días; en efecto, no reparó en gastos. Hubo, por cierto, un momento penoso y amargo para la pobre Dunia: la pequeña camita, y junto con ella a su hija, ordenaron llevarla al cuarto de la servidumbre. Dunia amaba infinitamente a la criatura con toda su alma sencilla y espontánea. A Alekséi Abrámovich le temía; el resto de los que vivían en la casa la temían a ella, aunque nunca le había hecho mal a nadie; condenada a un lánguido encierro de harén, toda su necesidad de amor, todas sus demandas a la vida las concentró en la niña; su alma poco instruida y oprimida era buena; tímida y resignada, incapaz de ofenderse por agravio alguno, lo único que no podía soportar era una cosa: el trato cruel de Niégrov a la niña cuando esta lo fastidiaba un poco; ella entonces levantaba la voz, trémula no de miedo, sino de ira; en esos momentos despreciaba a Niégrov, y él, como si sintiera su humillante situación, la cubría de insultos y se iba dando un portazo. Cuando hubo que trasladar la camita, Dunia cerró la puerta con llave y, sollozando, se echó de rodillas ante el icono, tomó la manita de la hija y la persignó. «Reza –le dijo–, reza, tesoro mío; afrontaremos juntas las adversidades; santísima Virgen, intercede por esta niña pequeña que no tiene la culpa de nada... Y yo, tonta de mí, pensaba que, cuando mi cielo creciera, viajaría en carroza y llevaría vestidos de seda; yo entonces te miraría por la rendija de la puerta, me escondería de ti, mi ángel, ¿para qué querías una madre campesina?... Pero ya no crecerás para la felicidad: harán de ti una lavandera para la nueva señora, y el jabón te carcomerá las manitas... ¡Dios mío! ¿Qué pecado ha cometido la niña?...» Y Dunia, sollozando, se arrojó al suelo; el corazón se le desgarraba en pedazos; la niña, asustada, se aferraba a sus manos, lloraba y la miraba con unos ojos tales que parecían comprenderlo todo... Una hora después, la camita estaba en el cuarto de la servidumbre, y Alekséi Abrámovich ordenó al ayuda de cámara que le enseñara a la niña a llamarlo «papá».

Pero ¿quién era la feliz elegida? En Moscú existe una *varietas*¹⁶ especial del género humano; nos referimos a esas casas nobles semiacaudaladas cuyos habitantes se han retirado por completo de la escena y viven modestamente y en generaciones enteras en callejuelas; un orden monótono y cierta irritación encubierta contra todo lo nuevo constituye el carácter principal de los habitantes de esas casas que se yerguen en lo profundo del patio, con columnas torcidas y zaguanes mugrientos; se creen los representantes de nuestro modo de vida nacional porque «necesitan el *kvas* como el aire», porque viajan en trineo como en carroza, llevan consigo a dos lacayos y viven todo el año de provisiones traídas de Penza y Simbirsk. En una de esas casas vivía la condesa Mavra Ilínishna. En su tiempo había girado en el torbellino de la aristocracia,

era coqueta, bonita, miembro de la corte, galanteaba con Kantemir¹⁷ y este le escribía en el álbum un madrigal con metro silábico, «es decir, coplas elogiosas», en las que un verso terminaba con las palabras «diosa Minerva» y el otro verso rimado, con las palabras «tan proterva». Pero, sumamente fría por naturaleza y altiva por su belleza, rechazaba a los novios en espera de un partido brillante. Entretanto, su padre murió, y su hermano, a cargo de una propiedad indivisible, en unos diez años se bebió y perdió a las cartas casi todo el patrimonio. La vida capitalina se le volvió demasiado cara; tuvo que vivir con mayor modestia. Cuando la condesa comprendió enteramente lo delicado de su situación, tenía más de treinta años, y descubrió dos cosas terribles al mismo tiempo: el patrimonio lo había perdido y la juventud había quedado atrás. Entonces hizo varios intentos desesperados de casarse, pero fueron un fracaso; disimulando el terrible rencor dentro de su pecho, se trasladó a Moscú alegando que el ruido del gran mundo le disgustaba y que solo buscaba la calma. Al principio en Moscú la colmaron de atenciones, consideraban que visitar a la condesa era una buena carta de presentación en sociedad; pero, poco a poco, su lengua biliosa y su insufrible altivez fueron alejando casi a todos de su casa. Abandonada y olvidada por todos, la solterona se llenó aún más de odio e indignación, se rodeó de distintas viejas gorronas, semidevotas y semivagabundas, recogía chismes de todos los rincones de la ciudad, se horrorizaba de la perversidad de los tiempos actuales y tenía su eterna soltería por una gran virtud. Su hermano, tras dilapidar definitivamente sus bienes, se decidió, para reparar el asunto, a dar un paso heroico para aquella época: se casó con la hija de un mercader, durante cuatro años le reprochó a diario su origen, perdió hasta el último kopek de la dote, la echó de casa, se entregó a la bebida y murió. Un año después murió también su esposa, dejando a una hija de quince años sin patrimonio alguno. Mavra Ilínishna se la llevó a su casa para criarla. Es difícil decir qué la indujo a eso, si el orgullo familiar, la compasión por la sobrina o el odio por el hermano; lo cierto es que la vida de la niña fue desagradable: se vio privada de todas las alegrías propias de su edad, vivía aterrada, asustada, oprimida. El egoísmo de la solterona es terrible: quiere vengar sobre todos los que lo rodean los vacíos que han quedado en su gélido corazón. La pequeña condesa creció en medio de la tristeza y el aburrimiento; por desgracia, no pertenecía a esas naturalezas que se desarrollan a partir de la opresión exterior; cuando empezó a adquirir conciencia, halló en sí dos sentimientos fuertes: un deseo invencible de placeres externos y un odio acendrado al modo de vida de la tía. Ambos sentimientos eran perdonables. Mavra Ilínishna no solo no proporcionaba distracción alguna a su sobrina, sino que aniquilaba con el mayor esmero todos los gustos e inocentes placeres que encontraba a su paso; creía que la vida de la muchacha solo tenía como cometido leerle en voz alta cuando dormía y andar detrás de ella el resto del tiempo; quería devorar toda su juventud, succionar toda la savia fresca de su alma en agradecimiento por la educación que no le daba, pero que le reprochaba a cada instante. El tiempo transcurría. La condesa ya estaba en edad de

contraer matrimonio, y vaya que sí: ya tenía veintitrés años. Sentía profundamente el penoso tedio y la monotonía de su situación, y todo su ser giraba alrededor de un único pensamiento: escapar del infierno de la casa de la tía. La tumba le parecía mejor; bebía vinagre para contraer tisis, pero eso no la ayudaba; quería meterse en un convento, pero carecía de la resolución necesaria. Pronto sus pensamientos adquirieron otro cariz. Las antiguas novelas francesas que, no sé cómo, desenterró en el armario de la tía, le mostraron que, además de la muerte y el convento, existían otros consuelos importantes; dejó la imagen de la calavera con dos tibias cruzadas y empezó a concebir una cabeza viva, con bigotes y rizos. Miles de cuadros novelescos la atormentaban día y noche; componía para sí misma novelas enteras: él la raptaba, los perseguían, «no los dejaban amarse», se oían disparos... «¡Eres mía para siempre!», decía él apretando la pistola, etcétera. Sobre ese tema, con infinitas variaciones, giraban todos sus sueños, todas sus ideas, todas sus fantasías, y la pobre se despertaba todos los días horrorizada al ver que nadie la raptaba, que nadie le decía: «Eres mía para siempre», y su pecho se hinchaba con dificultad, y las lágrimas se derramaban sobre sus almohadas, y con cierta desesperación bebía suero por orden de la tía, y con una desesperación aún mayor se acordonaba después el vestido, sabiendo que no había nadie que admirara su figura. Tal estado de ánimo no podía ser doblegado por el suero, y eso la llevó directamente al sentimentalismo y a la exaltación. La condesa empezó a proteger a todas las doncellas y a estrechar contra su pecho a los mugrientos niños del cochero, un período después del cual una muchacha debe de inmediato casarse o empezar a inhalar rapé, amar a los gatos y a los perritos rapados y no pertenecer ni al sexo masculino ni al femenino. Por suerte, a la condesa le tocó lo primero. Era bastante guapa, y precisamente en esa época debía pasmar a nuestro héroe: su ser todo *invocante*, sus ojos lánguidos, su pecho agitado vencieron a Niégrov. La vio una vez junto a la iglesia Stároie Voznesenie y el destino de su vida quedó resuelto. El general recordó sus años de corneta, empezó a buscar todas las ocasiones posibles para ver a la condesa, esperaba horas enteras en el atrio y se azoraba un poco cuando, de una carroza antediluviana tirada por unos jamelgos altos y descarnados que habían perdido la capacidad de morir, dos lacayos sacaban a la vieja condesa, que semejaba una corneja con cofia, e impedían que la joven condesa saltara con aspecto de rosa centifolia. El general tenía en Moscú una prima... Quien en Moscú tiene una prima instalada y bastante rica puede casarse casi con cualquier muchacha, siempre que tenga rango y dinero y que ella aún no tenga novio. El general confió su secreto a su prima y ella mostró un interés verdaderamente fraternal. Hacía unos dos meses que se moría de aburrimiento y, de pronto, como del cielo, le cayó un arreglo de matrimonio. Enseguida despachó un coche ligero para mandar a buscar a la esposa de un consejero titular. La mujer acudió; la prima echó de la habitación contigua a las doncellas para que nadie pudiera espiarlas. Una hora después, la esposa del consejero titular salió corriendo con el rostro encendido y, tras contar aprisa en el cuarto de doncellas qué ocurría, se arrojó a la calle.

Al día siguiente, a eso de las nueve de la mañana, la prima se enfadó por la impuntualidad de la mujer, que se había propuesto estar a las once y aún no había llegado; por fin, la ansiada visitante apareció, acompañada por otra persona con cofia; en una palabra, el asunto bullía con excepcional velocidad y con el debido orden. En la casa de la condesa comenzaron a darse poco a poco cambios importantes: de las ventanas quitaron las cortinas de cáñamo y mandaron lavarlas; los cerrojos fueron limpiados con una mezcla de arcilla y *kvas* (sustituto del vinagre); en el recibidor, donde olía terriblemente a cuero porque cuatro lacayos cosían tirantes, pusieron marcos de invierno. Abandonada por todos, Mavra Ilínishna estaba maravillada de que su sobrina fuera codiciada por un general, y además muy rico; pero, celosa de su dignidad, apenas si se dignó permitir que comenzaran los arreglos. Una mañana, la condesa le ordenó a su sobrina que se vistiera con más atención, que se abriera un poco más el escote y la examinó de pies a cabeza.

—¿Por qué me ordena vestirme, *maman*? ¿Tendremos visitas?

—No es asunto tuyo, querida —respondió la condesa, pero con voz afable y bondadosa.

El vestido de muselina de la sobrina casi ardió por el fuego que corría por sus venas; adivinaba, sospechaba, no se atrevía a creerlo, no se atrevía a no creerlo... tuvo que salir a tomar aire para no ahogarse. En el zaguán las doncellas le anunciaron que hoy esperaban a un general, que ese general pedía su mano... De pronto llegó un coche.

—¡Palashka, me voy a morir, me muero! —dijo la joven condesa.

—Ay, basta, su excelencia. ¿Quién se muere cuando le piden la mano, y encima un novio semejante?... Siempre he dicho que nuestra condesa debía casarse con un general; sírvase preguntárselo a todos.

¿Qué pluma es capaz de describir todo lo que sintió la pobre muchacha durante la *exhibición* y el *examen*? Cuando volvió un poco en sí, lo primero que la asombró fue el frac de Alekséi Abrámovich: creía tanto en su uniforme y en sus charreteras... Por lo demás, Niégrov entonces aún podía agradar también sin uniforme; si bien ya estaba cerca de los cuarenta, gracias a su buena salud se había conservado maravillosamente, y, no demasiado locuaz por naturaleza, tenía esa desenvoltura propia de todos los militares, sobre todo de quienes han servido en la caballería; los demás defectos que podía descubrir en él la novia eran sobradamente redimidos por los hermosos bigotes que se había arreglado con elegancia para la ocasión. La boda quedó fijada. Una semana después del examen, la condesa Mavra Ilínishna recibió la visita de sus conocidos para felicitarla; personas que ya hacía mucho tiempo que se daba por muertas salieron de sus madrigueras, donde desde hacía unos treinta años luchaban tenazmente con la muerte y no se rendían, donde desde hacía treinta años vivían de caprichos y acumulaban dinero, vetustas, afectadas por la parálisis, los ataques de asfixia y la sordera. La condesa decía a todos lo mismo: «La noticia me sorprendió tanto como a ustedes; yo tampoco pensaba en casar a mi Kokó tan

pronto: es una niña aún; pero bueno, querido, ¡Dios así lo quiere! Él es un hombre de fuste y honrado, puede servirle de padre: ¡ella es tan inexperta! Su condición de general y su riqueza no son importantes: el oro también conoce las lágrimas. Pero no hay nada que decir: he mordido el fruto de mi devota crianza –al decir eso se llevaba el pañuelo a los ojos–; ¡lo que hace la educación, de veras! ¿Podía esperarse de un padre tan depravado, Dios lo tenga en la gloria, y de una mercadera una criatura semejante? No me creerán, pero ella no cruzó ni cuatro palabras con él; yo solo la aconsejé, y ella, mi palomita, con que hubiera dicho una palabra en contra: “Si usted lo desea, *maman*, me casaré con gusto”...». «¡En verdad es una muchacha infrecuente en nuestros tiempos depravados!», respondían de diferentes maneras los conocidos y amigos de Mavra Ilínishna, y después comenzaban los chismes y el desvergonzado mancillamiento de reputaciones ajenas. En una palabra, transcurrió algo de tiempo hasta que al piso suntuosamente arreglado una reata de caballos moros trajo en una carroza *mordoré foncé* para cuatro personas al general Niégrov, vestido con uniforme y dolmán, y a su esposa Glafira Lvovna Niégrova con un vestido de boda ligero y con cintas. Un coro de cantores, pajes de honor, luces, música, oro, brillo, perfumes recibieron a los recién casados; toda la servidumbre estaba en el zaguán, pugnando por ver a los novios; entre ella se hallaba también la esposa del ayuda de cámara; este, como un alto dignatario del recibidor, daba órdenes en el despacho y en el dormitorio. La condesa nunca había visto de cerca semejante riqueza, y todo eso era de ella, el propio general era de ella, y la joven estaba feliz desde el dedo meñique del pie hasta la punta del cabello más largo de su trenza: de alguna manera, sus sueños se habían cumplido.

Unas semanas después de la boda, Glafira Lvovna, floreciente como un cactus desplegado, con una bata blanca bordada con anchos encajes, servía el té por la mañana; su marido, con una bata dorada de tela gruesa de seda y una boquilla enorme de ámbar entre los dientes, yacía en un sofá y pensaba qué coche encargar para Semana Santa, si uno amarillo o uno azul; uno amarillo estaría bien, aunque uno azul no estaría mal. Glafira Lvovna también estaba muy entretenida con algo; se olvidó de la tetera e inclinó *soñadoramente* la cabeza sobre la mano; a veces un rubor le corría por las mejillas, a veces daba muestras de una visible inquietud. Por fin, su marido notó su inusual estado de ánimo y dijo:

–No te veo de buen humor, Gláshenka. ¿Te sientes mal?

–No, estoy bien –respondió ella, y al decir eso levantó los ojos hacia él con el aspecto de una persona que solicita ayuda.

–Como quieras, pero algo tienes en mente.

Glafira Lvovna se levantó, se acercó al marido, lo abrazó y le dijo con una voz de actriz trágica:

–Aleksis, dame tu palabra de que cumplirás con lo que te pida.

Aleksis empezó a asombrarse.

–Veremos, veremos –respondió.

–No, Aleksis, júrame por la tumba de tu madre que cumplirás con lo que te pida.

Aleksis se sacó de la boca la pipa turca y la miró sorprendido.

–Gláshenka, no me gustan esos rodeos tan largos; soy un soldado. Haré lo que pueda. Dímelo de una vez.

Ella ocultó el rostro en su pecho y dijo con voz chillona y entre lágrimas:

–Lo sé todo, Aleksis, y te perdono. Sé que tienes una hija, una hija de un amor prohibido... Comprendo la inexperiencia, el fervor de la juventud. –¡Liúbonka tenía tres años!...–. Aleksis, ella es tuya, la he visto: tiene tu nariz, tu cuello... ¡Oh, la amo! Que sea mi hija, permíteme adoptarla, criarla... y dame palabra de que no te vengarás, de que no perseguirás a quienes me lo dijeron. Amigo mío, adoro a tu hija. ¡Permítemelo! ¡No rechaces mi petición! –Y las lágrimas corrían abundantes por la gruesa tela de la bata.

Su excelencia quedó sumamente desconcertado y azorado, y, antes de que volviera en sí, la esposa lo obligó a dar su consentimiento y a jurar por la tumba de su madre, las cenizas de su padre, la felicidad de sus futuros hijos, el nombre de su amor, que no se retractaría de su consentimiento y no buscaría a quien se lo había contado. Degradada a criada, la criatura fue nuevamente ascendida a noble, y su camita otra vez fue trasladada al primer piso. A Liúbonka, que en un principio habían desacostumbrado a llamar padre al padre, empezaron a desacostumbrarla ahora a que llamara madre a la madre: querían que creciera con la idea de que Dunia había sido su nodriza. La propia Glafira Lvovna compró en una tienda de la calle Kuznietski Most un vestido de niña, emparejiló a Liúbonka como a una muñeca, después la estrechó contra su pecho y rompió a llorar. «¡Huerfanita! –le dijo–. No tienes papá, no tienes mamá; yo seré todo para ti... ¡Tu papá está allí!», y señaló el cielo. «Papá con alitas», balbuceó la niña, y Glafira Lvovna redobló el llanto y exclamó: «¡Oh, candidez celestial!». La razón era muy sencilla: en el techo, siguiendo una antigua costumbre, había pintado un cupido con las piernas y las alas extendidas haciendo una especie de lazo junto al gancho negro de hierro del que colgaba la araña. Dunia era la mar de feliz; miraba a Glafira Lvovna como a un ángel; su gratitud no tenía la menor pizca de encono; ni siquiera se ofendió de que su hija dejara de ser su hija; la veía con encajes, la veía en los aposentos señoriales y solo decía: «¿De dónde ha salido tan bonita mi Liúbonka? Por lo visto, no puede llevar otro vestidito. ¡Será una beldad!». Dunia recorría todos los monasterios y en todas partes elevaba sus oraciones por la buena señora.

Muchos considerarán a la excondesa una heroína. Yo creo que su acto fue en el fondo una gran insensatez, por lo menos, una insensatez igual a la de casarse con una persona de la que solo sabía que era hombre y general. La causa, evidentemente, era la exaltación novelesca, que prefiere por encima de todas las cosas escenas trágicas, sacrificio personal, actos forzosamente nobles. La justicia exige añadir que Glafira Lvovna no tenía ninguna segunda intención, ni

siquiera vanidad; ni ella misma sabía para qué quería criar a Liúbonka; solo le gustaba el lado patético del asunto. Alekséi Abrámovich, después de haber dado ya su consentimiento, juzgó muy natural la extraña situación de la niña y ni siquiera se impuso la tarea de pensar si había hecho bien o mal en permitir aquello... En efecto, ¿había hecho bien o mal? Se puede decir mucho a favor y en contra. Quien considere que el fin supremo de la vida humana es el desarrollo a cualquier precio y cualesquiera que sean sus consecuencias estará del lado de Glafira Lvovna. Quien considere que el fin supremo de la vida es la felicidad, la satisfacción, en el círculo que sea y cualquiera que sea su fuente, estará en contra de ella. En el cuarto de la servidumbre, Liúbonka, aun si se hubiera enterado con el tiempo de su origen, sus parámetros habrían sido tan estrechos, su alma habría dormido en un sueño tan profundo que nada habría sucedido; es probable que Alekséi Abrámovich, para reconciliarse definitivamente con su conciencia, la hubiera liberado de la servidumbre y, quizá, le hubiera entregado algunos miles en calidad de dote; ella habría sido, según sus parámetros, sumamente feliz, se habría casado con un mercader de tercera categoría, llevaría un pañuelo de seda en la cabeza, bebería doce tazas de té de flores al día y habría engendrado una familia entera de pequeños mercaderes; a veces iría a visitar a la esposa del mayordomo de Niégrov y vería con placer cómo la mirarían con envidia sus antiguas amigas. Así podría haber vivido hasta los cien años con la esperanza de que cien carros la acompañarían para despedirla en el cementerio Vagánkovskoie. Liúbonka en el salón era algo completamente diferente: por muy tontamente que la criaran, tendría la posibilidad de formarse; la propia distancia respecto de los toscos parámetros de la servidumbre constituye ya una suerte de educación. A la vez, comprendería todo el incongruente absurdo de su situación; agravios, lágrimas y amarguras la esperaban en el primer piso, y todo eso, sumado, facilitaría el ulterior desarrollo de su espíritu y, quizá, al mismo tiempo, el desarrollo de la tisis. Así pues, elijan ustedes mismos si hizo bien o mal *mademoiselle* Niégrova.

La vida matrimonial de Alekséi Abrámovich transcurría como sobre ruedas; en todos los paseos de coches aparecía su tiro de cuatro caballos, su brillante carruaje y, a bordo de este, la pareja rebotante de felicidad. Se los podía encontrar con seguridad en el barrio Sokólniki el primero de mayo, en el Jardín del Palacio en la fiesta de la Ascensión, en los estanques Présnenski en la fiesta de Pentecostés y en el bulevar Tverskói casi todos los días. En invierno asistían a reuniones, ofrecían almuerzos, eran abonados a un palco. Pero una terrible monotonía envenena los paseos moscovitas: lo del año pasado se repite en el año en curso y se repetirá en el año próximo; así como entonces uno se encontró a un obeso mercader de estupendo caftán y a su esposa de dientes negros cubierta con toda suerte de piedras preciosas, sin falta se los encontrará este año, con la única diferencia de que el caftán estará más viejo, la barba, más blanca, los dientes de la esposa, más negros, y siempre se los seguirá encontrando; así como entonces uno se encontró a un hombre mañoso con unos bigotes criminales y una levita de bufón, este año

también se lo encontrará, solo que un poco más delgado; así como entonces llevaban al paseo a un hombre atacado de gota todo cubierto de rapé, este año también lo llevarán... Solo por eso merece la pena encerrarse en una habitación. Alekséi Abrámovich era un hombre resistente, pero las fuerzas humanas tienen un límite: no pudo aguantar más de diez años, y aquello terminó hartándolo tanto a él como a Glasha. En esos diez años tuvieron un hijo y una hija, y empezaron a engordar no de un día para el otro, sino de una hora para la otra; no querían vestirse más y empezaron a llevar una vida sedentaria, y, no sé cómo ni por qué, aunque supongo que fue más que nada para lograr una calma absolutísima, decidieron irse a vivir al campo. Eso sucedió cuatro años antes de la erudita conversación mantenida entre el general y Dmitri Iákovlevich.

III

BIOGRAFÍA DE DMITRI IÁKOVLEVICH

Desde luego, la biografía del pobre joven no puede ser tan interesante como la de Alekséi Abrámovich y los suyos. Debemos pasar del mundo de las carrozas *mordoré foncé* a un mundo donde se preocupan por la comida de mañana, pasar de Moscú a una remota ciudad de provincias, y en esta no detenernos en la única calle pavimentada por la que a veces se puede viajar y en la que vive la aristocracia, sino alejarnos a una de las callejuelas sin pavimentar por las que casi nunca se puede ni caminar ni viajar, y allí buscar una casita ennegrecida y torcida de tres ventanas, la casita del médico de distrito Krutsiferski, que se yergue modestamente entre sus ennegrecidas y torcidas compañeras. Todas esas casitas pronto se derrumbarían, serían reemplazadas por otras y nadie se acordaría de ellas; entretanto, en todas ellas se desarrollaba la vida, bullían las pasiones, las generaciones eran sustituidas por otras generaciones, y de todas esas existencias se sabía tanto como de los salvajes de Australia, como si la humanidad las hubiera dejado fuera de la ley y no las hubiera reconocido. Pero ahí está la casita que buscábamos. En ella hacía treinta años que vivía un anciano bueno y honrado con su esposa. Su vida había sido una lucha constante con todas las necesidades y privaciones habidas y por haber; es cierto que había salido bastante victorioso, es decir, no había muerto de hambre ni se había pegado un tiro de la desesperación, pero la victoria no le había salido gratis: a los cincuenta años era canoso, enjuto y las arrugas le cubrían el rostro, y eso que la naturaleza le había proporcionado una buena reserva de fuerza y de salud. Ni los violentos impulsos, ni las pasiones ni las temibles conmociones fueron los que socavaron ese cuerpo y le confirieron el aspecto de una decrepitud prematura, sino la lucha incesante, penosa, mezquina y ultrajante con la necesidad, el pensamiento en el día de mañana, la vida pasada entre carencias y preocupaciones. En esas bajas esferas de la vida social el alma se marchita, se seca en una eterna inquietud, se olvida de que tiene alas y, eternamente inclinada sobre la tierra, no levanta la mirada al sol. La vida del médico Krutsiferski fue una hazaña enorme, prolongada y heroica en una liza tenebrosa; el premio: el pan para hoy y la esperanza de no tenerlo en el futuro. Estudió a cuenta del Estado en la Universidad de Moscú y, cuando obtuvo el título de médico, antes de ser enviado a destino

se casó con una alemana, hija de un farmacéutico; su dote, además de un alma buena y abnegada, además del amor que ella, según la costumbre alemana, conservó para toda la vida, consistía en unos pocos vestidos impregnados de olor a aceite de rosas con ruibarbo. Al estudiante apasionadamente enamorado no se le ocurrió que no tenía derecho ni al amor ni a la felicidad familiar, que también para esos derechos existe un censo, como el censo electoral francés. Unos días después de la boda, lo designaron médico de regimiento en un ejército en campaña. Sobrellevó ocho años de vida nómada; al noveno se cansó y empezó a solicitar un puesto fijo; le dieron uno entre las vacantes disponibles. Y Krutsiferski viajó con su esposa y sus hijos de un extremo de Rusia al otro y se instaló en la ciudad de provincias N. N. Al principio pudo ejercer un poco su profesión. Aunque los altos dignatarios y los terratenientes de las ciudades de provincias prefieren consultar a médicos alemanes, por suerte allí no había ningún alemán a mano (excepto el relojero). Aquella fue la etapa más feliz en la vida de Krutsiferski; fue entonces cuando compró una casita con tres ventanas, y Margarita Kárllovna, para darle una sorpresa a su marido el día de Santiago Apóstol, tapizó de noche el viejo sofá y el sillón con un percal que había comprado con dinero ahorrado moneda a moneda. El percal era magnífico; sobre el sofá, Abraham expulsaba tres veces a Agar y a Ismael, mientras Sara amenazaba; en el lado derecho del sillón se veían las piernas de Abraham, Agar, Ismael y Sara, y en el izquierdo, sus cabezas. Pero esa época feliz no duró mucho tiempo. Un terrateniente rico, cuya aldea estaba situada en las afueras mismas de la ciudad, trajo a su casa a un médico que le quitó todo el trabajo a Krutsiferski. El joven médico era especialista en enfermedades de mujeres; las pacientes estaban locas por él; curaba todo con sanguijuelas y explicaba con elocuencia que no solo todas las enfermedades son una inflamación, sino que la vida misma no es otra cosa que una inflamación de la materia; de Krutsiferski hablaba con terrible condescendencia; en una palabra, se puso de moda. Toda la ciudad le bordaba cojines y bolsas para tabaco, le regalaba suvenires y sorpresas, y al viejo médico trataban de olvidarlo. Es cierto que los mercaderes y los clérigos siguieron fieles a Krutsiferski, pero los mercaderes nunca enfermaban, gracias a Dios siempre estaban sanos, y si a veces se indisponían, se frotaban y se untaban en el baño toda suerte de porquerías que elegían a su criterio –trementina, alquitrán, alcohol fórmico– y siempre se curaban o morían unos días después. En ambos casos, Krutsiferski no podía hacer nada, pero la muerte se le atribuía a él, y el joven médico siempre decía a las damas: «Es extraño que, conociendo bien su oficio, Iákov Ivánovich no haya caído en recetarle unas diez gotas de *trae opii Sydenhamii solutum in aqua distillata*¹⁸ ni en aplicarle cuarenta y cinco sanguijuelas en la boca del estómago; con eso el paciente seguiría vivo». Al oír aquellas palabras en latín, la propia esposa del gobernador creía que el paciente seguiría vivo. Y así, poco a poco, Krutsiferski se las tuvo que arreglar solo con su salario, que sumaba, al parecer, cuatrocientos rublos; tenía cinco hijos; la vida se le fue haciendo cada vez más penosa. Iákov Ivánovich no sabía cómo procurarse el

alimento; la escarlatina le indicó una salida: tres de sus hijos murieron uno detrás de otro; le quedaron la hija mayor y el hijo menor. El niño, por lo visto, evitó la muerte y la enfermedad gracias a su excepcional debilidad: había nacido prematuramente y apenas con vida; débil, flaco, enclenque y nervioso, a veces no estaba enfermo, pero nunca estaba sano. Las desgracias de ese niño comenzaron antes de su nacimiento. Cuando Margarita Kárlovna estaba embarazada de él, sobre ellos estuvo a punto de abatirse una terrible desgracia. El gobernador odiaba a Krutsiferski porque *no había certificado la muerte natural de un cochero azotado por su amo, un terrateniente.*¹⁹ Iákov Ivánovich estaba a un paso de la ruina, y con una tristeza mansa y heroica, en silencio y abnegadamente, aguardaba el golpe de gracia, pero este pasó por al lado de su cabeza. En ese tiempo inquietante de lágrimas ininterrumpidas nació Mitia, el único castigado en el caso del cuerpo hallado del cochero. Ese niño era el ídolo de Margarita Kárlovna; cuanto más enfermizo, cuanto más débil parecía, más tenazmente deseaba la madre conservarlo; ella, al parecer, le infundía fuerza, el amor lo vivificaba y lo sacó de las garras de la muerte. La madre parecía sentir que sería el único que les quedaría, que sería su sostén, su esperanza, su consuelo. Y ¿qué pasó con su hermana? Tenía diecisiete años cuando en N. N. hizo un alto un regimiento de infantería; cuando el regimiento se marchó, con él se marchó también la hija del médico en compañía de un subteniente; un año después escribió desde Kiev pidiendo perdón y la bendición de los padres y anunciando que el subteniente se había casado con ella; un año más tarde escribió desde Chisináu contando que el marido la había abandonado y que estaba en la miseria con un niño. El padre le envió veinticinco rublos. Después de eso no hubo más noticia de ella. Cuando Mitia creció, lo enviaron al liceo; era buen alumno; siempre apocado, manso y silencioso, era incluso el preferido del bedel, que consideraba no del todo apropiado encariñarse con los niños por el cargo que ocupaba. El padre quería que al terminar sus estudios ingresara en la oficina de la gobernación, pues ya le había prometido su protección el secretario, a cuyos hijos, siempre escrofulosos, curaba gratuitamente. De pronto a Mitia se le abrió otro camino. Un mecenas y consejero secreto pasó por la ciudad de N. N. cuando viajaba de su aldea a Moscú. *El director del liceo, que tenía el talento de oler a distancia a los consejeros secretos, enseguida fue a solicitarle que le concediera el honor de visitar el semillero y vergel de la ilustración patria. El mecenas no tenía ganas, pero le gustaban las acogidas cordiales y a la vez respetuosas. El director, con uniforme y sosteniendo la espada con el sombrero, le explicó al mecenas con detalle por qué el zaguán estaba húmedo y la escalera torcida (aunque al mecenas eso lo tenía sin cuidado); los alumnos formaban; los profesores, bien peinados y con las corbatas muy ceñidas, iban y venían con aire preocupado señalando con sus ojos algo a los alumnos y al guardia, que era el menos azorado de todos. El profesor de física pidió permiso a su excelencia para matar a un conejo que estaba debajo de la campana de una máquina neumática y a una paloma con una botella de Leiden. El mecenas pidió que se apiadaran de los animales y el*

director, conmovido, miró a todos los profesores y a todos los alumnos como diciendo: «La grandeza siempre va acompañada de mansedumbre». La paloma y el conejo siguieron viviendo en una caja en la dependencia del guardia hasta el mismo acto, cuando el inexorable profesor, no obstante, y para gran asombro de toda la ciudad, los sacrificó en nombre de la ciencia y la educación. Después uno de los alumnos dio un paso adelante y el profesor de francés le preguntó si no tenía algo que decir con motivo de la ilustre visita al semillero de las ciencias. El alumno enseguida comenzó en un dialecto franco-eclesiástico: «Comán puvón nu povr anfán remersier liliustr visitor?». ²⁰

El mecenas, mientras miraba a los costados durante aquel discurso celta-eslavo, prestó atención ²¹ al aspecto tierno y enfermizo de Mitia, lo llamó, le dijo unas palabras, lo acarició. El director dijo que era un alumno excelentísimo, que llegaría lejos, pero que el padre no tenía con qué mantenerlo en Moscú, etcétera. El mecenas era mecenas y le dijo a Mitia que en uno o dos meses viajaría su administrador, y que, si sus padres estaban de acuerdo, le ordenaría llevar a Mitia a Moscú y mandaría que le dieran un rinconcito en el ala de su casa, junto con los niños del administrador. El director envió de inmediato a un secretario en busca de Iákov Ivánovich. Este llegó cuando el mecenas ya se había subido a la diligencia. El anciano estaba verdaderamente conmovido, lloraba como un niño, y con palabras sencillas, incoherentes y discontinuas le dio las gracias. El mecenas señaló a un hombre ancho de hombros que ayudaba a abrochar unas correas junto al coche y dijo: «Este es mi administrador. Es él quien llevará a su hijo», dijo, y se marchó con sonrisa benévola. Un mes después, un coche con cascabeles salió del portón de la casa de Krutsiferski: en él viajaba Mitia, cubierto con una manta que la madre le había tejido y colocado, y el intendente solo con una levita, porque en el camino le gustaba calentarse desde dentro. Pues ¡ahí tienen de qué depende el destino de un hombre! Si el mecenas no hubiera pasado por la ciudad de N. N., Mitia habría ingresado en una oficina y nuestro relato no habría existido, y si Mitia, con el tiempo, se hubiera convertido en ayudante principal del gobernador y hubiera alimentado a sus padres, vaya uno a saber con qué ingresos, Iákov Ivánovich y Margarita Kárllovna habrían descansado. La partida de Mitia fue un quiebro en la vida de los ancianos, que se quedaron solos; el silencio y la tristeza se apoderaron aún más de su casita. El administrador del mecenas, hombre poco impresionable, sintió algo así como lágrimas cuando los ancianos se despedían del hijo. Un padre pobre no se despide igual que uno rico; le dijo al hijo: «Amigo mío, ve a ganarte el pan; yo no puedo hacer más nada por ti; ¡ábrete camino y acuérdate de nosotros!». Si se volverán a ver, si él se ganará el pan, todo eso está cubierto por un velo negro y tupido... El padre quiere darle al hijo más dinero para el camino, pero no puede; calcula diez veces cuánto puede entregarle de sus ochenta rublos en efectivo, y todo le parece poco. Y cuántas lágrimas derrama la madre sobre el precario hatillo en el que ha colocado las cosas más imprescindibles, pero comprende que nada alcanza y sabe que no hay de dónde sacar... ¡Esas

escenas desconocidas, propias del estamento medio, ocultas cuidadosamente de la mirada ajena, pero flagrantes y desgarradoras! ¡Menos mal que se las esconde!

Cuatro años después, el joven Krustiferski era candidato.²² No dotado ni de capacidades singularmente notables ni de una vertiginosa rapidez de pensamiento, su amor a la ciencia y su constante aplicación lo hicieron digno merecedor del grado adquirido. Al ver su rostro manso podía pensarse que en él se desarrollaría una de esas entrañables existencias germanas, existencias tranquilas, nobles, felices en la algo limitada pero sumamente laboriosa actividad educativo-pedagógica, en el círculo un tanto estrecho de la familia, donde el marido sigue enamorado de la esposa veinte años después y la esposa aún enrojece ante cada broma con doble sentido; tales son las existencias de las pequeñas ciudades patriarcales en Alemania, de las casitas de los pastores protestantes, de los profesores de seminario: puras, morales e imperceptibles fuera de su círculo... Pero ¿acaso es posible una vida semejante entre nosotros? Creo decididamente que no; ese medio no es propio de nuestra alma; esta no puede saciar su sed con ese insípido vinito; es muy superior o muy inferior a esa vida, pero, en cualquier caso, más vasta. Cuando obtuvo el título de candidato, Krustiferski primero intentó conseguir un puesto en la universidad; después pensó en abrirse camino con lecciones particulares, pero todos sus intentos resultaron vanos: había heredado la suerte del padre en todas las empresas...

Unos meses después de que, con redoble de tambores y trompetas, se anunciara su obtención del grado de candidato, Krustiferski recibió una carta del padre en la que le comunicaba la enfermedad de su madre y, de paso, aludía a su difícil situación material. Conociendo el carácter de su padre, comprendió que solo una terrible penuria podía haberlo obligado a hacer tal alusión. Krustiferski había gastado todo su dinero, de modo que quedaba un solo recurso: tenía un superior, profesor de alguna *gnosis*, que se interesaba cordialmente en su suerte. Le escribió una carta franca, noble, conmovedora y le pidió prestados ciento cincuenta rublos. El profesor respondió con la mayor cortesía, con una esquela sentida, pero no le envió el dinero; en la posdata el docto hombre le reprochaba del modo más afectuoso que nunca iba a su casa a almorzar con él. La esquela dejó estupefacto al joven: ¡tan poco conocía el valor de las personas o, mejor dicho, del dinero! Estaba muy apenado; dejó la afectuosa esquela del buen profesor en la mesa, dio dos vueltas por la habitación y, completamente aniquilado por la pena, se echó en la cama; las lágrimas rodaban despacio por sus mejillas; se figuraba vívidamente la precaria habitación y, en ella, a su madre, sufriente, débil, quizá agonizante, y a su lado al padre, triste y abatido. La enferma desea algo, desea, pero lo disimula para no agravar la pena del marido, y este se da cuenta y también disimula, temiendo que deberá negárselo... Lector: si es usted rico o, por lo menos, *acomodado*, ¡dé profundas gracias al cielo! ¡Viva la herencia recibida! ¡Vivan los bienes heredados o adquiridos honradamente!

En ese penoso momento para el candidato se abrió la puerta de su pequeña habitación y una

figura claramente no capitalina entró y se quitó una gorra oscura de enorme visera que arrojaba sombra sobre el rostro saludable, alegre y de mejillas coloradas de un hombre anciano; sus facciones transmitían bondad y una serenidad epicúrea. Llevaba una levita marrón gastada con un cuello que para entonces ya nadie usaba, un bastón de bambú en las manos y, como hemos dicho, tenía un marcado aspecto de provinciano.

—¿Es usted el señor Krutsiferski, candidato de la universidad local?

—Sí —respondió Dmitri Iákovlevich—, a sus órdenes.

—Pues mire, señor candidato, primero permítame sentarme: soy más viejo que usted y he venido a pie.

Con estas palabras quiso sentarse en una silla en la que colgaba un frac de uniforme, pero resultó que esa silla solo podía soportar el peso de un frac sin hombre y no el de un hombre con levita. Krutsiferski, azorado, le pidió que se sentara en la cama, mientras él tomó la otra (y última) silla.

—Yo —comenzó el visitante con exasperante lentitud— soy el inspector de la administración médica de N. N., doctor en medicina Krúpov, y he venido a verlo por lo siguiente...

El inspector era un hombre metódico; se detuvo, sacó una gran tabaquera, la colocó a su lado; después sacó un pañuelo rojo y lo colocó al lado de la tabaquera; después, un pañuelo blanco con el que se secó el sudor, y, tras aspirar rapé, continuó de este modo:

—Ayer estuve en casa de Antón Ferdinándovich... somos de la misma promoción... no, disculpe, él se licenció un año antes... sí, un año antes, eso es, pero éramos compañeros y hemos seguido siendo buenos conocidos. Pues bien, le pedí si no podía indicarme un buen profesor para viajar a nuestra provincia, le dije que las condiciones eran tales y cuales y que los requisitos eran estos y otros. Antón Ferdinándovich me dio su dirección y debo confesar que me habló de usted en términos muy halagüeños; por eso, si usted desea un trabajo en la provincia, podemos arreglar el asunto definitivamente.

Antón Ferdinándovich era justamente el profesor a quien había escrito Krutsiferski; en verdad lo apreciaba, solo que no arriesgaba su dinero, tal como hemos visto; pero siempre estaba dispuesto a recomendarlo.

El corpulento doctor Krúpov le pareció a Krutsiferski un enviado del cielo; le contó con franqueza su situación y concluyó que no tenía elección, que estaba obligado a aceptar el puesto. Krúpov sacó del bolsillo algo intermedio entre una cartera y una maleta, extrajo una carta que descansaba en compañía de unas tijeras curvas, unas lancetas y unas sondas y leyó: «Ofrezca 2.000 rublos al año, a lo sumo 2.500, porque por 3.000 rublos en casa de mi vecino vive un francés de Suiza. Habitación aparte, té por la mañana, servicio y lavado de ropa blanca, como es costumbre. Comida en familia».

Krutsiferski no planteó ninguna exigencia, habló del dinero ruborizándose, preguntó por sus

obligaciones y reconoció con sinceridad que le daba un miedo mortal ir a vivir a una casa ajena y estar rodeado de extraños. Krúpov, conmovido, lo exhortó a no temer a los Niégrov. «Después de todo, no va a salir de padrino de los niños; le dará clases al niño y a sus padres los verá durante la comida. El general no lo ofenderá con el dinero, puedo responder por ello; su esposa se pasa el día durmiendo, así que no lo ofenderá salvo en sueños. La casa de Niégrov, créame, no es peor... a decir verdad, ni mejor que todas las casas de los terratenientes.» En una palabra, el trato quedó hecho: Krutsiferski fue contratado por dos mil quinientos rublos al año. El inspector se había vuelto un hombre perezoso en la vida provinciana, pero no dejaba de ser un hombre. Tras aprender por una serie de amargas experiencias que todos los sueños hermosos y las palabras grandilocuentes no han sido hasta ahora sino sueños y palabras, se instaló para siempre en N. N. y, poco a poco, fue acostumbrándose a estirar las sílabas, a llevar dos pañuelos en el bolsillo, uno rojo y otro blanco. Nada en el mundo estropea tanto a una persona como la vida en la provincia. Pero él todavía no había muerto del todo: sus ojos aún despedían chispas. Muchas cosas se estremecieron en el alma de Krúpov al ver a ese joven noble y puro; recordó el tiempo en el que él y Antón Ferdinándovich soñaban con hacer una revolución en la medicina, en ir a Gottinga... y sonrió con amargura al evocar esos recuerdos. Cuando el trato quedó hecho se le ocurrió pensar: «¿Haré bien en meter a este muchacho en la estúpida vida de un terrateniente semiestepario?». Incluso se le ocurrió la idea de darle dinero y convencerlo de que no abandonara Moscú; quince años antes habría hecho eso, pero a las manos viejas les cuesta horrores abrir la cartera. «¡Es el destino!», pensó Krúpov consolándose. Es extraño que en ese caso actuó punto por punto como lo viene haciendo la humanidad desde tiempos inmemoriales: Napoleón decía que el destino es una palabra que carece de sentido, y que por eso es tan consoladora.

—Pues bien, trato hecho —dijo por fin el inspector después de un breve silencio—. Yo viajo dentro de cinco días y me alegraré mucho si comparte usted el coche conmigo.

IV

VIDA COTIDIANA

Hace mucho que se sabe que el hombre puede aclimatarse en todas partes, en Laponia y en Senegal. Por eso, en rigor, no es de asombrarse que Krutsiferski poco a poco se fuera acostumbrando a la casa de Niégrov. El modo de vida, los juicios, los intereses de esas personas primero lo dejaron pasmado, pero después se volvió indiferente a ellos, si bien distaba de reconciliarse con esa vida. Cosa extraña: en casa de Niégrov no había nada singular ni chocante, pero a un hombre joven, a un muchacho le resultaba algo difícil e incómodo respirar en ella. Un vacío de lo más absoluto y abarcador reinaba en la honorable familia de Alekséi Abrámovich. Para qué esas personas se levantaban de la cama, para qué se movían, para qué vivían: sería difícil responder a estas preguntas. Por lo demás, tampoco hay necesidad de responder a ellas. Esas buenas personas vivían porque habían nacido y continuaban viviendo por instinto de autoconservación. ¿De qué objetivos e intenciones de fondo puede hablarse aquí?... ¡Todo eso es cosa de la filosofía alemana! El general se levantaba a las siete de la mañana y enseguida se presentaba en la sala con un grueso chibúquí de color cereza; cualquier desconocido podría pensar que por su cabeza vagaban proyectos y consideraciones de primerísima importancia: ¡tan pensativo era el aspecto con el que fumaba! Pero lo único que vagaba era el humo, y no dentro de su cabeza, sino fuera. Aquel meditabundo fumar se prolongaba una hora. Alekséi Abrámovich todo ese tiempo iba y venía por la sala, deteniéndose a menudo delante de la ventana, por la que miraba con la mayor atención, entornando los ojos, frunciendo el ceño, con una mueca de descontento, incluso suspirando, pero eso también era una ilusión óptica, como su meditación. El administrador debía en esos momentos esperar en la puerta, al lado del criado. Cuando terminaba de fumar, Alekséi Abrámovich se dirigía al administrador, tomaba de sus manos el informe y comenzaba a regañarlo a muerte, añadiendo cada vez que «se ha acabado, que lo conoce, que sabe enseñar a granujas y que, como ejemplo de justicia, mandará a su hijo al ejército y a él lo mandará a cazar pájaros». Si esa medida de higiene moral era algo así como los baños diarios con agua fría, una medida mediante la cual mantenía el miedo y la obediencia de sus vasallos, o si se trataba simplemente de una costumbre patriarcal, en ambos casos la constancia era digna de

elogio. El administrador escuchaba aquellos sermones paternales con muda abnegación: escucharlos le parecía una obligación tan fundamental ligada a su cargo como robar trigo y cebada, heno y paja. «¡Ay, qué bandido eres! –gritaba el general–. ¡Colgarte tres veces sería poco!» «A las órdenes de su excelencia», respondía con la mayor tranquilidad el administrador, inclinando sus pícaros ojos hacia el suelo. Esa conversación duraba hasta que los hijos llegaban para saludarlo; Alekséi Abrámovich les tendía la mano; con ellos aparecía una *madame* francesa en miniatura que parecía esfumarse, se ensimismaba y se sentaba *à la Pompadour*; anunciaba que el té estaba listo, y Alekséi Abrámovich se dirigía a la sala de descanso, donde Glafira Lvovna ya lo esperaba delante del samovar. La conversación solía empezar por las quejas de Glafira Lvovna acerca de su salud y el insomnio; sentía en la sien derecha un dolor agudo e incomprensible que se extendía hacia la nuca y el sincipucio y no la dejaba dormir. Alekséi Abrámovich escuchaba el parte de salud de su esposa con bastante indiferencia, quizá porque él era el único en todo el género humano que sabía muy bien y con certeza que ella no se despertaba nunca de noche, quizá porque veía claramente que esa enfermedad crónica era buena para la salud de Glafira Lvovna; no lo sé. Por el contrario, Eliza Ávgustovna se horrorizaba, compadecía a la sufriente y la consolaba diciéndole que la princesa R., en cuya casa había vivido, y la condesa M., en cuya casa podría haber vivido de haberlo querido, también padecían ese dolor agudo y lo llamaban *tic douloureux*.²³ Durante el té se presentaba el cocinero; la noble pareja le encargaba el almuerzo y lo reñía por el del día anterior, si bien los platos estaban vacíos cuando los recogieron. El cocinero tenía respecto del administrador la ventaja de que todos los días lo reñía el señor, al igual que al administrador, pero, además, también lo reñía la señora. Después del té, Alekséi Abrámovich se dirigía al campo; a pesar de que había vivido varios años sin salir de la aldea, no había hecho grandes progresos en agronomía y solo detectaba desarreglos menores; lo que más le gustaba era la disciplina y ver obediencia incondicional. El robo más descarado se producía casi delante de sus ojos, pero él la mayor parte de las veces no lo notaba y, cuando lo hacía, se ocupaba con tanta torpeza del asunto que siempre quedaba como un tonto. Como auténtico jefe y padre de la comuna, solía decir: «A un ladrón lo tolero, a un estafador lo tolero, pero la insolencia sí que no puedo soportarla», y ¡ahí residía su *point d'honneur*!²⁴ patriarcal! Glafira Lvovna, salvo casos excepcionales, nunca salía de casa a pie, sin contar, desde luego, el viejo jardín, que a causa del abandono había embellecido y empezaba desde el mismo balcón; incluso para recoger setas viajaba siempre en un coche. Eso sucedía del siguiente modo. A la noche se daba la orden al alcalde pedáneo de que reuniera una legión de niños y niñas con cestas, canastas, cestos, etcétera. Glafira Lvovna y la francesa viajaban a paso de hombre por el claro del bosque y el enjambre de niños descalzos, semidesnudos y a medio comer, guiados por una vieja corralera, un señorito y una señorita, caían sobre boletos amarillos, falsos níscalos, rúsulas, hongos blancos y toda clase de setas. La corralera llevaba las setas asombrosamente

grandes o extraordinariamente pequeñas a la esposa del general, que se dignaba admirarlas y seguía adelante. Cuando volvía a casa, siempre se quejaba del cansancio y se acostaba a dormir antes del almuerzo, valiéndose para recobrar fuerzas de algún resto de la cena del día anterior: cordero o ternero alimentado solo con leche, pavo alimentado con nueces o algo por el estilo, ligero y rico. En tanto, Alekséi Abrámovich también tomaba vodka, picaba algo, *repetía* y se iba a pasear al jardín; era ese el momento en el que más le gustaba dar vueltas por el jardín y ocuparse del invernadero, interrogando sobre todas las cosas a la esposa del jardinero, que en toda su vida no había sabido distinguir las peras de las manzanas, lo que no le impedía tener una apariencia bastante agradable. En ese momento, es decir, una hora y media antes del almuerzo, la francesa se ocupaba de la educación de los niños. Qué y cómo les enseñaba, eso quedaba envuelto en un misterio impenetrable. El padre y la madre estaban satisfechos: ¿quién tiene derecho, por tanto, a inmiscuirse en asuntos familiares? A las dos se servía el almuerzo. Cada plato era suficiente para matar a una persona acostumbrada a la comida europea. Grasa, grasa y grasa apenas suavizada con col, cebolla y setas saladas era procesada, con ayuda de la suficiente cantidad de madeira y oporto, en el elástico cuerpo de Alekséi Abrámovich, en el cebado de Glafira Lvovna y en el cuerpito fruncido de Eliza Ávgustovna, que apenas le cubría los huesitos. Por cierto, Eliza Ávgustovna no se quedaba a la zaga de Alekséi Abrámovich en el consumo de madeira (notemos por lo demás el paso adelante del siglo XIX: en el siglo XVIII a una *madame* contratada no se le concedía el derecho a beber vino durante la comida); aseguraba que en su patria (Lausana) tenían viñedos y que en su casa, en lugar de *kvas*, siempre bebía madeira directamente de la vid y ya entonces se había acostumbrado a él. Después del almuerzo, el general se acostaba a dormir media hora en el sofá de su despacho y dormía mucho tiempo más, mientras Glafira Lvovna se dirigía con la *madame* a la sala de descanso. La *madame* hablaba sin parar, y Glafira Lvovna conciliaba el sueño bajo sus interminables historias. A veces, para variar, Glafira Lvovna mandaba a buscar a la esposa del sacerdote rural y esta se presentaba: un ser extraño, incoherente, eternamente asustado y temeroso de todo. Glafira Lvovna pasaba horas enteras con ella y después le decía a la *madame*: «Ah, *comme elle est bête, insupportable!*». ²⁵ Y, en efecto, la esposa del pope era una tonta redomada. Después el té, después la cena a eso de las diez; después de la cena todas las bocas de la familia empezaban a bostezar. Glafira Lvovna señalaba que en la aldea hay que vivir como los aldeanos, es decir, acostarse antes a dormir, y la familia se separaba. A las once la casa roncaba desde la caballeriza hasta la buhardilla. A veces recibían la visita de algún vecino –un Niégrov con otro apellido– o de una vieja tía que vivía en la capital de la provincia y se moría de ganas de casar a sus hijas; entonces el régimen de vida cambiaba por un instante, pero las visitas se marchaban y todo volvía a su curso habitual. Claro está que, además de todas esas ocupaciones, aún les quedaba bastante tiempo que no sabían en qué emplear, sobre todo en el lluvioso otoño y en las largas noches de invierno. Todo el talento

de la francesa era utilizado en calafatear esos agujeros en el tiempo. Cabe señalar que tenía qué contar. Había llegado en los últimos años del reinado de la difunta emperatriz Catalina como costurera de una compañía teatral francesa; su marido entonces era su *segundo amante*, pero, por desgracia, el clima de Petersburgo fue funesto para él, sobre todo después de que, al defender a una de las artistas de la compañía con un ahínco mayor al que corresponde a un hombre casado, un sargento de la guardia lo arrojó a la calle por la ventana de un primer piso; probablemente, al caer, no tomó las suficientes precauciones contra el aire húmedo, porque desde ese momento empezó a toser; tosió durante unos dos meses y después dejó de hacerlo por la muy sencilla razón de que se murió. Eliza Ávgustovna enviudó precisamente cuando más necesidad se tiene de un marido, es decir, a los treinta años... Lloró, lloró y se metió primero como hermana de la caridad para asistir a un enfermo de gota, y, después, como institutriz de la hija de un viudo de estatura muy alta; de ahí pasó a casa de una princesa, etcétera; es imposible referirlo todo. Basta con saber que sabía adaptarse sumamente bien a las costumbres de la casa en la que se hallaba, se granjeaba la confianza, se volvía indispensable, cumplía con encargos secretos y manifiestos, imprimía a todos sus actos un sello de clientelismo y humillación, cedía el lugar, se adelantaba a los deseos. En una palabra, las escaleras ajenas no eran escarpadas para ella ni el pan ajeno le sabía amargo.²⁶ Reía a carcajadas, tejía medias y vivía tranquila, despreocupadamente y canturreando; involucrada siempre en todas las pequeñas historias que tenían lugar entre el cuarto de señoritas y el dormitorio, nunca se le ocurría pensar en su lamentable existencia. Así pues, cuando reinaba el aburrimiento Eliza Ávgustovna consolaba con sus relatos, mientras Alekséi Abrámovich se echaba un solitario y Glafira Lvovna se quedaba sentada sin hacer nada en el sofá. Eliza Ávgustovna conocía miles de aventuras e intrigas de sus *bienhechores* (así llamaba a todos aquellos en cuyas casas había educado a los niños); las contaba con considerables añadidos y en todas se atribuía el papel principal, fuera el mejor o el peor, igual daba. Alekséi Abrámovich escuchaba con mayor interés que su esposa las escandalosas crónicas de la institutriz de sus hijos y se reía de todo corazón, hallando que esa mujer era un tesoro, no una *madame*. Casi de ese modo transcurría un día tras otro, y el tiempo pasaba dando señales de sí de tanto en tanto, mediante fiestas importantes, ayunos, días más cortos, días más largos, onomásticas y cumpleaños, y Glafira Lvovna, asombrada, decía: «¡Oh, Dios mío, pero si pasado mañana es Navidad y pareciera que fue ayer que empezó a nevar!».

Pero, a todo esto, ¿dónde está Liúbonka, la pobre muchacha criada por los bondadosos Niégrov? La hemos olvidado por completo. De eso tiene la culpa más ella que nosotros: permanecía la mayor parte del tiempo en silencio en el círculo de la familia patriarcal, casi no participaba en absoluto en todo lo que sucedía a su alrededor y marcaba de ese modo una nota claramente disonante en el armonioso acorde de los demás miembros de la familia. Había mucho de extraño en esa señorita: su rostro lleno de energía se combinaba con una apatía y una frialdad

por lo visto imperturbables; era hasta tal punto indiferente a todo que a veces se le hacía intolerable a la propia Glafira Lvovna, que la llamaba inglesa gélida, aunque las cualidades andaluzas de la esposa del general también dejaban un gran lugar a dudas. De cara se parecía al padre, solo que los ojos celeste oscuro los había heredado de Dunia; pero en ese parecido había un contrapunto tan grande que los dos rostros podían servirle a Lavater²⁷ de objeto para un nuevo tomo de frases floridas: las duras facciones de Alekséi Abrámovich, si bien se reflejaban en el rostro de Liúbonka, se veían, por así decirlo, redimidas; por el rostro de ella se podía deducir que Niégrov quizá contaba con buenas capacidades sofocadas y arruinadas por la vida; su rostro era la explicación del de Alekséi Abrámovich: quien la miraba a ella se reconciliaba con él. Pero ¿por qué ella siempre estaba pensativa? ¿Por qué tan pocas cosas la alegraban? ¿Por qué le gustaba quedarse sola en su habitación? Había muchas causas para ello, tanto internas como externas; empecemos por las últimas.

Su situación en la casa del general no era envidiable, no porque quisieran echarla u oprimirla, sino porque esas personas llenas de prejuicios y privadas de esa delicadeza que solo brinda la instrucción eran inconscientemente groseras. Ni el general ni su esposa comprendían la extraña situación de Liúbonka en su casa y agravaban su carga sin necesidad alguna tocando las fibras más delicadas de su corazón. El carácter severo y en parte altivo de Niégrov, a menudo, y sin ninguna intención, la ofendía profundamente, y después él la agraviaba adrede, pero sin entender en absoluto qué gran influencia tenían ciertas palabras sobre un alma más tierna que la de su administrador, y cómo debía ser cuidadoso con esa muchacha indefensa, hija y no hija que vivía con él por derecho y por gracia. Esa delicadeza era imposible en un hombre como Niégrov: ni siquiera se le ocurría pensar que esa niña podía ofenderse con sus palabras. ¿*Quién es ella* para ofenderse? Alekséi Abrámovich, deseando reforzar cada vez más el amor de Liúbonka por Glafira Lvovna, solía repetirle que toda su vida estaría obligada a rezarle a Dios por su esposa, que solo a ella le debía toda su felicidad, que si no hubiera sido por ella no habría sido una señorita, sino una criada. Le hacía sentir hasta en las ocasiones más nimias que, aunque había sido criada como sus hijos, entre ellos había una gran diferencia. Cuando cumplió dieciséis años, Niégrov miraba a cualquier hombre soltero como a un novio conveniente para ella; si un asesor venía de la ciudad con algún documento, si le llegaba el rumor sobre algún pequeño propietario de la vecindad, Alekséi Abrámovich decía delante de la pobre Liúbonka: «¡Qué bueno sería que el asesor pidiera su mano, de veras, qué bueno sería! A mí me convendría, y, además, ¿por qué sería un mal partido para ella? ¡No va a esperar a un conde!». Glafira Lvovna no acosaba menos a Liúbonka; incluso a veces la mimaba a su manera: la obligaba a comer hasta hartarse, le daba confitura a cualquier hora, etcétera; pero también hacía sufrir mucho a la pobre. Glafira Lvovna se consideraba obligada a presentarla a cada nueva conocida añadiendo: «Es una huérfana que se cría con mis criaturas», y después empezaban los susurros. Liúbonka adivinaba de qué hablaban,

palidecía, ardía de vergüenza, sobre todo cuando una señora de provincias, al escuchar la secreta explicación, le lanzaba una mirada impertinente acompañada de una sonrisa ambigua. Últimamente, Glafira Lvovna había cambiado un poco su manera de tratar a la huérfana: empezó a ocurrírsele un pensamiento que posteriormente podía derivar en una terrible persecución contra Liúbonka; a pesar de toda la ceguera materna, entrevió que su Liza –obesa, de mejillas rosadas y muy parecida a la madre, pero con una expresión algo tonta– quedaría siempre eclipsada por la noble apariencia de Liúbonka, a la cual su aspecto pensativo, además de su belleza, le confería algo que hacía imposible ignorarla. Al notar eso, se mostró completamente de acuerdo con Alekséi Abrámovich en que, si se presentaba un secretario bondadoso o un asesor también bondadoso, la casarían. Todo eso no podía pasar desapercibido para la muchacha. Además de lo dicho, todo lo que la rodeaba la oprimía; sus relaciones con la servidumbre, entre la que vivía su *nodriza*, eran dificultosas. Las doncellas la tenían por una advenediza y, fieles a un modo aristocrático de pensar, consideraban señorita solo a la noble Liza. Pero, cuando se convencieron de la excepcional mansedumbre de Liúbonka, de su candidez; cuando vieron que nunca las delataba ante Glafira Lvovna, perdió todo valor a sus ojos y, en los momentos de indignación, decían casi en voz alta: «Aunque la mona se vista de seda, mona se queda: no tiene ni porte ni aspecto noble». Todo eso son minucias que no merecen atención desde el punto de vista de la eternidad, pero pido a quien haya sufrido en carne propia esos mores y agravios insignificantes y alevosos que diga –y mejor si es una mujer– si son fáciles o no de sobrellevar. Para colmo de males, a veces venía de la capital de la provincia una tía de Alekséi Abrámovich con sus tres hijas. La vieja –mala, medio chiflada y mojigata– no podía ver a la desgraciada muchacha y la trataba de un modo indignante. «¿A santo de qué te has endomingado así, eh, madrecita? –decía moviendo la cabeza–. ¡Dime, por favor! Porque así, señora, la pueden tomar por una igual a mis hijas. Glafira Lvovna, ¿por qué la malcría así? Si Márfushka, su tía, en mi casa es corralera, una sierva. ¿A santo de qué viene esto, de veras? Y Alekséi también, viejo pecador, debería avergonzarse ante las buenas personas.» Esas observaciones injuriosas las finalizaba siempre con una plegaria para que el Señor perdonara a su sobrino el pecado del nacimiento de Liúbonka. Las hijas de la tía –tres gracias provinciales de las cuales la mayor ya hacía dos o tres años que tenía la fatal edad de veintinueve años–, si bien no se expresaban con esa sencillez tan patriarcal, le hacían sentir a Liúbonka en cada palabra toda su condescendencia por honrarla con su cariño. Ella disimulaba ante los demás cuán profundamente la agraviaban semejantes escenas, o, mejor dicho, las personas que la rodeaban no podían verlo y entenderlo si no se les mostraba y explicaba; pero, cuando se retiraba a su habitación, lloraba con amargura... Sí, no podía superar esas ofensas, aunque difícilmente pudiera hacerlo cualquier muchacha en su situación. Glafira Lvovna sentía lástima de ella, pero ofrecerle protección, mostrar su descontento no le pasaba por la cabeza; solía limitarse a darle una ración doble de confitura, y después, cuando despedía con

gran cariño a la vieja y repetía mil veces que la *chère tante*²⁸ no se olvidara de ellos, le decía a la francesa que no la soportaba y que siempre, después de sus visitas, sentía los nervios alterados y un dolor agudo en la sien izquierda que se extendía luego hacia la nuca.

¿Es necesario decir que la educación de Liúbonka guardaba correspondencia con todo lo demás? Excepto Eliza Ávgustovna, nadie la instruía; Eliza Ávgustovna, por su parte, solo empleaba con los niños una gramática francesa, a pesar de que el misterio de la ortografía francesa a ella no se le había dado y había escrito con grandes errores hasta peinar canas. Salvo gramática, no enseñaba otra cosa, aunque, por lo demás, contaba que había preparado a los dos hijos de una princesa para ingresar en la universidad. Libros en casa de los Niégrov había pocos, y en el despacho de Alekséi Abrámovich no había ni uno; en cambio, Glafira Lvovna tenía una biblioteca: en la sala de descanso había un armario cuyo estante superior lo ocupaba un lujoso juego de té que nunca se utilizaba, y en su estante inferior había libros: unas cincuenta novelas francesas; parte de ellas había servido de entretenimiento e instrucción a la condesa Mavra Ilínishna en tiempos inmemoriales; las restantes las había comprado Glafira Lvovna en el primer año de su matrimonio; por entonces compraba de todo: un narguile para el marido, un portafolios con vistas de Berlín, un collar estupendo con broche dorado... Entre esas cosas inútiles compró unos cuarenta libros que estaban de moda; había allí dos o tres en inglés que también habían viajado a la aldea, pese a que no solo en la casa de Niégrov, sino tampoco en seis kilómetros a la redonda, nadie sabía inglés. Los había llevado por la encuadernación inglesa, que en efecto era muy buena. Glafira Lvovna le permitía de buena gana a Liúbonka llevarse libros; incluso la animaba diciendo que a ella le gustaba con pasión la lectura y que lamentaba mucho que los complicados ajetreos del hogar y de la crianza no le dejaran tiempo para leer. Liúbonka leía con gusto y atención, pero no sentía una singular afición por la lectura: no se apegó tanto a los libros como para que estos se le volvieran imprescindibles; algo siempre le parecía indolente en ellos, y hasta Walter Scott le infundía a veces un terrible aburrimiento. Sin embargo, la esterilidad del ambiente que rodeaba a la joven no sofocó su desarrollo, sino todo lo contrario: las insulsas circunstancias en las que se hallaba más bien contribuyeron a un potente crecimiento. ¿De qué manera? Misterio del alma femenina. Una muchacha o bien desde un principio se adapta tanto a su entorno que ya a los catorce años coquetea, cotillea, hace ojitos a los oficiales que pasan por el camino, nota si las doncellas roban té y azúcar y se prepara para ser una honorable ama de casa y una madre severa, o bien se libra con extraordinaria facilidad de la mugre y la basura, vence lo exterior con su nobleza interior, comprende la vida mediante alguna revelación y adquiere un tacto que la protege y la acompaña. Tal desarrollo es casi desconocido para el hombre; a nosotros nos educan, nos educan en el liceo, en la universidad, en las salas de billar y en otras instituciones más o menos pedagógicas, y no antes de los treinta y cinco años adquirimos, junto con la pérdida del cabello, de la fuerza y de las pasiones, ese grado de desarrollo y comprensión

que en la mujer se adelanta y va de la mano de la juventud y la plenitud y frescura de sentimientos.

Liúbonka tenía doce años cuando unas palabras de lo más duras y groseras pronunciadas por Niégrov en un momento de enfado paternal la instruyeron en pocas horas, le dieron el impulso después del cual ya no se detuvo. Desde los doce años esa cabecita cubierta por rizos oscuros empezó a trabajar; el círculo de cuestiones que la excitaban era pequeño y absolutamente personal, por eso podía concentrarse tanto más en ellas; nada exterior, nada de lo que la rodeaba le interesaba; pensaba y soñaba, soñaba para aliviar su alma, y pensaba para comprender sus sueños. Así transcurrieron cinco años. Cinco años en el desarrollo de una muchacha es toda una época; pensativa, ocultamente fervorosa, Liúbonka en esos cinco años empezó a sentir y comprender cosas que las buenas personas no suelen adivinar hasta la tumba; a veces temía sus pensamientos, se reprochaba su desarrollo, pero no lograba adormecer la actividad de su espíritu. No tenía a quién comunicar todo lo que la ocupaba, todo lo que había acumulado en su pecho; al final, sin fuerzas para cargarlo todo en su interior, dio con una idea muy habitual en las muchachas: empezó a anotar sus pensamientos y sus sentimientos. Era una especie de diario; para que lo conozcan, reproduciremos los siguientes pasajes:

Anoche estuve mucho tiempo sentada bajo la ventana; la noche era templada y en el jardín se estaba tan bien... No sé por qué me sentía cada vez más triste; era como si un oscuro nubarrón se hubiera elevado desde el fondo de mi alma; me sentía tan mal que lloraba, lloraba con amargura... Tengo padre y madre, pero soy huérfana: estoy completamente sola en el mundo, y siento con horror que *no amo a nadie*. ¡Es terrible! Mires a quien mires, todos aman a alguien; a mí todos me resultan extraños, quiero amar y no puedo. A veces me parece que amo a Alekséi Abrámovich, a Glafira Lvovna, a Misha, a mi hermana, pero me engaño. Alekséi Abrámovich es tan severo conmigo que me resulta más extraño que Glafira Lvovna; pero él es mi padre: ¿acaso los hijos juzgan a su padre? ¿Acaso lo aman por algo? Lo aman porque es su padre, pero yo no puedo. ¿Cuántas veces me he jurado escuchar con mansedumbre sus injustos reproches? Pero no puedo acostumbrarme... En cuanto Alekséi Abrámovich se pone rudo, mi corazón late más rápido y creo que, si me lo permitiera, le respondería con la misma rudeza... El amor por mi madre me lo han echado a perder, me lo han quitado; apenas tenía cuatro años cuando me enteré de que era mi madre; ya era tarde para hacerme a la idea de que tenía una madre: la quería como nodriza... A ella la amo, pero temo reconocer que me siento incómoda en su presencia; debo ocultar muchas cosas cuando hablo con ella, y eso molesta, agobia; cuando se ama, hay que decirlo todo; con ella no me siento libre; es una anciana bondadosa, y es más niña que yo; además, se ha acostumbrado a llamarme señorita, a tratarme de usted, y eso es casi más penoso que el grosero lenguaje de Alekséi Abrámovich. Yo rezaba por ellos y por mí, le pedía a Dios que purificara mi alma de orgullo, que me reconciliara, que me infundiera amor, pero el amor no embargó mi corazón.

Una semana después. ¿Acaso todas las personas se parecen a ellos, y en todas partes viven como en esta casa? Nunca he salido de la casa de Alekséi Abrámovich, pero me parece que es posible vivir mejor incluso en la aldea; a veces siento una pesadumbre insoportable con ellos, o ¿será que me he vuelto una huraña de estar todo el tiempo sola? Algo muy distinto es cuando me retiro a la alameda de tilos, me siento en el banco al final de

ella y miro a lo lejos; entonces me siento bien, me olvido de ellos; no es que me dé alegría; más bien me da tristeza, pero es una tristeza agradable... Al pie del monte hay una aldea; me gustan esas isbas pobres de los campesinos, el riachuelo que corre cerca y el bosquecillo a lo lejos; me quedo mirando horas enteras, mirando y aguzando el oído: a veces se escucha una canción a lo lejos, otras el golpeteo de los mayales, otras el ladrido de los perros y los chirridos de las carretas... Y allí, en cuanto los chiquillos de los campesinos ven mi vestido blanco, corren hacia mí, me traen fresas, me cuentan toda clase de tonterías y yo los escucho y no me aburro. ¡Qué hermosos rostros tienen, francos, nobles! Da la sensación de que, si se los educara como a Misha, ¡qué personas llegarían a ser! A veces vienen a ver a Misha al patio del señor, solo que yo me escondo de ellos: nuestros criados y la propia Glafira Lvovna los trata con tanta dureza que el corazón se me inunda de sangre; los pobrecitos intentan por todos los medios agradar a su hijo, corren, le atrapan ardillas, pájaros, pero él los ofende... Es extraño: Glafira Lvovna es muy sensible, llora cuando le cuentan algo triste, pero a veces me asombro de su rudeza; como con vergüenza, siempre dice: «Ellos eso no lo entienden. No hay que tratarlos humanamente. Enseguida se olvidan». Yo no lo creo: ¡por lo visto, la sangre campesina de mi madre corre por mis venas! Siempre hablo con los campesinos como con los demás, como con todos; ellos me quieren, me traen leche cocida, panales; es cierto que a mí no me hacen reverencias como a Glafira Lvovna, pero, en cambio, siempre me reciben con aspecto alegre, con una sonrisa... No logro entender por qué los campesinos de nuestra aldea son mejores que todas las visitas que recibimos de la capital de la provincia y de los alrededores, y también mucho más inteligentes; aquellos tienen estudios, son terratenientes, funcionarios, pero son repulsivos...

¿Es posible que una muchacha criada en la familia patriarcal de Niégrov, que a sus diecisiete años nunca había salido de casa, había leído poco y visto aún menos, sintiera así? De la veracidad empírica del diario responde la conciencia de quien ha recopilado los documentos; de la veracidad psíquica permítanme responder a mí. La extraña situación de Liúbonka en casa de Niégrov ya la conocen; la joven, dotada por naturaleza de fuerza y energía, era agraviada por todos lados por su ambigua relación con la familia, por la situación de su madre, por la ausencia de toda delicadeza de su padre, que consideraba que la culpa de su nacimiento recaía no en él, sino en ella; por toda la servidumbre, en fin, que contemplaba a Dunia con ironía y con el dejo aristocrático propio de los lacayos. ¿Dónde iba a meterse Liúbonka, si en todas partes la rechazaban? Tal vez habría huido a un regimiento o no sé adónde si hubiera sido hombre; pero era una muchacha y se recluyó en sí misma; durante años soportó su pena, sus ofensas, su ociosidad, sus pensamientos; cuando, poco a poco, una parte de lo que daba vueltas en su alma empezó a sedimentarse, cuando no pudo satisfacer la natural e imperiosa necesidad de abrir su corazón a alguien, tomó la pluma y comenzó a escribir, o sea, a contarse a sí misma, por así decirlo, aquello que la ocupaba y, de ese modo, aligerar su alma.

No se requiere mucha perspicacia para prever que el encuentro de Liúbonka con Krutsiferski en las condiciones en las que se conocieron no dejaría de tener consecuencias. La influencia de una larga educación y la vida mundana apenas logran embotar en los jóvenes la capacidad y la disposición a amar. Liúbonka y Krutsiferski no podían dejar de reparar el uno en el otro: estaban solos, estaban en la estepa... Durante mucho tiempo el apocado candidato no se atrevió a cruzar

dos palabras con ella; el destino los presentó en silencio. Lo primero que acercó a los jóvenes fue la sencillez paternal con la que Niégrov trataba a los suyos y a los criados. Liúbonka, como ella misma dijo, no había podido acostumbrarse en toda su vida al tono rudo de Alekséi Abrámovich; desde luego, sus salidas causaban un efecto aún mayor en presencia de extraños; sus mejillas encendidas y la propia agitación no le impidieron, sin embargo, entrever que los modales patriarcales causaban el mismo efecto en Krutsiferski; después de un buen tiempo él, por su parte, también notó lo mismo; entonces entre ellos se estableció una mutua y secreta comprensión; se estableció antes de que intercambiaran dos o tres frases. En cuanto Alekséi Abrámovich empezaba a *pinchar* a Liúbonka o a sermonear a algún Spirka de sesenta años o a algún Matiushka canoso como la nieve, la mirada sufriente de Liúbonka, largo tiempo clavada al suelo, se deslizaba sin querer hacia Dmitri Iákovlevich, a quien le temblaban los labios y le subían los colores a la cara; él, del mismo modo, para aliviar aquel sentimiento penoso y desagradable, buscaba a hurtadillas leer en el rostro de Liúbonka lo que ocurría en su alma. Al principio no pensaban adónde conducirían esas miradas de simpatía, a ellos más que a cualquier otro, porque en todo lo que los rodeaba no había nada que pudiera no solo doblegar, sino mantener dentro de los límites, distraer esa flamante simpatía; todo lo contrario: la completa extrañeza de los demás facilitaba su desarrollo.

No tengo la menor intención de contarles palabra por palabra la historia de amor de mi héroe: las musas me negaron la capacidad de describir el amor:

¡Oh, odio, eres tú lo que canto!

Les diré brevemente que dos meses después de haber llegado a casa de Niégrov, Krutsiferski, por naturaleza tierno y arrebatado, estaba loco y apasionadamente enamorado de Liúbonka. Su amor se había convertido en el centro alrededor del cual se disponían todos los elementos de su vida; todo lo subsumía a él: su amor por los padres, su amor por la ciencia; en una palabra, amaba como puede amar una naturaleza nerviosa y romántica, amaba como Werther, como Vladímir Lenski.²⁹ Durante mucho tiempo no se confesó a sí mismo ese nuevo sentimiento que se había apoderado de todo su pecho, y más tiempo tardó aún en decírselo a ella; ni siquiera se atrevía a pensarlo; pero las más de las veces no es necesario pensar: tales cosas suceden por sí mismas.

Una día, después del almuerzo, cuando Niégrov dormía en su despacho y Glafira Lvovna en la sala de descanso, en el cuarto de estar se hallaba Liúbonka, a quien Krutsiferski leía en voz alta poemas de Zhukovski. Hasta qué punto es peligroso y dañino para un joven leer a una muchacha algo que no sea un curso de matemática pura se lo contó en el otro mundo Francesca de Rímini a Dante, dando vueltas en aquel maldito vals *della bufera infernale*:³⁰ le contó que pasó de la lectura al beso y del beso al desenlace trágico.³¹ Nuestros jóvenes no sabían eso y ya llevaban

varios días avivando su amor por intermedio de Zhukovski, a quien había traído el candidato. Mientras leyeron *Las grullas de Íbico*³² todo marchó bien, pero, cuando descubrieron quién había sido el asesino en ese caso, pasaron a *Alina y Alsim*,³³ y entonces esto fue lo que sucedió. Krutsiferski, tras leer con voz trémula la primera estrofa, se secó el sudor de la cara y, sofocándose, leyó a duras penas los siguientes versos:

Cuando, vidas en flor,
diga él con el alma:
Sé mía en este mundo...

se detuvo y rompió a llorar a raudales; el libro se le cayó de las manos, inclinó la cabeza y sollozó, sollozó locamente, sollozó como solo puede llorar un hombre que se ha enamorado por primera vez. «¿Qué le pasa?», preguntó Liúbonka, con el corazón también palpitante y los ojos llenos de lágrimas. «¿Qué le pasa?», repitió, temiendo con toda el alma la respuesta. Krutsiferski la tomó de la mano y, animado por una fuerza nueva y desconocida, aunque sin atreverse a levantar los ojos, le dijo: «¡Sea, sea mi Alina!... Yo... yo...». No pudo decir nada más. Liúbonka retiró suavemente la mano; sus mejillas ardían; rompió a llorar y se retiró. Krutsiferski no hizo nada para detenerla, y hasta es difícil que lo deseara. «¡Dios mío! –pensó–. ¿Qué he hecho?... Pero ha retirado la mano con tanta dulzura y mansedumbre...» Y otra vez lloró como un niño.

Esa misma tarde, Eliza Ávgustovna le dijo en broma a Krutsiferski:

–Usted debe estar enamorado, ¿verdad? Se lo ve distraído, triste... –Krutsiferski se puso rojo hasta las orejas–. Ya ve qué talento tengo para adivinar. ¿No quiere que le tire las cartas? –Dmitri Iákovlevich experimentaba todo lo que puede experimentar el criminal más terrible cuando ignora qué sabe el instructor de la causa y a qué cosas hace alusión–. Y bien, ¿quiere usted? –preguntó la fastidiosa francesa.

–Hágame el favor –respondió el joven.

Y Eliza Ávgustovna empezó a disponer las cartas con una sonrisa diabólica, añadiendo:

–Aquí está la dama *de vos pensées*...³⁴ ¡Es usted muy dichoso: ha caído al lado de su corazón!... Lo felicito, lo felicito... al lado del as de corazones... Ella lo ama mucho... ¿Esto qué es?... No se atreve a decírselo. ¡¿Y usted qué clase de caballero cruel viene a ser que la hace sufrir?!, etcétera. –A cada palabra, Eliza Ávgustovna clavaba sus ojitos penetrantes en él y se alegraba con toda el alma de la tortura a la que sometía al desgraciado joven–. *Pauvre jeune homme*,³⁵ ella no lo hará sufrir tanto... ¿Dónde hallar semejante corazón de piedra?... ¿Usted le ha hablado alguna vez de su amor? Seguro que no.

Krutsiferski se puso pálido, rojo, azul y amarillo, hasta que al final huyó para salvarse. Cuando

llegó a su habitación, tomó una hoja de papel; el corazón le palpitaba; desahogaba sus sentimientos con éxtasis y pasión; aquello era una carta, un poema, una plegaria; lloraba, era feliz; en una palabra, mientras escribía experimentaba instantes de absoluta dicha. Esos instantes, que suelen surcar el alma como relámpagos, son el mejor y más bello patrimonio de nuestra vida y nosotros no sabemos valorarlos: en vez de deleitarnos con ellos, nos apresuramos, inquietos, esperando siempre algo en el futuro...

Cuando terminó la epístola, Krutsiferski bajó. Bebían el té. Liúbonka no salió de su habitación; le dolía la cabeza. Glafira Lvovna estaba singularmente encantadora, pero nadie ponía atención en ella. Alekséi Abrámovich fumaba su pipa con aire meditativo (ustedes seguramente no han olvidado que su aspecto era una ilusión óptica). Eliza Ávgustovna, al pasar en busca de su taza, encontró la ocasión para decirle a Krutsiferski que debía hablar con él. La conversación no cuajaba; Misha irritaba al perro; este ladraba y Niégrov ordenó que lo sacaran; al final, la doncella con mangas de lienzo retiró el samovar, Alekséi Abrámovich se dispuso a jugar un solitario y Glafira Lvovna se quejó de que le dolía la cabeza. Krutsiferski se dirigió a la sala; comenzaba a oscurecer. Eliza Ávgustovna ya estaba allí.

—Cuando oscurezca, salga al balcón; lo estarán esperando —dijo.

Krutsiferski se sentía más muerto que vivo... ¿Debía creerle o no?... Le habían fijado una cita; a lo mejor ella, indignada, quería expresarle su enfado; a lo mejor... Salió al jardín; le pareció que a lo lejos, en la alameda de tilos, se movía un vestido blanco, pero no se atrevió a ir; no sabía siquiera si iría al balcón; sí, acaso solo para entregar la carta, por un momento, solo para entregar la carta... Qué ocurrencia terrible la de subir al balcón... Miró hacia arriba: en el rincón del balcón se veía, a pesar de que la oscuridad ya era total, un vestido blanco. ¡Era ella, ella, triste, pensativa, ella, que quizá lo amaba!... Puso el pie en el primer peldaño de la escalera que llevaba del jardín al balcón. Cómo alcanzó por fin el último, no lo describiré.

—¡Ah! ¿Es usted? —preguntó *Liúbonka* en un susurro.

Él callaba, ahogándose con el aire como un pez.

—¡Qué noche estupenda! —continuó *Liúbonka*.

—¡Perdóneme, perdóneme, por favor! —respondió Krutsiferski, y con su mano de muerto tomó la de ella. *Liúbonka* no la retiró—. Lea estas líneas —dijo él— y sabrá lo que a mí me cuesta tanto decir...

Otra vez un torrente de lágrimas regó sus mejillas encendidas. *Liúbonka* le apretó la mano; él bañó de lágrimas la de ella y la cubrió de besos. Ella tomó la carta y se la guardó en el pecho. La animación de él iba en aumento, y no sé cómo sucedió, pero sus labios rozaron los de ella; el primer beso de amor... ¡Ay de aquel que no lo haya experimentado! *Liúbonka*, arrebatada, le estampó un beso apasionado, prolongado, vibrante... Jamás Dmitri Iákovlevich había sido tan feliz; inclinó la cabeza sobre la mano, lloró... y, de pronto... la levantó y exclamó:

—¡Dios mío, qué he hecho!

Solo entonces se dio cuenta de que aquella no era *Liúbonka*, sino Glafira Lvovna.

—¡Amigo mío, cálmate! —dijo agonizando por el exceso de vida Niégrova, pero Dmitri Iákovlevich ya había bajado por la escalera; cuando llegó al jardín, se echó a correr por la alameda de tilos, abandonó el jardín, atravesó la aldea y cayó en el camino sin fuerzas, casi a punto de sufrir un ataque. Solo entonces recordó que la carta había quedado en manos de Glafira Lvovna. ¿Qué hacer? Se tiró del cabello como una fiera enfurecida y se revolcó en la hierba.

Para explicar el extraño *quid pro quo* debemos detenernos y decir algunas palabras. Los pequeños ojitos de Eliza Ávgustovna, muy observadores y avezados, notaron que, desde que la familia Niégrov se había ampliado con el ingreso de Krutsiferski, Glafira Lvovna se había vuelto un poco más cuidadosa de su vestimenta; que se ponía la blusa de otra manera; que habían aparecido toda clase de cuellos y cofias; que prestaba atención al cabello, y que la gruesa trenza de Palashka, que había tenido la desgracia de parecerse en su color a los restos de la cabellera de Glafira Lvovna, había empezado de nuevo a aparecer atada, a pesar de que ya la había comido un poco la polilla. El blando y rollizo rostro de la honorable madre de la familia había adquirido rasgos nuevos hasta entonces escondidos en los gruesos carrillos; sonreía y los ojos se le almibaraban, suspiraba y los ojos se le ponían melosos... A Eliza Ávgustovna no se le escapó ninguno de esos cambios; cuando un día entró por azar en la habitación de Glafira Lvovna en ausencia de esta y abrió por azar un cajón del tocador, encontró allí un frasco empezado de *rouge végétal*³⁶ que durante unos quince años había descansado al lado de unas gotas para ojos en la despensa y exclamó para sus adentros: «¡Ahora es mi turno de salir a escena!». Esa misma tarde, cuando quedó a solas con Glafira Lvovna, la *madame* empezó a contar cómo una princesa — desde luego— se había *interesado* en un hombre joven; cómo su corazón (es decir, el de Eliza Ávgustovna) padecía al ver que esa princesa angelical se demacraba, sufría; cómo la princesa, por último, cayó sobre su pecho como si fuera su único amigo y le pintó todas sus inquietudes, todas sus dudas, y le pidió consejo; cómo ella despejó sus dudas y le dio consejo; cómo después la princesa dejó de demacrarse y sufrir, y, por el contrario, empezó a engordar y alegrarse. Glafira Lvovna ardía con fuego nocturno al escuchar esos cuentos. Suele creerse que las personas obesas son incapaces de cualquier pasión; eso no es cierto: un incendio suele ser muy prolongado allí donde hay muchas sustancias grasas; basta solo con encenderlo. Y Eliza Ávgustovna, como ven, desempeñó el papel de fuelle y atizó las pequeñas chispas eróticas que corrían por Glafira Lvovna hasta convertirlas en llamas bastantes grandes. No llegó, es verdad, a que Glafira Lvovna le confiara su secreto; tuvo incluso la magnanimidad de no tirarle de la lengua porque eso no era en absoluto necesario: ella lo que quería era tener a Glafira Lvovna en su poder, y el éxito fue indudable. En el transcurso de dos semanas Glafira Lvovna le hizo dos regalos: un pañuelo de la fábrica Kupávanskaia y uno de sus vestidos de seda.

Krutsiferski, puro y virginal no solo en sus actos, sino también en sus sueños, no adivinó qué significaba la atenta obsequiosidad de la francesa, sus ambiguas insinuaciones y, por último, las ambiguas miradas de Glafira Lvovna. Su falta de perspicacia, su tímida desatención y sus miradas gachas atizaban cada vez más la pasión de la cuarentona mujer; la extraña inversión de la habitual relación entre los sexos confería al asunto un singular interés; en efecto, Glafira Lvovna desempeñaba el papel de conquistadora y seductora, y Dmitri Iákovlevich, el de una muchacha inocente en torno a la cual una araña malintencionada había empezado a tejer su tela. El bueno de Niégrov no se percataba de nada, seguía yendo a hacer preguntas a la esposa del jardinero sobre el estado de los árboles frutales, de modo que la paz y la armonía continuaban reinando en la casa patriarcal de Alekséi Abrámovich. Ahora podemos volver al balcón.

Glafira Lvovna, sin comprender muy bien la huida de su José,³⁷ se refrescó un poco con el aire nocturno, se dirigió a su habitación y, en cuanto se quedó sola, es decir, en compañía de Eliza Ávgustovna, sacó la carta; su vasto pecho estaba agitado; con dedos trémulos desdobló la carta, empezó a leer y de pronto lanzó un grito como si una lagartija o una rana envuelta en la carta se hubiera deslizado en su pecho. Tres doncellas acudieron corriendo a la habitación. Eliza Ávgustovna tomó la carta. Glafira Lvovna pidió colonia; una de las doncellas, asustada, le dio linimento volátil; ella mandó que se lo derramaran en la cabeza... «*Ah, le traître, le scélérat!*...»³⁸ ¿Quién lo hubiera esperado de esa mosquita muerta?... Nuestra inglesa... No, a esta generación insolente no hay manera de ennoblecerla: ¡ni una chispa de gratitud, nada!... ¡He cobijado a una serpiente en mi pecho!» Eliza Ávgustovna se hallaba en la posición de un funcionario conocido mío que, tras haber hecho trampa exitosamente a lo largo de su vida, pidió el retiro, seguro de que nadie lo reemplazaría; pidió el retiro para seguir trabajando, pero se lo aceptaron: tras haber engañado toda su vida, terminó engañándose a sí mismo. Como mujer despabilada que era, comprendió qué había pasado, comprendió qué error había cometido, y a la vez dedujo que ella y Glafira Lvovna estaban en manos de Krutsiferski tanto como él en las suyas; dedujo que, si los celos de Glafira Lvovna llegaban a irritarlo, podía delatar a Eliza Ávgustovna y, aunque no tuviera forma de demostrarlo, arrojaría de todas formas una sombra de desconfianza en el alma de Alekséi Abrámovich. Mientras ella meditaba en cómo refrenar la ira de la Dido abandonada³⁹, en la habitación entró Alekséi Abrámovich, bostezando y haciéndose la señal de la cruz en la boca. Eliza Ávgustovna estaba desesperada.

—¡Aleksis! —exclamó indignada la esposa—. Jamás se me habría ocurrido pensar lo que ha sucedido; figúrate, amigo mío; ese humilde maestro se escribe cartas con Liúbónka, y ¡qué cartas! Da horror leerlas. ¡Ha echado a perder a la indefensa huérfana!... Te pido que mañana mismo lo echés de patitas en la calle. ¡Por favor, delante de nuestra hija!... Es verdad que es una niña aún, pero eso puede afectar su imaginación.

Aleksis no estaba dotado de la capacidad de comprender con especial rapidez los asuntos y

evaluarlos. Además, estaba tan asombrado como en la luna de miel, cuando Glafira Lvovna le suplicó por la tumba de la madre y las cenizas del padre que le permitiera acoger a la hija de un amor prohibido. Por otra parte, tenía un sueño terrible; el momento para avisarle de la carta interceptada había sido mal elegido: un hombre soñoliento solo puede enfadarse con quien no lo deja dormir; los nervios están débiles, todo se halla bajo el efecto del cansancio.

—¿Qué pasa? ¿Qué cartas con Liuba?

—Sí, sí, cartas de Liúbonka con ese estudiante... Nuestra morigeradita... No hay vuelta que darle, ¿qué se podía esperar con ese origen?...

—Pero ¿qué dicen las cartas? ¿Se han confabulado, acaso? ¡Ya ves, trata de proteger a una muchacha de diecisiete años! No por nada se pasa todo el tiempo sola en su habitación, le duele la cabeza, que esto y que lo otro... Y a ese granuja lo obligaré a que se case con ella. ¿Qué? ¿Se ha olvidado en casa de quién vive? ¿Dónde está la carta? ¡Uf, caramba, qué letra pequeña! Es maestro y no sabe escribir; ni que fueran patitas de ratón. A ver, léela, Glasha.

—No voy ni siquiera a leer esos escándalos.

—¿Qué tonterías dice esta mujer? ¡Cuarenta años y aún sigue con esas cosas! Dashka, tráeme las gafas del despacho.

Dashka, que conocía bien el camino al despacho, le trajo las gafas. Alekséi Abrámovich se sentó al lado de una vela, bostezó, levantó ligeramente el labio superior, lo que le confirió a su nariz una expresión muy venerable, entornó los ojos y empezó a leer con gran dificultad, con un pesado tono libresco:

—«Sí, sea mi Alina. La amo con locura, con pasión, con exaltación; su nombre es Amor...».⁴⁰ ¡Qué dicharachero! —añadió el general—. «No espero nada, no me atrevo siquiera a soñar con su amor; pero mi pecho es demasiado estrecho y no puedo sino decirle que la amo. Perdóneme, se lo pido a los pies, perdóneme...» ¡Puf, qué tonterías! Y apenas es el comienzo de la primera página... ¡No, hermano, suficiente! Este humilde servidor leyendo un galimatías semejante... ¿Prevenir esto no era asunto de ustedes? ¿Adónde estaban mirando? ¿Por qué han dejado que se confabularan?... Pero bueno, no tiene importancia; la mujer tiene el pelo largo y el entendimiento corto. ¿Qué han descubierto en la carta? Son paparruchadas; es decir, nada serio... Ya es hora de casar a Liuba, ¿por qué no con él? El médico dice que corresponde a la décima categoría. Que trate de empecinarse conmigo... La mañana es más sabia que la noche; es hora de dormir. Adiós, Lizaveta Ávgustovna; tienes ojitos de lince, pero esta se te ha escapado... ¡Bueno, mañana hablaremos!

Y el general empezó a desvestirse y un minuto después roncaba, tras quedarse dormido con la idea de que Krutsiferski no se le escaparía y lo casaría con Liuba: él recibiría su castigo y ella quedaría colocada.

Aquel fue un día de adversidades. A Glafira Lvovna nunca se le podía ocurrir que en la cabeza

de Niégrov el asunto diera semejante giro; olvidó que últimamente ella misma le decía sin cesar a Niégrov que ya era hora de casar a Liuba; con la rabia de una vieja enamorada, se arrojó en la cama dispuesta a morder las fundas de las almohadas, y puede que en verdad lo hiciera.

El pobre Krutsiferski todo ese tiempo lo pasó tumbado en la hierba; deseaba tan sincera y profundamente morir que, si aquello hubiera ocurrido en tiempos del femenino gobierno de las Parcas, estas no habrían aguantado y habrían cortado su hilo. Abrumado por penosos sentimientos, entregado a la desesperación y el miedo, al miedo y la vergüenza, extenuado, acabó por donde había empezado Alekséi Abrámovich, es decir, se durmió. Si no fuera porque padecía de *febris erotica*, como decía del amor el doctor Krúpov, sin falta habría contraído *febris catharralis*,⁴¹ pero aquel frío rocío fue benéfico para él: su sueño, al principio agitado, se serenó, y, cuando despertó tres horas más tarde, salía el sol... Heine tiene toda la razón cuando dice que eso es una cosa antigua: de ahí sale y allí se pone; sin embargo, no por antigua es mala; cómo debe ser para un enamorado, huelga decirlo. El aire estaba fresco, lleno de un singular aroma propio; el rocío se retiraba en masas blanquecinas y densas, dejando tras de sí millones de gotas brillantes; la iluminación púrpura y unas sombras inusuales conferían algo nuevo y extrañamente elegante a los árboles, a las isbas de los campesinos, a todo el entorno; los pájaros cantaban con diferentes voces; el cielo estaba despejado. Dmitri Iákovlevich se levantó y sintió el alma más aliviada; delante de él serpenteaba y desaparecía el camino; lo miró un buen rato pensando si no debía marcharse por él, huir de esas personas que habían descubierto su secreto, su sagrado secreto, que él mismo había dejado caer en el fango. ¿Con qué cara volvería a casa, con qué cara se encontraría con Glafira Lvovna?... ¡Era mejor marcharse! Pero ¿cómo iba a abandonar a Liúbonka? ¿De dónde sacaría fuerzas para separarse de ella?... Y con pasos quedos volvió. Al entrar en el jardín vio en la alameda de tilos un vestido blanco; un intenso rubor inundó sus mejillas al recordar aquel terrible error, aquel primer beso; pero esta vez la mujer era Liúbonka; estaba sentada en su banco favorito, mirando triste y pensativa a lo lejos. Dmitri Iákovlevich se apoyó contra un árbol y la miraba con una especie de inspirado éxtasis. En efecto, en ese momento ella estaba asombrosamente bonita; cierto pensamiento la tenía muy ocupada; estaba triste, y esa tristeza daba algo majestuoso a sus facciones enérgicas, marcadas, juvenilmente bellas. El joven estuvo así mucho tiempo, sumido en la contemplación; su mirada estaba embargada de amor y devoción; por fin, se decidió a acercarse a ella. Su necesidad de hablarle era grande; debía prevenirla acerca de la carta. Liúbonka se turbó un poco al ver a Krutsiferski, pero en ello no había nada forzado, nada teatral; lanzó una rápida mirada a su vestido matutino, con el que no esperaba encontrarse con nadie, y con la misma rapidez se lo arregló; luego levantó su mirada serena y noble hacia Dmitri Iákovlevich. Este estaba delante de ella con los brazos cruzados en el pecho; ella encontró su mirada suplicante, rebotante de amor, sufrimiento, esperanza, éxtasis, y le tendió la mano; él la estrechó con lágrimas en los ojos... ¡Señores! ¡Qué

encantador es el hombre en su juventud!...

La declaración suscitada por *Alina* y *Alsim* había conmovido fuertemente a Liúbonka. Bastante antes, con esa perspicacia femenina de la que ya hemos hablado, sentía que era amada; pero aquello era un sobreentendido, algo no dicho con palabras; ahora la palabra había sido pronunciada, y la muchacha escribió por la noche en su diario:

Apenas si puedo poner algo de orden en mis pensamientos. ¡Oh, cómo lloraba él! ¡Dios mío, Dios mío! Jamás había pensado que un hombre puede llorar de ese modo. Su mirada tiene una fuerza que me hizo temblar, y no de miedo; su mirada es tan tierna, tan mansa, tan mansa como su voz... Me dio tanta lástima; creo que, si hubiera obedecido a mi corazón, le habría dicho que lo amo, lo habría besado para consolarlo. Él habría sido feliz... Sí, me ama; me doy cuenta de eso, y yo también lo amo a él. ¡Qué diferencia hay entre él y todos a los que he conocido! ¡Qué noble y qué tierno es! Me contó de sus padres, ¡cuánto los ama! ¿Para qué me habrá dicho «sé mi Alina»? Tengo mi propio nombre, y es bonito. Lo amo, puedo ser suya sin dejar de ser yo misma... ¿Soy digna de su amor? ¡Me parece que yo no puedo amar con tanta fuerza! Otra vez ese pensamiento oscuro que siempre me atormenta...

—Adiós —dijo Liúbonka—. Y deje de temer tanto a la carta; yo no temo nada, ya los conozco.

Le estrechó la mano con gran amistad y simpatía y desapareció entre los árboles. Krutsiferski se quedó en su sitio. Habían hablado un buen rato. Krutsiferski era más dichoso ahora que desdichado el día anterior. Recordaba cada palabra suya, se remontaba con sus sueños vaya uno a saber dónde, y una única imagen se entrelazaba con las demás. En todas partes ella, ella... Pero a sus sueños puso fin el criado de Alekséi Abrámovich, que acudió para pedirle que fuera a ver a su señor. Niégrov nunca lo había mandado llamar por la mañana.

—¿Qué? —le preguntó Krutsiferski con el aspecto de un hombre al que le han vaciado en la cabeza una tina de agua fría.

—Pues eso, que vaya a ver al señor —respondió el criado con bastante rudeza.

Era evidente que la historia de la carta había llegado hasta el recibidor.

—Ahora voy —dijo Krutsiferski, medio muerto de miedo y vergüenza.

¿Qué tenía que temer? Al parecer, no había ninguna duda de que Liúbonka lo amaba. ¿Qué más podía pretender? Sin embargo, estaba más muerto que vivo de miedo, y más muerto que vivo de vergüenza; no podía entender que el papel de Glafira Lvovna no era en absoluto mejor que el de él. No podía figurarse cómo se encontraría con ella. Es sabido que se han cometido crímenes para corregir una torpeza...

—Dígame, queridísimo —dijo Niégrov con aire majestuoso y adecuado al importante asunto que lo ocupaba—, ¿a ustedes en la universidad acaso les enseñan a escribir esquelas de amor?

Krutsiferski callaba; estaba tan agitado que el tono de Niégrov no lo ofendía. Ese aspecto desconcertado y sufriente espoleó al valiente Alekséi Abrámovich, que prosiguió con voz muy

alta y mirando de hito en hito a Dmitri Iákovlevich:

—¿Cómo ha tenido usted el atrevimiento, muy señor mío, de iniciar esas intrigas amorosas en mi casa? ¿Qué concepto tiene de mi casa? ¿Qué soy yo para usted, un estúpido? Es vergonzoso e inmoral, joven, pervertir a una pobre muchacha que no tiene ni padres, ni protectores ni patrimonio... ¡En esto consisten los tiempos actuales! Eso pasa porque les enseñan de todo, gramática, aritmética, pero no moral... Mancillar a una muchacha, privarla de su buen nombre...

—Pero, por favor —respondió Krutsiferski, cuya indignación poco a poco fue venciendo la conciencia de su absurda situación—. ¿Qué he hecho yo? Amo a Liubov Aleksándrovna —por lo visto, la llamaban Aleksándrovna porque el padre se llamaba Alekséi y el ayuda de cámara, el marido de su madre, Aksión— y me he atrevido a decirlo. Yo mismo creía que nunca diría una palabra acerca de mi amor; no sé cómo ha sucedido eso; pero ¿qué ve de criminal en ello? ¿Por qué piensa que tengo malas intenciones?

—Pues por esto: si sus intenciones fueran nobles, no se le habría ocurrido descarriar a una muchacha con esquelas amorosas, sino que habría venido a verme a mí. Usted sabe que yo soy su padre carnal, entonces habría venido a verme a mí y a pedir mi consentimiento y permiso; pero usted ha querido entrar por la puerta trasera y ha caído; le pido que no se enfade conmigo, pero en mi casa no permitiré tales amoríos. ¡Con lo fácil que es hacerle perder la cabeza a una muchachita! No, no esperaba eso de usted; usted se ha hecho pasar con maestría por una mosquita muerta; y ¡ella también se ha destacado y nos ha agradecido de ese modo haberla criado y cuidado! Glafira Lvovna ha llorado toda la noche.

—Tiene la carta en sus manos —señaló Krutsiferski—. Por ella podrá ver que ha sido la primera.

—La primera, pero fallida. ¿Qué? ¿Acaso pide su mano en esta primera carta?

—No me he atrevido ni a pensarlo.

—¿Cómo es tan audaz para una cosa y tan corto para la otra? ¿Con qué cometido ha llenado de patitas de ratón una hoja entera de carta?

—Yo, en verdad —respondió Krutsiferski, pasmado por las palabras de Niégrov—, no me he atrevido ni a pensar en pedir la mano de Liubov Aleksándrovna: sería el más feliz de los mortales si pudiera alentar la esperanza...

—Elocuencia, eso es lo que les enseñan, a trastornar con palabras. Permítame preguntarle: si yo le permitiera pedir la mano de Liuba y no me opusiera a casarla con usted, ¿de qué viviría?

Niégrov, por supuesto, no se contaba entre las personas especialmente inteligentes, pero era dueño de esa habilidad nacional rusa, de esa singular constitución de la mente práctica que lisa y llanamente se llama: estar en su sano juicio. Casar a Liuba con quien fuera era su sueño preferido, sobre todo después de que los honorables padres notaron que, en presencia de ella, la querida Lizonka llevaba las de perder. Mucho antes de la carta, a Alekséi Abrámovich se le había ocurrido casar a Krutsiferski con Liúbonka y conseguirle algún puesto en la administración

provincial. Esa idea se basaba en lo que decía de que si aparecía algún buen secretarito le entregaría a Liuba en matrimonio. Lo primero que se le ocurrió cuando descubrió el amor de Krutsiferski fue obligarlo a casarse; pensaba que la carta era una travesura, que el joven no se colocaría tan fácilmente el yugo de la vida matrimonial; por las respuestas de Krutsiferski, Niégrov veía con claridad que el candidato no tenía objeciones en casarse; por eso cambió de inmediato el ángulo del ataque y llevó la conversación a los medios de subsistencia, temiendo que el joven, decidido a casarse, le preguntara por la dote.

Krutsiferski callaba; la pregunta de Niégrov oprimía su pecho como una plancha de hierro.

—Dígame —continuó Niégrov—, ¿no se equivoca usted respecto del patrimonio de Liuba? Ella no posee nada ni tiene de dónde esperarlo; claro está que no la dejaré ir de mi casa solo con una falda, pero, salvo los trapos, no puedo darle nada; tengo a mi otra hija para casar.

Krutsiferski notó que la cuestión de la dote era completamente ajena para él. Niégrov estaba contento consigo mismo y pensaba: «¡Una auténtica ovejita, y ya es académico!».

—Así son las cosas, queridísimo; las buenas personas no empiezan por el final. Antes de escribir esquelas y hacer perder la cabeza debería haber pensado en lo que venía; si usted en verdad la ama y quiere pedir su mano, ¿por qué no se ha preocupado de cómo arreglar su futura vida?

—¿Qué debo hacer? —preguntó Krutsiferski con una voz capaz de conmover a cualquier persona con alma.

—¿Qué debe hacer? Usted es un funcionario de categoría, creo que de la décima. Deje la aritmética y los versos a un lado; pida un empleo oficial; basta de holgazanear: debe ser útil; vaya a trabajar al Palacio del Tesoro: el vicegobernador es conocido nuestro; con el tiempo llegará a consejero, ¿qué más puede pedir? Tendrá el pan asegurado y un puesto honorable.

A Krutsiferski nunca en la vida se le había ocurrido trabajar en el del Tesoro o en cualquier otro palacio; se imaginaba consejero con la misma facilidad con que se imaginaba pájaro, erizo, abejorro o no sé qué. Sin embargo, sentía que Niégrov, en el fondo, tenía razón; era tan poco perspicaz que no reparó en el singular modo de entender el patriarcado de Niégrov, que aseguraba que Liúbonka no poseía nada ni tenía de dónde esperarlo y, a la vez, disponía de su mano como padre.

—Sería mejor que trabajara de maestro en el liceo —dijo al fin Dmitri Iákovlevich.

—Eso sería peor. ¿Qué es un maestro de liceo? Ni siquiera es funcionario, no recibe nunca una invitación del gobernador; a lo sumo invitan al director, y el salario es pobre.

Estas últimas palabras las pronunció con su tono habitual; Niégrov estaba completamente tranquilo con la negociación y seguro de que Krutsiferski no se le escaparía de las manos.

—¡Glasha! —gritó en dirección a la habitación contigua—. ¡Glasha!

Krutsiferski quedó lívido; pensaba que el último beso de amor había sido para Glafira Lvovna

tan importante e impactante como para él el primero, dado equivocadamente.

—¿Qué quieres? —respondió Glafira Lvovna.

—Ven aquí.

Glafira Lvovna entró, puso una mueca orgullosa y majestuosa que, desde luego, no le sentaba bien y disimulaba mal su turbación. Por desgracia, Krutsiferski no podía notarlo: temía mirarla a la cara.

—¡Glasha! —dijo Niégrov—. Aquí Dmitri Iákovlevich pide la mano de Liúbonka. Siempre la hemos criado y mantenido como si fuera hija nuestra, así que tenemos derecho a disponer de su mano; sin embargo, no estaría de más que hablaras con ella; lo dejo en tus manos de mujer.

—¡Oh, Dios mío! ¿Usted pide la mano? ¡Vaya novedad! —dijo apenada Glafira Lvovna—. ¡Esto es una escena de *La nueva Eloísa*!⁴²

Si yo hubiera estado en el lugar de Krutsiferski, habría dicho, para no quedar a la zaga de Glafira Lvovna en erudición: «Sí, señora, y el episodio de ayer en el balcón fue una escena de *Faublas*». ⁴³

Krutsiferski no dijo nada.

Niégrov se levantó en señal de que la reunión había terminado y dijo:

—Solo le pido que no piense en la mano de Liúbonka hasta que no consiga un empleo. Después de lo ocurrido le aconsejo, señor mío, que sea precavido: no lo perderé de vista en ningún momento. Para usted es incómodo casi el solo hecho de quedarse en mi casa. ¡Nosotros también nos ocuparemos de esa Liúbonka!

Krutsiferski salió. Glafira Lvovna habló de él con gran desdén y cerró sus palabras diciendo que un ser tan frío como Liúbonka podía casarse con cualquiera, pero que no haría feliz a nadie.

A la mañana siguiente, Krutsiferski estaba en su habitación sumido en profundos pensamientos. Apenas habían pasado dos días de la lectura de *Alina y Alsim* y, de pronto, él ya era casi novio, ella, novia, y él iría a la administración pública... ¿Qué extraño poder del destino que disponía así de su vida lo había elevado a la cima de la dicha humana, y de qué manera? Lo había elevado haciéndole besar a una mujer en lugar de otra, haciéndole entregar una esquila que no era para ella. ¿No era eso un milagro, un sueño? Después recordó una y otra vez todas las palabras, todas las miradas de Liúbonka en la alameda de tilos y sintió que su alma se ensanchaba triunfal.

De pronto se oyeron unos fuertes pasos por la estrecha escalera que llevaba a su habitación. Krutsiferski se estremeció y, medio aterrado, aguardó la aparición de quien era sostenido por esos pasos tan fuertes. La puerta se abrió y entró nuestro viejo conocido, el doctor Krúpov; su aparición asombró mucho al candidato. Todas las semanas iba una vez, y a veces dos, a visitar a los Niégrov, pero nunca había ido a la habitación de Krutsiferski. Su visita presagiaba algo especial.

—¡Qué maldita escalera! —dijo sofocado y secándose el sudor de la cara con un pañuelo *blanco*—. Vaya habitación que encontró para usted Alekséi Abrámovich.

—¡Ah, Semión Ivánovich! —dijo enseguida el candidato, y se puso colorado vaya uno a saber por qué.

—¡Epa! —continuó el doctor—. ¡Qué vista tiene desde las ventanas! ¿Lo que se ve allí a lo lejos es la iglesia de Dubásovo, allí, a la derecha?

—Así parece; aunque no lo sé con seguridad —respondió Krutsiferski, mirando fijamente hacia la izquierda.

—¡Estudiante, irremediable estudiante! Hace meses que vive aquí y no sabe lo que se ve desde la ventana. ¡Oh, juventud!... Bueno, deme la mano que le tomo el pulso.

—Por suerte estoy bien, Semión Ivánovich.

—Mejor para usted —continuó el médico sosteniendo la mano de Krutsiferski—. Lo sabía: acelerado y discontinuo. A ver, permítame... uno, dos, tres, cuatro... febril, actividad vital fuertemente elevada. Con este pulso un hombre puede decidirse a cometer toda suerte de tonterías; si sus latidos fueran parejos, *tuc, tuc, tuc*, usted nunca habría llegado a eso. Allí abajo, honorabilísimo amigo, me dicen que quiere casarse; no doy crédito a mis oídos; a ver, pienso que, aunque es joven, no es tonto; después de todo, lo he traído de Moscú... No lo creo, así que he decidido venir a ver, y así es: acelerado y discontinuo; con ese pulso no solo casarse, sino vaya el diablo a saber qué tonterías pueden cometerse. Porque, a ver, ¿quién se decide en estado febril a dar un paso tan importante? Piénselo. Cúrese antes, deje que el órgano del pensamiento, es decir, el cerebro, alcance su estado normal para que la sangre no lo moleste. ¿Quiere que le mande a un practicante para que le haga una sangría, digamos una tacita y media de té?

—Se lo agradezco muchísimo, pero no siento ninguna necesidad.

—¿Cómo puede usted saber qué necesita y qué no? Usted no ha estudiado en absoluto medicina, en cambio yo sí. Bueno, si no desea una sangría, tome sal de Glauber; tengo el botiquín conmigo, puedo darle.

—Le estoy muy agradecido por su interés, pero debo advertirle de que estoy sano y que no es broma alguna, sino que en verdad quiero —ahí se cortó—... casarme y no entiendo qué tiene usted en contra de mi felicidad.

—¡Muchas cosas! —El viejo puso una expresión de lo más seria—. Tengo aprecio por usted, joven, por eso me compadezco. Usted, Dmitri Iákovlevich, en el ocaso de mis días me recuerda mi juventud, muchas cosas de mi pasado; le deseo el bien y callarme en este momento me parecería un crimen. A ver, ¿cómo se va a casar a su edad? Ese Niégrov lo ha engañado... ¿No ve lo agitado que está? Usted no quiere escucharme, me doy cuenta, pero lo obligaré a que me escuche; los años le dan a uno sus derechos...

—¡Oh, no, Semión Ivánovich! —dijo el joven, algo turbado por las palabras del viejo—. Entiendo

que es porque me aprecia y me desea el bien que expresa su opinión; solo lamento que esta sea un poco innecesaria, incluso a deshora.

—Oh, si eso fuera lo único que tuviera en contra de mi opinión, no tendría la menor importancia; nunca es tarde para detenerse. El matrimonio... ¡es algo muy penoso! El problema es que no piensan en eso justamente los que lo contraen, es decir, reflexionan después, en las horas de ocio, pero ya es tarde: todo ha sido una *febris erotica*. ¿Cómo puede un hombre sopesar ese paso cuando el corazón le late como a usted, querido amigo mío? Usted apuesta todo lo que tiene a una sola carta: a lo mejor hace saltar la banca, sí... pero ¿qué hombre inteligente arriesgaría de esa manera? Una cosa es cuando se juega a las cartas: si tú tienes la culpa, tú serás castigado; el que las hace las paga. Pero en el matrimonio sin falta mandas a pique a otra persona. ¡Vamos, Dmitri Iákovlevich, piensa! Creo de buen corazón que usted la ama a ella y que ella lo ama a usted, pero eso no significa nada. Puede estar seguro de que el amor pasará en ambos casos: si se marcha a alguna parte, pasará; si se casa, pasará todavía más rápido; yo también he estado enamorado, y no una vez, sino unas cinco, pero Dios me salvó; y ahora, cuando vuelvo a casa, descanso tranquilo y en silencio de mis quehaceres; de día pertenezco por entero a mis pacientes; al atardecer juego a las cartas y me voy a dormir sin preocupación alguna... Con una esposa hay ajeteo, gritos, niños, ¡que el mundo sucumba excepto mi familia! Es difícil vivir en un mismo lugar, es difícil trasladarse; si circulan rumores, te pasas el día dando vueltas alrededor del hogar, no puedes leer un libro; hay que pensar en el dinero, en los víveres. Ahora, si de usted hubiera que decir que a veces lo pasa mal, ¿qué problema hay? ¡Todo es posible! Antón Ferdinándovich, hombre al que usted conoce, y yo a veces teníamos solo un rublo, y queríamos comer y fumar; si comprábamos un cuarto de libra de tabaco, entonces no comíamos más que pan; si comprábamos una libra de jamón, entonces no fumábamos, y los dos nos reíamos de eso, y nada más; pero con una mujer es otra cosa: uno siente lástima, ella grita...

—¡Oh, no! Esta muchacha, seguramente, hallará fuerzas para sobrellevar las penurias. ¡Usted no la conoce!

—Eso es aún peor, queridísimo; si gritara, al menos te enfadarías, la mandarías al diablo y seguirías con lo tuyo; pero si se queda calladita y adelgaza, empiezas a pensar: «Pobre, ¿por qué te haré pasar hambre?»... Te quiebras la cabeza pensando de dónde conseguir dinero. Por el camino de la honradez, hermano, no te enriquecerás ni recurrirás a argucias; entonces pensarás y pensarás y, para refrescar la cabeza, te aferrarás a la botella; eso no tiene nada de malo, yo también bebo, pero ¿sabes?, cuando tomes un segundo trago por la pena, y luego un tercero... ¿comprendes? Y a ver, supongamos incluso que tienes tu pedazo de pan... es decir, no más que eso; aunque ella sea la hija de Niégrov y aunque Niégrov sea rico, no se estirará demasiado, yo lo conozco. Para la hija tiene preparadas quinientas almas, pero a Liúbonka apenas si le dará cinco mil rublos, ¿qué capital es ese?... ¡Oh, me da lástima por ti, Dmitri Iákovlevich! Si fueran otros

que no saben qué hacer consigo mismos... pero tú deberías cuidarte. Yo le ofrecería a usted otro trabajo; debería marcharse cuanto antes de aquí; el amor se desvanecería; en nuestro liceo ha aparecido una buena vacante. ¡No sea chiquillo, sea hombre!

—En verdad le agradezco su preocupación, Semión Ivánich, pero todo lo que dice está absolutamente de más: usted quiere asustarme como a un niño. Prefiero separarme de la vida antes que rechazar a ese ángel. Jamás me había atrevido a esperar semejante felicidad; Dios mismo ha arreglado este asunto.

—¡Vaya, qué hombre! —dijo inflexible Krúpov—. Lo he estropeado todo yo: ¿para qué lo habré recomendado en esta casa? «Dios lo ha arreglado», ¡claro! Niégrov y tu juventud te han engañado. Que así sea, no quiero ocultar nada. Yo, querido Dmitri Iákovlevich, he vivido mucho en el mundo y no me jacto de inteligente, pero tengo experiencia. ¿Sabe?, nuestro trabajo de médico nos lleva no al cuarto de estar, no al salón, sino al despacho y al dormitorio. En mi vida he visto a muchas personas y no he dejado de examinar a nadie de lado a lado. Usted siempre ve a las personas con librea y con disfraces, pero nosotros andamos entre bastidores; me he cansado de ver cuadros familiares; allí no hay de quién avergonzarse, la gente se muestra tal como es, no se anda con ceremonias. *Homo sapiens*... ¡qué *sapiens* ni *sapiens*!: *ferus*;⁴⁴ una fiera, incluso la más salvaje, en su madriguera es mansa; el hombre, en cambio, en su madriguera es peor que una fiera... ¿A qué iba yo con esto?... Sí... sí... bueno, estoy acostumbrado a examinar esos caracteres. Tu novia no es pareja para ti, qué le vas a hacer: esos ojos, ese color en la cara, ese temblor que a veces le corre por el rostro; es un cachorro de tigre que aún no conoce sus fuerzas; y tú, ¿qué eres tú? Tú eres la novia; tú, hermanito, eres una alemana; tú serás la esposa: ¿te parece bien eso?

Krutsiferski se ofendió con esta última ocurrencia y, en contra de su costumbre, dijo con bastante frialdad y sequedad:

—Hay ocasiones en las que quienes muestran interés ayudan y no dan lecciones. Puede que todo lo que usted diga sea cierto; no voy a discutirlo; el futuro nadie lo conoce; solo sé una cosa: ahora tengo dos salidas; adónde llevan, es difícil de decir, pero no hay una tercera: o arrojarme al agua o ser el más feliz de los hombres.

—Es mejor arrojarse al agua: ¡de una vez acaba con todo! —dijo Krúpov, también algo ofendido, y sacó un pañuelo rojo.

Esta conversación, desde luego, no dio el resultado que esperaba el doctor Krúpov; puede que fuera un buen médico para el cuerpo, pero era torpe para atender las enfermedades del alma. Es probable que juzgara sobre la fuerza del amor por propia experiencia: dijo que había estado varias veces enamorado y, por tanto, tenía mucha práctica, pero precisamente por eso no podía juzgar un amor que se tiene una sola vez en la vida.

Krúpov se retiró enfadado y esa misma noche, durante la cena en casa del vicegobernador,

declamó una hora y media sobre su tema favorito: injurió a las mujeres y la vida familiar, olvidando que el vicegobernador estaba casado en terceras nupcias y con cada mujer había tenido varios hijos. Las palabras de Krúpov casi no tuvieron efecto en Krutsiferski; digo *casi* porque una impresión vaga, indefinida, pero penosa le quedó, como después del ominoso grito de un cuervo, como después de encontrarse con un difunto cuando nos damos prisa por llegar a un alegre banquete. Todo eso se desvaneció, desde luego, con la primera mirada de Liúbonka.

–La historia, por lo visto, se acerca a su fin –dicen ustedes, por supuesto, alegrándose.

–Disculpen, aún no ha comenzado –respondo yo con el debido respeto.

–¿Qué dice usted? ¡Si lo único que queda es mandar a llamar al sacerdote!

–Sí, señores, pero yo considero que el final llega cuando mandan a llamar al sacerdote para que administre la extremaunción, y aun así a veces ese no es el final. En cambio, cuando el servidor de la iglesia se presenta para unir en matrimonio, ese es el comienzo de un relato completamente nuevo en el que encontramos a los mismos personajes. No tardarán en presentarse ante ustedes.

V

VLADÍMIR BIÉLTOV

En ... –por lo demás, no hay ninguna necesidad de precisar astronómica y geográficamente el lugar y el tiempo–, en el siglo XIX, en la ciudad de provincias N. N. se celebraban elecciones nobiliarias.⁴⁵ La ciudad se animaba; se oían con frecuencia los cascabeles y los chirridos de los coches; se veían con frecuencia toda suerte de carruajes de invierno de los terratenientes, atiborrados por dentro de toda clase de bártulos y decorados por fuera con toda la servidumbre en sus capotes y zamarras sujetos con toallas; parte de ella solía pasear por la ciudad, hacía reverencias a los tenderos, sonreía a sus compañeros que estaban de pie en las puertas; otra parte dormía en todas las posiciones del cuerpo humano en las que es incómodo dormir. Poco a poco, los caballos de los terratenientes llevaron a la *provincia* a casi todos los personajes principales, y el corneta retirado Driagálov, allí presente, había adornado con cortinas punzó las ventanas de su piso, alquilado con el último dinero que le quedaba; había viajado a cinco provincias para asistir a las elecciones y a las ferias principales y en ninguna parte había *perdido*, a pesar de que jugaba a las cartas desde la mañana hasta la noche, y tampoco se había enriquecido, a pesar de que ganaba desde la mañana hasta la noche. El general retirado Jriashov, célebre por sus dotes musicales, rico, eximio jinete pese a sus sesenta y cinco años, también estaba allí; se presentaba a las elecciones para ofrecer cuatro bailes y siempre rechazaba por razones de salud el cargo de decano de la nobleza que cada vez le proponían los agradecidos nobles. En los salones empezaron a aparecer fracs extraños que habían descansado tres años enteros entre hojas de tabaco, con cuellos de terciopelo descoloridos y desfigurados; también aparecieron extraños uniformes de todos los tiempos: milicianos, de dos filas de botones, de una fila de botones, con una sola charretera y sin ninguna charretera. Desde la mañana hasta la noche se sucedían las visitas; hacía tres años que una parte de esos hombres no se veía y, al mirarse el uno al otro, notaban con un sentimiento penoso el avance de las canas, las arrugas, la delgadez y el grosor; eran los mismos rostros, pero parecían otros: el genio de la destrucción había dejado sus huellas en cada uno de ellos; por otra parte, con un sentimiento aún más penoso podía notarse exactamente lo contrario: que esos tres años habían transcurrido del mismo modo que los trece y

los treinta precedentes...

En toda la ciudad el único tema de conversación eran los candidatos, los almuerzos, los decanos de la nobleza distritales, los bailes y los jueces. El director de la secretaría del gobernador llevaba dos días devanándose los sesos con el discurso que planeaba pronunciar; había estropeado cincuenta hojas de papel escribiendo: «¡Muy señores míos, ilustres nobles de N. N.!...», entonces se detenía, presa de la duda acerca de cómo empezar: «Permítanme otra vez en su medio...» o: «Me alegra estar otra vez en su medio...». Y dijo a su ayudante superior:

—¡Ay, Kuprián Vasílievich, es setecientas veces más fácil resolver el caso criminal más intrincado que escribir un discurso!

—Haberle pedido a Antón Antónovich *Modelos de composiciones*; recuerdo que allí hay discursos.

—¡Excelente idea! —dijo el director de la secretaría, dándole una dolorosa palmada en el hombro a su ayudante—. ¡Vaya contigo, Kuprián Kupriánovich!

El director de la secretaría creía que era muy ingenioso llamar a un hombre una vez por el patronímico y otra vez por el nombre propio. Y esa misma tarde redactó varias líneas guiándose por el discurso del príncipe Jolmski de *Marfa Posádnitsa* de Karamzín.⁴⁶

En medio de esas ocupaciones difíciles y generales, de pronto la atención de la ciudad, ya de por sí muy tensa, se dirigió a una persona completamente inesperada y desconocida, una persona a la que nadie esperaba, ni siquiera el corneta Driagálov, que esperaba a todos; una persona en la que nadie pensaba, que era absolutamente innecesaria en esa familia patriarcal de jefes de comunas; que había caído como del cielo, aunque en realidad llegó en una magnífica diligencia inglesa. Esa persona era el secretario de la provincia retirado Vladímir Petróvich Biéltov; lo que le faltaba por el lado del rango lo compensaban bastante bien las tres mil almas que poseía en su propiedad libre de cauciones; esa propiedad, Biéloie Polie, la conocían muy bien los elegidos y los electores; pero el propietario de Biéloie Polie era una especie de mito, un ser fabuloso y oscuro del que a veces se contaban toda clase de fantasías, como se cuentan sobre países lejanos, sobre Kamchatka, sobre California: cosas para nosotros extrañas, inverosímiles. Unos años antes, por ejemplo, se decía que Biéltov, que acababa de terminar la universidad, había caído en gracia a un ministro; después decían que había discutido con él y que había pedido el retiro para hacer rabiar a su protector. Eso no lo creían. Hay personas sobre las cuales en las provincias se tiene una idea acabada y definida; con esas personas no es posible discutir: a esas personas solo se les puede y se les debe expresar respeto; ¿acaso era creíble que Biéltov se hubiera atrevido?... No, a lo mejor había concitado contra sí una merecida cólera, a lo mejor había perdido a las cartas, o se había entregado a la bebida, o había raptado a la hija de alguien, es decir, no a la de uno cualquiera, sino a la de alguien importante. Después contaban que se había marchado a Francia; a eso, los perspicaces y entendidos añadían que jamás regresaría, que pertenecía a una logia

masónica en París y que esa logia lo había designado juez de conciencia en Estados Unidos. «¡Es muy probable! –decían muchos–. Desde niño ha sido como un abandonado; su padre murió, al parecer, el mismo año de su nacimiento; su madre ya saben qué origen tenía; además, era una mujer hueca, *eksalté*,⁴⁷ e incluso el preceptor que tenían era de lo más perverso, un hombre incapaz de hacer honor a nadie.» Por otra parte, de ese modo explicaban por qué había abandonado su hacienda, si bien sus campesinos eran famosos por su riqueza y andaban en botas. Por fin, hacía unos tres años que no se hablaba de él, y, de pronto, esa persona extraña, juez de conciencia de una logia masónica parisina en Estados Unidos, hombre que había discutido con aquellos a los que hay que expresar el más profundo respeto, que se había marchado a Francia por los siglos de los siglos, apareció ante la sociedad de N. N. como una hoja ante la hierba, y apareció para granjearse votos en las elecciones. En todo ello había muchísimas cosas incomprensibles para los habitantes de N. N. ¿Qué preferencia extraña era esa de la provincia por encima de la capital? ¿Qué preferencia extraña era esa de presentarse en las elecciones? Después: París y una asamblea de diputados de la nobleza, tres mil almas y el rango de secretario de la provincia... Bueno, tenían en qué pensar los ya de por sí ocupados habitantes de N. N.

La cabeza más fuerte en la ciudad era sin duda el presidente de la Cámara Penal; resolvía de forma definitiva y categórica todas las cuestiones que preocupaban a la sociedad; iban a consultarlo sobre asuntos familiares; era muy instruido, literato y filósofo. Tenía un solo contrincante: el inspector de la administración médica, el doctor Krúpov, y el presidente, en efecto, se turbaba un poco en presencia de él; pero la autoridad de Krúpov distaba de ser tan general, sobre todo después de que una dama de la aristocracia provinciana, muy sensible y no menos instruida, dijo delante de muchos testigos: «Respeto a Semión Ivánovich, pero ¿puede un hombre comprender el corazón de una mujer, puede comprender los delicados sentimientos del alma cuando ha visto tantos cadáveres y, quizá, los ha tocado con la mano?». Todas las damas convinieron en que no podía y decidieron por unanimidad que el presidente de la Cámara Penal, que carecía de costumbres tan crueles, era el único capaz de resolver cuestiones delicadas que afectaran al corazón de la mujer, por no mencionar todas las demás cuestiones. Está claro que un único pensamiento brilló en casi todos cuando apareció Biéltov: ¿qué dirá Antón Antónovich de su llegada? Pero Antón Antónovich no era un hombre al que se le pudiera preguntar sin ambages: «¿Qué piensa usted de Biéltov?». Lejos de eso, como si fuera adrede (y bien puede que en efecto lo fuera), estuvo tres días sin ir a jugar a las cartas a casa del vicegobernador ni a tomar el té a casa del general Jriashov. El más curioso de todos, por su parte, así como el más emprendedor, era un consejero con una orden de Santa Ana en el ojal que con mucha habilidad se las arreglaba para que, cualquiera que fuera su posición cuando estaba sentado o de pie, la condecoración se viera desde cualquier ángulo de la habitación. Ese portador de la orden de Santa Ana en el ojal se decidió un domingo a pasar un momento por la catedral cuando volvía de

casa del gobernador (a la que no podía dejar de ir los domingos y festivos) y, si no encontraba allí al presidente, ir directamente a su casa. Cuando se acercaba a la catedral, el consejero preguntó al inspector de la zona si aquel era el trineo del presidente. «No, señor –respondió el inspector–. Por lo visto, su excelencia no vendrá, porque acabo de ver que su cochero Pafnushka se dirigía a una taberna.» Esta última circunstancia le pareció muy importante al consejero: Antón Antónovich no va a venir a caballo a la catedral, pensó, y además, ¿cómo se las arreglaría el postillón Nikieshka con los dos bayos? Y, sin entrar ya en la catedral, se dirigió a casa del presidente.

El presidente, que no esperaba en absoluto la visita, iba de estar por casa, es decir, con una chaqueta larga de lana, pantalones holgados y botas de fieltro. Era bajo de estatura, ancho de hombros y tenía una cabeza enorme (a la mente le gusta la inmensidad); todas sus facciones transmitían cierta importancia, algo solemne y pleno de conciencia de su fuerza. Solía estirar y remarcar las palabras, como corresponde que hable un hombre que pone fin a todas las cuestiones; si algún temerario lo interrumpía, se detenía, esperaba unos momentos y después repetía y recalaba la última palabra, continuando la frase con el mismo estilo y carácter con que la había comenzado. No soportaba las objeciones, aunque nunca las oía de nadie, excepto del doctor Krúpov; a los demás no se les ocurría discutir con él, aunque muchos no estaban de acuerdo con sus puntos de vista; el propio gobernador, que sentía en su fuero interno toda la superioridad de las capacidades intelectuales del presidente, hablaba de él como de un hombre sumamente inteligente y decía: «Por favor, podría haber llegado más alto que a presidente de la Cámara Penal. ¡Cuántos conocimientos tiene! Uno escucha sus razonamientos y parece un Massillon.⁴⁸ Ha perdido mucho en su puesto al dedicar la mayor parte del tiempo a la lectura y a las ciencias». Pues bien, ese señor que tanto había perdido por su amor a las ciencias estaba sentado con su chaqueta delante del escritorio; después de firmar varias actas y de poner en un espacio vacío la debida *cantidad de azotes* por fabricación clandestina de vodka, vagabundeo, etcétera, secó bien la pluma, la dejó en el escritorio, sacó del estante un libro encuadernado en cordobán, lo abrió y empezó a leerlo. Poco a poco, por su rostro se extendió un sentimiento dulce e inexpressable de satisfacción. Pero la lectura no se prolongó demasiado; apareció en escena el consejero con la Ana en el ojal.

–¡Qué preocupado me tenía, se lo juro! He ido a saludar al gobernador con motivo de la fiesta y usted, Antón Antónovich, no estaba; ayer no tuvo a bien venir a jugar a las cartas; en la catedral no estaba su trineo; no quiera Dios que esté enfermo, he pensado; porque cualquiera puede enfermarse... toquemos madera. ¿Qué le pasa? ¡Le juro que he estado muy alarmado!

–Le agradezco profundamente. Gracias al Altísimo, ando bien de salud; por favor, tome asiento, honorabilísimo señor consejero.

–¡Oh, Antón Antónovich! Creo que lo molesto: usted se dignaba leer.

—No importa, honorabilísimo, no importa; tengo tiempo para las musas y también para los buenos amigos.

—¡Eso es, Antón Antónovich! Supongo que se habrá provisto usted de libros nuevos...

—No me gustan los nuevos —interrumpió el presidente al diplomático consejero—, no me gustan los nuevos. Acabo de releer *Dúshenka*⁴⁹ por centésima vez y en verdad le aseguro que con asombroso placer. ¡Qué ligereza, que *gracejo*! Sí, Ippolit Fiódorovich no legó a nadie su talento.

Ahí el presidente leyó:

El malintencionado odio, en su juicio ubicuo y severo,
tiene muchos ojos,
y ve a través del velo asuntos que son secretos.
En vano la zarevna de sus hermanas los ocultaba.
Y un día, y dos, y tres el simulacro continuaba,
como si en verdad a su cónyuge esperara.
Las hermanas lo mancillaron hasta hacerlo irreconocible.
¿Qué no es capaz de inventar la pérfida injuria?
Según sus palabras, él era un ser malvado y terrible.

—Ahí tiene —lo interrumpió por su parte el consejero—, eso se ajusta palabra por palabra a lo que ahora se dice del viajero que ha venido a nuestra ciudad. De veras, qué ganas de hablar por hablar.

El presidente lo miró con severidad y, como si no se hubiera enterado de nada, continuó:

Según sus palabras, él era un ser malvado y terrible
y en verdad *Dúshenka* con un monstruo vivía.
Los consejos de discreción al instante los olvidó.
Fueran sus hermanas las culpables, fuera el destino o la fatalidad,
fuera un defecto de *Dúshenka*,
lo cierto es que ella suspirando a sus hermanas reveló
que en su matrimonio solo a una sombra amaba,
les dijo cómo y de dónde venía por momentos esa sombra,
y los sucesos con detalle les refirió,
solo que no sabía decir
cómo y quién era su cónyuge,
si un brujo, una serpiente, un espíritu o Dios.

—Estos versos no son mero sonido, sino que tienen alma y corazón. Yo, honorabilísimo señor consejero, por la debilidad de mis capacidades o por falta de educación mundana, no entiendo los libros nuevos, empezando por los de Vasili Andréievich Zhukovski.

El consejero, que en su vida jamás había leído nada que no fueran las resoluciones de la

administración provincial, y solo las de su departamento –las otras se consideraba obligado a firmarlas con la mayor delicadeza y sin leerlas–, señaló:

–Sin duda, pero supongo que los que vienen de la capital piensan de otra manera.

–¡Qué nos importan ellos! –respondió el presidente–. Sé, y sé muy bien, que todas las ediciones *periódicas* elogian actualmente a Pushkin. Yo también lo he leído. Versos fluidos, pero carentes de sentido, de sentimiento, y para mí, cuando aquí no hay nada –dijo señalándose por error el lado derecho del pecho–, es pura charlatanería.

–A mí me gusta mucho leer –añadió el consejero, que no lograba dominar el objeto de la conversación–, pero no tengo nada de tiempo: la mañana me la paso con los malditos papeles, y en los asuntos de la administración en verdad hay poco alimento para la mente y el corazón; por la tarde, los juegos de cartas.

–Quien quiere leer –respondió con sonrisa contenida el presidente– no pasa todas las tardes jugando a las cartas.

–Por supuesto, así es. Por ejemplo, de ese Biéltov dicen que nunca juega, que se pasa todo el tiempo leyendo.

El presidente guardó silencio.

–Usted, seguramente, se ha dignado oír de su llegada, ¿verdad?

–He oído algo de eso –respondió con desdén el juez filósofo.

–Dicen que es terriblemente instruido; hará buena pareja con usted, de veras; dicen que incluso sabe italiano.

–¡Ya quisiéramos, ya quisiéramos! –contestó el presidente con sentido de la propia dignidad–. He oído hablar del señor Biéltov: que ha estado en el extranjero, que ha trabajado en ministerios. ¡Ya quisiéramos nosotros, osos de provincias! Pero bueno, ya veremos. No tengo el honor de conocerlo en persona; no ha venido a visitarme.

–Pues tampoco ha estado en casa de su excelencia, señor, y eso que ha venido, según creo, hace cinco días... Sí, exactamente: hoy a la hora del almuerzo hará cinco días. Maksim Ivánovich y yo almorzábamos en casa del comisario de policía y ahora recuerdo que, mientras comíamos el *pudding*, oímos unos cascabeles; Maksim Ivánich, ya conoce usted su debilidad, no se contuvo y dijo: «Mátushka, Vera Vasílievna, disculpe», corrió hacia la ventana y, de pronto, exclamó: «¡Una carroza de seis caballos, y qué carroza!». Fui hasta la ventana: en efecto, una carroza de seis caballos, magnífica. Debe de ser obra de Iojim,⁵⁰ le juro. El comisario enseguida mandó al suboficial... «Es Biéltov, de Petersburgo.»

–A decir verdad –dijo el presidente con voz algo misteriosa–, a mí ese señor me resulta sospechoso: o está arruinado, o está ligado a la policía, o se encuentra bajo vigilancia policial. ¡Por favor, arrastrarse novecientos kilómetros para las elecciones poseyendo tres mil almas!

–Por supuesto, señor, no caben dudas. Confieso que daría mucho por que usted lo viera;

entonces sabríamos de inmediato de qué se trata. Ayer después de almorzar salí a dar un paseo, así me lo ordena Semión Ivánovich para la salud, y pasé unas dos veces por delante del hotel; de pronto sale al zaguán un joven y yo pensé que era él; le pregunté a un camarero y me dijo: «Ese es su ayuda de cámara». Iba vestido como uno de nosotros; imposible saber qué clase de hombre era... ¡Oh, Dios mío, una carroza se ha detenido en la entrada de su casa!

—Y ¿eso qué tiene de extraño? —replicó el estoico presidente—. Suelo recibir la visita de buenos conocidos.

—Sí, pero, a lo mejor...

En ese momento entró en la habitación una doncella gorda y colorada muy ligera de ropa y dijo:

—Ha venido un terrateniente en carroza; no lo he visto antes. ¿Manda recibirlo?

—Dame la bata —dijo el presidente— y pídele que pase...

Algo similar a una sonrisa se asomó en su rostro mientras se ponía su bata de seda de color de rana. El consejero se levantó de la silla, presa de una gran emoción.

Entró un hombre de unos treinta años, vestido con decoro y sencillez, e hizo una respetuosa reverencia al dueño de casa. Era esbelto, delgado, y en su rostro se combinaban de un modo algo extraño una mirada bondadosa con unos labios burlones, la expresión de un hombre decente con la de un pícaro, las huellas de prolongados y dolorosos pensamientos con las huellas de pasiones al parecer no refrenadas. El presidente, sin perder el sentido de su valor, se levantó del sillón y, sin moverse de su sitio, hizo ademán de ir a su encuentro.

—Soy el terrateniente local Biéltov; he venido aquí para las elecciones y he considerado un deber conocerlo.

—Muchísimo gusto —dijo el presidente—, muchísimo gusto. Por favor, muy señor mío, le pido humildemente que tome asiento.

Todos se sentaron.

—¿Hace mucho que ha tenido a bien venir?

—Hace unos cinco días.

—¿De dónde?

—De Petersburgo.

—Bueno, después del ruido de la capital se aburrirá mucho en la monótona vida de una pequeña ciudad de provincias.

—No sé, pero, a decir verdad, no creo; en las grandes ciudades me aburría mucho.

Dejemos por unos momentos o por unas páginas al presidente y al consejero, quien, desde que había recibido la orden de Santa Ana en el ojal, nunca había estado tan entusiasmado como ahora: devoraba con el corazón, con el pensamiento, con los ojos y con los oídos al recién llegado; no dejaba de examinarlo y notó que no llevaba el chaleco abrochado hasta el último

botón y que en la mandíbula inferior, en el lado derecho, le faltaba un diente, etcétera, etcétera. Dejémoslos y ocupémonos, como los habitantes de N. N., exclusivamente del extraño visitante.

VI

Ya sabemos que el padre de Biéltov murió poco después del nacimiento de su hijo y que su madre era una *eksalté* y se la acusaba del mal comportamiento de Vladímir Petróvich. Por desgracia, no se puede sino convenir en que ella fue una de las principales causas de todos los infortunios en la carrera de su hijo. La historia de esa mujer es de por sí muy notable. Nació como campesina; a los cinco años la llevaron a servir en la casa; su señora tenía dos hijas y marido; el marido creaba fábricas, hacía experimentos agronómicos y terminó hipotecando todos sus bienes a favor del Orfanato. Considerando, seguramente, que con ello había satisfecho su vocación económica en este mundo, se murió. El desarreglo de los asuntos horrorizó a la viuda; lloró y lloró hasta que al fin se secó las lágrimas y, con el coraje de un gran hombre, empezó a poner orden en sus propiedades. Solo la inteligencia de una mujer, solo el corazón de una tierna madre que desea una dote para sus hijas puede inventar todos los medios a los que recurre para alcanzar su objetivo. Desde secar setas y frambuesa, trenzar hilos y pesar de menos mantequilla hasta talar en bosques ajenos y *vender a muchachos como reclutas sin respetar la cola*.⁵¹ todo fue puesto en acción (aquello fue hace mucho tiempo, y lo que ahora es infrecuente por entonces era costumbre), y, hay que reconocerlo, la terrateniente de la aldea Zasékino gozaba de la universal reputación de madre incomparable. Entre los distintos papeles del difunto agrónomo encontró una letra de cambio que le había dado la dueña de un internado moscovita; entabló correspondencia con ella, pero, al ver que sería difícil sacarle dinero, la convenció de que recibiera a tres o cuatro niñas de la casa con el objeto de educarlas como institutrices para sus hijas o para las hijas de otras personas. Unos años después, las institutrices criadas en casa regresaron con un certificado pomposo que decía que sabían religión, aritmética, historia extensa de Rusia e historia breve universal, francés, etcétera, y que, para celebrar eso, en el acto de entrega de diplomas les habían regalado ejemplares con los bordes de las páginas dorados de *Paul et Virginie*.⁵² La señora ordenó despejar para ellas una habitación especial y esperó la ocasión para colocarlas. Una tía del padre de nuestro Biéltov buscaba precisamente en ese tiempo una educadora para sus hijas y, cuando se enteró de que su vecina tenía institutrices, fue a verla, hablaron del precio, discutieron, se enfadaron, se distanciaron y, al fin, hicieron las paces. La señora le permitió a la tía elegir a la que quisiera, y la elección recayó en la futura madre de

nuestro héroe. Dos o tres años después llegó a su aldea el padre de Vladímir. Era joven, libertino, jugador, se había retirado; le gustaba beber, andar con un fusil, exhibir un arrojo innecesario y cortejar a todas las mujeres menores de treinta años y sin defectos importantes en la cara. Pese a todo ello, no se puede decir que fuera un hombre definitivamente perdido: la ociosidad, la riqueza, una instrucción insuficiente y las malas compañías habían dejado sobre él «siete libras de mugre», como dice un conocido mío, pero, en honor a él, hay que decir que la mugre no se le adhirió del todo. Biéltov rara vez estaba ocupado y, por eso, visitaba con frecuencia a su tía; su hacienda estaba a cinco kilómetros de la finca de ella. Sofi (así se llamaba la institutriz) le gustó: tenía unos veinte años, era alta, morena, de ojos oscuros y llevaba una exuberante trenza de joven. A Biéltov le pareció ridículo pensarlo mucho tiempo; a despecho del sistema de Vauban,⁵³ no realizó grandes aproches y, una vez que quedó a solas con ella en una habitación, la abrazó por la cintura, la cubrió de besos y la invitó con mucho celo a pasear por el jardín aquella tarde. Ella se libró de sus brazos, quiso gritar, pero el sentimiento de vergüenza y el temor a que todo se supiera la detuvieron; fuera de sí, volvió rápidamente a su habitación y allí midió por primera vez todo el largo, el ancho y el hondo de su equívoca situación. Irritado por el rechazo, Biéltov empezó a acosarla con su amor, le regaló una sortija de brillantes que ella no aceptó, le prometió un reloj Breguet que no tenía, y no podía por menos que admirar por qué la beldad era tan inaccesible; empezó a darle celos, pero no encontró con quién; por fin, el enfadado Biéltov recurrió a amenazas, a injurias, pero eso tampoco sirvió; entonces se le ocurrió otra idea: ofrecerle a la tía mucho dinero por Sofi; estaba seguro de que la codicia vencería su ostentosa castidad; pero, acostumbrado a actuar sin medir las consecuencias, insinuó su intención a la pobre muchacha; desde luego, eso fue lo que más la asustó: se arrojó a los pies de su señora, se deshizo en lágrimas, se lo contó todo y le suplicó que la dejara marcharse a Petersburgo. No sé cómo sucedió, pero eso a la señora la tomó por sorpresa; la anciana, que no conocía la regla de Talleyrand —«no seguir nunca el primer impulso del corazón, porque siempre es bueno»—, se sintió conmovida por su destino y le propuso un permiso por una pequeña suma de dos mil rublos. «Es lo que yo pagué por ti —le dijo—. ¿Y la comida y la ropa que he gastado en ti desde entonces? Bueno, hasta que me pagues ese dinero, envíame un pequeño tributo de unos ciento veinte rublos y yo ordenaré a Platoshka que te haga el pasaporte; es un tonto, quizá estropee la hoja, ¡con lo que sale hoy el papel membretado!» Sofi aceptó todo, dio entre lágrimas las gracias a la señora y un poco se tranquilizó. Una semana después, Platoshka preparó el pasaporte, señaló en él que la joven tenía una cara común, una nariz común, estatura mediana, boca moderada y ningún rasgo especial excepto que *hablaba francés*; un mes más tarde, Sofi rogó a la esposa del administrador de la hacienda contigua, que viajaba a Petersburgo a depositar dinero en una casa de empeños y a dejar a su hijo en el liceo, que la llevara con ella; cargaron el coche con setas, confituras, miel, bayas secas y en remojo que iban como regalo; la esposa del administrador solo

dejó sitio para ella; Sofi se acomodó sobre un tonel que a lo largo de novecientos kilómetros le recordó que no estaba hecha de plumón de cisne. Al alumno lo sentaron en el pescante; era un muchacho larguirucho de unos catorce años que fumaba tabaco de mala calidad y era más desarrollado de lo que parecía; todo el camino se lo pasó cortejando a Sofi y, si no fuera por los ojos entornados y opacos de su madre, es posible que le hubiera hecho sombra a Biéltov. À propos,⁵⁴ Biéltov hizo el intento de llevarse a Sofi cuando ella viajaba de la casa de la tía a la de la esposa del administrador, y es probable que lo hubiera conseguido si el cochero no hubiera estado borracho como una cuba y no se hubiera equivocado de camino. Con fastidio, llevado por la primera y amarga toma de conciencia de la acidez de la uva,⁵⁵ Biéltov contó su romance, no ateniéndose del todo a los hechos, a un grupo de jugadores. Dijo que su tía, celosa como todas las viejas, había enviado por la fuerza a Sofia, que estaba enamorada de él hasta las orejas, si no más; aunque en parte se alegraba de que se hubiera marchado y se hubiera llevado consigo algunas señales de su atención. Es sabido que, entre los pueblos nómadas de Europa, los gitanos y los jugadores nunca llevan una vida sedentaria: por eso no tiene nada de asombroso que uno de los oyentes de Biéltov estuviera ya unos días después en Petersburgo. Mantenía una estrecha amistad con la francesa Joucour, dueña de un pensionado. Joucour, que se había acordonado el vestido a diario hasta los cuarenta años y llevaba un vestido de cuello alto a causa del pudor, era implacablemente severa con la moralidad del prójimo; hablando de esto y de lo otro, le contó a su amigo que había contratado como preceptora a un ser muy extraño que pertenecía a una señora de N. N. y que hablaba francés a la perfección. El amigo nómada lanzó de pronto una carcajada. «¡Vaya cosa! ¡Una vieja conocida! ¡Magnífico! ¡Estupendo! Ja, ja, ja, ja. ¡Qué va! La he visto mil veces en casa de Biéltov, adonde iba de noche cuando en casa de la tía todos dormían.» Después, celoso de la reputación del establecimiento, previno a *madame* Joucour de la situación de Sofi. Joucour, fuera de sí del susto, gritó: «*Quelle démoralisation dans ce pays barbare!*»,⁵⁶ olvidando en su indignación todo en el mundo, incluso que en casa de una comadrona privilegiada que vivía en la esquina de su calle crecían dos niños que habían nacido a la vez, uno de los cuales se parecía mucho a Joucour, y el otro, al amigo nómada. En su arrebato, quiso que llamaran a la policía, ir al consulado francés, pero se dio cuenta de que eso no era en absoluto necesario, así que lisa y llanamente echó a Sofi de su casa del modo más brutal, olvidando en su precipitación pagarle lo que correspondía. Joucour contó la terrible historia a otras tres dueñas de pensionados, y estas a todas las restantes en Petersburgo. Fuera adonde fuera la pobre muchacha, en todas partes le señalaban la puerta. Empezó a buscar un empleo privado, pero ¿cómo iba a encontrarlo si no tenía conocidos? Estuvo a punto de conseguir un puesto en la provincia, y bastante ventajoso, pero la madre, antes de cerrar el trato, fue a pedir informes a *madame* Joucour y después agradeció a la providencia por haber salvado a su hija. Sofi esperó una semana más, contó su dinero: tenía treinta y cinco rublos y ninguna esperanza; el

alojamiento que había alquilado no estaba al alcance de su bolsillo y, tras larga búsqueda, se mudó al fin al cuarto o quinto piso de un edificio enorme en el extremo de la calle Gorójavaia, repleto de toda clase de canallas. A través de dos patiecitos mugrientos con un aspecto similar al del fondo de un lago no del todo seco tenía que llegar hasta una pequeña puerta apenas visible en una pared gigantesca; de ahí salía una escalera de piedra húmeda, oscura, con los peldaños rotos, interminable, a la que en cada descanso daban dos o tres puertas; arriba de todo, en el cielo finlandés, como suelen decir los petersburgueses con ingenio, alquilaba una habitación una viejita alemana; la parálisis le había inmovilizado las dos piernas y, medio cadáver, ya hacía más de tres años que yacía junto a la estufa, tejía medias los días hábiles y leía la traducción de la Biblia de Lutero los días festivos. La pequeña habitación no medía más de tres pasos; dos de ellos le parecían a la alemana un auténtico lujo, y el otro lo alquilaba junto con la ventana sobre la cual se elevaba unos treinta centímetros la pared lateral, de ladrillo y sin pintar, del edificio contiguo. Sofi habló con la alemana y alquiló ese *boudoir*; ese *boudoir* era sucio, negro, húmedo y apestoso; la puerta daba a un pasillo frío por el cual se arrastraban unos niños lamentables, harapientos, pálidos, pelirrojos, con ojos cubiertos de escrófulas; alrededor todo estaba atestado de artesanos borrachos; el mejor habitáculo de ese piso lo ocupaban unas costureras; nunca se notaba, por lo menos durante el día, que trabajaran, pero, por su modo de vida, se veía que estaban lejos de la miseria; la cocinera que vivía con ellas iba cinco veces al día a la cervecería con un jarra a la que le faltaba el pico... Todos los intentos de encontrar un empleo fueron vanos; la buena alemana pidió a su única conocida, una compatriota suya que vivía en una casa donde había niños, que averiguara si no había algún puesto en alguna parte. Aquella prometió hacerlo, pero no apareció nada. Sofi se decidió a lo último: empezó a buscar trabajo como doncella y estuvo a punto de encontrar uno; en los honorarios se pusieron de acuerdo, pero la *seña especial* en el pasaporte asombró tanto a la señora que dijo: «No, querida, no estoy en condiciones de tener una doncella que habla francés». Sofi se puso a hacer costura. La jefa de las costureras estaba muy contenta con su trabajo, le pagaba casi todo lo que habían convenido y la invitaba a tomar el té, aunque la agasajaba con cerveza rosada; le insistía mucho a la pobre muchacha para que se mudara con ella, pero cierto horror interior detuvo a Sofi, que rechazó la propuesta. Eso ofendió mucho a la jefa, que, cuando Sofi se retiró, dio un orgulloso portazo y dijo: «¡Ya vendrás tú misma a pedirlo! ¡Vaya importancia que se da la señorita! Aquí una alemana de Riga vive tan bien como tú». Por la noche, la jefa habló con mordaz ironía de la pobre muchacha al comisario, que solía ir algunas noches a descansar de los esfuerzos del día en agradable compañía, y se interesó tanto por ella que se dirigió de inmediato al alojamiento de la alemana y le preguntó:

—¿Qué tal, *frau madame*, cómo le va la vida, eh? ¡Ya es hora de que siga el ejemplo de sus piernas!

La alemana se puso de prisa la cofia, que siempre tenía a su lado para los casos imprevistos, y

respondió:

—¿Qué se le va a *haceg*, Dios no me *quieque llevag*!

—Bueno, ¿dónde está la muchacha de Telebéieva, Sofia Niemchínova?

—Aquí —respondió Sofi.

—¿Cómo se te ha ocurrido aprender francés, eh? Debes ser una chica picarona. A ver, di algo en francés.

Sofi guardaba silencio.

—¿Qué? ¿No sabes? Vamos, di cualquier cosa.

Sofi callaba y tenía los ojos llenos de lágrimas.

—*Frau madame*, ¿qué cree usted, sabe hablar?

—¡Muy bien!

—Seguro que como tú bailas la *prisiadka*...⁵⁷ ¿por qué no tiene licor? Me ha dado frío.

—No tengo —respondió la alemana.

—Qué mal. Y esa manzana ¿de quién es? —Esa manzana la había traído una vieja conocida de la alemana, y ella la guardaba desde el miércoles para ir comiéndola el domingo durante la lectura de la traducción de la Biblia de Lutero.

—Mía —respondió la alemana.

—No vas ni siquiera a morderla. La francesita esta te la comerá. Bueno, adiós —dijo el comisario, y sin hacer daño alguno, y muy contento de sí mismo, volvió con la manzana en el bolsillo a casa de las costureras.

Los días transcurrían lánguida y terriblemente; la desdichada muchacha se marchitaba en esa mugre, agraviada, humillada por todo y por todos. Si no hubiera sido tan instruida, a lo mejor se las habría arreglado de alguna manera, se las habría ingeniado incluso en ese lugar; pero la educación había abierto en ella tantas cosas tiernas y delicadas que todo lo que la rodeaba ejercía sobre ella una influencia diez veces mayor. Había momentos de una extenuación tal, de un entumecimiento tal de las fuerzas, que seguramente habría caído en el abismo de no haber estado protegida por el aspecto mugriento y cotidiano con que se le mostraba el vicio. Había momentos en los que la idea de envenenarse se le venía a la cabeza; quería poner fin a su vida para escapar de esa situación sin salida; su desesperación era tanto mayor por cuanto no podía reprocharse nada; había momentos en los que la rabia y el odio inundaban su corazón; en uno de tales momentos tomó la pluma y, sin darse cuenta de lo que hacía y con qué finalidad, escribió con solemne cólera una carta a Biéltov. Hela aquí:

No quiero contenerme más. Le escribo a usted, le escribo solo para tener acaso la última alegría de mi vida: expresarle todo mi desprecio; gastaré con gusto en el envío de la carta mis últimos kopeks destinados al pan; viviré con la idea de que usted la ha leído. Su proceder conmigo en casa de su tía me mostró que es usted un

rufián sin moral, un libertino sin alma; yo, por mi falta de experiencia, desde luego, lo perdonaba por su mala educación, por el círculo en el que usted gasta su vida; lo perdonaba porque mi extraña situación lo alentaba a eso. Pero la calumnia que usted ha sumado a eso, esa calumnia ruin y abominable, me ha mostrado toda la medida de su bajeza, ni siquiera maldad, sino precisamente bajeza: usted decidió por venganza, por un mezquino amor propio, echar a perder a una muchacha indefensa, decir falsedades acerca de ella. Y ¿por qué? ¿Acaso usted en verdad me amaba? Pregúnteselo a su conciencia... Pero alégrese, lo ha logrado: su amigo me ha mancillado aquí, me han despedido, me han mirado con desprecio, mis oídos han tenido que oír agravios terribles; por último, no tengo un pedazo de pan; por eso escuche de parte mía que lo desprecio, porque es usted un hombre mezquino y detestable; escuche eso de parte de una doncella de su tía... ¡Cuánto me alegra pensar en la impotente cólera, en la rabia con la que leerá estas líneas! Porque usted pasa por un hombre decente y, seguramente, metería un balazo en la frente a aquel de sus pares que le dijera esto.

Biéltov, enfadado tras haberlo perdido todo en el juego, estaba tumbado en su sofá antes de tomar el té cuando el enviado a la ciudad le trajo, entre otras cosas, la carta de Sofi. No conocía su letra, así que no adivinó por la dirección de quién era la carta y la abrió con toda indiferencia. Al leer la primera línea su mano empezó a temblar, pero leyó la carta con calma, se levantó, la dobló con cuidado, después se sentó en una silla y volvió la cabeza hacia la ventana. Dos horas estuvo en esa posición; el té ya hacía rato que estaba sobre la mesa, pero todavía no había dado un sorbo a su vaso; su pipa ya hacía rato que se había acabado, pero no llamaba al criado. Cuando se recobró por completo, le pareció que había sufrido una enfermedad grave y prolongada; sentía debilidad en las piernas, cansancio, un zumbido en los oídos; se pasó dos veces la mano por la cabeza como tanteando si estaba en su lugar; tenía frío, estaba pálido como un muerto; fue al dormitorio, despachó a su criado y se tumbó en el sofá con la ropa puesta... Una hora después llamó. Al día siguiente, a primera hora, por el dique que estaba al lado del molino se oyó el traqueteo de un coche tirado por cuatro vigorosos caballos que lo subían con ímpetu hacia la loma; los molineros, que salieron a mirar, se preguntaron: «¿Adónde va nuestro señor?». «Dicen que a Petersburgo», respondió uno de ellos. Medio año más tarde, por el mismo puente se oyó el traqueteo del mismo coche: el señor regresaba con una señora. El sacerdote rural, que fue a saludar a Biéltov con motivo de su llegada, volvió a casa y con grandísimo asombro le dijo a su esposa:

—¡Ay, mujer, mujer! ¿Sabes quién es la señora? La que fue maestra en casa de Vera Vasílievna; la había mandado la señora de Zasékino. ¡Prodigiosas son tus obras, Señor!

—¿Qué? —respondió la esposa—. ¿Será cerrada de carácter?

—No, no quiero elevar falso testimonio —respondió el sacerdote—; es habladora y bondadosa.

La tía, que se había enfadado dos días con Biéltov por su primer episodio con la institutriz, no pudo olvidar en toda su vida el intolerable matrimonio de su sobrino y murió sin recibirlo; a menudo decía que viviría hasta los cien años si ese desafortunado acontecimiento no le hubiera quitado el sueño y el apetito. Por lo visto, así es el corazón de la mujer: la propia Biéltova no

podía olvidar la terrible experiencia que había tenido antes de casarse. Hay naturalezas tiernas y delicadas que, precisamente a causa de su ternura, no se quiebran por la pena, ceden en apariencia a ella, pero se deforman y acogen lo vivido profundamente, muy profundamente, y en toda la vida no pueden librarse de su influjo; la experiencia sufrida permanece como una suerte de sustancia funesta, vive en la sangre, en la propia vida, y ora se oculta, ora de pronto se manifiesta con terrible fuerza y descompone el cuerpo. Tal era precisamente la naturaleza de Biéltova: ni el amor del marido, ni el benéfico efecto que ejercía sobre él, que era evidente, pudieron erradicar de su alma el amargo comienzo; temía a las personas, era pensativa, huraña, ensimismada, delgada, pálida, desconfiada; todo el tiempo temía algo, le gustaba llorar y pasaba horas enteras sentada en silencio en el balcón. Tres años después, Biéltov contrajo un constipado y a los cinco días murió; su cuerpo, extenuado por la vida que había llevado anteriormente, no tuvo la suficiente fuerza para vencer la fiebre; murió sin conocimiento. Sofi le llevó a la cama a su niño de dos años, le lanzó una mirada salvaje y el niño, asustado, estiró sus manitas hacia la otra habitación. Ese golpe sacudió fuertemente a Biéltova; amaba a ese hombre por su apasionado arrepentimiento; reconoció su noble naturaleza a través de la mugre que la rodeaba; valoraba su transformación; incluso a veces le gustaban los atávicos impulsos de violento descontrol y salvaje desenfreno de su carácter delicado.

Después de la pérdida del marido, Biéltova se ocupó con toda su enfermiza irritabilidad de la crianza del niño; si él pasaba mal la noche, ella no pegaba ojo; si él parecía enfermo, ella enfermaba; en una palabra, vivía de él, respiraba por él, era su niñera, su nodriza, su cuna, su caballito. Pero también ese amor convulsivo por su hijo se le mezclaba con aquel elemento oscuro de su alma. La idea de que podía perder a su hijo se entrelazaba casi constantemente con sus sueños; solía mirar con desesperación al niño cuando este dormía y, cuando estaba muy tranquilo, acercaba con timidez su trémula mano a los labios de él. Sin embargo, a despecho de la voz interior materna, como llamaba ella a sus mórbidas fantasías, el niño crecía y, si no era muy sano, tampoco estaba enfermo. No salía nunca de Biéloie Polie; el niño estaba completamente solo y, como todos los niños solitarios, se desarrolló no de acuerdo con su edad; por lo demás, y más allá de las influencias externas, en el niño se notaban claros indicios de capacidades poco comunes y de un carácter enérgico. Llegó el tiempo del estudio. Biéltova viajó con su hijo a Moscú para encontrarle un preceptor. Su difunto marido tenía en Moscú a un tío, un hombre estrambótico de marca mayor, odiado por toda la parentela, un soltero caprichoso, muy inteligente, muy ocioso y, en efecto, la mar de insoportable en su singularidad. No puedo evitar decir algunas palabras sobre ese hombre estafalario; me gustan terriblemente las biografías de todas las personas con las que me encuentro. Parece que la vida de las personas corrientes es idéntica, pero es solo una apariencia: no hay en el mundo nada más original y variado que las biografías de las gentes desconocidas, sobre todo allí donde no hay dos personas ligadas por una

idea común, donde cada cual se desarrolla a su modo, sin premeditación, ¡a la que resulte! Si pudiera, redactaría un diccionario biográfico, por orden alfabético, de todos aquellos que, por ejemplo, se afeitan la barba, para empezar; en aras de la brevedad se podría excluir las biografías de los científicos, literatos, artistas, guerreros destacados, hombres de Estado, en general de quienes se ocupan de los intereses públicos: su vida es monótona, aburrida; éxitos, talentos, persecuciones, aplausos, vida de despacho o vida fuera de casa, la muerte a mitad de camino, pobreza en la vejez: nada singular, todos atributos de la época. Por eso no evito lo más mínimo las digresiones biográficas: nos revelan todo el esplendor del mundo. Quien lo desee puede omitir estos episodios, pero a la vez se perderá el relato. Así pues, he aquí la biografía del tío.

Su padre –un terrateniente de la estepa que siempre se fingió arruinado– llevó toda la vida una pelliza de oveja sin forrar, viajaba en persona a la capital de la provincia a vender centeno, avena y trigo sarraceno, y, como es costumbre, pesaba de menos y a veces era escarmentado por eso. Sin embargo, a su hijo, pese a su precaria situación material, lo envió a la guardia junto con dos tiros de cuatro caballos, dos cocineros, un ayuda de cámara, un lacayo gigantesco y cuatro criados como *hors d'oeuvre*.⁵⁸ En Petersburgo descubrieron que el joven oficial tenía una educación magnífica, es decir, que tenía ocho caballos, no menos cantidad de criados, dos cocineros, etcétera. Al principio todo marchó como sobre ruedas; el futuro tío se hizo teniente de la guardia y entonces se produjo un acontecimiento importante en su vida; ocurrió en la década de 1770. Un magnífico día de invierno se le ocurrió pasear en trineo por la avenida Nevski; después de atravesar el puente Ánichkov lo alcanzó un trineo grande tirado por una troika, se puso a la par de él y quiso rebasarlo. Ya conocen ustedes el corazón de un ruso; el teniente gritó al cochero: «¡Más rápido!». «¡Más rápido!», gritó con voz de león un hombre alto y apuesto envuelto en un abrigo de piel de oso, sentado en el otro trineo. El teniente lo rebasó. Sofocado de rabia, en la curva el señor con abrigo de oso, que tenía un látigo en la mano, le midió la espalda al cochero del teniente para provocar a este:

–¡No rebases, animal!

–¿Qué le pasa? ¿Se ha vuelto loco? –preguntó el oficial.

–Quiero quitarle a su estúpido cochero la costumbre de rebasar.

–He sido yo quien se lo ha mandado, muy señor mío, y comprenderá usted que respeto demasiado el uniforme de mi soberana para permitir que alguien me lo manche.

–¡Vaya rufián! ¿Tú quién eres?

–¡¿Quién eres tú?! –preguntó el teniente, dispuesto a lanzarse sobre él como una fiera.

El apuesto hombre lo miró con desprecio, le mostró su puño del tamaño del pie de un elefante y dijo:

–¿A golpe de puños? ¡No, hermano, quedarás a la zaga! –Después gritó a su cochero–: ¡Más rápido!

—¡Síguelo! —gritó el teniente a su cochero, añadiendo dos palabras tan conocidas por todos que ni siquiera las incluyen en los diccionarios.

El oficial, en efecto, averiguó dónde vivía aquel señor, pero recapacitó y no fue a su casa; decidió escribirle una carta y empezó bastante bien, pero, como si fuera a propósito, lo molestaron: el general lo mandó llamar y, por alguna razón, ordenó que lo arrestaran; después lo trasladaron a la guarnición de la fortaleza de Orsk.⁵⁹ La fortaleza de Orsk se halla sobre rocas de jaspe y minerales de montaña nobilísimos, pero la vida en ella es muy aburrida. El oficial llevó consigo un tomo con novelas de Crébillon⁶⁰ y con esa lectura tan edificante se dirigió al límite de la provincia de Ufá. Tres años después lo volvieron a trasladar a la guardia, pero regresó de la fortaleza de Orsk, según notaron sus conocidos, un poco deteriorado; pidió el retiro, se marchó a la hacienda que le había dejado su padre arruinado, quien, siempre quejándose y con su pelliza de oveja —solo para despistar, por lo demás—, había comprado dos mil quinientas almas de las aldeas vecinas; allí el nuevo terrateniente se enemistó con todos los parientes y se marchó a tierras extranjeras. Durante tres años desapareció en universidades inglesas; después recorrió casi toda Europa, excepto Austria y España, que no le gustaban; estaba en contacto con todas las celebridades, pasaba las tardes con Bonnet⁶¹ hablando sobre la vida orgánica y las noches enteras con Beaumarchais hablando de sus procesos judiciales tras una copa de vino; mantenía una amistosa correspondencia con von Schölerer,⁶² que por entonces publicaba su célebre periódico; viajó especialmente a Ermenonville para ver al agonizante Jean-Jacques⁶³ y pasó orgullosamente por Ferney sin ir a visitar a Voltaire. Tras regresar después de diez años de viaje, intentó instalarse en Petersburgo. La vida de la capital no fue de su agrado y se mudó a Moscú. Primero todo lo encontraba extraño; después todos empezaron a encontrarlo extraño a él. Y, en efecto, estaba algo extraviado... Se puso a leer solo libros de medicina, se degradó a ojos vistas, se volvió irascible, caprichoso, ajeno e indiferente a todo...

Para la época en que Biéltova buscaba un preceptor, en su casa se presentó, recomendado por uno de sus amigos suizos, un ginebrino que deseaba trabajar como educador. El ginebrino era un hombre de unos cuarenta años, canoso, enjuto, de ojos celestes y juveniles y una expresión de severa devoción. Era un hombre perfectamente instruido, sabía muy bien latín, era un buen botánico; en la causa de la educación el soñador veía con una buena fe propia de la juventud el cumplimiento de un deber, una terrible responsabilidad; había estudiado todos los tratados habidos y por haber sobre educación y pedagogía, desde el *Emilio* y Pestalozzi hasta Basedow y Nicolai,⁶⁴ solo una cosa no leyó en esos libros: que lo más importante de la educación consiste en adaptar la mente joven al entorno, que la educación debe ser climática, que para cada época, como para cada país y más aún para cada estamento, y acaso para cada familia, debe haber una educación específica. Eso el ginebrino no podía saberlo; había estudiado el corazón humano en las obras de Plutarco, conocía su época a través de Malte-Brun⁶⁵ y las estadísticas; a los cuarenta

años no podía leer sin llorar *Don Carlos*,⁶⁶ creía en la plenitud de la abnegación, no podía perdonar a Napoleón no haber liberado Córcega y llevaba con él el retrato de Paoli.⁶⁷ Es verdad que había tenido amargas colisiones con el mundo práctico; la pobreza y los infortunios lo agobiaban, pero no por ello conocía mejor la realidad. Apesadumbrado, deambulaba por las maravillosas orillas de su lago, indignado con su destino, indignado con Europa, hasta que, de pronto, la imaginación le señaló el norte, un nuevo país que, como Australia en el sentido físico, representaba en el moral algo que adquiriría dimensiones enormes, algo distinto, nuevo, incipiente... El ginebrino compró la *Historia de Rusia* de Levesque, leyó *Pedro el Grande* de Voltaire y una semana después viajó a pie a Petersburgo. A pesar de su virginal mirada sobre el mundo, el ginebrino tenía ciertos principios sólidos, incluso cierta frialdad. Un soñador frío es incorregible: seguirá siendo un niño por los siglos de los siglos.

Biéltova lo conoció en casa del tío; apenas si alentaba la esperanza de dar con el preceptor ideal que se había creado en su fantasía, pero el ginebrino se acercaba bastante. Le ofreció cuatro mil rublos por año (lo que era mucho por entonces). El ginebrino dijo que solo necesitaba mil doscientos y aceptó. Biéltova le manifestó su asombro, pero él replicó con frialdad que le cobraría ni más ni menos de lo que necesitaba, que su presupuesto era de ochocientos rublos anuales más cuatrocientos para casos imprevistos. «No quiero acostumbrarme al lujo –añadió–, y acumular capital lo considero deshonesto.» Y ¡a ese demente confió la madre la educación del futuro propietario de Biéloie Polie con sus eriales y parcelas!

Solo el viejo tío, descontento con todo en el mundo, se mostró descontento también con eso, y mientras Biéltova no cabía en sí de la alegría, el tío (el único de todos los parientes de su marido que la recibía) decía: «¡Ay, Sofia, Sofia! Es una tontería lo que estás haciendo; el ginebrino podría quedarse tranquilamente de lector en mi casa. ¿Qué clase de preceptor es él? Él mismo necesita una niñera. ¿Qué hará de Volodia? Un suizo. Para mí es mejor que simplemente lo lleves a Vevey o a Lausana...». Sofia veía en esas palabras el egoísmo del viejo que se había encariñado del ginebrino y, para no enfadarlo, no decía nada; pero dos semanas después regresó con Volodia y el joven de cuarenta años a su hacienda. Aquello fue en primavera; el ginebrino empezó por inculcar en Volodia la pasión por la botánica; a la mañana temprano iban a recoger hierbas y la animada conversación sustituía las aburridas lecciones; todo objeto que veían era un tema, y Volodia escuchaba con suma atención las explicaciones del ginebrino. Después del almuerzo, solían sentarse en el balcón que daba al jardín y el ginebrino contaba biografías de grandes hombres, viajes lejanos y, a veces, a modo de premio, le leía él mismo a Volodia pasajes de Plutarco... Y el tiempo transcurría, y dos elecciones pasaron, y llegó el momento de enviar a Volodia a la universidad. La madre, por alguna razón, no quería; en esos años se había apegado a su mansa felicidad más que en toda la vida; se sentía tan bien en esa vida serena y armoniosa que temía cualquier cambio; estaba tan acostumbrada y le gustaba tanto esperar en su querido balcón

a Volodia cuando volvía de sus lejanos paseos con el preceptor; gozaba tanto cuando él, encarnado y alegre, se secaba el sudor de la cara y se le echaba al cuello; lo contemplaba con tanto orgullo, con tanto placer que faltaba poco para que se pusiera a llorar. En verdad, el aspecto de Volodia tenía algo conmovedor: era tan noble, había en él algo tan franco, recto y confiado que quien lo miraba sentía placer y, al mismo tiempo, tristeza por él. Era evidente que sobre ese adolescente esbelto y ágil de mirada radiante la vida no había colocado aún ningún yugo, que el sentimiento de miedo aún no había visitado su pecho, que la mentira no había atravesado sus labios, que no sabía en absoluto qué le depararía el futuro. El ginebrino se encariñó con su discípulo casi tanto como la madre; a veces, tras quedarse mirándolo un buen rato, bajaba los ojos llenos de lágrimas y pensaba: «Mi vida no ha pasado en vano; me basta con saber que he contribuido al desarrollo de un joven semejante para que la conciencia no me haga reproches».

¡Cómo se enmaraña todo, cómo es todo extraño en este mundo! Ni la madre ni el educador, desde luego, pensaban cuánto pesar, cuántas pruebas le preparaban a Volodia con esa educación ermitaña. Hicieron todo lo posible para que no entendiera la realidad; le ocultaron con esmero lo que sucedía en el grisáceo mundo y, en lugar de la amarga iniciación en la vida, le inculcaron brillantes ideales; en lugar de llevarlo al mercado y mostrarle el ansioso caos de la muchedumbre luchando por el dinero, lo llevaban a ver un hermoso ballet y le aseguraban que esa gracia, esa combinación musical de movimientos y sonidos era la vida corriente; prepararon una suerte de Kaspar Hauser moral... Así era el ginebrino, pero ¡qué diferencia!: él, un pobre erudito dispuesto a viajar de un extremo al otro del globo terráqueo con un pequeño costal, el retrato de Paoli, sus sueños arcanos y la costumbre de contentarse con poco, su desprecio al lujo y la disposición al trabajo, ¿qué afinidad tenía con el destino de Volodia y su posición social?...

Sin embargo, por más apego que tuviera Biéltova a su vida ermitaña, por más doloroso que le resultara separarse del pacífico Biéloie Polie, se decidió a viajar a Moscú. En cuanto llegó, llevó de inmediato a Volodia a casa del tío. El viejo estaba muy débil; lo sorprendió recostado en un sillón Voltaire; tenía las piernas envueltas en chales de cordero; sus escasos y canosos cabellos le caían en largos mechones sobre la bata; sobre los ojos tenía una visera verde.

—Y ¿en qué andas, Vladímir Petróvich? —preguntó el viejo.

—Me estoy preparando para la universidad, abuelo —respondió el muchacho.

—¿Para cuál?

—La de Moscú.

—¿Qué tienes que hacer ahí? Yo mismo conocí a Matthäi y a Heym;⁶⁸ creo que sería mejor la de Oxford, ¿verdad, Sofia? De veras, es mejor. Y ¿qué especialidad vas a seguir?

—La jurídica, abuelo.

El abuelo hizo una mueca de desprecio.

—¡Qué va! Estudiarás *le droit naturel, le droit des gens, le code de Justinien*,⁶⁹ ¿y después qué?

—Después a trabajar a Petersburgo —respondió la madre sonriendo.

—¡Ja, ja, ja! ¡La falta que hace conocer esas *Pandectes* y todas esas *Glosses*!⁷⁰ ¿O acaso usted, Vladímir Petróvich, quiere ser jurisconsulto o abogado? ¡Ja, ja, ja! Haga lo que quiera, pero, para mí, hermanito, deberías estudiar medicina; te dejaré mi biblioteca: es una biblioteca grande, la he mantenido bien ordenada y he adquirido todos los libros nuevos; la medicina es ahora la mejor ciencia de todas; serás útil al prójimo, te dará vergüenza curar por dinero, lo harás gratis y tu conciencia quedará tranquila.

Conociendo la obstinación del viejo, ni Volodia ni su madre lo contradijeron, pero el ginebrino no se contuvo y dijo:

—Por supuesto, el campo de acción de un médico es maravilloso, pero no veo por qué Vladímir Petróvich no debería seguir una especialización civil cuando por todos los medios están intentando que los jóvenes instruidos se sumen a la administración pública.

—Él le dará cátedra a usted y, por cierto, también a mí; yo estaba en Ginebra cuando él todavía gateaba —respondió el caprichoso anciano—, ¡mi querido *citoyen de Genève*!⁷¹ ¿Sabe usted —añadió, ablandándose— que en una traducción de Jean-Jacques se decía: «Obra del *pequeñoburgués* ginebrino Rousseau»? —Y el viejo empezó a toser de la risa.

Había contado mil veces lo de esa traducción, y siempre creía que su interlocutor aún no lo sabía.

—Volodia —continuó ya con una alegre disposición de ánimo—, ¿no escribes versitos?

—Lo he intentado, abuelo —respondió Vladímir sonrojándose.

—Por favor, no lo hagas, querido amigo; solo los hombres hueros escriben versitos; eso es *futilité*;⁷² hay que ocuparse de las cosas.

Vladímir cumplió solo con el último consejo: no escribió versos. Pero no ingresó en la Universidad de Oxford, sino en la de Moscú, y no estudió medicina, sino ética y política. La universidad completó la educación de Biéltov: hasta entonces había estado solo, ahora se vio en medio de la bulliciosa familia de sus compañeros. Allí descubrió su peso específico, allí encontró la fervorosa simpatía de jóvenes amigos y, abierto a todo lo bello, empezó a dedicarse con celo a las ciencias. El propio decano no era indiferente a él: consideraba que solo le faltaba llevar el pelo un poco más corto y conducirse con mayor respeto para ser un estudiante excelente. Finalmente, terminó sus estudios; en el acto de colación de grado les entregaron a los jóvenes su pasaje a la vida. Biéltova se dispuso a viajar a Petersburgo; quería enviar primero a su hijo y después, cuando este se hubiera acomodado, reunirse con él. Antes de dispersarse por el mundo, sus amigos de la universidad se reunieron en casa de Biéltov en la víspera de su partida; todos estaban aún llenos de esperanzas; el futuro les abría los brazos, los seducía en parte como Cleopatra, reservándose el derecho a castigarlos por su entusiasmo. Los jóvenes trazaban planes colosales... Nadie sospechaba que uno terminaría como jefe de sección luego de haber perdido

todo su patrimonio a las cartas; que otro acabaría marchitándose en la vida de provincias y se sentiría enfermo si no bebía tres copitas de licor de levístico antes de almorzar y no dormía tres horas de siesta; que un tercero acabaría en un puesto donde se quejaría de que los jóvenes no son como los viejos, que no se parecen a su encargado ni en sus modales ni en su moral, y que no eran más que inútiles soñadores. En los oídos de Biéltov aún se oían los juramentos de amistad, de fidelidad a los sueños, el ruido de las copas chocando, cuando el ginebrino, con ropa de viaje, lo despertó.

Mi soñador viajó con entusiasmo a Petersburgo. ¡Actividad, actividad!... Allí se cumplirían sus esperanzas, allí plasmaría sus proyectos, allí conocería la realidad: ¡en ese centro del que emana toda la vida nueva de Rusia! Moscú, pensaba él, había realizado su hazaña, había concentrado, como un ardiente corazón, todas las venas del Estado; ella latía por él. Pero Petersburgo... Petersburgo es el cerebro de Rusia, está por encima, envuelto en su gélido cráneo de granito; es el pensamiento maduro del imperio... Y semejantes ideas y metáforas desfilaban por su cabeza sin el menor esfuerzo y con sagrada sinceridad. Entretanto, la diligencia rodaba de estación en estación y llevaba, además de a nuestros soñadores, a un coronel retirado de cazadores a caballo con bigotes canosos, a un funcionario de Arcángel que llevaba consigo un pescado petrificado, manzanilla por si se sentía mal y a un lacayo vestido con un pelliza raída, y a un cadete rubio con las mejillas más oscuras que el pelo y que se enorgullecía de su ascendencia sobre el cobrador. Para Vladímir, todos esos rostros eran novedosos y tenían un aspecto festivo. Se rió bondadosamente del arcangelino cuando este lo convidó con el pescado fosilizado, y sonrió ante su embarazo cuando rebuscó tanto tiempo en la cartera una moneda decente para dar una propina por la ración de sopa de col que el impaciente coronel terminó pagando por él; no dejaba de causarle gracia que el arcangelino le dijera al coronel «su excelencia» y que este no pudiera resueltamente expresar ninguna idea sin empezarla y terminarla con palabras que distaban de ser decorosas; hasta le parecía gracioso el torpe ancianito que servía al pasajero de Arcángel o, mejor dicho, no había muerto a su servicio, y que llevaba *cuir russe*⁷³ a pesar del frío. ¡El muchacho lo contemplaba todo con bondad!

Su llegada a Petersburgo y su primera aparición en sociedad constituyeron un verdadero éxito. Tenía una carta de recomendación para una vieja solterona de peso; la vieja solterona, al ver a ese hermoso muchacho, decidió que era muy instruido y que sabía idiomas a la perfección. Su hermano era jefe de cierto departamento en la administración pública. Le presentó a Vladímir. Aquel conversó con él durante unos minutos y, en efecto, quedó asombrado por su modo de hablar sencillo, por su instrucción general y por su inteligencia fogosa y ardiente. Le ofreció un puesto en su oficina y le pidió al director que le dedicara especial atención. Vladímir empezó a trabajar con celo; le gustaba la burocracia vista a través del prisma de sus diecinueve años: una burocracia activa, atareada, con números y registros, con aspecto ocupado y pilas de papeles al

alcance de la mano; veía en la oficina una rueda de molino que obligaba a moverse a una multitud de personas esparcidas por la mitad del globo terráqueo; todo lo poetizaba.

Biéltova, por fin, también llegó a Petersburgo. El ginebrino seguía viviendo con ellos; últimamente había intentado varias veces dejarlos, pero no podía: estaba tan compenetrado con esa familia, había dado tanto a su Vladímir y respetaba tanto a su madre que le resultaba difícil atravesar el umbral de su casa; se ponía triste, luchaba consigo mismo; como ya hemos dicho, era un soñador frío y, por tanto, incorregible. Una noche, poco después del nombramiento de Vladímir, la pequeña familia estaba sentada delante de la chimenea. El joven Biéltov, en quien ya se había desarrollado el amor propio y la joven conciencia de su fuerza y capacidad, soñaba con el futuro; por su cabeza vagaban diversas esperanzas, planes, expectativas; soñaba con una vasta actividad civil, con consagrar toda su vida a ella... y en medio de ese arrebatamiento con el futuro el fogoso muchacho, de pronto, se arrojó al cuello del ginebrino: «¡Cuánto te debo, verdadero y buen amigo nuestro, por haberme convertido en hombre! –le dijo–. A ti y a mi madre les debo todo, todo. ¡Tú eres para mí más que un padre!». El ginebrino se tapó los ojos con la mano, después miró a la madre, al hijo, quiso decir algo... pero no dijo nada, se levantó y se retiró de la habitación.

Cuando llegó a su pequeño despacho, el ginebrino cerró la puerta con llave, sacó de debajo del sofá su polvorienta maletita, la limpió y empezó a guardar en ella sus tesoros, examinándolos con amor; esos tesoros revelaban verdaderamente toda la infinita ternura de ese hombre: conservaba una carpeta envuelta con mucho cuidado; esa carpeta, torcida y ladeada, se la había hecho Volodia a los doce años como regalo de Año Nuevo, en secreto, de noche; tenía pegado encima un retrato de Washington recortado de algún libro; también había en ella un retrato a la acuarela de Volodia a los catorce años: estaba representado con el cuello descubierto, la piel bronceada, un pensamiento profundo en los ojos y ese aspecto de esperanza y fe en el futuro que conservó unos cinco años más y que después fulguraba en raras ocasiones, como el sol en Petersburgo, como algo pretérito que no se ajustaba a todos sus demás rasgos; también tenía unos instrumentos matemáticos de plata, obsequio del anciano tío; su enorme tabaquera de carey, con la imagen grabada de la Fiesta de la Federación, había sido del anciano y siempre estaba a su lado, pero el ginebrino la compró después de su muerte al ayuda de cámara. Cuando terminó de empacar esos tesoros y otras cosas por el estilo, seleccionó unos quince libros y los restantes los dejó. Después, a primera hora de la mañana, salió con sigilo a la calle Morskaia, llamó a un carretero, sacó con un criado la maletita y los libros, le mandó decir a este que se había marchado a las afueras de la ciudad por un par de días, se puso una levita larga, tomó el bastón y el quitasol, le estrechó la mano al lacayo que había estado a su servicio y se alejó caminando con el carretero; unas gruesas lágrimas le caían sobre la levita.

Dos días más tarde, Biéltova, sumamente asombrada por el viaje del ginebrino, pero en espera

de su regreso, recibió la siguiente carta:

¡Muy señora mía! Anoche recibí plena recompensa por todos mis esfuerzos. Créame que ese instante quedará para siempre en mi memoria, me acompañará hasta el fin de mi vida como consuelo, como justificación manifiesta, pero a la vez puso un fin solemne a mi tarea; me mostró con claridad que el maestro debe dejar al discípulo librado a su propio desarrollo, que su influjo, más que favorecer, puede dañar su personalidad. El hombre debe aprender durante toda su vida, pero hay una etapa después de la cual ya no debe ser educado. Además, ¿qué puedo hacer yo ahora por su hijo? Él me ha superado.

Hace tiempo que me disponía a abandonar su casa, pero mi debilidad me lo impedía: me lo impedía el amor por su hijo; si no me marchara ahora, nunca podría cumplir con el deber que me ha impuesto el honor. Usted conoce mis reglas: no podía quedarme también porque considero un talento humillante comer el pan ajeno y cobrar su dinero sin esfuerzo para satisfacer mis necesidades. Así pues, ve usted que debía abandonar su casa. Quedemos amigos y no hablemos más del asunto.

Cuando reciba esta carta estaré de camino a Finlandia; desde allí pienso dirigirme a Suecia; viajaré mientras me alcance el dinero; después volveré a trabajar: aún tendré fuerzas.

Últimamente no he recibido dinero de usted; no intente enviármelo: entregue una mitad al criado que ha estado a mi servicio y la otra mitad a los demás criados, a quienes le pido que salude amistosamente de mi parte; a veces he procurado muchos desvelos a esas pobres personas. Los libros que han quedado son un regalo para Voldemar. A él le escribiré aparte.

¡Adiós, adiós, nobilísima y estimadísima mujer! Que haya bendición en su hogar; por lo demás, ¿qué se le puede desear a usted cuando tiene un hijo semejante? Solo le deseo esto: que usted y él vivan muchos, muchos años. Beso su mano.

Su carta a Vladímir comenzaba así:

No son consejos de maestro, sino consejos de amigo lo que te dirijo en mis últimas palabras, Voldemar. Sabes que no tengo parientes cercanos ni tampoco conocidos que sean para mí tan próximos como tú, a pesar de la gran diferencia de edad que existe entre nosotros. En tu mente deposito mis expectativas y esperanzas. Me he ganado, Voldemar, el derecho a darte un consejo de amigo en el momento de partir. Sigue el camino que te ha señalado el destino: es hermoso. No temo los fracasos y las desgracias: hallarán en ti fuerza y resistencia; sí temo los éxitos y la felicidad, porque vas por un camino resbaladizo. Sirve a la causa, pero ten cuidado con lo contrario: que la causa te sirva a ti. No confundas los medios y el fin, Voldemar. Solo el amor al prójimo, solo el amor al bien debe ser tu fin. Si el amor se apaga en tu alma, no harás nada y te engañarás; solo el amor crea un fundamento sólido y vivo; el orgullo es estéril porque no necesita nada fuera de sí...

Es imposible reproducir toda la carta: ocupa tres pliegos.

Así desapareció de la vida de Vladímir la luminosa y buena imagen del educador. «¿Dónde estará nuestro *monsieur* Joseph?», solían decir la madre y el hijo, y los dos se quedaban pensativos y se imaginaban su figura mansa, serena y algo monástica, con su larga levita de viaje, perdiéndose tras las altivas e independientes montañas noruegas.

VII

Azaïs⁷⁴ afirmaba (de manera muy aburrida) que todo en el mundo se puede arreglar; claro que para creer en eso se necesita no ser demasiado riguroso ni poner reparos en los detalles. Basándonos en ello, pedimos permiso, a modo de compensación por la pérdida de *monsieur* Joseph, para presentar a Ósip Ievseich. Ósip Ievseich era un viejito flaco y canoso de unos sesenta años, uniforme raído, aspecto siempre satisfecho y mejillas coloradas. Hacía treinta años que estaba a cargo del cuarto escritorio de la oficina en la que entró a trabajar Biéltov; quince años antes había sido copista en el mismo escritorio, y los primeros quince años de vida los había pasado en el patio de la oficina con el honorable título de hijo del portero, lo que le daba un peso aristocrático ante los hijos de todos los guardias. Ese hombre era la mejor prueba de que ni los viajes remotos, ni los estudios universitarios ni un gran campo de acción forman al hombre: era de lo más versado en sus asuntos, en el conocimiento de las personas y, además, tan diplomático que, por supuesto, no se quedaba a la zaga de Osterman ni de Talleyrand.⁷⁵ Despabilado por naturaleza, había tenido la posibilidad y el tiempo libre para desarrollar y cultivar su mente práctica sentado desde los quince años en la oficina; no lo molestaban ni las ciencias, ni la lectura, ni las frases, ni las quiméricas teorías que nosotros tomamos de los libros y con las cuales corrompemos nuestra imaginación, ni el brillo de la vida aristocrática ni las fantasías poéticas. Pasando en limpio los documentos y examinando a la vez a las personas en sucio, fue adquiriendo a diario un conocimiento cada vez más profundo de la realidad, una acertada comprensión del entorno y un adecuado tacto en su forma de conducirse que lo mantuvieron a flote en medio de los torbellinos de la oficina, torbellinos ingratos, además de cenagosos y muy peligrosos. Cambiaban los jefes principales, cambiaban los directores, desfilaban los jefes de sección, pero el jefe del cuarto escritorio seguía en su puesto y todos lo apreciaban porque era indispensable y porque disimulaba serlo con cuidado; todos lo distinguían y le hacían justicia porque trataba de borrar por completo; sabía todo y recordaba todo lo que tuviera que ver con la oficina; lo consultaban como un archivo y no aspiraba a hacer carrera; un director le ofreció el puesto de jefe de sección, pero él se mantuvo fiel a su cuarto escritorio; quisieron proponerlo para una cruz y durante dos años logró evitarla pidiendo que la sustituyeran por un aumento de sueldo solo porque el jefe del tercer escritorio podía envidiarlo. Así era en todo: nunca nadie se

quejó de que pidiera sobornos; nunca ninguno de sus compañeros sospechó de su desinterés. Pueden imaginarse cuántos asuntos pasaron por sus manos a lo largo de cuarenta y cinco años, y nunca ninguno de ellos lo hizo salir de sus casillas, indignarse, perder su alegre disposición de ánimo; nunca en su vida había pasado mentalmente de la elaboración de documentos a la existencia real de las circunstancias y de las personas; consideraba los asuntos de la oficina algo abstracto, como la concatenación de una gran cantidad de comunicaciones, informes, mensajes y solicitudes dispuestos en determinado orden y crecientes según determinadas reglas; al dar continuidad a un asunto en su escritorio o al *darle movimiento*, como suelen decir los jefes de despacho románticos, solo pensaba, desde luego, en limpiar su escritorio, y terminaba el asunto como le resultaba más cómodo: con una solicitud de información en Krasnoiarsk que no podía regresar antes de dos años, o con la preparación de una resolución definitiva, o –lo que más le gustaba– con el envío del asunto a otra oficina, donde ya otro jefe de despacho terminaba ese solitario según las mismas reglas; era a tal punto imparcial que, por ejemplo, no pensaba en absoluto que pudiera haber personas que se lanzaran al mundo antes de que regresara el certificado de Krasnoiarsk: Temis⁷⁶ debe ser ciega...

Pues bien, precisamente ese honorabilísimo compañero de Vladímir, unos tres meses después del nombramiento de este, terminó la revisión de unos papeles y dio nuevo alimento a las plumas de cuatro copistas, sacó su tabaquera de plata grabada, se la ofreció al ayudante y añadió:

–Pruebe este tabaco, Vasili Vasílievich; un amigo me lo trajo de la ciudad de Vladímir.

–¡Excelente tabaco! –replicó el ayudante unos momentos después, pasados entre la vida y la muerte por aspirar una gran pulgarada de ese polvo seco y verde claro.

–¿Qué? ¿Pega fuerte? –dijo el jefe de despacho, muy contento de haber estropeado la membrana nasal de su ayudante.

–Dígame, Ósip Ievseich –preguntó este, volviendo poco a poco en sí después de la parálisis que le produjo el tabaco y secándose con un pañuelo azul los ojos, la nariz, la frente e incluso la barbilla–, aún no le he preguntado qué le parece el joven recién nombrado que ha venido de Moscú, según creo.

–Parece un muchacho avisado. Dicen que *él mismo* lo ha nombrado.

–Exacto, señor; es un muchacho inteligente, no se puede negar. Ayer oí que discutía con Pável Pávlovich; a ese, ya sabe usted, no le gusta que lo contradigan, y Biéltov tampoco es de andarse con pelos en la lengua. Pável Pávlovich empezó a enfadarse: le digo que es así y asá, decía, y Biéltov que no, que qué está diciendo, que es así y asá. Yo miraba desde fuera y me divertía. Después, cuando Biéltov se apartó, Pável Pávlovich le dijo a un compañero: «Trata de mantener en orden la oficina cuando te meten a tipos semejantes; por lo demás, yo soy una universidad en persona: le quitaré la costumbre de obrar a su antojo; a mí no me importa quién lo ha nombrado».

—¡Vaya cosa! —dijo el jefe de despacho, a quien, por lo visto, la historia también dejó una alegre impresión—. ¿Así que da lo mismo quién lo ha nombrado? ¡Ay, Pável Pávlovich! Pero ¿qué, le dijo eso en la cara?

—No, solo al final acertó a decir algo en francés. Confieso que, cuando vi esa escena, ¿sabe lo que se me ocurrió?: que Ósip Ievseich y yo seguiremos ocupando el cuarto escritorio y él terminará allí. —Y señaló la dirección.

—¡Ay, qué cabeza la tuya, Vasili Vasílievich! —respondió el jefe de despacho—. No debe haber nadie más inteligente que tú en los tres primeros escritorios y, sin embargo, tú también vuelas bajito. Yo, hermano, he visto en mi vida bastante material del que terminan saliendo verdaderos hombres prácticos y directores de oficina; este pisaverde no tiene ni una pizca de lo que se necesita. Sí, es inteligente y esmerado, pero ¿le alcanzarán para mucho tiempo su inteligencia y su esmero? Si quieres, te apuesto una botella de licor a que no llega ni a jefe de despacho.

—No quiero apostar, pero ayer leí unos papeles redactados por él y le juro que escribe de maravilla; solo en *El Hijo de la Patria* he visto un estilo semejante.

—También yo lo he visto; es cierto que mis ojos han envejecido, pero eso no quiere decir que estén ciegos: no conoce las formas; si eso le pasara por tonto o por falta de costumbre, no sería problema: algún día aprendería; pero él no sabe a causa de su inteligencia; de un asunto hace una novela y lo principal se le escapa entre los dedos; de parte de quién es la comunicación, si el trámite sigue su curso debido, a quién debe remitirse: a él todo le da igual; eso en ruso se llama superficialidad; pero, si le preguntas, es capaz de enseñarnos a nosotros, los viejos. No, hermano, a un muchacho diligente se lo reconoce enseguida; yo mismo pensé al principio: «Parece que no es tonto; a lo mejor se abre camino; bueno, no está acostumbrado al trabajo, pero se las arreglará y se acostumbrará»; pero ya hace tres meses que todos los días va y viene obsesionado con cualquier tontería, se enardece como si estuvieran a punto de matar al padre, perdóneme Dios, y él se dispusiera a salvarlo. Vamos, ¿adónde llegas con alguien así? He visto a jóvenes semejantes; no es el primero ni será el último; solo dice de la boca para fuera: «Acabaré con el abuso», pero no sabe de qué abusos habla y en qué consisten... Gritará, gritará y seguirá siendo toda la vida un funcionario *sin encargo alguno*, y de puro tonto se reirá de nosotros: «Estos son jornaleros de oficina», pero los jornaleros son precisamente los que hacen todo. Si hay que enviar una solicitud por un asunto a la Cámara Civil, no sabe hacerla y se la pide a un jornalero... ¡Zánganos! —concluyó con elocuencia el jefe de despacho.

En efecto, razonaba con fundamento, y los acontecimientos, como adrede, se dieron prisa en darle la razón. Biéltov no tardó en enfriarse con los asuntos de la oficina, se volvió irritable, descuidado. El director lo llamó a su despacho y le habló como una madre afectuosa, pero de nada sirvió. Lo llamó el ministro y le habló como un padre afectuoso, de un modo tan atinado y conmovedor que el encargado de la oficina, allí presente, derramó lágrimas a pesar de que no era

fácil enternecerlo, cosa que sabían todos los guardias que estaban a su cargo, pero eso de nada sirvió. Biéltov empezó a dejar de estar en su sitio a tal punto que se ofendía precisamente de esa simpatía familiar de los extraños, precisamente de esos deseos paternos de corregirlo. En una palabra, tres meses después de la elocuente conversación del jefe de despacho con su ayudante, Ósip Ievseich se enfurecía con un copista que no acababa de entender algo y le decía:

—Pero ¿cuándo aprenderás? A ver, ¿cuántas veces lo has escrito ya?, y cada vez hay que prepararte el borrador completo. Eso pasa porque no piensas en el trabajo, sino en deambular con levita por el bulevar Admiralteiski en busca de *mademoiselles*... Ya lo he visto muchas veces... Bueno, escribe: «Y para que viva en el Imperio ruso se le expide al secretario de la provincia retirado Biéltov el presente pasaporte, con la correspondiente firma y sello del Estado». ¿Has terminado? ¡Dámelo! —y murmuró—: origen noble... tantas almas... distrito... estudios... puesto... 18 de septiembre... ortodoxo... ¡Bien! —Y, abajo, en el borde mismo de la hoja, refrendó con letra muy pequeña—. Espera, llévalo ahora mismo y entrégalo, y, cuando lo firme, vas a la oficina de registro; allí tienen que poner el sello a un lado, ¿ves?, donde dice: «Junto al presente pasaporte». Mañana vendrá a buscarlo. ¿Y bien, Vasili Vasílievich? —dijo dirigiéndose a su ayudante—. ¿Por qué no quiso apostar un licor? Ahora estaría yendo a buscarlo. Ni que decir tiene, ¡ha sido muy rápido!

—Le faltaron exactamente catorce años y seis meses para recibir un distintivo⁷⁷ —señaló con ingenio el ayudante.

El jefe de despacho y con él todos los que estaban sentados alrededor del escritorio rieron a carcajadas.

Esa risa olímpica marcó el fin del servicio de nuestro buen amigo Vladímir Petróvich Biéltov. Eso sucedió exactamente diez años antes de aquel célebre día en que, en el mismo momento en que en casa de Vera Vasílievna servían el *pudding*, se oyeron unos cascabeles y Maksim Ivánovich, incapaz de contenerse, corrió hacia la ventana. ¿Qué había hecho Biéltov en esos diez años?

Todo o casi todo.

¿Qué había concluido?

Nada o casi nada.

¿Quién no conoce el viejo adagio de que los niños que prometen mucho rara vez lo cumplen? ¿Por qué sucede así? ¿Acaso las fuerzas del hombre se desarrollan en una magnitud tan determinada que, si se consumen en la juventud, ya no queda nada en la edad madura? Pregunta muy complicada. No sé ni puedo responderla, pero creo que la respuesta hay que buscarla en el ambiente, en el entorno, en las influencias y en los contactos antes que en alguna absurda constitución psíquica del individuo. Sea como fuere, el adagio se cumplió en lo que concierne a Biéltov. Biéltov, con su impetuosidad juvenil y su inconsistencia de soñador, se enfadaba con las

circunstancias y, con íntimo horror, llegaba en casi todo a los mismos resultados que tan elocuentemente había expresado Ósip Ievseich: «Todo lo hacen los jornaleros», y lo hacen porque los tejones y las mangostas no saben hacer nada y lo único que ofrecen a la humanidad es su deseo, su anhelo, a menudo noble, pero casi siempre estéril...

Una mañana, si no hermosa, sí completamente petersburguesa, una mañana en la que se unían las incomodidades de las cuatro estaciones del año, la aguanieve se abatía sobre las ventanas y a las once de la mañana todavía no había amanecido, sino más bien oscurecido, Biéltova estaba sentada frente a la misma chimenea ante la cual había tenido la última conversación con el ginebrino; Vladímir estaba echado en el sofá con un libro en la mano que leía y no leía hasta que al fin decidió no leer, lo dejó en la mesa y, tras un buen rato en perezosa meditación, dijo:

—Madrecita, ¿sabe qué se me ha ocurrido? El tío tenía razón cuando me aconsejó que estudiara medicina. ¿Qué cree usted, debería dedicarme a la medicina?

—Como quieras, amigo mío —respondió Biéltova con su habitual mansedumbre—. Lo único terrible, Volodia, es que tendrás que acercarte a los enfermos, y hay enfermedades contagiosas.

—Madrecita —dijo Vladímir, tomándola con ternura de la mano y sonriendo—, ¿es usted una egoísta embargada de amor! Vivir de brazos cruzados, por supuesto, es más seguro, pero creo que para la inactividad hay que tener tanta vocación como para la actividad. No todo el que lo desea puede no hacer nada.

—Inténtalo —respondió la madre.

A la mañana siguiente, Vladímir se presentó en la sala del teatro anatómico y, con el mismo celo con el que se había ocupado de los asuntos de la oficina, empezó a dedicarse a la anatomía. Pero a esa aula no llevó aquel amor puro que lo había acompañado en la Universidad de Moscú; por mucho que se engañara a sí mismo, la medicina era para él un refugio: en ella huía de los fracasos, del tedio, de la inacción; ya había una gran distancia entre el alegre estudiante y el funcionario retirado y diletante de la medicina. Dotado de un entendimiento ágil, tropezó muy pronto en sus nuevas ocupaciones con los problemas ante los cuales la medicina calla doctamente y de cuya resolución depende todo lo demás. Se detuvo ante ellos y quiso tomarlos por asalto, con la desesperada valentía del pensamiento; no se fijó en que esas soluciones suelen ser el fruto de prolongados, constantes e incansables esfuerzos; pero él no era apto para tales esfuerzos, así que su interés por la medicina se enfrió notablemente, en especial por los médicos, en quienes volvió a ver a sus compañeros de oficina; pretendía que dedicaran toda su vida a la resolución de las cuestiones que a él le interesaban; pretendía que se acercaran a la cama de un enfermo como a un altar, pero ellos por la noche preferían jugar a las cartas, preferían practicar y les faltaba tiempo.

«No —pensaba Vladímir—, no, no quiero ser médico. ¿Qué clase de hombre deshonesto soy para atreverme a curar a un enfermo con la divergencia que existe hoy en todas las cuestiones

fisiológicas? ¡Todo lo práctico lo dejaré a un lado! ¿Qué clase de funcionario soy, qué clase de académico? Yo... yo... no me atrevo a confesármelo: ¡soy un artista!» Copiando la imagen de un cráneo, se dio cuenta de que era pintor. Concebido y hecho. Los vidrios inferiores de las ventanas de su despacho se cubrieron de telas impenetrables; al lado de dos cráneos apareció una pequeña Venus; por doquier crecieron, como salidas de la tierra, cabezas de yeso representando el horror, la vergüenza, los celos, el valor tal como los entiende la escultura académica, es decir, tal como esas pasiones no aparecen en la naturaleza. Vladímir dejó de cortarse el pelo y andaba la mañana entera con una blusa, esa prenda del proletariado que le había confeccionado un sastre de la aristocracia en la avenida Nevski. Empezó a visitar todas las semanas el museo Hermitage y a trabajar con celo ante el caballete... La madre a veces entraba de puntillas por temor a molestar al futuro Tiziano en sus ocupaciones. Empezó a hablar de Italia y del cuadro histórico en el enfático gusto contemporáneo: ideó el encuentro de Biron, que viajaba desde Siberia, con Münnich, que viajaba a Siberia;⁷⁸ alrededor un paisaje invernal, nieve, trineos y el Volga...

Desde luego, la pintura tampoco satisfizo por completo a Biéltov: dentro de él faltaba el contento con la ocupación; fuera de él faltaba ese medio artístico, esa interacción viva, ese intercambio que sirve de sostén a un artista. Nada acicateaba su actividad; era absolutamente innecesaria y solo dependía de su deseo personal. Pero lo que más lo molestaban eran sus sueños de antes con el servicio, con la actividad civil. Nada en el mundo es tan seductor para una naturaleza fogosa como participar en los asuntos corrientes, en esa historia que se realiza ante nuestros ojos; quien en su pecho se ha permitido soñar con esa actividad está perdido para todas las demás esferas; cualquiera sea su ocupación, no dejará de ser un huésped: su verdadera esfera no será esa, y llevará las disputas civiles al arte, representará su idea si es pintor, la cantará si es músico. Cuando pase a otra esfera, se engañará a sí mismo como lo hace un hombre que ha abandonado su patria e intenta convencerse de que da igual, de que su patria está en cualquier parte donde pueda ser útil: lo intenta, pero en su fuero interno una voz obsesiva lo llama a otro lugar y le recuerda otras canciones, otra naturaleza. Con mayor vaguedad o precisión deambulaban esos pensamientos por el alma de Biéltov, y con envidia miraba a algún alemán que vivía tocando el piano, al dichoso Beethoven y a quien estudiaba la actualidad *ex fontibus*,⁷⁹ es decir, a través de los escritores antiguos.

Además, las largas noches petersburguesas en las que no se puede pintar... Esas noches Vladímir las pasaba muy a menudo en casa de una viuda, amante apasionada de la pintura. La viuda era joven, bonita, con toda la atracción del lujo y la elevada instrucción; fue en casa de ella donde Vladímir pronunció tímidamente las primeras palabras de amor y firmó con valentía la primera letra de cambio por una suma enorme que había perdido esa misma dichosa noche cuando, distraído y embelesado, jugaba sin prestar atención alguna a las cartas. ¿Acaso estaba para pensar en ellas? Frente a él se hallaba ella, y ¡leía con tanta claridad en sus ojos el amor y la

atención!

No voy a contarles ahora todo el romance de mi héroe; los hechos fueron de lo más corrientes, aunque nada corriente fue el modo en que se reflejaron en su alma. Diré brevemente que, después de su experiencia amorosa, en la que gastó mucha vida, y después de varias letras de cambio, en las que gastó buena parte de su patrimonio, viajó a tierras extranjeras a buscar distracciones, a buscar impresiones, ocupaciones, etcétera, y su madre, débil y envejecida prematuramente, viajó a Biéloie Polie a arreglar los agujeros hechos por las letras de cambio, a pagar con desvelos de años los arrebatos pasajeros de su hijo, a ahorrar otra vez dinero para que a Volodia no le faltara nada en el extranjero. Todo eso no fue nada fácil para Biéltova; si bien amaba a su hijo, no tenía las aptitudes de la señora de Zasékino: siempre estaba dispuesta a condescender, siempre se dejaba engañar no por negligencia, no por falta de perspicacia, sino por una tierna delicadeza que le impedía darse cuenta de que lo que veía era verdad. Los campesinos de Biéloie Polie rezaban a Dios por su señora y pagaban el tributo en tiempo y forma. Biéltov escribía con frecuencia a su madre, y ahí podrían ver ustedes que existe otro amor que no es tan orgulloso ni tan pretencioso como para arrogarse en exclusividad ese nombre, sino que es un amor que no se enfría ni con los años ni con las enfermedades, que en edad avanzada abre con manos trémulas las cartas y con ojos ancianos vierte lágrimas de amargura sobre las preciadas líneas. Las cartas del hijo eran para Biéltova una fuente de vida; la fortalecían, la consolaban, y ella ojeaba cien veces cada carta. Pero las cartas eran tristes, aunque llenas de amor, aunque ocultaban mucho al débil corazón de la madre. Se notaba que el tedio consumía al joven, que el papel de espectador al que se condenaba el viajero empezaba a hartarlo; había recorrido Europa y no le quedaba nada por hacer; a su lado todos estaban ocupados, como suelen estarlo las personas en su casa; se veía a sí mismo como un visitante al que ofrecen una silla, al que colman de cortesía, pero al que no participan de los secretos familiares y al que, por último, le llega la hora de regresar a su casa. El solo recuerdo de sus andanzas en Petersburgo le infundió melancolía y, sin saber por qué, se trasladó de París a Londres. Unos meses antes de su regreso, la madre recibió una carta de él desde Montpellier; anunciaba que se dirigía a Suiza, que se había resfriado un poco en los montes Pirineos y que por eso pasaría otros cinco días en Montpellier; prometía escribir cuando partiera; de regresar a Rusia no decía una sola palabra. «Me he resfriado un poco», y la madre ya empezaba a alarmarse y a esperar una carta desde el camino. Pero transcurrieron dos semanas y no recibió ninguna carta; transcurrió un mes y la carta seguía sin aparecer. Pobre mujer, la habían privado incluso de su último consuelo en la separación: la posibilidad de escribir con la certeza de que su carta llegaría, así que solo para aliviar su pena, y sin saber si llegarían, envió dos cartas a París *confiées aux soins de l'ambassade russe*.⁸⁰ Antes de acostarse a dormir ordenaba siempre a Dunia que el cochero fuera a caballo a la capital del distrito para averiguar si no había alguna carta, aunque sabía muy bien que el correo llegaba una

vez a la semana. El administrador del correo era un viejito bondadoso y muy leal a Biéltova; en cada ocasión mandaba decirle que no había cartas, que en cuanto llegaran él mismo las llevaría o las enviaría por estafeta. ¡Con qué obtusa pena escuchaba la madre esa respuesta después de haber esperado en vilo durante varias horas! La idea de viajar ella misma empezó a dar vueltas en su cabeza; quería mandar a llamar a un vecino, un capitán de artillería retirado, al que recurría para todas las cuestiones jurídicas importantes (por ejemplo, redactar una explicación cortés de por qué no había un depósito de provisiones, etcétera); ahora quería preguntarle dónde se tramitaba un pasaporte para el extranjero, si en el Palacio del Tesoro o en el tribunal de distrito... Y tanto más aburridos transcurrían los días de espera por cuanto era otoño, los tilos ya hacía tiempo que estaban amarillos, la hojarasca crujía bajo los pies, llovía durante días enteros como sin querer, pero sin parar. Una tarde, la criada que servía a Biéltova le pidió permiso para ir a la misa de vísperas.

—Ve. ¿Qué es mañana?

—¿Acaso se ha dignado olvidar que mañana es 17 de septiembre, su onomástica, el día de la sabia Sofía y de sus hijas: Fe, Esperanza y Amor?

—Ve, Dunia, y reza a Dios por Volodia —dijo Biéltova, y los ojos se le llenaron de lágrimas.

El hombre hasta los cien años sigue siendo un niño, y si viviera hasta los quinientos, lo seguiría siendo con una parte de su ser. Y sería una pena que perdiera esa parte, porque está llena de poesía. ¿Qué es la onomástica? ¿Por qué ese día se siente con más intensidad la pena y la alegría que el día anterior o el siguiente? No sé por qué, pero es así. No solo la onomástica, sino cualquier aniversario conmueve con fuerza el alma. «Hoy creo que es 3 de marzo», dice uno, temiendo que se le venza el plazo de venta de una propiedad en una subasta. «3 de marzo, sí, 3 de marzo —responde otro, y su memoria se remonta ocho años atrás; recuerda el primer encuentro después de la separación,⁸¹ recuerda todos los detalles y, con un sentimiento algo solemne, añade—: ¡Hace exactamente ocho años!» Y teme profanar ese día, y siente que es una fiesta, y no se le ocurre pensar que el 13 de marzo hará exactamente ocho años y diez días y que cualquier día es una especie de aniversario. Lo mismo pasaba con Biéltova. El pensamiento de la separación, de que no recibía cartas, se volvía más amargo y penoso ante la idea de que Volodia no iría a felicitarla y de que, acaso, se olvidaría de felicitarla allí donde estuviera... Se sumía en una meditación ensoñación: ora en su imaginación aparecía cómo quince años antes había encontrado la habitación del té adornada con flores; cómo Volodia no la dejaba entrar allí y la engañaba; cómo ella se daba cuenta, pero no le decía nada; cómo *monsieur* Joseph había ayudado con esmero a Volodia a preparar guirnaldas; después se le aparecía Volodia en Montpellier, enfermo, en manos de un tabernero avariento; entonces temía dar rienda suelta a su imaginación y se daba prisa en consolarse pensando que tal vez *monsieur* Joseph se había encontrado con él allí y estaba a su lado. Es tan tierno, tan bueno, quiere tanto a Volodia que lo

cuidará, cumplirá rigurosamente las indicaciones del médico, lo velará mientras duerme. Pero ¿por qué Joseph iba a estar en Montpellier? Aunque ¿por qué no? Volodia bien habría podido haberle escrito como a un amigo... Pero... Y otra vez sentía una pena insoportable, y una sucesión de cuadros sombríos entrelazados con recuerdos luminosos desfilaba en su alma toda la noche.

Al día siguiente, ajetreos varios la ocuparon y, hasta donde pudieron, la distrajeron. Desde primera hora el recibidor se llenó de aristócratas de Biéloie Polie; el alcalde pedáneo estaba delante, con un caftán azul, sosteniendo sobre una fuente enorme un roscón de tremendas dimensiones que el inspector de policía, a instancias suyas, había traído de la capital de distrito; el roscón despedía un olor a aceite de cáñamo capaz de detener cualquier intento de atentar contra su integridad; a su lado, en el borde de la fuente, había naranjas y huevos; entre las bellas y majestuosas cabezas de nuestros barbudos, solo un hombre se distinguía por su traje y aspecto: no solo estaba afeitado, sino también cortado en varias partes, ya que su mano (no sé si por haber escrito mucho o porque nunca había recibido la encantadora mañana del campo sin haber bebido a cuenta ajena en la taberna una jarra de vodka de pésima calidad) tenía la extrañísima costumbre de temblar, lo que le dificultaba a todas luces aspirar rapé y afeitarse; llevaba una levita larga de color azul y unos pantalones de algodón metidos en las botas, es decir, semejaba un conocido animal de Australia, el ornitorrinco, en el que se reúnen de un modo por demás repugnante el mamífero, el ave y el anfibio. En el corral se alzaba de vez en cuando el grito lastimero de un ternero alimentado con leche durante seis semanas: era la hecatombe que también habían preparado los campesinos a la señora para la *nomástica*. Biéltova no sabía comparecer en sociedad con la debida solemnidad; ella lo sabía y siempre se azoraba un poco en tales ocasiones. Después de la recepción hubo una misa, una rogativa; en ese mismo momento llegó el capitán de artillería; esta vez no se presentó como jurisconsulto, sino con su aspecto marcial de antes; cuando volvían de la iglesia a la casa, Biéltova se asustó mucho al oír un estrépito. El vecino había llevado en su carruaje un pequeño falconete y ordenó hacer un disparo en señal de alegría; el perro de caza de Biéltova, allí presente, no podía entender, como animal tonto que era, que es posible disparar sin objeto, y se consumía de pena corriendo en busca de una liebre o un gallo silvestre. Volvieron a casa. Biéltova mandó servir los entremeses. De pronto se oyó una sonora campanilla y la espléndida troika del correo cruzó volando el puente, desapareció detrás de la loma y, dos minutos después, se dejó ver a poca distancia: el cochero condujo directamente hacia la casa señorial, se acercó a toda velocidad y detuvo con maestría los caballos en la entrada. El viejo administrador del correo (se trataba de él) bajó del coche y no pudo evitar decirle al cochero:

—¡Ay, Bogdashka, eres un perro, un verdadero perro! ¡Hay que rendirte honores!

Bogdashka, desde luego, estaba contento con el cumplido del administrador del correo, guiñó

el ojo derecho, se arregló el sombrero y dijo:

–A su excelencia hay que servirle con esmero, no es para menos.

Con aspecto solemne y misterioso, con una satisfacción que rezumaba en todas sus facciones, el administrador del correo entró en el salón y se dirigió a besar la mano de la señora.

–Madrecita Sofia Alekséievna, tengo el honor de felicitarla por su solemnísimas onomástica y le deseo buena salud. ¡Buenos días, Spiridón Vasílievich! –agregó dirigiéndose al capitán.

–Mis respetos, Vasili Lóguinovich –respondió el artillero.

Vasili Lóguinovich prosiguió:

–Pues yo para su onomástica me he tomado el atrevimiento de traerle un regalito; sea indulgente y no lo desdigne; es un regalo barato: apenas quince rublos con ochenta kopeks entre aranceles portuarios y seguros; aquí tiene, madrecita, dos cartas de Vladímir Petróvich: una, creo, es de Montrachet; la otra, de Ginebra, a juzgar por el sello. Perdona a este pecador, madrecita: la primera cartita llegó hace dos semanas y la otra hace unos cinco días, pero las guardé para esta ocasión. Me dije que así consolaría a Sofia Alekséievna en el día de su natalicio regio.

Sofia Alekséievna actuó con el administrador del correo exactamente igual que el célebre actor Aufresne con el cuento de Terámenes:⁸² no escuchó más sus palabras desde que él sacó las cartas; con mano trémula abrió los sobres y atinó a leerlas allí mismo, pero se levantó y se retiró.

El administrador del correo estaba muy contento, pero casi mató a Biéltova primero de pena y después de alegría; se frotó las manos con tanta bondad, disfrutó tanto del éxito de su sorpresa que no hay en el mundo corazón cruel capaz de hacerle un reproche por esa broma y no proponerle comer algo. Esta vez, lo último lo hizo un vecino:

–Ya lo ve, Vasili Lóguinovich, la ha dejado atontada con la carta, ¡flaco favor le ha hecho, ni que decir tiene! Sin embargo, ¿sabe qué?, mientras Sofia Alekséievna conversa con las cartas, no estaría de más servirnos algo; yo me levanto muy temprano.

Se sirvieron.

Una carta había sido escrita en el camino; la otra, en Ginebra, y terminaba con las siguientes líneas: «Ese encuentro, querida madrecita, esa conversación me ha conmovido, y, como ya he escrito al principio, he decidido regresar y participar en las elecciones. Mañana me iré de aquí, pasaré un mes a orillas del Rin y de allí viajaré directamente a Taurage sin detenerme... Alemania me tiene terriblemente hart. En Petersburgo y Moscú me veré solo con mis conocidos y de inmediato me reuniré con usted, querida mamita, con usted en Biéloie Polie».

–¡Dunia, Dunia, trae ya mismo el almanaque! Ay, Dios mío, ¿dónde lo estás buscando? ¡Qué torpe eres! Ahí está.

Y Biéltova se arrojó ella misma a recoger el almanaque y se puso a contar, calcular, pasar las fechas del calendario juliano al gregoriano, del gregoriano al juliano, y entretanto ya pensaba cómo arreglaría la habitación... No se olvidó de nada, excepto de sus invitados; por suerte, ellos

sí se acordaron de sí mismos y se sirvieron por *segunda vez*.

—¡Qué cosa extraña, extrañísima! —continuó el presidente—. Diríase que la vida en la capital ofrece tantas distracciones y entretenimientos que a un joven, sobre todo a uno sin preocupaciones materiales, le resultaría difícil aburrirse.

—¡Qué se le va a hacer! —respondió Biéltov con una sonrisa, y se levantó para despedirse.

—Pues bien, viva entre nosotros. Si bien aquí no encontrará ese brillo y esa instrucción, seguramente encontrará personas buenas y sencillas que lo recibirán con hospitalidad en sus apacibles familias.

—Eso delo por descontado —añadió el desenvuelto consejero con la Ana en el ojal—. A nuestra pequeña ciudad no le falta nada, y en lo que hace a hospitalidad, no tiene nada que envidiarle a Moscú.

—Estoy seguro —dijo Biéltov, haciendo una reverencia al despedirse.

SEGUNDA PARTE

I

Ya conocen ustedes la fuerte y prolongada sensación que causó Biéltov en los honorables habitantes de N. N.; permítanme ahora hablar también de la sensación que causó la ciudad en el honorable Biéltov. Se alojó en el hotel Keresberg, llamado así probablemente no para distinguirlo de otros hoteles, ya que era el único que había en la ciudad, sino más bien por respeto a una ciudad que no existía en absoluto. Ese hotel era la esperanza y la desesperación de todos los pequeños funcionarios civiles de N. N., el consuelo de sus aflicciones y el lugar de sus desenfundadas alegrías; a la derecha de la entrada, siempre en el mismo sitio, estaba el impasible dueño parado delante de un pupitre alto y, frente a él, su dependiente con camisa blanca, barba cerrada y el pelo peinado con una furiosa raya sobre el ojo izquierdo; en ese pupitre se enterraba los primeros días del mes más de la mitad de los salarios recibidos por todos los jefes de despacho, de sus ayudantes y de los ayudantes de sus ayudantes (los secretarios rara vez acudían, por lo menos por su propia cuenta; desde que llegan a secretarios, los funcionarios añaden a su pasión por recibir el salario la pasión por conservarlo: se vuelven conservadores). El dueño, con aire serio y grave, hacía chasquear el ábaco; el maldito pupitre levantaba su tapa, tragaba billetes de cinco rublos y monedas de uno y devolvía kopeks en monedas de diez, cinco y uno; después se oía el chasquido de la llave y el dinero quedaba enterrado. Solo en dos ocasiones se fingió muerto: cuando a su terrible tabique se acercó Iákov Potápich, el comisario, para, por supuesto, pagar su deuda... A veces iban al hotel consejeros a jugar al billar, beber ponche, descorchar una y otra *botella*, en una palabra, para divertirse como solteros, a escondidas de sus esposas (consejeros solteros no hay, al igual que abades casados); para lograr esto último contaban durante dos semanas a izquierda y derecha lo bien que habían parrandeado. Los funcionarios pequeños, cuando aparecían tales dignatarios, escondían la pipa detrás de la espalda (pero de tal modo que se notaba, puesto que el asunto no consistía en esconder la pipa, sino en mostrar el debido respeto), hacían una profunda reverencia y, expresando con mímica su gran turbación, se retiraban a otras habitaciones sin terminar siquiera su partida de billar, billar en el cual, en las horas robadas a las cartas, el corneta Driagálov causaba asombro con sus audaces golpes e increíbles efectos.

El hotelero, un campesino enriquecido de un pueblo de las afueras, sabía quién era Biéltov y

cuál era su hacienda; por eso decidió al instante darle una de las mejores habitaciones; esa habitación solo se daba a personas importantes, a generales, a rentistas; *por eso* lo condujo a las otras. Estas eran a tal punto oscuras y mugrientas que, cuando el dueño llevó a Biéltov a la que le había asignado y señaló: «Si no fuera una habitación de paso, se la cedería con todo gusto», Biéltov empezó a persuadirlo con vehemencia para que se la cediera; el hotelero, conmovido por su elocuencia, aceptó y le cobró una suma nada desdeñable. El honorable hotelero redobló la cortesía con Biéltov tratando con rudeza a todos los demás huéspedes. La habitación, en efecto, era de paso; al cerrar la puerta cortaba el paso principal entre el salón y la sala de billar, obligando a quienes desearan jugar a atravesar la cocina. La mayor parte de los huéspedes se sometió en silencio a esa prueba, del mismo modo que antes se había sometido a todas las demás con las que el destino juzgó necesario premiarlos; por lo demás, hubo quienes manifestaron a gritos su descontento con el acto groseramente parcial del hotelero. Un miembro del tribunal popular que diez años antes había servido en el ejército estuvo a punto de romper el taco de billar contra la espalda del hotelero y se ofendió a tal punto que, lógicamente, añadió a la recua de expresiones enérgicas: «Yo también soy noble; que se lo lleve el diablo; si se la hubiera dado a un general, vaya y pase, pero a ese mocoso... ¡Claro, ha venido de París! Permítame preguntar en qué soy menos que él; yo también soy noble, jefe de familia, tengo una medalla de 1812...». «¡Basta, cabeza loca, basta!», le dijo el corneta Driagálov, que había puesto la mira en Biéltov. Sea como fuere, el hotelero, en silencio y saliendo del paso con bromas, con la apática firmeza y la complaciente inflexibilidad de un mercader ruso, se mantuvo en sus trece. Por lo demás, la habitación con la que Biéltov había ofendido el quisquilloso *point d'honneur* de muchos solo podía agradar después de las cuatro horribles habitaciones con las que el hábil hotelero asustaba al recién llegado; en rigor, era sucia, incómoda y de vez en cuando se llenaba de olor a aceite quemado, el cual, al mezclarse con la constante atmósfera de tabaco, formaba algo capaz de producir náuseas a cualquier esquimal criado con pescado podrido.

El primer revuelo causado por la llegada se calmó. Los baúles, el saco de viaje y el cofrecito fueron llevados a su habitación, y tras todos esos bártulos apareció por fin Grigori Iermoláievich, ayuda de cámara de Biéltov, con lo que quedaba de las provisiones de viaje: una bolsa para el tabaco, una botella medio vacía de vino de Burdeos, restos de un pavo relleno; colocó todo sobre las mesas y las sillas y se fue a beber vodka al bufé, donde aseguró al bufetero que en París estaba acostumbrado a beber un gran *ptiver*⁸³ después de finalizar cada tarea (así como en Rusia se bebe antes de empezarlas). Una multitud de funcionarios deseosos de conocer de primera mano detalles del viajero se le pegó, pero no puede dejar de señalarse que el ayuda de cámara no se mostró muy condescendiente y los trató con un poco de altivez; había vivido varios años en el extranjero y tenía una orgullosa conciencia de esa dignidad. Biéltov, entretanto, estaba solo; después de pasar un rato sentado en el sofá, se acercó a la ventana, desde la que se veía media

ciudad. El encantador espectáculo que se ofreció a sus ojos era general, provincial, oficial: la torre vigía descascarada con el policía yendo y viniendo en la parte superior fue lo primero que le saltó a la vista; la antigua catedral se divisaba por detrás de un edificio largo y, por supuesto, amarillo con dependencias públicas que se erguía en un estilo determinado; después dos o tres parroquias que representaban, cada una de ellas, dos o tres épocas arquitectónicas: antiguas paredes bizantinas adornadas con un pórtico griego o ventanas góticas, o ambas cosas a la vez; después la casa de gobierno con el zaguán decorado con un gendarme y dos o tres solicitantes barbudos; por último, casas del estamento medio completamente idénticas a las de todas nuestras ciudades, con columnas tísicas pegadas a la misma pared, sotabancos inhabitables en invierno por culpa de la ventana italiana que ocupa toda la pared, un ala cubierta de hollín en la que vive la servidumbre, una cuadra con sus caballos; esas casas, como se estila, habían sido compradas por cortesés caballeros y puestas a nombre de señoras; un poco en diagonal se extendía el edificio del centro comercial, blanco por fuera, oscuro por dentro, siempre frío y húmedo; en él podía conseguirse de todo –calicós, muselinas, piqués–, todo excepto lo que se necesitaba comprar. Algo conmovido por el cuadro que se desplegaba ante sus ojos, Biéltov encendió un cigarro y se sentó al lado de la ventana; en la calle deshela; el deshielo siempre se parece a la primavera; el agua goteaba de los tejados, por las calles fluían arroyuelos de agua derretida. Era como si se sintiera que de un momento a otro la naturaleza renacería de debajo del hielo y de la nieve, pero eso solo lo sentía el recién llegado, que en vano esperaba ver en los primeros días de febrero la primavera en N. N.; la calle, por lo visto, sabía que otra vez habría heladas, nevascas y que hasta el 15/27 de mayo⁸⁴ no habría indicios de retoños, y no se alegraba; una soñolienta inacción reinaba en ella; dos o tres mujeres mugrientas estaban sentadas junto a la pared del centro comercial vendiendo manzanas y peras; aprovechando que los dedos no se congelaban, tejían medias, contaban los puntos y solo de tanto en tanto cruzaban algunas palabras, hurgándose los dientes con las agujas, suspirando, bostezando y haciéndose la señal de la cruz en la boca. No lejos de ellas, un viejo mercader de unos setenta años, barba canosa y un gorro alto de cebellina dormía un dulce sueño sobre una silla plegable. De vez en cuando, los vendedores iban de un puesto a otro; algunos empezaban a cerrar el suyo. Por lo visto, nadie compraba nada; apenas había transeúntes en las calles; cierto que pasó el inspector de la zona envuelto en un capote con cuello de piel, a paso rápido, con aspecto preocupado y un papel enrollado; los vendedores se quitaron respetuosamente el sombrero, pero el inspector no estaba para ellos. Después pasó un coche de extraña forma, parecido a una calabaza a la que le hubieran cortado una cuarta parte; esa calabaza la tiraban cuatro caballos venidos a menos; el larguirucho postillón y el canoso y arrugado cochero llevaban abrigo de sayal, y detrás iba temblando un lacayo envuelto en un capote con galones verde claro. En la calabaza viajaba otra calabaza: un terrateniente y padre de familia bueno y obeso que tenía un verdadero mapa de venas azules en la

nariz y las mejillas; a su lado iba su inseparable compañera de vida, que no semejaba una calabaza, sino más bien un pimiento oculto en una especie de choza de tafetán a guisa de gorro; frente a ellos iba un agradable ramo de tres gracias rurales, seguramente la dulce esperanza de la mamita y del papito, dulce, aunque llenaba de desvelos sus tiernos corazones. Se alejó al fin esa huerta andante... Otra vez reinó la calma... De pronto, por la esquina se oyó una gallarda canción rusa y, unos momentos después, tres sirgadores con camisas cortas y rojas, sombreros cubiertos de adornos, complexión atlética y esa osadía en el rostro que todos conocemos, salieron abrazados a la calle; uno llevaba una balalaica, no tanto para tocarla cuanto para componer el cuadro general; apenas si se sostenía sobre los pies; por el movimiento de sus hombros se veía cuánto quería bailar la *prisiadka*. ¿Por qué no lo hizo? Por lo siguiente: de debajo de la tierra acaso, o quizá de debajo de los arcos del centro comercial, apareció un agente de la policía o un centinela con un palo en las manos, y la canción, que había sacudido por un instante aquel tedioso sopor, se interrumpió y se detuvo de repente, y solo el de la balalaica le mostró el dedo al centinela; el honorable guardián de la calma desapareció orgulloso bajo el arco como una araña que vuelve a su oscuro rincón luego de haber dado un bocado al seso de una mosca. Entonces la calma se hizo más densa; empezó a oscurecer. Biéltov tuvo al mirar una sensación espantosa, como si una plancha de hierro lo aplastara y le impidiera respirar a sus anchas; quizá se debiera a la mezcla de aceite quemado con tabaco que llegaba del piso inferior. Tomó su gorra, se puso el abrigo, cerró la puerta y salió a la calle. La ciudad era pequeña, y recorrerla de un extremo al otro no era difícil. El mismo vacío en todas partes; por supuesto, encontró a algunas personas; una trabajadora exhausta con el balancín sobre los hombros, descalza y extenuada, subía una loma por la escarcha, jadeando y deteniéndose; un pope gordo y de apariencia afable, con sotana casera, estaba sentado delante de un portón y la miraba; también encontró a unos oficinistas demacrados y a un consejero obeso, y todos ellos iban muy mugrientos y mal vestidos, no a causa de la pobreza, sino por falta de aseo, y todos ellos caminaban con mucha pretensión, con mucho artificio: el consejero titular avanzaba con tanta importancia como si fuera un senador romano... y el registrador colegiado, como si fuera un consejero titular; también pasó en trineo el comisario de policía; con majestuosa gracia, saludó a los consejeros señalando con aire preocupado el papel que llevaba metido entre los ojales: eso significaba que iba con el *parte diario* a ver a su excelencia... Pasaron, por último, dos mercaderas gordas y una cocinera que llevaba tras ellas unas ramas de abedul y un hatillo; las mejillas coloradas indicaban que las ramas no las habían llevado en vano.⁸⁵ No encontró a nadie más.

«¿Qué significa esta calma –pensó Biéltov–, una reflexión profunda o una irreflexión profunda, tristeza o mera pereza? No se entiende. Y ¿por qué es tan penosa que dan ganas de volver grupas? ¿Por qué me oprime así? A mí me gusta la calma. La calma en el mar, en la aldea, incluso en el campo, en un campo llano que se pierde a lo lejos, me infunde una singular

devoción poética, un dulce olvido de mí mismo. Pero aquí no. Allí este silencio confiere alas, mientras que aquí no deja de oprimir, es estrecho, pequeño; alrededor unas construcciones lamentables; si al menos fueran ruinas, pero no, están pintadas, blanqueadas. Y ¿dónde están sus habitantes? ¿Acaso esta ciudad fue tomada por asalto ayer? O ¿la peste se ha apoderado de ella? Nada de eso: los habitantes están en sus casas descansando. Pero ¿en qué momento han trabajado?...» Y Biéltov se trasladaba involuntariamente a las calles bulliciosas y concurridas de otras ciudades no tan patriarcales y más entregadas al mundanal ruido. Empezó a palpar el embarazo que suele acompañar un paso falso en la vida, sobre todo cuando empezamos a tomar conciencia de él, y se dirigió con tristeza al hotel. Cuando se acercaba, se oyó el denso y prolongado tañido de la campana desde el monasterio de las afueras; el tañido le recordó algo ocurrido hacía mucho tiempo y quiso caminar hacia allí, pero, de pronto, sonrió, meneó la cabeza y con pasos rápidos volvió al hotel. ¡Pobre víctima de un siglo lleno de dudas, no es en N. N. donde hallarás sosiego!

Después de unos días sumido en la lectura y estudio del reglamento de las elecciones nobiliarias, Biéltov se vistió con cierta minuciosidad y se dirigió a hacer las visitas imprescindibles. Tres horas después volvió con un fuerte dolor de cabeza, visiblemente malhumorado y extenuado; pidió agua de menta y se mojó la cabeza con colonia; la menta y la colonia pusieron un poco de orden en sus pensamientos y, tendido en el sofá, ora fruncía el ceño, ora estaba a punto de reír a carcajadas: en su cabeza repasaba todo lo que había visto, desde el recibidor del jefe de la provincia —en el que había pasado unos minutos muy agradables con el gendarme, dos mercaderes de primera categoría y dos lacayos que saludaban y despedían a todos los que entraban y salían con fórmulas muy originales, del tipo: «Lo felicito por la fiesta de la víspera», y además, como orgullosos británicos, tendían la mano, mano que tenía la dicha de ayudar todos los días al general a sentarse en la carroza— hasta el salón del decano de la provincia —en el que el honorable representante de la brillante nobleza de N. N. afirmó que en ningún otro lugar se puede aprender la etiqueta civil como en el servicio militar, que es este el que da al hombre lo más importante y que, por supuesto, cuando se tiene lo más importante lo demás es fácil de adquirir; después confesó a Biéltov que era un verdadero patriota, que en su aldea estaba construyendo una iglesia de piedra y que no podía soportar a los nobles que, en lugar de servir en la caballería y dedicarse a la organización de su hacienda, juegan a las cartas, mantienen a francesas y viajan a París—; todo eso, en conjunto, debía resultar algo mordaz a Biéltov. La serie de rostros que había visto no se le iba de la cabeza. A veces se le aparecía el procurador de la provincia, que en tres minutos alcanzó a decirle seis veces: «Usted mismo es un hombre instruido y comprenderá que, para mí, el señor gobernador es un personaje accesorio: yo escribo directamente al ministro de justicia, y el ministro de justicia es el procurador general. El gobernador es bueno, y yo para su gobierno he “leído, leído y leído” todo lo que he podido, y ya,

pero él piensa de otra manera, entonces yo se lo explico con todo respeto, como corresponde a un alto dignatario; y eso es todo, a mí no pueden darme órdenes; no soy consejero del gobierno provincial». Y cada vez que decía eso aspiraba de una tabaquera anillada de plata un rapé que, por su aspecto, semejaba mucho el francés, pero, por su repugnante aroma, se distinguía de él. A veces el presidente de la Cámara Civil, delgado, alto, demacrado, avaro y mugriento, que se valía de la mugre para justificar su carácter desinteresado. A veces el general Jriashov, rodeado de dos comisarios de policía retirados del servicio, terratenientes empobrecidos, perros de caza, perreros, criados, tres sobrinas y dos hermanas; el general gritaba en sus recuerdos tal como lo había hecho en su casa, silbaba desde el recibidor a Mitka y trataba al perro con magnánima filantropía. A veces nuestro conocido presidente de la Cámara Penal, Antón Antónovich, con su bata de color rana y su consejero con la Ana en el ojal. Cuando, poco a poco, ese honorable conjunto de personas fue pasando en la cabeza de Biéltov a un segundo plano y todas ellas se fundieron en un solo personaje fantástico de un funcionario colosal con el ceño fruncido, taciturno, evasivo, pero capaz de defenderse, Biéltov vio que no podría vencer a ese Goliat y que no solo no podría derribarlo con una honda corriente, sino tampoco con la roca de granito que sirve de pedestal al monumento de Pedro el Grande en Petersburgo.

Cosa extraña: Biéltov, desde que había visitado el extranjero, vivía mucho del pensamiento y de las pasiones, de la excitación del cerebro y de los sentimientos. La vida no pasa en vano para aquellos en quienes se enciende cualquier idea potente: todo está en orden, el día de hoy transcurre como el de ayer, todo es corriente y, de pronto, miras atrás y, con asombro, ves que la distancia recorrida es terrible, que se ha vivido y atravesado mucho. Lo mismo sucedió con Biéltov: había vivido y atravesado mucho, pero no había llegado a ser nada. Por segunda vez se encontró con la realidad en las mismas condiciones que en la oficina, y otra vez se acobardó ante ella. Carecía de ese sentido práctico que enseña al hombre a comprender la ligazón de los acontecimientos vitales; estaba demasiado desconectado del mundo que lo rodeaba. La razón de tal desconexión era clara: Joseph había hecho de él al hombre en general, como Rousseau de Emilio; la universidad prolongó ese desarrollo general; el círculo de amigos compuesto por cinco o seis muchachos llenos de sueños y esperanzas tan grandes cuan desconocida era aún para ellos la vida más allá de las paredes de las aulas no había hecho sino mantenerlo en un círculo de ideas ajenas, extrañas al medio en el que debía vivir. Al final, las puertas de la escuela se cerraron y el círculo de amigos, eterno y para toda la vida, palideció y palideció hasta sobrevivir solo en los recuerdos o resucitar en encuentros casuales e innecesarios tras una copa de vino. Se abrieron otras puertas que rechinaron un tanto. Biéltov pasó por ellas y se encontró en un país completamente desconocido, a tal punto ajeno que no pudo adaptarse a nada; no simpatizaba con ningún aspecto real de la vida que bullía a su alrededor; no era capaz de ser un buen terrateniente, un excelente oficial, un esmerado funcionario, y después en la realidad solo

quedaba el lugar de los ociosos, de los jugadores y de la cofradía de juerguistas en general; en honor a nuestro héroe debe reconocerse que por este último estamento tenía más simpatía que por el primero, aunque tampoco con ellos se hubiera sentido a sus anchas: era demasiado desarrollado, y el libertinaje de esos señores era demasiado sucio, demasiado rústico. Luchó con la medicina y con la pintura, anduvo un tiempo de jarana, perdió y se marchó al extranjero. Obviamente, allí tampoco encontró qué hacer; se aplicaba sin sistema, se ocupaba de todo en el mundo, asombraba a los especialistas alemanes con el carácter multifacético de la mente rusa; asombraba a los franceses con la profundidad de pensamiento, pero, mientras los alemanes y los franceses hacían muchas cosas, él no hacía nada, perdía el tiempo practicando tiro, sentado en restaurantes hasta bien entrada la noche y entregándose de cuerpo, alma y cartera a cualquier cortesana. Esa vida, en última instancia, no podía sino suscitar una enfermiza necesidad de acción. A pesar de que en medio de su aparente ociosidad Biéltov vivía mucho del pensamiento y de las pasiones, había conservado de sus años mozos la falta de todo sentido práctico en su vida. Esa es la causa por la que, acosado por el anhelo de acción, primero tomó la magnífica y laudable decisión de presentarse a las elecciones, y, segundo, no solo se asombró al ver a las personas a las que debía haber conocido desde que vino al mundo o sobre las cuales habría debido informarse antes de entablar con ellas relaciones tan estrechas, sino que quedó tan estupefacto por su manera de hablar, sus modales y su modo de pensar que estaba dispuesto a renunciar sin esfuerzo alguno y sin resistencia a la empresa que lo venía ocupando en los últimos meses. Dichoso aquel que continúa una obra comenzada y heredada: se acostumbra tempranamente a ella, no pierde media vida en elecciones, se concentra, se restringe para no dispersarse y produce. Nosotros, lo más a menudo, comenzamos de nuevo; de nuestros padres heredamos solo bienes muebles e inmuebles, y ni siquiera sabemos conservarlos; por eso la mayoría de nosotros no quiere hacer nada y, si lo desea, se retira a la inmensidad de la estepa –ve a donde quieras, en todas partes hallarás libertad–, pero no llega a ninguna parte; esa es nuestra multifacética inacción, nuestra activa pereza. Biéltov pertenecía por completo a ese tipo de personas; carecía de madurez, a pesar de la virilidad de su pensamiento; en una palabra, ahora, a sus treinta años, él, como un muchacho de dieciséis, *se preparaba* para empezar a vivir, sin advertir que la puerta que más y más cerca se abría no era por donde entran los gladiadores, sino por donde sacan sus cuerpos. «Por supuesto, Biéltov es en gran parte culpable.» Estoy completamente de acuerdo con ustedes; pero otros piensan que existen culpas mejores que cualquier rectitud. Así de tergiversado está todo en el mundo.

No había transcurrido un mes desde la llegada de Biéltov a N. N. cuando ya se había ganado el odio de todo el círculo de terratenientes, lo cual, por lo demás, no impedía que los funcionarios, por su parte, también lo odiaran. Entre los odiadores había quienes no lo conocían en persona; otros, si lo conocían, no tenían ninguna relación con él; era ese un odio puro, desinteresado, pero

incluso los sentimientos más desinteresados tienen algún fundamento. No es difícil adivinar la causa del odio. Los terratenientes y los funcionarios tenían sus propios círculos más o menos cerrados, pero eran círculos afines, emparentados; tenían sus intereses, sus disputas, sus partidos, su opinión social, sus costumbres, comunes, por lo demás, a los terratenientes de todas las provincias y a los funcionarios de todo el imperio. Si llegaba a N. N. un consejero de R. R., a la semana ya era un miembro activo y respetado, un cofrade; si hubiera llegado nuestro estimado amigo Pável Ivánovich Chíchikov,⁸⁶ el comisario le habría organizado una francachela, otros habrían ido a bailar a su lado y lo habrían llamado «madrecita»: así, evidentemente, habrían entendido su parentesco con Pável Ivánovich. Pero Biéltov... Biéltov era un hombre retirado al que le faltaron catorce años y seis meses para recibir un distintivo, como señaló el ayudante del jefe de despacho, amaba todo aquello que esos señores no soportaban, leía libritos perniciosos mientras ellos se dedicaban a las útiles cartas; vagabundo en Europa, forastero en su casa, forastero en el extranjero; modales aristocráticos por su elegancia y hombre del siglo XIX por sus convicciones: ¿cómo iba a acogerlo la sociedad de provincia? No podía participar de sus intereses ni ellos de los de él, y lo odiaban porque intuitivamente comprendían que Biéltov era una protesta, una acusación a su vida, una objeción a todo su modo de existencia. A ello se añadía un sinfín de circunstancias importantes. Hacía pocas visitas, las hacía tarde, viajaba a todas partes por la mañana y en levita, al gobernador le decía «su excelencia» con menor frecuencia que la habitual, y al decano de la nobleza, un capitán de dragones retirado, no le hablaba en absoluto, a pesar de que detentaba temporalmente la dignidad de excelencia; a su ayuda de cámara lo trataba con una cortesía tal que ofendía al visitante; a las damas las trataba igual que a todo el mundo, y en general se expresaba con «demasiada libertad». Añadan a eso que, para el estamento más bajo de la burocracia, estaba perdido desde el primer día de su llegada, cuando entró en la sala de billar. Desde luego, el odio a Biéltov era tan cortés que fluía libremente a espaldas de él, mientras que, en su presencia, rodeaba a su víctima con una atención tan obtusa y tosca que podía tomárselo por simple afecto. Todos querían recibir en su casa al recién llegado para jactarse de que lo conocían, para ganarse el derecho a intercalar diez veces en la conversación: «Bueno, cuando Biéltov estuvo en mi casa... yo con él...», y, como se estila, concluir con alguna calumnia inocente.

Los buenos habitantes de N. N. tomaron todas las medidas necesarias para que Biéltov no recibiera votos o se lo honrara con uno de esos cargos que voluntariamente es difícil aceptar. Al principio no notó el odio que concitaba ni esas intrigas parlamentarias; después empezó a darse cuenta y decidió ir abnegadamente hasta el final... Pero no teman; por razones que me son muy conocidas, pero que prefiero ocultar valiéndome de un subterfugio de autor, libraré a los lectores de ulteriores detalles y descripciones de las elecciones en N. N.; esta vez atraen mi atención otros acontecimientos de índole privada, no de servicio público.

II

Ustedes, seguramente, habrán olvidado hace mucho tiempo la existencia de dos jóvenes que han quedado muy lejos por el largo episodio intercalado: Liúbonka y el modesto y entrañable Krutsiferski. Sin embargo, en su vida ocurrieron muchas cosas: los dejamos cuando eran casi novios y los encontraremos ahora como marido y mujer. Más aún: llevan de la mano a un *bambino* de tres años, el pequeño Iasha.

No hay nada que contar sobre esos cuatro años; eran felices y el tiempo para ellos transcurría con calma y alegría; la dicha del amor, sobre todo de un amor pleno, coronado, carente de una espera inquietante, era un misterio, un misterio que pertenecía a los dos; allí un tercero habría estado de más, allí ningún testigo era necesario; en esa consagración exclusiva de solo dos personas reside el singular encanto y el carácter indescriptible del amor recíproco. Contar la historia exterior de su vida es posible, pero no merece la pena; desvelos cotidianos, falta de dinero, discusiones con la cocinera, compra de muebles, todo ese polvo exterior se depositaba sobre ellos al igual que sobre todos, causando fastidio, pero se quitaba de inmediato sin dejar huella y apenas se conservaba en la memoria. Krutsiferski obtuvo por intermedio de Krúpov el puesto de maestro principal en un liceo, daba clases particulares y, a veces, por supuesto, encontraba padres que le pagaban los honorarios completos; en una palabra, la pareja podía llevar una vida modesta en N. N., y no aspiraban a vivir de otra manera. Alekséi Abrámovich, a pesar de las exhortaciones de Krúpov, no dio más de diez mil rublos para la dote, pero se hizo resueltamente cargo de abastecer a los recién casados; esa difícil tarea la resolvió con bastante éxito: llevó a su casa todo lo que tenía arrumbado en la suya, lo que no necesitaba en absoluto, creyendo, acaso, que eso era precisamente lo que necesitaban los jóvenes. De tal modo, la histórica carroza en la que había pensado Alekséi Abrámovich en el mismo momento en que Glafira Lvovna pensaba en la desdichada hija de un amor prohibido, envejecida, venida a menos, oxidada, con la ballesta rota y una herida importante en el costado, fue trasladada con grandes dificultades al pequeño corral de Krutsiferski; como no tenía cobertizo, la carroza sirvió mucho tiempo de refugio a las mansas gallinas. Alekséi Abrámovich quiso enviarles también un caballo, pero este murió súbitamente en el camino, cosa que nunca le había sucedido en los veinte años de irreprochable servicio en la cuadra del general; si había llegado su hora o si le había parecido

ofensivo que el campesino, al quedar fuera de la vista de la casa señorial, lo enganchara al pértigo, mientras que el suyo lo dejara como encuarte, lo cierto es que murió; el campesino quedó tan estupefacto que no apareció durante seis meses. Pero uno de los mejores regalos fue el que recibieron la mañana del día en que partían; Alekséi Abrámovich mandó llamar a Nikolashka y Palashka, un muchacho tísico de unos veinte años y una joven doncella con el rostro muy picado de viruelas. Cuando entraron, Alekséi Abrámovich adoptó un aire grave y hasta amenazante.

—¡Háganles una profunda reverencia! —dijo el general—. Y bésenles la mano a Liubov Aleksándrovna y a Dmitri Iákovlevich.

El último pedido no fue fácil de cumplir: la joven pareja, azorada, escondía las manos, enrojecía, saludaba y no sabía qué hacer. Pero el jefe de la comuna continuó:

—Estos son sus nuevos señores —dijo en voz alta y con el tono que requería esa noticia tan importante—. ¡Sírvanles bien y les irá bien! (Recordarán ustedes que eso es una repetición.) Bueno, y ustedes sean afectuosos y benevolentes con ellos si se portan bien; si hacen de las suyas, envíenmelos; tengo una gimnasia especial para los traviesos; se los devolveré hechos una seda. Tampoco hay que mimarlos. Aquí tienen mi regalo para el camino; sé que no son gente acostumbrada a administrar el hogar, ¿cómo se las arreglarían con hombres libres?; el hombre libre es aquí una bestia, sabe que no le pasará nada, que recogerá el pasaporte y, como si fuera un señor, recorrerá las casas en busca de otro lugar. ¡Bueno, háganles una reverencia y salgan! —concluyó con elocuencia el general.

Nikolashka y Palashka se postraron una vez más a sus pies y salieron. Así terminó la historia de la toma de posesión de su nueva propiedad. Ese mismo día nuestros recién casados se trasladaron a la ciudad en compañía de la tos de Nikolashka y el bajorrelieve de Palashka.

La vida de los Krutsiferski se arregló de maravilla. Tenían tan pocas exigencias respecto del mundo exterior, estaban tan contentos consigo mismos, se profesaban una simpatía tal que era difícil no tomarlos por extranjeros en N. N.; no se parecían en absoluto a todo lo que los rodeaba. Es algo muy notable que haya buenas personas que nos consideran a nosotros en general y a los provincianos en particular familias ante todo patriarcales mientras nosotros no sabemos cómo hacer para que nuestra vida familiar atraviese el umbral de la educación, y más notable aún es quizá el hecho de que, enfriándonos en la vida familiar, no nos apeguemos a ninguna otra; entre nosotros no se desarrollan ni la personalidad ni los intereses comunes, solo se extingue la familia. Nuestra vida familiar tiene un carácter formal y oficial; lo único que contiene es lo que se muestra, como en el decorado de un teatro, y si no fuera por las reprimendas del marido a su mujer y por la opresión que los padres ejercen sobre sus hijos, no sería posible adivinar qué tienen en común esas personas y para qué se fastidian la una a la otra, pero sin dejar de vivir juntas. Quien quiera disfrutar entre nosotros de la vida familiar debe buscarla en el cuarto de

estar y no meterse en el dormitorio; nosotros no somos alemanes, concienzudamente felices en todas las habitaciones durante treinta años seguidos. Hay excepciones, y una de esas excepciones era nuestra pareja. Se instalaron con sencillez y modestia, no sabían cómo vivían los demás, y vivían con extrema sabiduría; no imitaban a los demás, no dilapidaban sus últimos y escasos recursos para simular riqueza, no se rodeaban de veinte o treinta amistades inútiles; en una palabra: una parte de los cilicios artificiales, de ese mutuo acoso lancasteriano⁸⁷ llamado convivencia, de la que todos se burlan pero nadie logra superar, esquivaba la casita del modesto maestro de liceo; hasta el propio Semión Ivánovich Krúpov se reconcilió con la vida en familia contemplando a sus «queridos niños».

Unos días después de que Biéltov, descontento y atormentado por cierto presentimiento y la falta efectiva de vida en la ciudad, hubiera deambulado con aspecto sombrío y las manos en los bolsillos, en una de las casitas por delante de las cuales pasaba lleno de pena e indignación podría haber visto, al igual que ahora, uno de esos cuadros familiares hermosos y tranquilizadores que demuestran con todos sus rasgos la posibilidad de la dicha en la tierra. En ese cuadro había algo similar a una tarde de verano en el jardín cuando no hay viento, cuando un estanque se extiende como un espejo metálico dorado por el sol, una aldeíta pequeña se ve a lo lejos entre los árboles, el rocío se levanta, el ganado vuelve a casa con su abigarrado coro de gritos, pataleos, mugidos... y uno está dispuesto a jurar de corazón que no desearía nada mejor en toda su vida... y qué bien que esa tarde pasará dentro de una hora, es decir, será sustituida en el tiempo por la noche para no perder su reputación, para obligar a lamentarse de ella antes de fastidiar. En una habitación limpia y pequeñita estaba sentado en el sofá Semión Ivánovich Krúpov en calidad de único y honorable invitado. Una joven mujer, sonriendo, le preparaba la pipa; su marido ocupaba un sillón y miraba con inmutable serenidad y amor a veces a su mujer, a veces al anciano. Un minuto después entró contoneándose en la habitación un niño de tres años, caminó directamente, es decir, no rodeando la mesa, sino pasando por debajo de ella, hacia Krúpov, a quien quería mucho por el reloj con repetidor y los dos sellos de cornalina que le colgaban del chaleco.

—¡Hola, Iasha! —dijo Semión Ivánovich, sacando a su amiguito de debajo de la mesa y sentándolo sobre sus rodillas.

Iasha tomó uno de los sellos y tiró del reloj.

—No le deja fumar ni beber el té; démelo —dijo la madre, firmemente convencida de que Iasha nunca podía molestar a nadie.

—Déjelo, hágame el favor. Yo mismo me libraré de él cuando me canse —dijo Semión Ivánovich sacando el reloj y haciéndolo sonar; Iasha escuchó encantado, después acercó el reloj al oído de Semión Ivánovich, después al de la madre y, al ver en ambos inequívocos indicios de asombro, se lo llevó a la boca.

—¡Los niños son la mayor dicha en la vida! —dijo Krúpov—. Sobre todo para nosotros, los ancianos, es un placer acariciar sus rizadas cabecitas y mirar esos ojitos radiantes. De veras, uno no se vuelve tan rudo ni se deja llevar por el egoísmo cuando contempla estos brotes. Sin embargo, les diré con franqueza que no me arrepiento de no haber tenido hijos... ¿para qué? Pero Dios me ha dado un nietecito; cuando envejezca, le haré de niñera.

—¡Niñera allí! —observó Iasha, señalando la puerta más que contento.

—Tómame a mí de niñera.

Iasha se dispuso a negarse con un grito terrible, pero la madre lo evitó haciéndole prestar atención a un botón dorado en el frac de Krúpov.

—Me gustan los niños —continuó el anciano—, y en general me gustan las personas; cuando era más joven, me gustaban también las caras bonitas y, a decir verdad, estuve enamorado unas cinco veces, pero le tengo aversión a la vida familiar. El hombre solamente puede vivir con calma y libertad si está solo. En familia, como si fuera adrede, todo está hecho para que los que viven bajo un mismo techo se harten el uno del otro y a la fuerza acaben separándose; si no vivieran juntos, reinaría una amistad eterna e interminable, pero, juntos, están apretados.

—Basta, Semión Ivánovich —repuso Krutsiferski—, ¿qué está diciendo? Una mitad entera de la vida, la mejor, llena de dicha y beatitud, le ha quedado a usted sin conocer. ¿Para qué quiere esa libertad que consiste en la falta de toda sensación, en el egoísmo?

—Otra vez empezamos. ¿Cuántas veces te he dicho, Dmitri Iákovlevich, que no me asustas con la palabra «egoísmo»? ¡Qué orgullo! «Falta de toda sensación», como si en el mundo solo existiera la sensación de idolatría del marido por la mujer, de la mujer por el marido, y el celoso deseo de devorarse el uno al otro para sí mismos, para que al prójimo no le quede nada, llorar solo las propias penas, alegrarse de la propia dicha. No, padrecito, ya conozco yo tu abnegado amor; mira, no quiero jactarme, pero ya que hablamos de esto, cuando vas a ver a un enfermo con el corazón en vilo porque estaba mal, te resulta embarazoso acercarte a su cama y ¡vaya, vaya, vaya!, le tomas el pulso y está mejor, y el enfermo te mira con ojos débiles y te aprieta la mano, eso también es una sensación, hermanito. ¿Egoísmo? Salvo los locos, ¿quién no es egoísta? Solo que algunos no lo disimulan, mientras que otros, ¿sabes?, como dice el proverbio: «Aunque la mona se vista de seda, mona se queda». Y ya que estamos, te diré que no hay egoísmo más limitado que el de la familia.

—No sé, Semión Ivánovich, qué es lo que lo aterroriza de la vida familiar; yo hace cuatro años exactos que estoy casada, me siento libre y no veo ni de mi parte ni de la de él sacrificio o carga alguna —dijo Krutsiférskaia.

—Como ha hecho saltar la banca, elogia el juego; como si hubiera pocos milagros en el mundo; ustedes son una excepción que me alegra mucho; pero eso no demuestra nada; hace dos años a nuestro sastre, ustedes lo conocen, el sastre Pankrátov, el de la calle Moskóvskaia, a nuestro

sastre uno de los hijos se le cayó por la ventana del primer piso a la calzada; ¿creen que se hizo daño? ¡En absoluto! Bueno, claro, unos cardenales y unos rasguños, nada más. Así que ¡hala!, sírvanse arrojar a otro niño. Aun así ha ocurrido algo malo: el niño está débil.

—¿No será ese un mal presagio para nosotros? —preguntó Krutsiférskaia, apoyando amistosamente la mano en el hombro de Semión Ivánovich—. A mí sus vaticinios no me dan miedo desde que le predijo a mi marido las terribles consecuencias de nuestro matrimonio.

—Qué rencorosa es, ¿no le da vergüenza? Y este lengualarga se lo ha contado todo, ¡vaya hombre! Bueno, gracias a Dios, gracias a Dios que me equivoqué. Le pido que lo olvide. Quien revuelve en el pasado es castigado, por más que sea tan bueno como este —dijo señalando con el dedo.

—¡Vaya con Semión Ivánovich! Hasta dice cumplidos.

—Le diré un cumplido mejor y más grande: viendo cómo viven ustedes, en efecto me he reconciliado un poco con la vida en familia, pero no olviden que tengo sesenta años y que en su casa es la primera vez que veo, fuera de las novelas y de las poesías, la realización de la dicha familiar. Los ejemplos no abundan.

—Vaya uno a saber —respondió Krutsiférskaia—. A lo mejor por delante de usted han pasado otras parejas y no se ha detenido a mirarlas; el amor verdadero no es dado a mostrarse. Además, ¿lo ha buscado usted? Y ¿cómo lo ha hecho? Por último, ha sido una mera casualidad que haya encontrado a pocas personas felices en familia. Quizá, Semión Ivánovich —añadió con esa insidia burlona e incluso esa falta de tacto típica de las personas felices—, a usted le parezca que tiene que conservar el carácter, que si ahora reconoce que estaba equivocado repudiará toda su vida y, a la vez, comprenderá que ya no puede corregirla.

—Oh, no —respondió con ardor el anciano—, en eso puede quedarse tranquila. Nunca me arrepentiré del pasado, primero, porque es absurdo afligirse por lo que ya no tiene retorno, y, segundo, porque soy un anciano soltero que termino con calma mis días mientras ustedes están comenzando a vivir de maravilla los suyos.

—No sé con qué finalidad ha hecho esta última observación —dijo Krutsiferski—, pero ha encontrado mucho eco en mi corazón; me ha infundido uno de esos pensamientos lúgubres y obsesivos cuya presencia en el alma es suficiente para envenenar los momentos de más ferviente entusiasmo. A veces me asusta mi felicidad; como el dueño de enormes riquezas, comienzo a temblar ante el futuro. Ojalá...

—Ojalá que no se la cobren después. ¡Ja, ja, ja, estos soñadores! ¿Quién ha medido su felicidad, quién va a cobrársela? ¿Qué opinión pueril es esa? El azar y usted mismo han construido su felicidad, por eso es suya, y castigarlo por su felicidad sería algo absurdo. Desde luego, el mismo azar, irracional, inflexible, puede desbaratar su felicidad, pero, si vamos a eso, todo puede ocurrir. A lo mejor las vigas de este techo se pudren y el techo se viene abajo; bueno, saldremos

de debajo de los escombros, pero, en cuanto salgamos, ¿qué? En el corral puede aparecer un perro rabioso, en la calle puede aplastarnos un caballo... Si se teme tanto la posibilidad del mal, es mejor beber opio y dormir por los siglos de los siglos.

—Siempre he admirado, Semión Ivánovich, la ligereza con la que toma usted la vida: es una suerte, una gran suerte, pero no a todos nos ha sido concedida. Usted dice «el azar» y se tranquiliza, pero yo no. No me alivia llamar azar a la cadena desconocida pero conjetural de acontecimientos de mi vida. Todo en la vida tiene un porqué, un sentido profundo; no por nada me encontró usted en mi buhardilla; como si hubiera pocos maestros en Moscú; ¿por qué precisamente me encontró a mí? ¿No sería para hacer de mí la herramienta que liberara a este ser puro y elevado, y aquello con lo que temía soñar y en lo que temía pensar de pronto se cumpliera y mi dicha no conociera límites? ¿Dónde estaría la justicia si esto siguiera así durante toda la vida? Yo me someto a mi felicidad como otros se someten a la desgracia, pero no puedo librarme del miedo al futuro.

—Es decir, a aquello que no existe. Yo, por mi parte, le diré que nunca en mi vida he comprendido ni comprenderé esas fantasías enfermizas que encuentran placer en atormentarse con ensueños, inventar desgracias y afligirse de antemano. Un carácter así es una especie de infortunio. A ver, si una desgracia se abate sobre uno y se precipita sobre su cabeza, a la fuerza uno llora y se le cae el alma a los pies; pero creer, cuando se debe beber un vino exquisito, que mañana el destino, para compensar, nos dará un *kvas* asqueroso, es una especie de locura. La incapacidad de vivir en el presente, de valorar el futuro, de entregarse a él es una de las epidemias morales más extendidas en nuestro tiempo. Todavía nos parecemos a esos judíos que no beben ni comen por ahorrar una moneda para cuando lleguen las vacas flacas, y si estas no llegan, tampoco abriremos nuestros cofres. ¿Qué vida es esa?

—Estoy completamente de acuerdo con usted, Semión Ivánovich —dijo con ardor Krutsiférskaia—. A menudo hablo de eso con Dmitri. Si estoy bien, ¿para qué ponerme a pensar en el futuro? Por mí que no exista en absoluto. Él suele coincidir conmigo, pero una tristeza misteriosa se ha enraizado tan profundamente en él que no puede vencerla. Aunque, por lo demás, ¿para qué? —añadió mirando con una radiante sonrisa de simpatía a su marido—. Esa tristeza también me gusta en él, tiene mucha hondura. Creo que usted y yo no entendemos o, por lo menos, no compartimos esa tristeza porque tenemos un carácter más superficial, más susceptible a las impresiones, porque nos interesa y nos atrae la apariencia.

—Ha empezado bailando y ha terminado llorando; ha empezado de tal modo que me han dado ganas de besarle la manita y decirle a su marido: «He aquí una comprensión humana de la vida», y ha terminado con que los ensueños de su marido encierran una gran profundidad de pensamiento; qué buena profundidad de pensamiento: atormentarse cuando hay que disfrutar y afligirse por cosas que quizá no sucederán.

—Semión Ivánovich, ¿por qué es usted tan peculiar? Existen naturalezas delicadas para las cuales no hay dicha plena en la tierra, que están abnegadamente dispuestas a entregarlo todo, pero no pueden desprenderse de esa nota triste que resuena en el fondo de su corazón, nota que de un momento a otro puede convertirse en... Hay que ser más rústico para ser más feliz; eso se me ocurre a menudo; mire qué impasible felicidad la de los pájaros y los animales, y eso porque entienden menos que nosotros.

—Sin embargo, es bastante desagradable que un ser destinado a vivir ni más arriba ni más abajo que la tierra tenga una naturaleza elevada —observó inflexible Krúpov—. Confieso que esa elevación la tomo por un trastorno físico, por un ataque de nervios; échese un balde de agua fría y muévase más: la mitad de esos ensueños celestiales desaparecerá. Usted, Dmitri Iákovlevich, es débil físicamente desde que nació; las naturalezas débiles suelen tener capacidades intelectuales sumamente desarrolladas, pero casi siempre torcidas, dirigidas a la abstracción, a la fantasía, al misticismo. Por eso los antiguos decían: *mens sana in corpore sano*. Mire a los pálidos y blondos alemanes: ¿por qué son soñadores, por qué desvían la cabeza hacia un lado y lloran con frecuencia? Por la escrófula y el clima; por eso han sido siempre propensos a divagar sobre controversias místicas, pero no hacen nada.

—No por nada dicen que las ocupaciones médicas inculcan en el hombre una adusta mirada material sobre la vida; usted conoce tan de cerca el aspecto físico del hombre que, a causa de él, se ha olvidado de otro aspecto que escapa al bisturí y que es el único que da sentido a la materia bruta.

—¡Ay, estos idealistas, siempre vienen con tonterías! —exclamó Semión Ivánovich, que empezaba a enfadarse visiblemente—. ¿Quién les ha dicho que la medicina entera se compone solo de anatomía? Lo han inventado ellos mismos para consolarse; la materia bruta y esas cosas... Yo no conozco ni la materia bruta ni la cortés, solo conozco la materia viva. Ustedes son muy sabios, hombres de ciencia actuales, pero ¡no calan hondo! Esta es una discusión vieja que tenemos; nunca acabaremos, mejor dejémosla. Miren cómo hemos acunado a Iasha con nuestras sandeces; duerme tranquilito. ¡Duerme, chiquitín! Tu papá todavía no te ha enseñado a despreciar la tierra y la materia, no te ha dicho aún que estos hermosos piecitos y estas manitas son pedazos de mugre adheridos a ti. Liubov Aleksándrovna, por favor, no le inculque esas estupideces; sea indulgente con su marido, ¡allá él!, pero a un niño inocente, por lo menos, no lo corrompa desde la temprana infancia con esos delirios. ¿Qué hará de él? Un soñador. Se pasará la vida buscando hasta la vejez el pájaro de fuego, mientras la verdadera vida se le escurrirá entre los dedos. A ver, ¿es bueno eso? Tenga.

El viejo entregó a Iasha a la madre, tomó su gorra y, abrochándose con lentitud el frac, dijo:

—Ah, me olvidaba de decirles: hace unos días conocí a un hombre de lo más interesante.

—Seguro que a Biéltov, ¿verdad? —preguntó Krutsiférskaia—. Su llegada ha levantado tanto

ruido que hasta yo me he enterado de él por boca de la esposa del director.

—Exactamente. Hacen ruido porque es rico, pero lo cierto es que se trata en efecto de un hombre notable; lo sabe todo, todo lo ha visto, es la mar de inteligente; algo mimado, bueno, ya saben, un niño de mamá; la necesidad no lo ha educado como a nosotros, ha vivido con negligencia, y ahora aquí se muere de aburrimiento, de melancolía; pueden figurarse lo que será esto para él después de París.

—¡Biéltov! Pero, permítanme —dijo Dmitri Iákovlevich—, ese apellido me suena. ¿No estuvo en mi tiempo en la Universidad de Moscú? Biéltov finalizaba los estudios cuando yo ingresé; de él ya por entonces se decía que era de lo más inteligente; lo había educado un ginebrino.

—El mismo, el mismo.

—Me acuerdo de él; llegamos a conocernos un poco.

—Estoy seguro de que se alegraría de verlo a usted; en este rincón perdido encontrar a un hombre instruido es un tesoro para cualquiera, y Biéltov no puede en absoluto estar solo, según he observado. Necesita hablar, desea intercambiar impresiones y enferma en su soledad.

—Si no tiene nada en contra, iré a visitarlo.

—Vamos, será una buena acción. No, espera. Qué cosa, soy viejo y sigo obrando con imprudencia. Es demasiado rico, hermano, para que tú vayas primero. Mañana le diré y, si quiere, vendré con él a tu casa. Adiós, querido polemista. Adiós a todos.

—Traiga mañana mismo a su Biéltov —dijo Liubov Aleksándrovna—. Nos han hablado tanto de él que yo también tengo ganas de verlo.

—Merece la pena, de veras, merece la pena —dijo el anciano saliendo al recibidor.

Krúpov siempre discutía con Krutsiferski, siempre se enfadaba y decía que cada vez se distanciaba más de él, lo que no impedía en lo más mínimo que establecieran a diario vínculos cada vez más estrechos. Para Krúpov, la familia Krutsiferski era su propia familia; iba allí a vivir con el corazón, que aún no se le había enfriado, a descansar contemplando su felicidad. Para los Krutsiferski, Krúpov era efectivamente el patriarca de la familia, un padre, un tío, pero un tío tal al que el amor, y no el derecho de sangre, le había dado la autoridad para reñir y decir insolencias algunas veces, lo que ambos perdonaban de buen grado, y se entristecían cuando pasaban dos días sin verlo.

Al día siguiente, a eso de las siete, Semión Ivánovich, en su ancho trineo cubierto con una alfombra amarilla y tirado por dos bayos, llevó a Biéltov a casa de los Krutsiferski. Desde luego, Biéltov estaba la mar de contento de conocer a un hombre decente, y ni siquiera se le ocurrió pensar que era él quien hacía la primera visita. Los anfitriones un poco se azoraron; los elogios de Semión Ivánovich, los rumores acerca de su vida en el extranjero, incluso su riqueza: todo eso se les presentó vagamente cuando él entró e hizo que el encuentro fuera algo forzado; pero esto pasó al instante. En los modales y en las palabras de Biéltov había tanta franqueza y sencillez, y

a la vez había en él tanto tacto, ese elevado atributo de las personas de alma tierna y desarrollada, que no pasó media hora hasta que el tono de la conversación fuera ya amistoso. Hasta Krutsiférskaia, tan desacostumbrada a tratar con extraños, se dejó llevar sin querer por la conversación. Dmitri Iákovlevich y Biéltov recordaron sus años en la universidad, un sinfín de anécdotas, sueños y esperanzas de entonces. Hacía mucho tiempo que no se sentía tan alegre, y agradeció cordialmente a Krúpov por haberle presentado a esas personas cuando este lo dejó en la entrada del hotel Keresberg.

—Y ¿qué tal? —preguntó después Semión Ivánovich a los Krutsiferkski—. ¿Qué les parece su nuevo conocido?

—Eso ni hace falta preguntarlo —respondió Krutsiferski.

—A mí me ha gustado mucho —dijo Liubov Aleksándrovna.

Semión Ivánovich, sumamente contento de haber complacido a todos, la amenazó burlón con el dedo.

Liubov Aleksándrovna se ruborizó.

Los cuadros familiares son atractivos, y ahora, que he terminado uno, no puedo evitar comenzar otro. El estrecho vínculo que los une, les aseguro, se revelará más tarde.

III

El decano del distrito de Dubásovo tenía una hija, y en esto no había nada de malo ni para el honorabilísimo Karp Kondrátievich ni para la entrañable Varvara Kárpovna; pero él, además de la hija, tenía una esposa, y Vava, como la llamaban en casa, tenía, además del padre, a una entrañable madrecita, Maria Stepánovna, lo cual cambiaba radicalmente el estado de cosas. Karp Kondrátievich era un modelo de mansedumbre en los asuntos familiares; era extraño ver cómo cambiaba cuando pasaba de la cuadra al comedor, del granero al dormitorio o a la sala de descanso. Si no contáramos con documentos fidedignos de viajeros famosos que demuestran que un mismo inglés puede ser el eximio dueño de una plantación y un magnífico padre de familia, dudaríamos de que fuera posible esa dualidad. Por lo demás, si se reflexiona bien, puede señalarse que así debe ser; fuera de casa, es decir, en la cuadra o en el granero, Karp Kondrátievich conducía una guerra, era un jefe militar y asestaba al enemigo la mayor cantidad posible de golpes; sus enemigos, desde luego, eran unos sediciosos recalcitrantes: la pereza, la imperfecta lealtad a sus intereses, la imperfecta consagración a cuatro bayos y demás crímenes por el estilo; en su sala de estar, por el contrario, hallaba los flácidos brazos de su fiel esposa y la querida frente de su hija para besarla; se quitaba de encima la pesada coraza de los desvelos de terrateniente y se volvía no un buen hombre, sino el buen Karp Kondrátievich. Su esposa no se encontraba en absoluto en esa situación; hacía veinte años que llevaba adelante una pequeña guerra de guerrillas entre las paredes de su casa; hacía rara vez incursiones contra los campesinos en busca de huevos e hilados; el intenso tiroteo con las criadas, el cocinero y el mozo del bufé la mantenía en un constante estado de irritación; pero, en honor suyo, hay que decir que su alma no se dejaba embargar por esas nimiedades desagradables y que con lágrimas en los ojos estrechó contra su pecho a Vava, de diecisiete años, cuando la trajo su tía de Moscú, donde había terminado los estudios en un instituto o pensionado. Ya no se trataba del cocinero o de la criada, sino de su propia hija, sangre de su sangre, y del deber sagrado. Primero dejaron que Vava descansara, que corriera por el jardín, sobre todo en las noches de luna; para una niña criada entre cuatro paredes todo era nuevo, «encantador, cautivante»; miraba la luna, recordaba a alguna de sus adoradas amigas y creía con firmeza que esta se estaba acordando de ella en aquel momento; grababa las iniciales de ambas en los árboles... Aquel fue un tiempo que a las

personas frías les parece sencillamente ridículo y a nosotros nos arranca una sonrisa, pero no una sonrisa de desprecio, sino esa sonrisa con la que miramos a los niños cuando juegan: nosotros no podemos jugar, dejemos entonces que ellos jueguen un poco. La afectación, la exaltación de las que suelen acusar a las muchachas que acaban de abandonar el pensionado es injusta, absolutamente injusta. En todos los sueños, en todos los sacrificios de esa edad, en su disposición a amar, en su ausencia de egoísmo, en su lealtad y abnegación hay una sagrada sinceridad; la vida ha llegado a un quiebro y el velo del futuro aún no se ha levantado; tras él hay terribles misterios, misterios atractivos; el corazón en verdad sufre por algo desconocido, el organismo se forma en ese momento, el sistema nervioso está excitado, las lágrimas están dispuestas a derramarse sin cesar. Pasarán cinco o seis años y todo habrá cambiado; si se ha casado, no hay nada que decir; si no se ha casado, y si conserva una chispa de naturaleza sana, la muchacha no esperará a que alguien descorra el misterioso velo; ella misma lo correrá y considerará la vida de otra manera. Es ridículo contemplar el mundo como una alumna de instituto con ojos de veinticinco años, y es triste cuando una alumna de instituto considera las cosas con ojos de veinticinco años.

Varvara Kárpovna no era una beldad, pero tenía un rico sustituto de belleza, ese *algo*, esa *quelque chose* que, como el buqué de un buen vino, existe solo para el entendido, y ese *algo* aún no desarrollado, profético, premonitorio, en unión con la juventud, que todo lo sonrosa y todo lo colorea, le confería un encanto singular, sutil, delicado, no accesible a todos. Al contemplar su rostro bastante delgado y atezado, la juvenil desproporción de su cuerpo, los ojos pensativos con largas pestañas, sin querer se pensaba en cómo se transformarían todos esos rasgos, cómo se dispondrían cuando el pensamiento, el sentimiento y esos ojos cobraran definición, sentido, resolución, y qué bien se sentiría aquel sobre cuyo hombro se apoyara esa cabecita. Maria Stepánovna, por lo demás, estaba muy descontenta con la apariencia de su hija, la llamaba «feúcha» y le ordenaba todas las mañanas y todas las tardes lavarse con agua de pepino, a la que echaba cierto polvo para que se le fuera el bronceado, como ella llamaba a su tez morena. El comportamiento de Vava cuando había visitas obligaba a la madre a poner una gran atención en ella: Vava era tímida, se retiraba al jardín con un libro, no decía galanterías, no hacía ojitos. El libro, como causa inmediata, le fue retirado; después siguieron los sermones maternos, siempre interminables; a Maria Stepánovna le parecía que Vava la obedecía no del todo con alegría, que incluso fruncía el ceño y a veces se atrevía a *contestar*; contra tales cosas, convengan, hay que emplear medidas decisivas; Maria Stepánovna ocultó por un tiempo el afecto por su hija y empezó a acosarla y oprimirla a cada paso. No le permitía pasear cuando esta quería, la enviaba a hacerlo cuando esta quería quedarse en casa. La obligaba a comer contra su voluntad y todos los días le reprochaba que no engordaba. La persecución de la madre hizo que Vava se volviera más reservada, más huraña y más delgada. Karp Kondrátievich a veces pensaba que su esposa hacía

mal en acosar a la pobre muchacha y trató incluso de tocar el tema de lejos con ella; pero, en cuanto la conversación adquirió rasgos más definidos, sintió tal horror que no halló fuerzas para superarlo y se dirigió cuanto antes al granero, donde aquel momento espantoso se vio compensado con el prolongado espanto que infundía a todos sus vasallos. El campo quedaba libre para Maria Stepánovna, que con el mayor celo acaparaba lienzos, manteles y servilletas para la futura dote y obligaba a siete criadas a arruinarse la vista con los bolillos y a tres, a bordar en el bastidor toda clase de chucherías para Vava, al mismo tiempo que, con una tenacidad increíble, la acosaba y oprimía como si fuese su enemigo personal.

Cuando llegaron a N. N. para las elecciones y Karp Kondrátievich, tras calzarse a duras penas el uniforme de noble –en tres años el decano había engordado mucho, mientras que el uniforme, por el contrario, había encogido–, fue a visitar tanto al jefe de la provincia como al decano de la provincia, a quien, a diferencia del gobernador, llamaba ingeniosamente «nuestra su excelencia», Maria Stepánovna se ocupó de dar disposiciones sobre la decoración del cuarto de estar y la descarga de todos los trastos que habían traído en cuatro carros desde la aldea; la ayudaban tres lacayos que nunca se habían peinado desde la cuna, vestidos con fracs cortos de franela o paño gris; el trabajo avanzaba febrilmente; de pronto, la señora, como pasmada por un pensamiento involuntario, se detuvo y gritó con su voz sonora:

–¡Vava, Vava! ¿Dónde te escondes, eh?

La pobre muchacha, sintiendo que aquello tenía mala pinta, entró con timidez en la habitación.

–Estoy aquí, *maman*.

–¿Por qué tienes esa pinta? ¿Estás enferma, acaso? De veras, quien te mire de fuera creerá que vives mal en la casa de tus padres. ¡Ay con esos pensionados! ¡Acercarse a la madre con esa cara! –Ahí Maria Stepánovna remedó el aspecto lánguido de la muchacha–. Yo también he sido hija; cuando mamá me llamaba, corría hacia ella con el rostro radiante. –Entonces representó el aspecto radiante y la sonrisita–. En cambio, tú todo el tiempo miras de soslayo... ¡Estúpido, lo romperás! El hombretón arrastra lo que le venga en gana; no hay forma de enseñarles... Bueno, querida mía, basta de bromas, te digo por última vez de buena manera que tu conducta me apena; en la aldea todavía no decía nada, pero aquí eso no lo toleraré; no he recorrido tanta distancia para que digan que mi hija es una estúpida huraña; aquí no permitiré que te quedes sentada en un rincón. ¿Cómo es que no sabes interesar a un solo caballero? Cuando yo tenía quince años, no me dejaban en paz. Ya es hora de casarte, ¿entiendes?... ¡Ay, canalla, te he dicho que lo romperías! Ven aquí, ven aquí te digo; muéstrame; ya ves cómo lo has roto, estúpido, en dos partes; pero ya vas a ver, espera a que vuelva el señor; yo misma te arrastraría de los pelos, pero da asco tocarte: ni que te hubieras untado manteca; ese ladrón de Mitka reparte manteca del señor en la cocina; pero espera, que ya arreglaré cuentas también con él... Así es, Varvara Kárpovna, usted en las elecciones se dignará casarse; yo me ocuparé de encontrar novios; no seré

más indulgente con usted; no sé qué piensas de ti misma, quizá que eres una beldad tal que van a pelearse por ti: ni la cara, ni el cuerpo, ni un paso quieres hacer, no te sabes vestir, no eres capaz de decir una palabra, y eso que has estudiado en Moscú; no, palomita, deja los libros, ya has leído suficiente, más que suficiente; ya es hora de tomar cartas en el asunto, madrecita. Desaparecerás de mi vista si no cambias de conducta.

Vava esperaba de pie como una condenada a muerte; las últimas palabras de la madre le habían parecido un consuelo.

—¿Cómo no te voy a encontrar novio? ¡Trescientas cincuenta almas, y qué campesinos! Cada alma de las nuestras vale dos de las de los vecinos, y ¡qué dote!... ¿Qué, qué? Me parece que empiezas a llorar, a llorar para que los ojos se te pongan rojos. ¡Así respondes a los desvelos de tu madre!...

Se acercó tanto a ella, y Vava tenía el cabello tan blando y seco, que no se sabe en qué habría acabado aquella historia si un oso con frac corto no hubiera dejado caer en ese mismo momento un plato de postre. Maria Stepánovna descargó sobre él toda su cólera.

—¿Quién ha roto el plato? —gritó con voz ronca.

—Se ha roto solo —respondió el criado, por lo visto fuera de quicio.

—¿Cómo que solo? ¿Solo? ¿Te atreves a decirme que se ha roto solo? —El resto lo dijo con las manos, creyendo, al parecer, que la mímica expresa con más fuerza que las palabras la conmoción del alma.

La atormentada muchacha no aguantó más: de pronto rompió en sollozos y, presa de un terrible ataque de histeria, cayó sobre el sofá. La madre se asustó, gritó:

—¡Gente, criada, traigan agua, gotas, llamen al médico, llamen al médico!

El ataque de histeria era persistente; el médico no venía; el segundo mensajero trajo esta respuesta:

—Ha mandado decir que lo esperemos un poquito, que está atendiendo un parto muy difícil.

—¡Puf, maldito! ¿A quién se le ha antojado parir?

—A la cocinera del procurador, señora —respondió el mensajero.

Era lo único que faltaba para coronar la trágica situación de Maria Stepánovna; se puso morada; su rostro, siempre poco atractivo, se volvió repugnante.

—¿La cocinera? ¿La cocinera?... —No pudo decir una palabra más.

Entró Karp Kondrátievich con aspecto alegre y satisfecho: el gobernador le había estrechado amistosamente la mano, la esposa de su excelencia le había mostrado la alfombra para el cuarto de estar que le habían traído de Petersburgo, y él, después de examinar la alfombra con aire de patriarcal sencillez, tras la cual sabemos esconder la lisonja y la humillación, dijo: «¿Quién más, madrecita Anna Dmítrievna, podía tener una alfombra semejante sino sus excelencias?». Estaba muy contento de todo ello, sobre todo de su hábil respuesta. Y, de pronto, la escena familiar se

abatió sobre su cabeza: la hija con un ataque de histeria, la esposa frenética, un plato roto en el suelo, Maria Stepánovna con el rostro demudado y la mano derecha muy enrojecida, casi tanto como la mejilla izquierda de Tereshka.

—¿Qué historia es esta? ¿Qué le pasa a Vava?

—Ya se sabe, por el viaje; cosa de muchachas —respondió la tierna madre—. ¿Cómo hace ella para aguantar ciento veinte kilómetros? Te dije que lo aplazaras para el miércoles, pero no quisiste. Ahora a curarla.

—Disculpa, pero el miércoles no habrían sido menos kilómetros.

—Tú lo sabrás mejor. Y a ese asesino de Krúpov no lo dejes entrar más en esta casa. ¡Masón, canalla! Dos veces he mandado a buscarlo, y eso que yo no soy el furgón de cola en la ciudad... Y todo ¿por qué? Porque tú no sabes comportarte, te comportas peor que un miembro del jurado. Lo he mandado a buscar y él se permite burlarse de mí; ya ves, la cocinera del procurador está pariendo; mi hija se muere y él con la cocinera del procurador... ¡Jacobino!

—¡Es un canalla y un miserable! —concluyó el decano.

El fogoso torrente de palabras de Maria Stepánovna no había cesado aún cuando la puerta del recibidor se abrió y el anciano Krúpov, con su aire algo metódico y un bastón en la mano, entró en la sala; su apariencia era también más satisfecha de lo habitual; parecía sonreír con la mirada y, sin notar que los anfitriones no le hacían una reverencia, preguntó:

—¿Quién necesita aquí de mi ayuda?

—¡Mi hija!

—¡Ah! ¿Vera Mijáilovna? ¿Qué le pasa?

—Mi hija se llama Varvara, y yo Karp —señaló no sin dignidad el decano.

—Disculpe, disculpe. Bueno, ¿qué le pasa a Varvara Kirílovna?

—Ante todo, padrecito, tranquilícela —lo interrumpió Maria Stepánovna con voz trémula de rabia—. Y ¿qué tal ha parido la cocinera del procurador?

—Bien, muy bien —respondió con energía Krúpov—. Un caso que nunca había visto en mi vida. En verdad pensé que la madre y el niño morirían; la partera es muy torpe, yo tengo las manos viejas y veo mal. Figúrese, el cordón umbilical...

—¡Ay, Dios mío, se ha vuelto loco! ¡Escuchar esas abominaciones! ¿Cómo se le ocurre? En mi aldea paren todos los años cincuenta mujeres, ni más ni menos, y no me entero de esas cosas repugnantes. —Y al decir esto escupió.

Krúpov comprendió a duras penas lo que sucedía. Había pasado toda la noche con la pobre parturienta en una cocina asfixiante y se hallaba aún tan embargado por el feliz desenlace que al principio no entendió el tono de Maria Stepánovna. Esta prosiguió:

—¿Qué, el procurador le paga tan bien que no podía dejar a esa mujer por un momento cuando mi hija estaba al borde de la muerte?

—Ni por un momento, señora, ni por un momento la podía dejar, ni por su hija ni por quien fuera. Pero es evidente que no está muy enferma porque usted no se da prisa en llevarme con ella. Ya sabía yo esto.

Semejante observación desconcertó a los tiernos padres, aunque la madre no tardó en recobrarse y replicó:

—Se encuentra mejor, pero ahora no dejaré que la vea; seguramente no se ha lavado ni las manos.

—Le confieso, señor doctor —añadió el decano—, que no esperaba de usted, un médico anciano y benemérito, un acto tan insolente y una explicación tan insolente. Si no fuera por el respeto que profeso a la cruz que adorna su pecho, no sé si me saltaría algún límite. Desde que soy decano, hace ya seis años, nadie me ha ofendido de este modo.

—¡Qué me está diciendo! Si no tiene ni una chispa de humanidad, por lo menos dese cuenta de que yo aquí soy el inspector de la administración médica, me ocupo de velar por el cumplimiento de las leyes de la medicina, y ¿seré yo quien abandone a una mujer que agoniza para salir corriendo a ver a una muchacha sana que tiene jaqueca, un ataque de histeria o algo por el estilo, una escena doméstica? Es contrario a las leyes, y usted ¡encima se enfada!

Karp Kondrátievich, para colmo, era un grandísimo cobarde; le pareció que las palabras del médico encerraban una acusación de librepensamiento; los ojos se le nublaron y se apresuró a responder:

—No lo sabía, bien lo ve Dios, no lo sabía; ante el poder de la ley yo enmudezco. Mire, Vava se está levantando.

Krúpov se acercó a ella, la examinó, le tomó la mano, negó con la cabeza, hizo dos o tres preguntas y, sabiendo que sin eso no lo dejarían ir, escribió una receta absurda, añadió: «Lo más importante es que esté tranquila; si no, las cosas se pueden poner mal», y se marchó.

Asustada por el ataque de histeria, Maria Stepánovna se ablandó un poco, pero, cuando llegó hasta sus oídos el rumor sobre Biéltov, el corazón le empezó a palpar y palpar con tanta fuerza que el perrito faldero que llevaba cinco años descansando sobre sus rodillas junto con un pañuelo y una tabaquera pequeña empezó a gruñir, olfatear y buscar quién era el que saltaba. ¡Biéltov! ¡He ahí un novio! ¡Biéltov! ¡Es lo que estamos buscando!

Desde luego, Biéltov fue a visitar a Karp Kondrátievich; al día siguiente, Maria Stepánovna mandó a su marido a pagar el honor dispensado, y una semana después Biéltov recibió una esquila mugrienta e impregnada del olor a la zamarra del cochero que la llevó; decía lo siguiente:

El decano de la nobleza del distrito de Dubásovo y su esposa le ruegan humildemente a Vladímir Petróvich que les haga el honor de almorzar en su casa mañana a las tres.

Biéltov leyó horrorizado la invitación y, arrojándola sobre la mesa, pensó: «¿Qué ganas tienen de invitarme? Cuesta mucho dinero, y todos ellos son avaros como esos personajes que aparecen en los cuentos; el tedio será mortal... pero no hay nada que hacer, debo ir; si no, se ofenderá».

Dos días antes del almuerzo comenzaron los ensayos y los preparativos de Vava; la madre la vestía desde la mañana hasta la noche, quería incluso obligarla a presentarse con un vestido rojo de terciopelo porque, según ella, le iba bien con el rostro, pero cedió al consejo de su prima, que simplemente había ido a visitar a la esposa del gobernador y que creía conocer todas las modas porque esta le había prometido llevarla el siguiente verano consigo a Karlsabad. A la tarde, Maria Stepánovna ordenó que le trajeran almendra molida que había sobrado del manjar blanco preparado para el día siguiente y, tras mostrarle a la hija cómo debía frotarse con ese polvo el cuello, los hombros y la cara, empezó con tono solemne, refrenando el evidente deseo de reñirla:

—Vava —le dijo—, si Dios me ayuda a casarte con Biéltov, si todas mis plegarias han sido oídas, serás invalorable para mí; consueta a tu madre; no eres una insensible cualquiera, no eres de piedra, ¿acaso no puedes hacerlo? ¿Cómo no gustarle a un hombre, a un joven? Además, ¿hay aquí muchas jóvenes? Dos o tres y para de contar; todos elogian la belleza de las hijas del presidente, pero para mí son feísimas y, además, dicen que andan cruzando guiños con unos secretariuchos. Por otra parte, ¿qué familia es esa? El padre sirvió como jefe de escribientes en el Palacio del Tesoro. Si tuvieras una pizca de amor propio, te reirías de ellas... Las muy desvergonzadas pasan por delante de su casa con el coche descubierto... Pero no, me hago falsas ilusiones: yo me desvivo y ella parece de madera. ¡Vaya, que Dios ha castigado mis pecados dándome una muñeca en lugar de una hija!

—Madrecita, madrecita —dijo a media voz Vava con cierta desesperación en la mirada—, ¿qué voy a hacer? No me sale de otra manera. Juzgue usted misma: no conozco en absoluto a ese hombre, y él a lo mejor ni siquiera se fija en mí. No voy a arrojármele al cuello.

—¡Qué grosera eres! ¿Quién te pide que te le arrojes al cuello?... ¿Así es como quieres cumplir con la voluntad de tu madre?... ¡Habrase visto! ¿Qué, tu madre es una tonta o una borracha cualquiera que no es capaz de elegirte un novio? ¡Ni que fueras la hija del zar!

Se detuvo por temor a ofenderla hasta las lágrimas y que al otro día tuviera los ojos rojos.

Por fin, llegó el día de la prueba; a las doce a Vava la peinaron, le aplicaron pomada, la perfumaron; la propia Maria Stepánovna la apretó con un corsé, pese a que ya de por sí su hija era delgada, y le dio la figura de una avispa; de todas formas, con gran habilidad se las ingenió para añadirle aquí y allí un poco de algodón, aunque no quedó del todo contenta: a veces el cuello le parecía demasiado alto, otras a Vava le quedaba un hombro más bajo que el otro; entretanto, se enfadaba, se desquiciaba, daba empujoncitos a las doncellas para alentarlas, corría al comedor, le enseñaba a la hija a hacer ojitos y al mozo del bufé a poner la mesa, etcétera.

Difícil fue ese día para Maria Stepánovna, pero ¡mucho puede el amor de madre!

Se comprende que todo esto está muy bien y es necesario en la vida doméstica; sea como fuere, hay que pensar en el destino de una hija, en su bienestar; solo da lástima que esas medidas preparatorias y entre bastidores priven a una muchacha de los momentos más hermosos de un primer encuentro franco e inesperado, revelen ante ella un secreto que aún no debe ser revelado, y muestren demasiado temprano que para el éxito no se necesita simpatía ni suerte, sino cartas marcadas. Esos preparativos vuelven triviales relaciones que solo pueden ser auténticas y sagradas justamente cuando no han sido trivializadas. Los moralistas severos quizá añadan que todas esas medidas pueden corromper el corazón de una muchacha más que las llamadas caídas; no nos adentraremos en tales profundidades. Además, por más vueltas que se le dé, a las hijas hay que casarlas, pues solo para eso vienen al mundo; en ese punto, creo, todos los moralistas están de acuerdo.

A las tres, la engalanada Vava estaba sentada en el cuarto de estar, donde desde las dos y media había varios invitados y la bandeja que se hallaba delante del sofá ya había perdido la mitad del caviar y del pescado, cuando, de pronto, entró el lacayo y entregó a Karp Kondrátievich una carta. Karp Kondrátievich sacó del bolsillo las gafas, manchó los cristales con un pañuelo sucio y, tras leer sílaba por sílaba, a juzgar por el tiempo que le llevó, aquella esquila de dos líneas, anunció con una voz claramente inquieta:

—Masha, Vladímir Petróvich pide que lo disculpemos, que no se encuentra bien, se ha resfriado y, pese a todo su deseo, no puede venir. Dile a su criado que lo sentimos mucho.

A Maria Stepánovna se le demudó el rostro; lanzó a su hija una mirada tal como si hubiera sido ella la que había resfriado a Biéltov. Vava estaba triunfante. Maria Stepánovna nunca había parecido más ridícula: tan ridícula estaba que daba lástima. Odió a Biéltov con todo el corazón y con todo el pensamiento. «Esto es sencillamente una afrenta», murmuró para sus adentros.

—La comida está servida —dijo el lacayo.

El decano de la provincia condujo a Maria Stepánovna al comedor.

Dos semanas después de este episodio, Maria Stepánovna se ocupaba del té; sola o en presencia de amigos cercanos le gustaba beber el té un buen rato, a través de los terrones, del platito, lo cual, por cierto, le agradaba también porque con ese método se gastaba bastante menos azúcar. Ante ella estaba sentada una figura femenina larga y enjuta con cofia y cabeza algo temblorosa, por lo que el volante de la cofia todo el tiempo se le balanceaba; tejía una bufanda de lana con dos agujas enormes, mirándola a través de unas gafas gruesas cuyo marco de plata, por cierto, semejaba más una cureña que un objeto que debía descansar sobre la nariz de una persona; la bata gastada y oscura y un ridículo enorme del que asomaban otras agujas indicaban que ese sujeto era de la casa y, además, no poseía riquezas; esto último podía notarse con toda claridad por el tono de Maria Stepánovna. La vieja se llamaba Anna Iakímovna. Era de buena

alcurnia y había enviudado a los veinte años; su hacienda contaba con cuatro mil almas, lo que constituía la catorceava parte de la herencia que le habían dejado sus parientes, gente muy rica que, al quedar ella viuda, cortaron con mano generosa, para ella y para sus campesinos, un pantano abundante en agachadizas y becadás, pero no del todo cómodo para las pacíficas tareas del cultivo de cereales. Pese a todos los esfuerzos de Anna Iakímovna, obtener de esas tierras tributos importantes era imposible. La herencia que había recibido de su marido tampoco era grande: se componía del rango de teniente coronel, de un único hijo y de una antología de recetas para curar a los caballos del esparaván, el muermo, etcétera; en cada receta se describía un caso asombroso de curación. El hijo fue enviado a los diecinueve años a un regimiento, pero regresó pronto a la casa paterna, pues lo habían expulsado del ejército por sus borracheras e indisciplina. Desde entonces vivía en un ala de la casa de Anna Iakímovna, destilaba aguardiente de corteza de limón y se peleaba sin cesar o bien con los criados, o bien con buenos conocidos; la madre le temía como al fuego, escondía el dinero y las cosas, le juraba que no tenía una moneda, sobre todo después de que le rompió con un hacha la tapa de su cofrecito y sacó de allí setenta y dos rublos y un anillo con una turquesa que había conservado cincuenta y cuatro años en recuerdo de un sincero amigo de su difunto marido. Además de los campesinos y de las recetas, Anna Iakímovna tenía tres jóvenes doncellas, una vieja criada y dos lacayos. A las jóvenes doncellas nunca las vestía, y lo más notable de todo es que iban siempre bien vestidas. Anna Iakímovna veía con agrado que se las arreglaban para ganar dinero para la ropa a pesar de que desde la mañana hasta la noche las llenaba de trabajo, así que guardaba un sensato silencio cuando notaba algún desorden. Los lacayos eran dos viejos feos que vivían únicamente del vodka, estaban a medias con las doncellas y, además, cosían a media ciudad zapatos de cabra con un fuerte olor. Desde luego, Iakim Ósipovich tampoco perdía ocasión de ajustar sus cuentas valiéndose de las debilidades de la naturaleza humana.

La honorable cabeza de ese falansterio patriarcal terminaba de beber su cuarta taza de té en casa de Maria Stepánovna; ya había repetido por centésima vez cómo la había cortejado un príncipe georgiano que murió como general en jefe, cómo en 1809 había viajado a Petersburgo para visitar a unos parientes, cómo en casa de estos todos los días se reunían los generales y cómo la única causa por la que no se quedó a vivir allí fue que el agua del río Nevá no le gustaba y le hacía mal al estómago. Cuando terminaba sus aristocráticos recuerdos junto con la cuarta taza de té, de pronto le dio ruidosamente la vuelta a la taza (era una falsa señal), colocó sobre ella un diminuto terrón de azúcar y comenzó:

—Sí, madrecita Maria Stepánovna, Dios quiera que vea a su Varvara Kárpovna casada, al menos así como usted; no puedo desearle más; mi corazón se alegra por su familia: su hogar es un cáliz lleno, todos lo respetan. De veras que sería bueno, a usted la tranquilizaría.

—¿Por qué le ha dado la vuelta a la taza? Tome más.

—En serio, es suficiente; acostumbro beber tres tazas y acabo de beber cuatro; le agradezco mucho; su té es excelente.

—Pues yo siempre digo que, en mi opinión, cambiar un rublo por una libra no significa nada con tal de que haya té. Vamos, tome la taza. —Y Anna Iakímovna comenzó la quinta—. Por supuesto, todo está en manos de Dios, Anna Iakímovna, pero Vava es muy joven, ¿cómo va a casarse ahora? Y, a decir verdad, los novios que hay acabarían con ella; cuando pienso que me separaré de ella, no puedo soportarlo, en verdad no puedo soportarlo.

—Y, madrecita, Dios te ampare. ¿Quién no ha entregado a sus hijas en matrimonio? No es una mercancía que pueda retenerse; a lo mejor se echa a perder. No, para mí, si la santa Virgen lo permite, lo mejor sería buscarle un buen partido. Por ejemplo, ha venido el hijito de Sofia Aleskéievna; resulta que es pariente político de nosotros; bueno, hoy a los parientes se los conoce mal, sobre todo a los pobres; su patrimonio debe de ser bueno, dos mil almas en un mismo lugar, una hacienda organizada.

—Y ¿qué clase de persona es? Usted se fija en el dinero, pero la riqueza es más una carga que una dicha, solo trae preocupaciones y desvelos; de lejos siempre parece maravilloso: una mano en la miel, la otra en la melaza; pero mire bien y verá que la riqueza no es más que un despilfarro de salud. Conozco al hijo de Sofia Alekséievna; también ha trabado conocimiento con Karp Kondrátievich; desde luego, lo recibimos con cortesía, ¿qué le vamos a enseñar nosotros?, pero en su cara se ve que es todo un depravado. ¡Qué modales! En una casa señorial se comporta como si estuviera en un restaurante. ¿Usted lo ha visto?

—De lejos, en la calle; pasa con frecuencia por delante de mi casa y también pasea a pie.

—¿Cómo que pasea cerca de su casa?

—No sé, madrecita, si a mi edad y con mis graves enfermedades —ahí soltó un hondo suspiro— debo ocuparme de quién va adónde; con mis penas ya tengo bastante... Ante usted, como ante Dios, no puedo ocultar que Iakim otra vez se ha entregado a la bebida... Me llevará a la tumba... —Ahí se puso a llorar.

—¿Por qué no consulta al jefe de la iglesia de la Exaltación de la Santa Cruz? Cura cosas prodigiosas. Toma un poco de vodka común y corriente, dice unas palabras sobre él, le da un sorbo al enfermo y el resto se lo bebe él, y nada más, y si aquel comienza a ver diablillos y toda suerte de imágenes infernales, se los saca al instante.

—A lo mejor cobra caro; ya conoce usted nuestra situación.

—No, curó a nuestro cocinero y no le dimos más de cinco rublos.

—Y ¿sirvió?

—Lo que es servir, sirvió; estuvo a punto de volver a caer, entonces Karp Kondrátievich encontró otro remedio: «Tú no entiendes la benevolencia de los señores. ¡He gastado cinco rublos en ti y tú no te has curado, estafador!». Bueno, ya ve, a la manera rusa; desde entonces ha

dejado de beber. Le enviaré al jefe de la iglesia. En cuanto a ese gamberro, yo no aguantaría más y averiguaría dónde anda pindongueando.

—Yo misma le pregunté una vez a mi Vasiliska, ella es una muchacha muy avispada... Así, de pura casualidad, me dije en voz alta adónde iría ese señor cuando pasaba por delante de nuestra casa, y al día siguiente ella viene y me informa: «Ayer se dignaron decirme adónde va el señor Biéltov: siempre con el *dotor*, con el viejo, va a casa del maestro de los Niégrov».

—¿Con Krúpov, a casa del maestro de los Niégrov? —preguntó Maria Stepánovna, apenas disimulando una agradable inquietud de la que ella misma no se daba cuenta.

—Sí, madrecita, el que trabaja aquí en el liceo y da clases de...

—¡Ah, conque es ahí adonde va! Desde un principio me había parecido un depravado. ¿Por qué asombrarse? Su maestro lo convirtió de niño a la fe masona, ¿qué podía esperarse? El chiquillo vivió sin vigilancia en la capital de Francia; ya por el nombre puede juzgar qué moral hay allí... ¡Así que corteja a la hija adoptiva de los Niégrov! ¡Estupendo! ¡Qué tiempos nos tocan vivir!

—Me da pena del pobre marido, Maria Stepánovna, me da pena aunque no lo conozca; dicen que es un hombre muy serio. Y ella... ¡con ese origen! ¡A cuántas he visto en mi vida! ¡La sangre de sierva tira!

—Bueno, en cuanto a Semión Ivánovich, ¡qué bonito papel! ¡Estupendo! Viejo pecador, si tuviera temor de Dios; pero él también es un masonucho, así que ayuda a su compañero de fe, o a lo mejor le cobra dinero, ¿quién sabe? Y ¿para qué? Para acabar con una mujer. Y ¿para qué, Anna Iakímovna, dígame para qué quiere dinero ese tacaño? Está más solo que la una, no tiene parientes, a nadie; no le da limosna al pobre. ¡Maldita avaricia! ¡Es un Judas! Y ¿cómo va a terminar? Morirá como un perro, lo enterrarán a cuenta del tesoro.

La conversación se prolongó un cuarto de hora más en ese estilo y dirección, tras lo cual Anna Iakímovna, que en el ardor de la charla había bebido tres tazas más de té, empezó a prepararse para volver a su casa, se quitó las gafas, las colocó en el estuche, mandó a preguntar en el recibidor si había llegado Maksiutka para acompañarla y, cuando se enteró de que Maksiutka estaba allí, se levantó. Hacía tiempo que Maria Stepánovna no la recibía con tanto cariño; la acompañó incluso hasta el mismo recibidor, donde Maksiutka, un viejo de unos sesenta años de lo más ridículo, sin afeitarse, sucio y con olor a aguardiente, vestido con un capote de sayal con cuello negro, sostenía en una mano el abrigo de liebre de Anna Iakímovna y, con la otra, guardaba la tabaquera en el bolsillo. Maksiutka estaba muy malhumorado: estaba a punto de coronar una dama y ya había colocado su mugriento dedo sobre la ficha para moverla cuando la señora abrió la puerta. «Maldita corneja», murmuró con grosería mientras colocaba el abrigo sobre los enjutos hombros de la viuda Anna Iakímovna.

—Qué tonto que es, no puedo enseñarle a que me ponga el abrigo —señaló la señora.

—Ya es hora de que me eche y contrate eruditos —murmuró Maksiutka.

—Ya ves lo que es ser viuda, madrecita; tengo que soportar de todo, hasta del último chiquillo. Qué se le va a hacer, cosa de mujeres; si mi difunto estuviera vivo, ya le daría yo a este canalla... No reconocería su rostro si se mirara en el espejo... Amargo destino. ¡No quiera Dios que tenga que pasar por él!

Estas palabras no afectaron a Maksiutka, quien, mientras conducía del brazo a su señora por la escalera, tuvo tiempo de volverse hacia los acompañantes y señalar con la mirada a Anna Iakímovna, lo que proporcionó un verdadero y prolongado placer a los criados del decano de Dubásovo.

Dejo que los lectores imaginen toda la alegría y todo el regocijo de la buena Maria Stepánovna al oír esa noticia y tener la posibilidad de echar a correr una historia escandalosa no solo sobre Biéltov, sino también sobre Krúpov. De paso, es cierto, había que pisotear la reputación de una mujer; eso era una lástima, pero ¿qué se le iba a hacer? Hay ocasiones importantes en las que los individuos son sacrificados en aras de los grandes planes.

IV

En el mismo momento en el que la honorable viuda Anna Iakímovna tomaba el té en casa de la no menos honorable Maria Stepánovna y ambas, con esa tierna atención solo típica del corazón femenino, se ocupaban de Biéltov, este, sumamente triste, estaba sentado, por su parte, en su habitación, pensando con melancolía en algo lúgubre y penoso. Si hubiera estado dotado de clarividencia, le habría resultado fácil consolarse, habría oído con claridad que no más allá de la mugrienta calle principal y del mugriento y pequeño callejón dos mujeres mostraban un parental interés por su destino, y una de ellas, por supuesto, escuchaba a la otra sin extrema indiferencia; pero Biéltov no estaba dotado de clarividencia; por lo menos, si no hubiera sido un ruso estropeado por las innovaciones occidentales, se habría puesto a hipar, y el hipo le habría demostrado que allí, allí en alguna parte... a lo lejos, en un lugar silencioso, lo comprendían; pero en nuestra época de negación el hipo ha perdido su carácter místico y ha quedado reducido a un mero fenómeno gástrico.

La melancolía de Biéltov, por lo demás, no tenía relación alguna con la conocida conversación tras la sexta taza de té; ese día se había levantado tarde, con pesadez de cabeza; la noche anterior había leído mucho, pero sin atención, con somnolencia; en los últimos días se había desarrollado en él un creciente y morboso estado de *desazón* que no acababa de definirse, pero que le inducía pensamientos penosos; todo el tiempo le faltaba algo, no podía concentrarse en nada; tardó cerca de una hora en terminar el cigarro y el café y, tras pensar un buen rato cómo empezar el día, si leyendo o paseando, se decidió por esto último y se quitó las pantuflas, pero recordó que se había dado palabra de leer por las mañanas las obras más actuales sobre economía política, así que se puso las pantuflas, tomó un nuevo cigarro y se dispuso con todo su ser a ocuparse de la economía política, pero, por desgracia, al lado de la caja de cigarros estaba Byron; se acostó en el sofá y leyó *Don Juan* hasta las cinco de la tarde. Cuando terminó la lectura y miró el reloj se asombró de que fuera tan tarde, llamó a su ayuda de cámara y le ordenó que le preparara la ropa lo antes posible; por lo demás, tanto el asombro como la orden eran más bien instintivos, porque no se disponía a ir a ninguna parte y le daba completamente igual que fueran las seis de la mañana o las doce de la noche. Se vistió con ese cuidado y pulcritud a los que nos acostumbramos cuando hemos vivido mucho tiempo en el extranjero y de los que nos desacostumbramos pronto en la

provincia y, con la firme intención de ocuparse de la economía política, se tumbó en el mismo sitio y abrió un folleto inglés sobre Adam Smith. El ayuda de cámara desplegó la pequeña mesa y empezó a prepararla para la comida. El destino sonrió más al ayuda de cámara que a su señor; Grigori puso la mesa con la mayor tranquilidad, puso una jarra de agua y una botella de vino tinto; en otra mesa colocó una jarrita de absenta y queso; después examinó su obra y, tras cerciorarse de que todo estaba en su lugar, fue a buscar la sopa y un minuto después trajo no la sopa, sino una carta.

—¿De dónde? —preguntó Biéltov, sin apartar los ojos del folleto sobre Adam Smith.

—Debe de ser del extranjero: el sello no es nuestro y viene certificada.

—Dámela —dijo Biéltov soltando el folleto.

«¿De quién será? —pensó—, no entiendo; de Ginebra... quizá... no, más bien... no...»

Por supuesto, habría sido más fácil abrir el sobre y leer al final de la cuarta hoja quién era el remitente antes que ponerse a conjeturar. Sin duda. ¿Por qué todos hacen conjeturas semejantes con las cartas? Es un misterio del corazón humano basado, por cierto, en lo halagüeño que le resulta al hombre reconocerse agudo y perspicaz.

Por fin, Biéltov abrió la carta y empezó a leerla; con cada línea su rostro se ponía más pálido y los ojos se le llenaban de lágrimas.

La carta era de un sobrino de *monsieur* Joseph; informaba a Biéltov de la muerte del anciano. La vida de ese ser sencillo y noble se había apagado con la misma calma y claridad con la que había transcurrido. Había sido durante muchos años maestro principal en una escuela rural cerca de Ginebra. Había estado dos días enfermo y al tercero parecía haber mejorado; apenas sosteniéndose en pie, había vuelto al aula; allí se había desmayado, lo habían llevado a su casa y le habían hecho una sangría; había vuelto en sí y, dueño de sí mismo, se había despedido de los niños que, asustados y desconcertados, estaban delante de su cama; les había pedido que pasearan y saltaran sobre su tumba; después había pedido el retrato de Voldemar, lo había mirado un buen rato con amor y había dicho al sobrino: «Qué hombre habría podido ser... Sí, por lo visto, el anciano tío tenía razón... Envía este retrato a Voldemar después... Tengo su dirección en la carpeta, en la vieja, la que tiene pegada el retrato de Washington... Qué lástima de Voldemar... cuánta lástima...».

«Ahí —escribía el sobrino— el enfermo empezó a delirar, su rostro adquirió esa expresión pensativa de los últimos minutos de vida; ordenó que lo incorporaran, abrió sus ojos claros y quiso decir algo a los niños, pero la lengua no le obedecía. Les sonrió y su canosa cabeza cayó sobre el pecho. Lo enterramos en el cementerio de nuestra aldea, entre el organista y el sacristán.»

Biéltov leyó la carta, la dejó sobre la mesa, se secó una lágrima, paseó por la habitación, se detuvo delante de la ventana, volvió a tomar la carta, la leyó de principio a fin. «¡Qué hombre

asombroso! ¡Qué hombre asombroso! –murmuró entre dientes–. Un hombre de lo más dichoso, sabía contentarse, sabía esforzarse, ser útil allí adonde el destino lo arrojará... Ahora en todo el globo terráqueo no tengo más que a mi madre y a nadie más... a nadie... Si bien rara vez llegaban noticias del anciano, no importa, yo estaba contento sabiendo que existía. Pero ¡ahora ya no está! ¡Puf, qué penoso es todo esto! En verdad, si dijeran de antemano las condiciones, habría muy pocos estúpidos que se decidieran a vivir.»

–La sopa se enfría, Vladímir Petróvich –dijo el ayuda de cámara, viendo compasivo que la carta no era agradable.

–Grigori –preguntó Biéltov–, ¿recuerdas al maestro que vivía con nosotros?

–Cómo no acordarme del suizo, señor.

–Ha fallecido –dijo Biéltov, volviendo la cabeza para ocultar su emoción.

–¡Que Dios lo tenga en la gloria! –añadió Grigori–. Era un hombre bueno y sencillo con los criados; hace poco hablábamos de usted con Maksim Fiódorov, el mozo a cargo del bufé de su madrecita. A decir verdad, Maksim Fiódorovich no se cansa de admirarlo; yo, gracias a usted, he conocido diversas naciones y las costumbres de esos lugares, mientras que él ha vivido la mayor parte del tiempo en la provincia y por eso se sorprende. «Por supuesto –me decía–, tiene un alma buena por naturaleza, de noble. Pero también aprendió mucho del maestro; recuerdo que, a veces, ante un chiquillo de la aldea que le hacía una reverencia, el maestro le ordenaba a Vladímir Petróvich que se quitara la gorra; estaba hecho a imagen y semejanza de Dios.»

Biéltov guardó silencio y, triste, se puso a tomar la sopa.

La noticia de la muerte de Joseph, como es natural, trajo a la memoria de Biéltov toda su juventud y, tras ella, toda su vida. Recordó las enseñanzas de Joseph, con qué ávida atención las escuchaba, cómo creía en ellas y cómo todo en la vida se había dado de un modo completamente distinto a sus palabras, y... ¡cosa extraña!, todo lo que ellas decían era hermoso, auténtico, auténtico por donde se mirara y absolutamente falso para él, para Biéltov. Comparaba su yo de antes con su yo actual; no había nada en común, excepto el hilo de los recuerdos que ligaban a esas dos personas diferentes. Aquel, lleno de expectativas, con la religión de la abnegación, dispuesto a duras hazañas, a esfuerzos desinteresados, y *este*, doblegado por las circunstancias externas, sin esperanzas, buscando algo para distraerse. Cuando Grigori trajo el retrato del correo, Biéltov rompió enseguida la envoltura y lo sacó con gran impaciencia... El rostro se le demudó al ver esos rasgos que alguna vez habían sido suyos; estuvo a punto de apartar la mirada. Allí aparecía todo lo que le venía dando vueltas en la cabeza. ¡Qué lozano y radiante era ese rostro adolescente! El pecho descubierto, el cuello de la camisa sobre los hombros, un sello inexpresable de meditación sobre su boca y su mirada, esa vaga meditación que antecede a un potente pensamiento futuro. «Cuánto promete este muchacho», diría cualquier teórico, al igual que había dicho *monsieur* Joseph; pero acabó siendo un turista ocioso que se aferraba, como si se

tratara de la última ancla, a un puesto en las elecciones de N. N. «Entonces tenía catorce años – pensó Biéltov, mirando con aire de reproche el retrato–; ahora tengo más de treinta, y ¿qué hay por delante? Tan solo una niebla gris, una continuidad aburrida y monótona; para empezar una nueva vida ya es tarde, y continuar con la anterior es imposible. Cuántas iniciativas, cuántos encuentros... y todo terminó en la ociosidad y la soledad...»

El hilo de estos amargos pensamientos lo interrumpió Semión Ivánovich; continuaron en forma de diálogo.

–¿Cómo está de salud, Vladímir Petróvich?

–¡Ah! ¡Hola, Semión Ivánovich! Me alegro mucho de verlo. Tengo una angustia y un tedio que no puedo más. En verdad, no me siento bien; es como una fiebre pequeña, pero que me tiene todo el tiempo en un estado de tensión.

–Lleva usted un modo de vida poco acertado –respondió Krúpov, recogiendo la larga manga de la levita para tomarle bien el pulso–. Su pulso no es bueno. Vive dos veces más rápido de lo necesario, no se apiada ni de las ruedas ni del lubricante; así no llegará lejos.

–Yo mismo siento que estoy moral y físicamente destrozado.

–Es prematuro aún. La generación de hoy vive rápidamente; por lo demás, debería usted ocuparse seriamente de su salud, tomar medidas.

–¿Qué medidas?

–Muchas. Acuéstese a dormir en hora, levántese antes, lea menos, piense menos, pasee más, disipe los pensamientos tristes, no beba mucho vino, evite por completo el café fuerte.

–¿Cree que es fácil todo eso, sobre todo disipar los pensamientos?... Y ¿por mucho tiempo me condenará a esa dieta?

–Para toda la vida.

–¡Su seguro servidor! Eso es aburrido y repugnante, y además no vale la pena.

–¿Cómo que no? Creo que sí merece la pena sacrificar algo para llegar a una edad avanzada, para vivir más tiempo.

–Y ¿para qué vivir mucho tiempo?

–¡Qué pregunta extraña! ¿Para qué? No sé para qué; bueno, para vivir; es mejor vivir que morir; cualquier animal ama la vida.

–¿Y si aparece uno que no la ama? –señaló Biéltov con amarga sonrisa–. Byron dijo muy justamente que un hombre decente no puede vivir más de treinta y cinco años. ¿Para qué sirve una vida larga? Debe de ser muy aburrido.

–Usted ha leído en exceso tales sofismas en los malditos filósofos alemanes.

–En ese caso, permítame defender a los alemanes; soy ruso y he aprendido a pensar con la vida, no a vivir del pensamiento. Qué bueno que hayamos llegado a esta cuestión. Dígame de buena fe, meditando su respuesta, qué provecho tendría si viviera no diez, sino cincuenta años;

quién necesita de mi vida excepto mi madre, que además tiene una salud precaria. Será por falta de fuerzas, será por falta de carácter, pero lo cierto es que soy un hombre inútil y, convencido de serlo, supongo que soy el único dueño de mi vida; aún no he perdido a tal punto el amor por la vida para pegarme un tiro, pero tampoco la amo lo suficiente para vivir a dieta, moverme con andaderas, eliminar las sensaciones fuertes y los platos exquisitos para prolongar por mucho tiempo esa vida de paciente de hospital.

—Usted prefiere el suicidio crónico —replicó Krúpov, que ya empezaba a enfadarse—. Lo entiendo: usted se ha hartado de la vida por culpa de la ociosidad; no hacer nada debe de ser muy aburrido; usted, como todas las personas ricas, no está acostumbrado a trabajar. Si el destino le hubiera dado una ocupación definida y le hubiera quitado Biéloie Polie, usted habría empezado a trabajar, supongamos, para sí mismo, para ganarse el pan, pero también habría sido útil para los demás; así es como funciona el mundo.

—¿Qué está diciendo, Semión Ivánovich? ¿Acaso piensa que, además del hambre, no hay otro estímulo suficientemente fuerte para trabajar? El mero deseo de manifestarse, de expresarse, obliga a trabajar. Yo por el solo pan, al contrario, no me pondría a trabajar; trabajar la vida entera para no morir de hambre y no morir de hambre para trabajar: ¡qué manera más inteligente y útil de pasar el tiempo!

—Y ¿qué, usted con su saciedad y su deseo de expresarse ha hecho mucho? —preguntó el anciano, ya completamente enfadado.

—Ahí está el problema. Por supuesto, yo no elegí por gusto una vida ociosa y fastidiosa para mí. No nací especialista en alguna ciencia como tampoco nací músico; y los demás caminos me parece que los tengo cerrados...

—Y eso le sirve de consuelo; la tierra le queda pequeña, hay poco lugar para usted; carece de fuerza de voluntad, de perseverancia, *gutta cavat...*

—*Lapidem*⁸⁸ —terminó Biéltov—. Usted es positivista, ¿me viene a hablar de la voluntad?

—¡Qué elocuencia la suya, qué elocuencia! —observó Krúpov—. Sin embargo, creo que un buen trabajador no se quedaría sin trabajo.

—Y ¿usted cree que esos trabadores lioneses que se mueren de hambre con su disposición a trabajar porque no tienen empleo no saben hacer nada o están mal de la cabeza?⁸⁹ ¡Oh, Semión Ivánovich! No se apresure a juzgar ni a recetar calmantes y acedera: lo primero no se puede, lo segundo no sirve de nada. Pocas enfermedades hay peores que la conciencia de la inutilidad de las propias fuerzas. ¡Qué dieta ni dieta! Recuerde la respuesta de Napoleón a su médico personal Antommarchi: «No es el cáncer lo que me roe, sino Waterloo». ¡Cada cual tiene su Waterloo *rentré!*⁹⁰ Vamos a casa de los Krutsiferski, Semión Ivánovich; allí me he curado dos veces de melancolía; esos remedios son más útiles que todas las decocciones.

—Y ¡yo que esperaba de usted gratitud y reconocimiento! ¿Quién le recetó esa casa?

—¡Perdón, perdón, me he olvidado! ¡Oh, es usted el más grande de los hijos de Hipócrates, Semión Ivánovich! —respondió Biéltov, ofreciendo la caja de cigarros y sonriendo con bondad al médico.

Bueno, ¿nos preguntaremos de una vez, junto con Maria Stepánovna, qué atrajo a Biéltov a la modesta casa del maestro? ¿Encontró en este a un amigo, a un hombre simpático o, en realidad, estaba enamorado de su mujer? A él mismo le habría resultado difícil responder estas preguntas, por mucho que deseara decir la verdad. Innumerables cosas lo emparentaban con esa casa. Las elecciones habían terminado con sus comidas y sus bailes. Biéltov, desde luego, no había sido elegido para ningún cargo, y se quedó en N. N. solo para resolver cierto proceso en la Cámara Civil. Les dejamos a ustedes calcular la magnitud del tedio que habría experimentado un hombre así en N. N. si no hubiera conocido a los Krutsiferski. La vida tranquila y apacible de los Krutsiferski era para él algo nuevo y atractivo; había pasado toda la vida inmerso en cuestiones generales, en la ciencia y en la teoría, en ciudades extranjeras, donde es muy difícil acercarse a la vida doméstica, y en Petersburgo, donde esta es escasa. Consideraba el bienestar hogareño una invención o patrimonio de personas mezquinas y vulgares. Los Krutsiferski no eran así. Es difícil precisar el carácter de Krutsiferski: carácter tierno y afectuoso en grado máximo, carácter femenino y sumiso, tenía tanta candidez y pureza que era imposible no quererlo, aunque su pureza se confundía con la inexperiencia y la ignorancia de un niño. Sería difícil encontrar a un hombre que conociera menos la vida práctica; todo lo que sabía lo sabía por los libros, por eso lo sabía de un modo falso, romántico y retórico; creía sagradamente en la realidad del mundo cantado por Zhukovski y en ideales supramundanos. Del anacoretismo de la vida estudiantil, durante la cual se asomaba al mundo de las pasiones y de las colisiones solo desde el gallinero del teatro moscovita, salió a la vida en silencio, un gris día de otoño; lo recibió la vida de la opresiva necesidad; todo le parecía hostil, ajeno, y el joven candidato se fue acostumbrando cada vez más a encontrar todo consuelo y todo sosiego en el mundo de las ensoñaciones, al que huía de las personas y de las circunstancias. Esa misma necesidad exterior lo llevó a casa de Niégrov; aquel encuentro con la realidad lo volvió aún más ensimismado. Manso por naturaleza, ni siquiera pensaba en trabar combate con la realidad, retrocedía ante su empuje, solo pedía que lo dejaran en paz; pero apareció el amor, del modo en que lo hace en tales naturalezas: ni furioso ni alocado, pero para siempre, con una entrega tal que el pecho no se guarda nada. La irritabilidad nerviosa lo tenía sin cesar en una suerte de estado de éxtasis y melancolía; siempre estaba a punto de llorar, de entristecerse; en las tardes serenas le gustaba contemplar un buen rato el cielo, y quién sabe qué visiones se le aparecían en esa calma; con frecuencia apretaba la mano de su mujer y la miraba con indecible arrobamiento, pero ese arrobamiento se mezclaba con una tristeza tan profunda que Liubov Aleksándrovna no podía contener las lágrimas. Todos sus actos reflejaban la misma mansedumbre que su rostro, la misma tranquilidad, la misma franqueza y el

mismo tímido aspecto pensativo. ¿Hay que decir cómo un hombre semejante debía amar a su esposa? Su amor crecía a cada momento, tanto más que nada lo distraía; no podía pasar dos horas sin ver los ojos celeste oscuro de su mujer, temblaba cuando ella salía y no volvía a la hora señalada; en una palabra, era evidente que todas las raíces de su ser estaban en ella. A eso contribuía mucho el mundo en el que había ido a parar.

Los maestros del liceo de N. N., como solía suceder antiguamente en nuestras escuelas, eran personas que en su mayor parte se habían vuelto perezosas y rústicas a causa de la vida provincial, entregadas a costumbres pesadas y materiales que adormecen cualquier deseo de saber algo nuevo. No pensamos que Krutsiferski tuviera la vocación de hacer progresar la ciencia, de consagrarse a sus problemas y hacer de ellos sus propios problemas vitales, pero le interesaban y muchas cosas estaban a su alcance... excepto los recursos. Encargar libros ni siquiera podía ocurrírsele; el liceo compraba, pero no aquellos que pudieran mantener vivo el interés de un joven académico. La vida de provincias en general es funesta para quienes desean conservar algo más que un bien inmobiliario, así como para quienes no desean que su cuerpo pierda movilidad; ante la completa falta de cualquier interés teórico, ¿quién no se duerme con ese, si no dulce, sí prolongado sueño en ese convento de sopor espiritual?... El hombre necesita estímulos externos; necesita un periódico que todos los días lo ponga en contacto con el mundo, necesita una revista que le informe de cada movimiento del pensamiento contemporáneo, necesita la conversación, necesita el teatro; por supuesto, de todo eso es posible desacostumbrarse y parecerá que no es necesario: después se hará efectivamente innecesario, es decir, cuando el hombre ya se haya convertido él mismo en totalmente innecesario. Krutsiferski estaba lejos de pertenecer a esos hombres fuertes y tenaces que crean en torno suyo aquello que no existe; la falta de todo interés humano a su alrededor ejercía un efecto más negativo que positivo sobre él, entre otras cosas, porque eso ocurría en la mejor época de su vida, es decir, la que siguió inmediatamente a su casamiento. Después se acostumbró, se quedó con sus sueños, con algunos pensamientos amplios que ya tenían sus años, con el amor general a la ciencia, con cuestiones ya hacía mucho tiempo resueltas. La satisfacción de las necesidades más acuciantes del alma la buscaba en el amor, y en el carácter fuerte de su esposa lo encontraba todo. Las discusiones con Krúpov, que se habían prolongado cuatro años, adquirieron ese mismo carácter de estancamiento provincial: durante esos años hablaban a diario de lo mismo. Krutsiferski intervenía en defensa del espiritualismo y el viejo Krúpov le oponía con dureza e indignación su materialismo médico. Tal era el plácido discurrir de la vida de nuestros amigos cuando, de pronto, irrumpió en ella una persona de un temple completamente distinto, un hombre de gran actividad interior, abierto a todos los problemas contemporáneos, con conocimientos enciclopédicos, dotado de un pensamiento audaz y penetrante. Krutsiferski se sometió sin querer a la enérgica naturaleza de su nuevo amigo; Biéltov, por su parte, no escapó a la influencia de la

mujer de Krutsiferski. A un temperamento fuerte, no ocupado en nada particular, le resulta casi imposible protegerse del influjo de una mujer enérgica; hay que ser o muy limitado, o muy basto o carecer por completo de carácter, para defender torpemente la propia independencia ante un poder moral que se presenta bajo la bella forma de una joven mujer; cierto es que, fogoso por naturaleza y apasionado porque no tenía la costumbre de refrenarse, Biéltov era presa fácil de cualquier coqueta, de cualquier rostro bonito. Muchas veces había estado locamente enamorado de cualquier primera cantante, de una bailarina, de una ambigua beldad que buscaba la soledad en las aguas termales, de cualquier alemana blonda y de mejillas coloradas con aires de soñadora y siempre dispuesta a amar al estilo de Schiller y jurar amor eterno aquí y *allí* oyendo el canto de un ruiseñor, de una ardiente francesa fiel al placer y al desenfreno sin favoritismos... pero nunca había sentido una influencia semejante.

Desde que la conoció se propuso coquetear con ella; poseía para tal fin muchos recursos: era difícil intimidarlo con un ambiente aristocrático o una falsa severidad; seguro de sí porque había tenido trato con beldades nada difíciles, hábil y peligrosamente osado para la elocuencia, lo tenía todo para sofocar la conciencia de una provinciana; pero el sagaz Biéltov abandonó enseguida el galanteo vulgar cuando comprendió que esas redes eran demasiado débiles para una fiera semejante. La mujer que surgió ante él en aquel rincón perdido era tan sencilla, tan ingenuamente natural y tan llena de fuerza e inteligencia que Biéltov perdió muy pronto el deseo de intrigarla. Era difícil acometerla porque ella no se defendía en absoluto, no se ponía *en garde*;⁹¹ fue una relación distinta, más humana, la que acercó rápidamente a Krutsiférskaia y a Biéltov. Krutsiférskaia comprendió su tristeza, comprendió el acerbo fermento que lo atormentaba, lo comprendió con más amplitud y mil veces mejor que Krúpov, por ejemplo, y desde que lo comprendió ya no pudo mirarlo sin interés, sin simpatía, y, al mirarlo así, más y más lo conocía; cada día se le revelaban nuevos aspectos de aquel hombre condenado a matar dentro de sí una extraordinaria riqueza de fuerzas y una extraordinaria amplitud de comprensión. Biéltov enseguida apreció la diferencia entre el interés concienzudo y moralizador de Krúpov, la simpatía romántica de Dmitri Iákovlevich, siempre dispuesto a compartir una lágrima, y el buen tacto que veía en Krutsiférskaia. Muchas veces, cuando estaban los cuatro juntos, Biéltov hablaba de sus más íntimas convicciones; acostumbrado a ocultarlas, era propenso a condimentarlas casi siempre con la ironía o las soltaba a la ligera; sus oyentes la mayoría de las veces no respondían, pero, cuando arrojaba una mirada triste a Krutsiférskaia, una ligera sonrisa le recorría el rostro: veía que había sido comprendido; imperceptiblemente se hallaban –es enojoso comparar, pero no hay nada que hacerle– en la situación en la que se habían hallado en su momento Liúbonka y Dmitri Iákovlevich en la familia de Niégrov, donde antes de que llegaran a decirse dos palabras sabían que se entendían el uno al otro. No hay nada que propicie o que sofoque ese tipo de simpatías; simplemente dan cuenta de una fraternidad entre dos

personas, donde y como quiera que se encuentren; si se reconocen mutuamente, si comprenden su afinidad, cada una sacrificará, si las circunstancias así lo exigen, todos los grados inferiores de esa afinidad en aras de una afinidad superior.

—Adivine quién es este —dijo Biéltov, tendiéndole su retrato a Liubov Aleksándrovna.

—Pero ¡si es usted! —casi gritó ella con el rostro encendido—. Sus ojos, su frente... ¡Qué guapo era de joven! Qué rostro audaz y despreocupado...

—Se necesita mucha valentía para atreverse a mostrar a una mujer un retrato de uno de hace más de quince años; pero me moría de ganas de hacerlo para que usted misma viera «si así yo era cuando florecía».⁹² En verdad, me sorprende que me haya reconocido: no me queda ninguno de estos rasgos.

—Se lo puede reconocer —respondió Krutsiférskaia, sin apartar los ojos del retrato—. ¿Por qué no lo ha traído antes?

—Lo he recibido hoy mismo; mi buen Joseph murió hace un mes; su sobrino me ha enviado este retrato con una carta.

—¡Oh, pobre Joseph! Lo considero entre el número de mis allegados, por lo que ha contado usted.

—El viejo murió en medio de sus dulces ocupaciones, y usted, que no lo ha conocido en persona, la multitud de niños a los que enseñó, mi madre y yo lo recordaremos con amor y aflicción. Su muerte será un duro golpe para muchos. En este sentido, yo soy más feliz que él: si muero después de mi madre, estoy seguro de que no seré motivo de un momento de aflicción para nadie porque a nadie importo.

Si bien decía eso con mucha sinceridad, Biéltov un poco también coqueteaba: quería arrancar a Liubov Aleksándrovna alguna respuesta cálida.

—Ni usted se cree eso —respondió Krutsiférskaia mirándolo fijo; él agachó la mirada.

—A mí después de mi muerte me da completamente igual quién llorará y quién reirá a carcajadas —señaló Krúpov.

—No estoy de acuerdo con usted —añadió Krutsiferski—. Comprendo muy bien el horror a la muerte cuando, no solo junto a la cama, sino en todo el mundo, no hay una persona que a uno lo ame y una mano extraña arroja fríamente un puñado de tierra y deja con tranquilidad la pala para ponerse el sombrero y volver a casa. Liúbonka, cuando me muera, ven con frecuencia a mi tumba, me sentiré aliviado...

—Sí, muy aliviado, eso es cierto —acertó a decir Krúpov con enfado—, tanto que no se te podrá pesar ni en una balanza de laboratorio...

—Y ¿no tiene otros amigos además de Joseph? —preguntó Krutsiférskaia—. ¿Es posible?

—He tenido muchos, de lo más fogosos, de lo más fieles. ¡Ha habido de todo! Tenía el rostro así; ahora ha cambiado por completo. Pero, por lo demás, no necesito amigos: la amistad es una

entrañable enfermedad juvenil; desgraciado aquel que no sabe contentarse.

—Sin embargo, Joseph, hasta donde sé, fue íntimo de usted hasta el fin de su vida.

—Porque vivíamos lejos el uno del otro; seguimos siendo amigos porque nos vimos una vez en quince años. Y en ese encuentro fugaz oculté con recuerdos la diferencia que noté entre nosotros.

—¿Así que lo vio después de que él se marchara a Suecia?

—Una vez.

—¿Dónde?

—En el lugar donde murió.

—Y ¿hace mucho tiempo?

—El año pasado.

—Bueno, en vez de sus palabras sombrías, mejor cuéntenos su encuentro con el viejo.

—Con mucho gusto; quiero ocuparme de él, me da alegría hablar de él. Sucedió así. A principios del año pasado llegué a Ginebra desde el sur de Francia. ¿Por qué? Es difícil explicarlo. No quería viajar a París porque allí no tenía tiempo de hacer nada y porque allí siempre sufría de envidia: todo el mundo ocupado, trajinando por asuntos o por tonterías, y yo leyendo los periódicos en los cafés o paseando como un espectador benevolente, pero extraño. Nunca había estado en Ginebra; es una ciudad tranquila, apartada, por eso la elegí para pasar el invierno; allí me disponía a dedicarme a la economía política y a pensar en el tiempo libre que hacer el siguiente verano y adónde dirigirme. Desde luego, al segundo o tercer día ya estaba preguntando a los lacayos, a los banqueros y en todas partes si alguien conocía o había oído hablar del señor Joseph. Nadie tenía idea de su existencia; solo un viejo relojero dijo que sí conocía a un Joseph que había estudiado con él y se había marchado a Petersburgo, pero no lo había vuelto a ver desde entonces.

»Enfadado, abandoné mis pesquisas; las ocupaciones no cuajaban; era principios de primavera; el tiempo era claro y fresco; mi vida errante me había dejado la pasión por el vagabundeo: decidí emprender varias pequeñas excursiones a pie por los alrededores de Ginebra. El camino ejerce sobre mí una tremenda influencia: revivo en él, sobre todo cuando voy a pie o a caballo. El coche traquetea, me distrae, la presencia del cochero perturba la soledad; pero solo, a caballo o con un bastón en la mano, uno camina y camina sin cansarse; el camino se enrosca como un hilo ante los ojos, por momentos desaparece y alrededor no hay sino árboles, un arroyo y algún pájaro que alza el vuelo y se posa en otra rama... ¡es la mar de encantador! Una vez iba caminando así a pocos kilómetros de Ginebra; hacía rato que marchaba solo cuando, de pronto, por un camino lateral salieron al principal unos veinte campesinos; tenían una conversación muy encendida, con gestos ampulosos; caminaban tan cerca de mí y le prestaban tan poca atención a ese forastero que pude oír muy bien lo que decían: hablaban de unas elecciones cantonales; los campesinos se dividían en dos partidos; al día siguiente era la votación decisiva; era evidente que

la cuestión que los ocupaba los absorbía por entero: agitaban las manos, arrojaban los gorros al aire. Me senté debajo de un árbol; el tropel de electores pasó y durante un buen rato siguieron llegando hasta mí fragmentos de frases demagógicas y de objeciones conservadoras. Siempre me atormenta la envidia cuando veo personas ocupadas en algo, dedicadas a algo que las absorbe... Por eso ya estaba completamente malhumorado cuando apareció en el camino un nuevo compañero, un muchacho esbelto con una blusa de trabajo, sombrero gris de alas enormes, un costal a los hombros y una pipa entre los dientes; se sentó bajo la sombra del mismo árbol; al sentarse, se tocó el extremo del sombrero; cuando lo saludé, se quitó el sombrero y se secó el sudor de la cara y de sus bellos cabellos castaños. Sonreí al comprender la prudencia de mi vecino: no se había quitado antes el sombrero para que yo no pensara que lo hacía por mí. Ya sentado, el joven me dirigió la siguiente pregunta:

»—¿Hacia dónde va su camino?

»—Responderle me resulta más difícil de lo que usted cree; solo camino hacia donde me lleva el viento.

»—Es usted extranjero, ¿verdad?

»—Soy ruso.

»—¡Uh, de qué lejos viene!... Seguro que en su país ahora hay unas heladas terribles, ¿cierto?...

»Ya se sabe que ningún extranjero puede hablar de Rusia sin mencionar las heladas y los veloces viajes en posta, pese a que ya tuvieron tiempo de cerciorarse de que no hay heladas particularmente terribles ni viajes fabulosos.

»—Sí, ahora en Petersburgo es invierno.

»—Y ¿qué tal le parece nuestro clima? —preguntó con orgullo el suizo.

»—Es bueno —respondí—. ¿Es usted oriundo de aquí?

»—Sí, nací cerca de aquí y ahora voy de Ginebra a las elecciones de nuestra aldea; aún no tengo derecho a votar en la asamblea, pero sí tengo derecho de voz, y espero que lo que tengo para decir encuentre a sus oyentes. Si le da lo mismo, venga conmigo; la casa de mi madre está a su disposición, con queso y vino; y mañana verá cómo nuestro partido vence a los viejos.

»“¡Oh, es un radical!”, pensé, echando otro vistazo a mi vecino.

»—Vamos a su casa —dije tendiéndole la mano—. Me da lo mismo.

»—A lo mejor le interesa ver las elecciones. Ustedes allí no tienen, ¿no?

»—¿Quién le ha dicho eso? —respondí—. Usted debe de haber tenido un pésimo maestro de geografía en la escuela; al contrario, tenemos muchísimas elecciones: de nobles, de mercaderes, de artesanos, las rurales, incluso en las aldeas de los terratenientes el jefe es electo.

»El muchacho se ruborizó.

»—Estudié geografía hace muchos años —dijo—, y no demasiado tiempo. Pero nuestro maestro,

a pesar de todo el respeto que siento por usted, es un hombre estupendo; también ha estado en Rusia y, si lo desea, se lo presentaré; es todo un filósofo, podría llegar a ser vaya uno a saber qué, pero no quiere, quiere ser nuestro maestro.

»—Le agradezco mucho —respondí, sin el menor deseo de encontrarme con uno de esos pedantes de aldea.

»—Y él, por cierto, ha estado en sus tierras.

»—¿Dónde?

»—En Petersburgo y en Moscú.

»—¿Y cuál es su apellido?

»—Nosotros lo llamamos *père* Joseph.

»—¡*Père* Joseph! —repetí yo, sin dar crédito a mis oídos.

»—Bueno, ¿qué tiene de extraño? —dijo mi compañero.

»Basta con decir que después de dos o tres preguntas me convencí plenamente de que *père* Joseph era precisamente mi Joseph. Redoblamos los pasos. El joven no dejaba de alegrarse de haberme procurado un placer tan inesperado, y más aún por cuanto se lo procuraría también a Joseph, a quien quería y respetaba lo indecible. Le pregunté sobre el modo de vida del viejo y, por todos los detalles, vi que seguía siendo el mismo, sencillo, noble, entusiasta, juvenil; y por sus palabras comprendí que yo había dejado atrás a Joseph en lo que a edad se refiere, que yo era más viejo que él. Hacía cinco años que trabajaba como maestro principal y director de la escuela; hacía tres veces más de lo que exigían sus obligaciones, tenía una pequeña biblioteca abierta para todo el pueblo, un jardín en el que exploraba con los niños en el tiempo libre. Cuando nos detuvimos delante de la limpia casita del maestro de escuela, intensamente iluminada por los rayos del sol poniente y el reflejo de la alta montaña contra la que se apoyaba la casita, mandé primero a mi compañero para no emocionar demasiado al viejo con mi inesperada aparición y le ordené que le dijera que un ruso deseaba verlo. *Père* Joseph estaba en el jardín, descansando en un banquito, apoyado en una pala. Se estremeció al oír la palabra “Rusia” y con pasos acelerados salió a recibirme; me arrojé a sus brazos. Lo primero que me sorprendió fue la agravante fuerza destructora del tiempo: no habían transcurrido diez años desde la última vez que lo había visto, y ¡qué cambio! Había perdido casi todo el pelo, tenía el rostro delgado, su andar no era tan firme, caminaba encorvado; solo sus ojos seguían siendo tan juveniles como entonces. No puedo describirles la alegría con la que me recibió: lloraba, reía, hacía a toda prisa un sinfín de preguntas, me preguntó si mi perro terranova aún seguía vivo, recordaba mis travesuras; sin parar de hablar, me condujo hasta una glorieta, me hizo sentar para que descansara y envió a Charles, es decir, a mi compañero, a buscar en la bodega una jarra del mejor vino. Confieso que difícilmente bebiera alguna vez el mejor Clicquot con el placer con el que tragaba vaso tras vaso el vinito ácido de Joseph. Me sentía animado, joven, feliz; pero el viejo no tardó en poner fin a

mi excelente estado de ánimo preguntándome:

»—¿Qué has hecho en todo este tiempo, Voldemar?

»Le conté toda la historia de mis fracasos y terminé diciendo que, por supuesto, mi vida podría haber sido mejor, pero que no me arrepentía; si bien había perdido mis creencias de juventud, había adquirido una mirada sobria, acaso triste y desoladora, pero verdadera.

»—Voldemar —replicó el viejo—, teme entregarte a una mirada demasiado sobria. ¡Que no enfríe tu corazón, que no sofoque en él el amor! No he previsto muchas cosas en tu vida; ha sido dura, pero no hay que deponer enseguida las armas; la dignidad de la vida humana reside en la lucha... la recompensa se gana con sufrimiento.

»Yo por entonces consideraba con mayor sencillez los asuntos mundanos, pero las palabras del viejo causaron un gran efecto en mí.

»—Mejor cuénteme algo sobre usted, *père Joseph*. ¿Cómo ha pasado estos años? Mi vida ha sido un fracaso; allá ella. Como el héroe de nuestros cuentos populares, esos que a veces yo le traducía, ando por todas las encrucijadas gritando: “¿Hay alguien en el campo?”. Pero nadie responde... ¡desgracia mía!... Un hombre solo en el campo no es guerrero... Pues bien, he abandonado el campo y he venido a visitarlo a usted.

»—Te has rendido pronto, muy pronto —señaló el viejo negando con la cabeza—. ¿Qué puedo contarte sobre mí? Mi vida es tranquila. Cuando dejé la casa de ustedes, viví en Suecia, después viajé con un inglés a Londres, donde enseñé dos años a sus hijos; pero mi modo de pensar se apartaba tanto de las opiniones del honorable lord que terminé dejándolo. Quería volver a casa, así que desde allí vine directamente a Ginebra; en Ginebra no encontré a nadie, excepto a un niño, el hijo de mi hermana. Pensaba y pensaba qué emprender en el final de mi vida, y aquí apareció la vacante de maestro en la escuela local; la ocupé y estoy de lo más contento con mis clases. No es posible, ni tampoco necesario, que todos aparezcan en primer plano; cada cual tiene que hacer lo suyo en su círculo, y en todas partes hay algo para hacer; después del trabajo dormirás tranquilo cuando llegue el momento del descanso eterno. Nuestra sed de puestos eminentes y altisonantes pone de manifiesto nuestra gran inmadurez y, en parte, la falta de respeto con uno mismo, las cuales hacen depender al hombre de las circunstancias externas. Créeme que así es, Voldemar.

»Nuestra conversación se extendió una hora en ese tono.

»Conmovido por el encuentro, me hallaba muy receptivo y de muy buen humor; tenía al alcance todos mis sueños semiolvidados de juventud. Miraba el rostro de Joseph, completamente tranquilo, pacífico, y sentí pena por mí mismo, me oprimía mi mayoría de edad, ¡mientras que él tenía un aspecto tan estupendo! La vejez no carece de belleza, una belleza no pródiga en pasiones y arrebatos, sino serena, agonizante; los grises cabellos que le quedaban se balanceaban con el viento de la tarde; sus ojos, animados por el encuentro, brillaban mansos; lo contemplaba

dichoso, renovado, y recordaba a los monjes católicos de los primeros siglos tal como los representaban los maestros de la escuela italiana. Aquellos tenían un aspecto juvenil a pesar de sus canas, pensé, y él también lo tiene, mientras que yo soy un viejo. ¿Para qué habré aprendido tantas cosas que ellos ignoraban? Joseph me tomó de la mano al levantarse para ir a la habitación y, con profundo amor, repitió: “¡Ya es hora de volver a casa, Voldemar, ya es hora de volver a casa!”. Pernocté allí. Durante toda la noche me atormentaron miles de planes y proyectos. El ejemplo de Joseph era demasiado potente: viejo y sin recursos, había encontrado una actividad y era tranquilo con ella, mientras que yo, *par dépit*,⁹³ había abandonado mi patria, deambulaba como un forastero inútil por distintos países y no hacía nada... A la mañana siguiente le dije al viejo que viajaría directamente a N. N. a participar en las elecciones. El viejo se echó a llorar, me apoyó una mano en la cabeza y dijo: “Ve, amigo mío, ve. Verás que un hombre que marcha directamente y con nobleza a su objetivo es capaz de hacer mucho, y –añadió con voz trémula– que haya paz en tu alma”. Nos separamos; yo viajé a N. N. y él al otro mundo. Y ya está. Ese fue mi último arrebató juvenil; desde entonces he puesto fin a mi educación.

Liubov Aleksándrovna lo miraba con profunda compasión; los ojos y el rostro de Biéltov expresaban, en efecto, una aflicción lamentable; su tristeza era lo que más chocaba, porque no era propia de su carácter, como, por ejemplo, en el caso de Krutsiferski; una persona atenta comprendía que lo externo, las circunstancias, habían oprimido durante mucho tiempo esa naturaleza radiante y, a la fuerza, habían introducido en ella elementos sombríos que la carcomían hasta hacerla irreconocible.

–¿Para qué ha venido aquí? –preguntó en voz baja Krutsiférskaia.

–Muchas gracias, le agradezco de corazón la pregunta –respondió Biéltov.

–Por supuesto, es extraño –señaló Dmitri Iákovlevich–; simplemente no se entiende por qué a las personas se las dota de fuerzas y anhelos que no encuentran aplicación. La naturaleza adapta con habilidad a cualquier animal a una forma de vida determinada. Pero el hombre... ¿no se tratará de un error? Es que al corazón y a la mente les repugna aceptar la posibilidad de que a los humanos se les concedan unas fuerzas y unos anhelos maravillosos solo para que les carcoman el pecho. ¿Qué sentido tiene?

–Tiene toda la razón –dijo Biéltov con ardor–, pero desde ese punto de vista tampoco se libra de la cuestión. Sucede que las fuerzas se desarrollan y se preparan todo el tiempo por sí mismas, mientras que la necesidad de ellas está determinada por la historia. Usted seguramente sabe que en Moscú todas las mañanas sale una multitud de trabajadores, jornaleros y asalariados a buscar empleo; a unos los eligen y van a trabajar; otros, tras larga espera, vuelven deprimidos y cabizbajos a su casa, o más frecuentemente se dirigen a la taberna; lo mismo ocurre en todos los asuntos humanos: hay suficientes candidatos para todo; si la historia los necesita, los toma; si no, que se las arreglen como puedan. De ahí ese divertido *à propos*⁹⁴ de todos los hombres de

acción. Francia necesitó jefes militares y aparecieron Dumouriez, Hoche, Napoleón con sus mariscales... uno tras otro, sin fin; llegaron los tiempos de paz y las capacidades militares desaparecieron como por encanto.

—Pero ¿qué sucede con los demás? —preguntó con voz triste Liubov Aleksándrovna.

—Depende; una parte de ellos se apaga y se convierte en muchedumbre, otra parte va a poblar países lejanos, galeras, da trabajo a los verdugos; por supuesto, eso no sucede de repente; primero se convierten en intrépidos asiduos de tabernas, en jugadores, y después, según sea su vocación, en turistas de caminos reales o de callejuelas estrechas. Si en el camino oyen una llamada, el decorado cambia: ya no es un bandido, sino Iermak, conquistador de Siberia. Rara vez se convierten en personas buenas y pacíficas; en el hogar los pensamientos no les dan paz. En efecto, a un hombre se le ocurren cosas extrañas cuando no tiene salida, cuando la sed de actividad fermenta mórbidamente en su cerebro y en su corazón, pero debe quedarse sentado de brazos cruzados... y los músculos los tiene sanos, la sangre le inunda las venas... Solo una cosa puede salvar entonces al hombre y absorberlo: el encuentro... el encuentro con...

No terminó de hablar.

Liubov Aleksándrovna se estremeció.

—¡Qué cabeza más caótica! —señaló Krúpov—. ¡Cuántas cosas ha dicho! ¡Un caos, un verdadero caos! Bueno, ni que decir tiene: ¡un excelente candidato a miembro del tribunal o a juez de distrito!

Todos sonrieron.

V

Entre todas las atracciones de la ciudad de N. N. merece especial atención el jardín público. En la rica naturaleza de la franja media de nuestra patria los jardines públicos constituyen un auténtico lujo; por eso nadie los aprovecha, es decir, en los días laborables; por lo que respecta a los domingos y a los días festivos, se puede encontrar allí a toda la ciudad desde las seis de la tarde hasta las nueve de la noche, solo que entonces la gente acude no para admirar el jardín, sino para encontrarse. Si el jefe de la provincia tiene buena relación con el comandante del regimiento, en esos días aparecen las trompetas o un bombo de gran tamaño con sus compañeros, según el ejército que esté estacionado en la provincia; y la obertura de *Lodoïska* y de *El califa de Bagdad*, junto con cuadrillas francesas que recuerdan los memorables tiempos de la liberación griega⁹⁵ y de la revista *El Telégrafo de Moscú*, alegran el oído de mercaderes vestidos de verano, con raso y terciopelo, y de esas señoras de provincias a las que nadie corteja y que, por lo demás, casi nunca tienen menos de cuarenta años. En los días laborables, como hemos dicho, los jardines suelen estar desiertos; a lo sumo algún viajero desesperado porque no hay caballos, porque también *esta* ciudad se parece a todas las demás, se dirige al jardín con la esperanza de encontrar siquiera una vista mediocre. Los poetas ya han notado hace mucho tiempo que la naturaleza es indiferente hasta un grado abominable a lo que los hombres hacen sobre su lomo, no llora con sus versos ni se ríe con su prosa, sino que prosigue su labor con riguroso juicio. La naturaleza procedió del mismo modo en la ciudad de N. N. y no reparaba en absoluto en que nadie paseaba por el jardín; si alguien lo hacía, prestaba atención no a los árboles, sino a la estupenda glorieta de estilo chino y heleno; en efecto, la glorieta era hermosa a su manera; la esposa del jefe de la provincia la llamó con mucha fortuna Monrepó.⁹⁶ Inducía singular calma el hecho de que el caballo de hojalata que hacía las veces de dragón en la punta de la aguja giraba todo el tiempo y emitía un lamento que predisponía a las ensoñaciones y que confirmaba que el viento, que empujaba el sombrero hacia el lado izquierdo, soplabla en efecto desde la derecha; además del dragón, entre las columnas habían fijado cabezas de león de alabastro despeinadas y coléricas, agrietadas por la lluvia y siempre a punto de que se les cayera la oreja o la nariz sobre el cráneo de quien pasara. A pesar del lamento del dragón y del peligro de morir en garras de los leones como en la cueva de Daniel,⁹⁷ la indiferente naturaleza había crecido con exuberancia, sobre todo en las alamedas

laterales, y no por modestia, sino porque el gobernador anterior había ordenado podar los viejos tilos en la alameda central; le parecía incompatible con el estricto cumplimiento de sus obligaciones aquella rebeldía de las ramas de los tilos. Estos, privados de sus copas y con las ramas apuntando hacia el cielo, semejaban galeotes a los que habían rasurado media cabeza para prevenir su huida y parecían repetir cual titanes el verso de Ózierov: «Existen dioses, pero la tierra está entregada a los malvados».⁹⁸ En cambio, por los pequeños senderos los árboles crecían cuanto quisieran o cuanto les alcanzara la salvia. En uno de esos senderos, en un templado día de abril que, seguramente, había llegado a N. N. para que sus habitantes comprendieran después todo el frío de mayo, paseaba una dama con albornoz blanco en compañía de un caballero con abrigo negro. El jardín estaba trazado sobre el monte; en el sitio más elevado había dos bancos, ilustrados, como de costumbre, con viñetas bastante visibles hechas por un artista anónimo; el comisario de distrito, a pesar de sus esfuerzos, no lograba atrapar a los culpables y antes de cada fiesta enviaba abnegadamente a un bombero (por su experiencia en destruir) a que acabara con las obras de arte que periódicamente aparecían en el banco. La dama y el caballero se sentaron en uno de ellos. La vista no estaba mal. El camino real (con un barro también real) se extendía como una orla alrededor del jardín y desembocaba en un río con las aguas crecidas; en ambas orillas había carros, carretas, coches, caballos apartados, mujeres con hatillos, soldados y artesanos; dos embarcaciones iban y venían sin cesar; atestadas de personas, caballos y carruajes, avanzaban lentamente a remo, semejantes a miriápodos antediluvianos que levantaban y bajaban sus patas de manera consecutiva; diversos sonidos llegaban hasta los oídos de la pareja: el chirrido de las carretas, los cascabeles, el grito de los barqueros y la respuesta apenas audible desde la otra orilla, los juramentos de los pasajeros que llevaban prisa, el pataleo de los caballos sobre la embarcación, el mugido de una vaca con los cuernos atados a un carro, la sonora conversación de unos campesinos que, en la ribera, se habían reunido alrededor de una hoguera. La dama y el caballero interrumpieron sus palabras y, en silencio, miraban y escuchaban a lo lejos... Por qué todo eso, cuando lo percibimos desde lejos, tiene un efecto tan fuerte en nosotros y nos conmueve tanto, lo ignoro, pero lo que sí sé es esto: quiera Dios que a Viardot y a Rubini⁹⁹ los escuchen siempre con la misma palpitación con la que yo escuché muchas veces la prolongada e interminable canción de un sirgador que cuida de noche las barcazas, una canción melancólica, interrumpida por el batir de las olas y por el viento que silba entre los sauces ribereños. ¡Cuántas cosas se presentaron a mi imaginación al oír esos acordes tristes y monótonos! Me parecía que con esa canción el pobre se remontaba de un ambiente sofocante a otra esfera; que, sin darse cuenta, ahogaba su pena; que su alma resonaba porque se sentía triste, oprimida, etcétera, etcétera. ¡Aquello fue en mi juventud!

—Qué bien se está aquí... —dijo por fin la dama de albornoz blanco—. ¿Reconoce usted que la naturaleza del norte también es hermosa?

—Como en todas partes. Dondequiera y cuandoquiera que el hombre mire la naturaleza y la vida con el alma abierta, cara a cara y desinteresadamente, encontrará una fuente inagotable de placer.

—Es verdad. Es posible admirar todo en el mundo, siempre que se quiera. A menudo se me ocurre una pregunta extraña: ¿por qué el hombre sabe gozar de todo, hallar belleza en todo, salvo en las personas?

—Se puede comprender por qué, pero eso no es ningún alivio. En nuestras relaciones con las personas damos cabida a una segunda intención que enseguida mata el vínculo poético con la prosa más ruin. El hombre ve siempre en el hombre a un enemigo con el que hay que luchar, valerse de astucias y darse prisa en fijar las condiciones de un armisticio. ¿Qué goce puede haber ahí? Nos han criado así, y librarse de eso es casi imposible; todos tenemos un amor propio mezquino que nos hace andar vigilando, con pies de plomo; con la naturaleza el hombre no compite, no la teme, por eso nos sentimos tan bien y tan libres en soledad; ahí nos entregamos de lleno a las impresiones; llame a su lado a su mejor amigo y ya no será lo mismo.

—Yo en general me encuentro con poca gente, sobre todo con aquella que podría ser afín a mí; pero creo que existe o que puede existir por lo menos una compasión tal entre las personas que todos los obstáculos externos de la incomprensión desaparecen entre ellas y ninguna de las dos molesta a la otra pase lo que pase.

—Dudo de la plenitud continuada de una compasión semejante; eso son solo palabras. Las personas que se compadecen por completo aún no han tocado aquellas materias en las que se oponen, pero tarde o temprano lo harán.

—De todas formas, hasta que lo hagan, pueden conocer instantes de plena simpatía en los que ninguna impide a la otra gozar de la naturaleza y de sí misma.

—En esos instantes es en lo único que creo. Esos instantes sagrados de prodigalidad espiritual en los que el hombre no es avaro, en los que lo entrega todo y él mismo se asombra de su riqueza y de la plenitud de su amor. Pero esos instantes son muy raros; en general, no sabemos valorarlos en el presente ni tampoco apreciarlos; incluso la mayoría de las veces se nos escurren de los dedos, los matamos con cualquier tontería y pasan de largo ante el hombre, dejando una opresión enfermiza en el corazón y un obtuso recuerdo de algo que podría haber sido bueno, pero no fue. Hay que reconocer que el hombre dispone de su vida de una manera muy estúpida: nueve décimas partes de ella la pasa ocupándose de minucias y tonterías, y la décima parte restante no sabe aprovecharla.

—¿Por qué el hombre deja escapar esos instantes si conoce su valor? Usted tiene una doble responsabilidad —señaló sonriendo Kruttsiférskaia—, porque lo ve y comprende todo con mucha claridad.

—Yo valoro no solo esos instantes, sino cualquier deleite. Pero es fácil decir: «No dejen

escapar tales momentos». Una nota falsa y la orquesta sucumbe. ¿Cómo entregarse por entero cuando a tu lado ves toda suerte de espectros... que te amenazan con el dedo, blasfeman...?

—¿Qué espectros? ¿No serán los propios caprichos? —señaló Krutsiférskaia.

—¿Qué espectros? —repitió Biéltov, cuya voz iba cambiando a causa de la agitación interna—. Me cuesta explicárselo, pero para mí está muy claro; el hombre se ha embrutecido tanto que no se atreve a dar rienda suelta a ningún sentimiento. Escuche, ya que estamos, le daré un ejemplo, uno del que no convendría hablar, pero se lo diré: cuando empiezo no soy capaz de detenerme. Desde el primer día en que nos conocimos me encariñé con usted, ¿es eso amistad, amor o simplemente compasión?... Lo cierto es que usted, su presencia, se han convertido en una necesidad para mí. Sé que he pasado las mañanas enteras presa de una impaciencia infantil, esperando enfermizamente la tarde... Cuando esta llegaba por fin, corría a su casa sofocándome ante la idea de que la vería; privado de todo, rodeado por todas partes de frío, la miraba a usted como mi último consuelo... Créame que en este momento no estoy para frases bonitas... Atravesaba emocionado el umbral de su casa y entraba con sangre fría, hablaba de asuntos extraños y así transcurrían las horas... ¿para qué esta estúpida comedia?... Le diré más: usted no ha sido indiferente conmigo; a lo mejor alguna tarde me esperó usted también; vi la alegría en sus ojos cuando yo aparecía; en esos momentos mi corazón latía de tal modo que me asfixiaba, y usted me recibía con una cortesía afectada, y se sentaba lejos, y los dos nos fingíamos extraños... ¿para qué? ¿Acaso en el fondo de mi alma y en el de la suya había algo de lo que debíamos avergonzarnos y ocultarlo a los ojos de los demás? ¡No! Pero ¿qué digo los demás?... Es más ridículo aún: nos ocultábamos el uno al otro nuestra afinidad; ahora hablamos por primera vez de esto, y aun así, al parecer, no somos del todo francos. El sentimiento más luminoso se vuelve punzante, abrasador, se vuelve oscuro, para no decir otra palabra; si se lo teme, si se lo esconde, comienza a creer que es criminal, y entonces se convierte en criminal; en efecto, gozar de algo como el ladrón de lo robado, a puertas cerradas, atentos al menor susurro, humilla tanto al hombre como al objeto del goce.

—Es usted injusto —respondió Krutsiférskaia con voz trémula—. Yo nunca he ocultado mi amistad con usted, no tenía necesidad...

—Entonces, ¿por qué, dígame —dijo Biéltov tomándole la mano y apretándola con fuerza—, por qué yo, atormentado, con el alma embargada del deseo de confesarse, de abrirse, con el alma colmada de amor a una mujer, no tenía fuerzas para ir a verla, tomarla de la mano, mirarla a los ojos y hablar... hablar... e inclinar mi cansada cabeza sobre su pecho...? ¿Por qué ella no podía recibirme con las palabras que yo veía en sus labios, pero que nunca los traspasaban?

—Porque esa mujer —respondió Krutsiférskaia con una energía algo desesperada— pertenece a otro y lo ama... ¡sí, sí!, lo ama con toda el alma.

Biéltov le soltó la mano.

—Figúrese que no me esperaba precisamente esa respuesta, pero ahora me parece que no podía ser de otra manera. Sin embargo, permítame, ¿acaso sin falta debe usted dar la espalda a la compasión por otro, como si al hombre el amor le fuera concedido en cierta medida?

—Quizá, pero yo no comprendo el amor a dos. Mi marido, por encima de todo, con su solo amor sin límites se ha ganado un derecho enorme y sagrado a mi amor.

—¿Por qué ha empezado a defender los derechos de su marido? Nadie los cuestiona. Además, ha comenzado mal su defensa; sí, si su amor le ha dado a él tales derechos, ¿por qué el amor de otro, un amor sincero y profundo, no tiene derecho alguno? ¡Es extraño!... Escuche, Liubov Aleksándrovna, seamos sinceros, sinceros una vez en la vida; después, a lo mejor, no diré nada más, y hasta me marcharé si así lo desea. Usted dice que no comprende la posibilidad de amar a su marido y de amar también a otro. ¿De verdad no la comprende? Adéntrese en su alma y verá qué sucede allí ahora, en este momento. Vamos, tenga la valentía de reconocer que tengo razón; diga al menos que todo eso lo ha sentido, lo ha pensado, porque yo mismo lo sé, he visto esos pensamientos en su frente, en sus ojos.

—¡Oh, Biéltov! ¿Por qué todo esto, por qué esta conversación? —dijo Krutsiférskaia con una voz llena de sombría tristeza—. Estábamos tan bien... Ahora no será lo mismo... Ya lo verá.

—O sea, ¿mientras no llamábamos a las cosas por su nombre? ¡Qué puerilidad!

Biéltov movió la cabeza con aire triste y entornó los ojos; su rostro, que por un momento había expresado inspiración y una ternura infinita, adquirió su mohín burlón.

Con lágrimas, con horror lo miraba la asustada mujer... Krutsiférskaia estaba asombrosamente bonita en ese instante; se había quitado el sombrero; sus cabellos negros, alisados por el húmedo aire vespertino, caían sueltos sobre sus hombros; cada rasgo de su rostro estaba animado, hablaba, y el amor brotaba de sus ojos azules; su trémula mano ahora apretaba el pañuelo, luego lo soltaba y tiraba de una cinta del sombrero; su pecho, por momentos, se elevaba, pero parecía que el aire no podía penetrar en sus pulmones. ¿Qué quería de ella ese hombre orgulloso? Quería una palabra, quería un triunfo, como si esa palabra fuera necesaria; si fuera más joven de corazón, si su cabeza no hubiera estado ocupada tanto tiempo por pensamientos amargos y extraños, no habría pedido esa palabra.

—Es usted un hombre terrible —dijo al fin la pobre Krutsiférskaia, levantando hacia él su tímida mirada.

Él sostuvo esa mirada y preguntó:

—¿Dónde se habrá metido Semión Ivánovich? Quería venir ahora mismo. ¿No nos estará buscando en las otras alamedas? Vamos a buscarlo, que ya está oscureciendo.

Ella no se movió de su sitio, ofendida por el tono de las últimas palabras. Tras una breve pausa, volvió a levantar la mirada hacia Biéltov y, en voz baja y suplicante, le dijo:

—He perdido valor a sus ojos. Se olvida usted de que soy una mujer débil y sencilla. —Y las

lágrimas brotaron de sus ojos.

Entonces, como siempre, el amor y la calidez de la mujer vencieron la orgullosa pretensión del hombre. Biéltov, conmovido hasta el fondo de su alma, le tomó la mano y la estrechó contra su pecho; ella sintió el latido de su corazón, sintió que unas lágrimas ardientes caían sobre su mano... Era tan guapo, tan atractivo en su orgullosa pasión... A ella misma le hervía tanto la sangre, tenía tan ofuscada la cabeza y tan buenos y exuberantes eran los sentimientos de su corazón que, en un arrebato inconsciente, se arrojó a sus brazos y sus lágrimas se derramaron a raudales sobre el abigarrado chaleco parisino de Vladímir Petróvich. Casi en ese instante se oyó la voz de Semión Ivánovich:

—¿Dónde andan? —gritó—. ¿Están aquí?

—Sí, aquí estamos —respondió Biéltov, y ofreció el brazo a Liubov Aleksándrovna.

Biéltov estaba extasiado de felicidad; su alma adormecida de pronto había resucitado con toda la fuerza. El amor hasta entonces contenido se había desatado en su interior y sentía una indecible beatitud en todo su ser. Como si el día anterior o el precedente no supiera que amaba y era amado. De la casa de Krutsiferski volvió al jardín y se sentó en el mismo banco; su pecho estaba henchido y las lágrimas le brotaban de los ojos; estaba asombrado de haber hallado tanta juventud y tanta frescura en su alma... Ciertamente pronto se mezcló algo molesto en ese alegre sentimiento, algo que lo obligó a fruncir el ceño; pero, cuando volvió a casa, ordenó a Grigori que le sirviera unos bocadillos y una botella de champaña en la que esa sensación molesta se ahogó, mientras que la alegría se volvió aún más radiante.

Krutsiférskaia, pálida como la muerte, se despidió de Biéltov en la entrada de su casa, adonde los había acompañado también Semión Ivánovich. No se atrevía a comprender, no se atrevía a recordar con claridad lo que había sucedido... pero eso acudía terriblemente a su cabeza, por sí mismo, con toda la fuerza: había sido un beso ardiente, abrasador, prolongado, y quería olvidarlo, y había sido tan hermoso que por nada en el mundo renunciaría a ese recuerdo. Semión Ivánovich quiso marcharse; Krutsiférskaia se asustó; le pidió que entrara con ella, pues temía atravesar sola el umbral, tenía miedo.

Entraron. Dmitri Iákovlevich estaba sentado a la mesa leyendo con atención una revista; su aspecto, en apariencia, era más tranquilo y pacífico que de costumbre. Sonrió con bondad a los recién llegados, cerró la revista y, tendiendo la mano a su mujer, preguntó:

—¿Dónde han estado tanto tiempo de paseo? Te he esperado y esperado; ya empezaba a entristecerme.

La mano de la mujer estaba fría y cubierta de sudor, como la de los enfermos que agonizan.

—Hemos estado en el jardín —respondió Krúpov por ella.

—¿Qué te pasa? —preguntó Krutsiferski—. ¡Cómo está tu mano! Y tienes el rostro demudado, amiga mía.

—Estoy un poco mareada; no te preocupes, Dmitri, iré al dormitorio, beberé agua y enseguida pasará.

—Perdón, perdón, ¿adónde va tan deprisa? Venga, déjeme que la vea. ¿Se ha olvidado de que soy médico?... ¿Qué es esto? Pues está mal. Dmitri Iákovlevich, sentémosla en el sofá; sosténgala así, del brazo, del brazo... Eso es, eso es. En el camino me había parecido que no se encontraba bien. El aire de primavera, la sangre alterada, el hielo derretido que se evapora, toda clase de porquerías que se descongelan... Si tuviera a mano mostaza inglesa, le prepararía unos sinapismos pequeños, como la palma de la mano, con pan negro y vinagre... ¿La cocinera está en casa? Mande a pedir a mi Karp, él sabe... No hay que explicarle nada... Solo pídanle mostaza... Eso es... Hay que aplicársela en las pantorrillas, y si eso no ayuda, añadiremos un par más, debajo de los hombros, en la parte carnosa.

—No estoy enferma, no estoy enferma —repetía con voz débil Liubov Aleksándrovna, volviendo en sí y temblando con todo el cuerpo—. Dmitri, ven a mi lado, Dmitri... No estoy enferma, dame tu mano.

—¿Qué te pasa, qué te pasa, ángel mío? —le preguntó el marido, que ya desfallecía y lloraba a su vez.

Ella lo miró con extraña tristeza, pero no pudo decir para qué lo había llamado. Él volvió a preguntarle.

—Dame agua, déjame dormir un poco y me pondré bien, amigo mío.

Dos o tres horas después, Liubov Aleksándrovna, castigada por fuera con los sinapismos y por dentro con el remordimiento de conciencia por haber besado a Biéltov, yacía en la cama en profundo sueño letárgico o desmayada. La conmoción había sido tan fuerte que el organismo no pudo resistirla.

En la sala, en el sofá, estaba echado Krúpov con la ropa puesta; se había quedado allí tanto por la enferma como por Krutsiferski, que estaba asustado y desconcertado. Krúpov, muy enfadado con los resortes del sofá, que en lugar de elasticidad daban a estas propiedades muy similares a las del cofre en el que los cartagineses metieron a Régulo,¹⁰⁰ quince minutos después roncaba dulcemente con la tranquilidad de un hombre no agobiado ni por la conciencia ni por el estómago.

Junto a la cama de la enferma, sobre un platito, ardía una lamparilla que arrojaba un círculo de luz bastante brillante sobre el techo; el círculo cambiaba a cada momento de tamaño, vacilaba y repetía todos los movimientos de la pequeña llama. Krutsiferski, pálido y aturdido, estaba sentado ante la mesita en la que ardía la lamparilla. Quien haya tenido ocasión de velar a un enfermo grave, un amigo, un hermano, la mujer amada, sobre todo en nuestras plomizas noches de invierno, comprenderá lo que pasaba en el alma del nervioso Krutsiferski. Un sentimiento obtuso y torpe de impotencia, sumado al miedo por el futuro y la febril tensión del insomnio y el

cansancio, lo había llevado a un estado de gran irritación. Se incorporaba a cada momento para verla, le apoyaba la mano en la frente, sentía que la fiebre disminuía y empezaba a pensar si eso no sería peor, si la enfermedad no se habría vuelto hacia dentro. Se levantaba, cambiaba de lugar la lamparilla y el frasquito con la medicación, miraba el reloj, se lo acercaba al oído y, sin ver qué hora era, lo volvía a dejar; después se sentaba de nuevo en su silla y empezaba a fijar la vista en el vacilante círculo de luz en el techo, a pensar y a fantasear, y su imaginación inflamada alcanzaba casi el delirio. «No —se decía—, no puede ser, es imposible, sencillamente imposible; cómo, ella es lo único que tengo en el mundo, y es tan joven. Dios ve mi amor, se apiadará de nosotros. Esto es una tontería, ya pasará; el viento frío y húmedo, la sangre alterada, el hielo que se evapora... sí... Solo que los resfríos de primavera son terribles, la fiebre nerviosa, tisis... ¿Cómo es posible que todavía no se pueda curar la tisis? ¡Es una enfermedad terrible! Aunque es peligrosa hasta los dieciocho años; pero la esposa de nuestro profesor de francés tenía treinta y la tisis la mató, sí, la mató; bueno, si...» Y se imaginaba tan vivamente el ataúd en la sala, cubierto con un manto, la triste lectura de los salmos, a Semión Ivánovich apesadumbrado a su lado, a Iasha en brazos de la niñera, que llevaba un pañuelo blanco en la cabeza. Y después se le figuraba algo más terrible aún: no había ataúd, la habitación estaba ordenada, el piso limpio: solo olía a incienso. Se levantó casi a punto del desmayo y se acercó a la cama. A su mujer le ardían las mejillas, respiraba con dificultad, un sueño enfermizo la atenazaba. Él se cruzó los brazos sobre el pecho y rompió a llorar con amargura... ¡Sí!, ese hombre sabía amar; solo bastaba con mirarlo; se puso de rodillas, tomó la mano caliente de su mujer y se la llevó a los labios.

—No —dijo en voz alta—, no; no se la llevará; ella no me abandonará. ¿Qué sería de mí sin ella?

Y, levantando los ojos al cielo, empezó a rezar.

En ese momento entró Semión Ivánovich con un aspecto muy soñoliento; el ojo izquierdo no se le quería abrir, por más que forzara el músculo situado adrede junto al ojo para abrirlo.

—¿Qué, ha empezado a delirar?

—No, duerme tranquila.

—Yo mismo la he oído, hermanito. O ¿me ha parecido en sueños?

—Le habrá parecido en sueños, Semión Ivánovich —repuso Dmitri Iákovlevich con aspecto de un escolar sorprendido in fraganti.

Krúpov se acercó a la cama.

—Tiene un poco de fiebre, pero eso no es nada. Haría bien en acostarse, Dmitri Iákovlevich, ¿de qué le sirve atormentarse?

—No, señor, no me acostaré —respondió Dmitri Iákovlevich.

—Como quiera —señaló Krúpov, bostezando y dirigiendo sus pasos hacia el sofá de relieve en el que había dormido de lo más tranquilo hasta las siete y media, hora a la que se levantaba a diario más allá de si se había acostado a las diez de la noche o a las siete de la mañana.

Tras revisar a la enferma, Semión Ivánovich decidió que se trataba de una ligera fiebre de resfriado, según sus propios términos, y añadió que había una epidemia.

Lo que sucedió después de la fiebre, que lo cuente la misma Liubov Aleksándrovna. He aquí un fragmento de su diario.

18 de mayo. ¡Cuánto hacía que no escribía en este libro! Más de un mes... más de un mes. A veces pienso que han pasado años desde el día en que me enfermé. Ahora, por lo visto, todo ha quedado atrás y la vida otra vez será apacible y serena. Ayer salí de casa por primera vez. ¡Qué contenta estaba de respirar aire fresco! El tiempo estaba hermoso... Sin embargo, he perdido muchas fuerzas durante la enfermedad; dos o tres veces paseé por el jardín que tenemos delante de la casa y me cansé tanto que hasta se me iba la cabeza. Dmitri se asustó, pero fue cosa de un momento. ¡Dios mío, cómo me ama! El bueno de Dmitri, ¡cómo cuidó de mí! Bastaba con que de noche abriera los ojos, con que me moviera, para que él ya estuviera a mi lado, me preguntara qué necesitaba, me ofreciera de beber... Pobre, ha adelgazado como después de una enfermedad. ¡Qué capacidad de amar! Hay que tener un corazón de piedra para no amar a un hombre semejante. ¡Oh, lo amo, no podría menos que amarlo! El episodio aquel en el jardín no significa nada, la enfermedad ya estaba en curso y yo me hallaba en una singular disposición de ánimo, con los nervios alterados... Ayer lo vi *a él* por primera vez después de mi enfermedad... Oí su voz como a través de un sueño, pero no lo vi. Estaba muy emocionado, aunque trataba de disimularlo; la voz le temblaba cuando me dijo: «Por fin, por fin se encuentra mejor». Después habló poco; lo ocupaba un pensamiento; se pasó dos veces la mano por la frente como deseando borrarlo, pero el pensamiento volvió a aparecer. Ni una sola alusión a lo sucedido; seguramente ha comprendido que aquello fue una enfermiza embriaguez. ¿Por qué no le he contado todo a Dmitri? Aquella tarde, cuando él me tendió la mano con tanta mansedumbre, quise arrojarme sobre él y contarle todo, pero no tenía fuerzas, me sentía mal. Además, Dmitri es tan tierno que lo habría afligido terriblemente. Después se lo contaré sin falta.

20 de mayo. Ayer estuve con Dmitri en el jardín; quiso sentarse en aquel banco; le dije que temía el viento que soplaba desde el río: ese banco se ha vuelto horroroso para mí; me parecía que sería un agravio para Dmitri sentarse en él. ¿Será cierto que se puede amar a dos? No entiendo. No solo a dos, sino a varios; pero eso es un juego de palabras; amar con amor solo se puede a uno, y es con ese amor con el que yo amo a mi marido. Después amo a Krúpov, y no temo reconocer que a Biéltov también lo amo; es un hombre tan fuerte que no puedo sino amarlo. Es un hombre llamado a cosas grandes, un hombre extraordinario; en sus ojos brilla el genio. Un hombre semejante no necesita ese amor. ¿Qué es para él la mujer? Ella se pierde en su alma insondable... Él necesita otra clase de amor. Sufre, sufre profundamente, y la tierna amistad de una mujer podría aliviar sus sufrimientos; él siempre la encontrará en mí; comprende esta

amistad con demasiado ardor, todo lo comprende con ardor; además, está tan poco acostumbrado a la atención, a la simpatía; siempre ha estado solo, y su alma, amargada, enfurecida, de pronto se estremeció al oír la voz de alguien que lo compadece. Eso es muy natural.

23 de mayo. A veces hay momentos extraños en los que se apodera de uno un deseo inquietante de una vida aún más plena. No sé si será ingratitud con el destino o si el humano está hecho así; yo siento a menudo, sobre todo desde hace algún tiempo, un anhelo... Es muy difícil expresarlo. Amo sinceramente a Dmitri, pero a veces el alma pide algo distinto que no encuentro en él; es tan manso, tan tierno que estoy dispuesta a revelarles cualquier sueño, cualquier idea infantil que acude a mi alma; él todo lo apreciará, no sonreirá con ironía, no me ofenderá con una palabra fría o con una observación erudita, pero eso no es todo; existen demandas completamente diferentes, el alma busca la fuerza y la audacia del pensamiento; ¿por qué Dmitri carece de esa necesidad de llegar a la verdad, de atormentarse con el pensamiento? A veces le hago una pregunta seria, con dudas, y él me tranquiliza, me consuela, quiere acunarme como si fuera una niña... y no es eso en absoluto lo que yo quisiera... Él también se acuna a sí mismo con esas creencias infantiles, pero yo no puedo.

24 de mayo. Iasha está enfermo. Ha estado dos días con fiebre; hoy le ha salido una erupción; Semión Ivánovich me engaña. Es diez veces mejor decir la verdad; a la imaginación hay que asustarla, no darle rienda suelta, porque es capaz de inventar cosas aún peores y más terribles. No puedo mirar directamente a los ojos a Iasha; el corazón me sangra; los sufrimientos del niño son espantosos. ¡Cuánto ha adelgazado el pobrecito, qué pálido está!... Y es increíble: en cuanto se siente un poquito mejor, se sonríe, pide la pelota. ¿Qué es esa fragilidad de todo lo que amamos? ¡Es tremendo pensarlo! Es como si un torbellino lo arrastrara y arremolinara todo, lo bueno y lo malo, y también al hombre, al que arroja a la cima de la felicidad para luego dejarlo caer. El hombre imagina que es él quien dispone de todo, pero, en realidad, el hombre, como un pez en el río, da vueltas en un círculo pequeño y nada junto con las olas donde le toque: llegar a la orilla, precipitarse en el mar o estancarse en el limo... ¡Es tedioso y ofensivo!

26 de mayo. Tiene escarlatina. A Dmitri se le murieron tres hermanos de escarlatina. Semión Ivánovich está triste, enfadado, grosero y no se aparta de Iasha. ¡Dios mío, Dios mío! ¿Qué nos está pasando? Dmitri apenas si camina. ¿Esa es la felicidad que te he traído?

27 de mayo. El tiempo se arrastra despacio, todo sigue igual; condena a muerte o misericordia... Si fuera más deprisa... ¿Qué terrible salud es la mía que puedo soportar todo esto? Semión Ivánovich no hace más que decir: «Esperen, esperen»... Iasha, ángel mío, adiós... ¡adiós, pequeñuelo!

29 de mayo. El último día y medio ha transcurrido con más calma, la crisis ha quedado atrás. Pero hay que tener cuidado. Todo este tiempo he estado tensa, ahora empiezo a sentir un terrible cansancio espiritual. Desearía decir muchas cosas con franqueza. ¡Qué agradable es hablar

cuando nos comprenden y compadecen de verdad, profundamente!

1 de junio. Todo marcha bien... Parece que esta vez el nubarrón ha pasado. Hoy Iasha ha jugado dos horas conmigo en su camita. Está tan débil que no se sostiene en pie. ¡Qué hombre tan bueno es Semión Ivánovich!

6 de junio. Todo se ha calmado. Iasha está mucho mejor, pero yo estoy enferma, enferma, puedo sentirlo. A veces estoy sentada al lado de su camita y, en lugar de alegría, de pronto, sin ningún motivo aparente, se eleva desde el fondo de mi alma una tristeza opresiva que crece, crece y, de repente, se convierte en un dolor mudo y cruel; en esos momentos estoy dispuesta a morir. Con todo este ajeteo no he tenido tiempo de quedarme a solas conmigo misma; mi enfermedad, la enfermedad de Iasha, los desvelos no me han dejado ni un minuto para ahondar en mi alma. En cuanto las cosas se calmaron y mejoraron un poco, una voz penosa y afligida me llamó a mirar en mi corazón y no me reconocí. Anoche, después de la comida, me sentía mal, estaba sentada al lado de Iasha, apoyé la cabeza sobre su almohadita y me quedé dormida... No sé si dormí mucho tiempo, pero, de pronto, sentí una pesadez, abrí los ojos y delante de mí estaba Biéltov, y no había nadie más en la habitación... Dmitri se había ido a dar clase. Me miraba con los ojos llenos de lágrimas; no dijo nada, tendió la mano y apretó la mía con fuerza, dolorosamente... y se marchó. ¿Por qué no dijo nada?... Quise detenerlo, pero no me salió la voz del pecho.

9 de junio. Ha estado toda la velada en casa, la mar de alegre: soltaba agudezas, palabras punzantes, reía a carcajadas, alborotaba, pero he visto que todo eso era forzado; incluso me ha parecido que ha bebido mucho vino para mantenerse en ese estado. No se encuentra bien. Se engaña a sí mismo, está muy triste. ¿Acaso yo, en lugar de alivio, he llevado más aflicción a su alma?

15 de junio. El día de hoy ha sido sofocante, me he sentido débil por el calor. Al mediodía hubo tormenta y el diluvio me revivió a mí quizá más que a la hierba y a los árboles. Fuimos al jardín; fuera se estaba de maravilla: los árboles despedían una frescura húmeda y fortificante; me sentí mejor... Por primera vez recordé *aquel* día de otra manera: hubo en él mucho de hermoso... ¿Puede haber algo criminal que esté lleno de encanto, éxtasis, beatitud?... Caminábamos por el mismo sendero. En el banco había sentado alguien; nos acercamos; era *él*; estuve a punto de lanzar un grito de alegría. Estaba muy triste, todas sus palabras eran tristes, llenas de pesar e ironía. Tiene razón: las personas se inventan tormentos; a ver, si fuera mi hermano, ¿acaso no podría amarlo abiertamente, hablarlo con Dmitri, con todos?... Y eso a nadie le parecería extraño. Y él es mi hermano, puedo sentirlo... ¡Qué bien podríamos organizar nuestra vida, nuestro pequeño círculo, con cuatro personas! Al parecer, hay confianza mutua, amor, amistad, pero hacemos concesiones, sacrificios, no lo decimos todo. Cuando volvíamos a casa, ya era tarde; la luna había salido. Biéltov caminaba a mi lado. ¡Qué fuerza extraña y

magnética tiene en la mirada ese hombre! La mirada de Dmitri es suave y serena como el cielo azul; la de él perturba e inquieta, pero después eso pasa.

Hablamos poco... Solo al despedirnos me dijo: «He pensado mucho en usted todo este tiempo y... sería muy agradable hablar de todo lo que tengo en el alma». «Yo también he pensado en usted... adiós, Voldemar...» Ni yo misma sé cómo se me escaparon esas palabras; nunca lo había llamado de ese modo, pero me parecía que no podía hacerlo de otra manera. Él se estremeció al oír ese nombre; se inclinó hacia mí y, con esa ternura que se manifiesta por momentos en él, me dijo: «Usted es la tercera persona en llamarme así; eso me puede consolar como a un niño; estaré feliz durante dos días». «Adiós, adiós, Voldemar», repetí yo. Quiso decir algo, pensó unos momentos, me estrechó la mano, me miró a los ojos y se marchó.

20 de junio. He cambiado mucho, he madurado después del encuentro con Voldemar; su naturaleza fogosa, activa, incesantemente ocupada toca todas las fibras internas, roza todos los aspectos de la existencia. ¡Cuántas preguntas nuevas han surgido en mi alma! ¡Cuántas cosas sencillas, cotidianas en las que antes no me había fijado me obligan ahora a pensar! Mucho de lo que antes apenas me atrevía a conjeturar ahora está claro. Por supuesto, a la vez debo sacrificar a menudo los sueños a los que estaba acostumbrada, que tanto cuidaba y abrigaba; amargo es el instante en que nos separamos de ellos, pero después nos sentimos mejor, más libres. Sería muy duro para mí que él se marchara. Yo no lo he buscado, pero así ha sucedido; nuestras vidas se han encontrado y ya no pueden marchar por separado; él me ha revelado un mundo nuevo dentro de mí. ¿No es extraño que este hombre, que en ninguna parte ha hallado ocupación ni sosiego, que ha recorrido el mundo entero en soledad, de pronto aquí, en esta pequeña ciudad, haya encontrado afinidad con una mujer poco instruida, pobre, alejada de su círculo social? A lo mejor me ama demasiado, pero ¿acaso eso depende de la voluntad? Además, ha soportado tanto frío e indiferencia que está dispuesto a pagar con creces cualquier sentimiento cálido. Dejarlo en la misma soledad, hacerme extraña para él, yo no podría, sería sencillamente un pecado... sí. Tiene razón: ¡su amor también tiene derecho!

Desde hace un tiempo, Dimitri no está de humor: anda siempre pensativo, más distraído que de costumbre; es parte de su carácter, pero es terrible que vaya en aumento; me preocupa su tristeza, y a veces no me la explico...

22 de junio. Por lo visto, no me he equivocado. Ayer Dmitri estaba tan sombrío que no me aguanté más y le pregunté qué le pasaba. «Me duele la cabeza –respondió–, debo dar un paseo», y tomó el sombrero. «Vamos juntos», le dije. «No, amiga mía, ahora no; caminaré muy deprisa y tú te cansarás», y se marchó con lágrimas en los ojos. No soporté eso y lloré con amargura todo el tiempo hasta que volvió; me encontró en el mismo lugar, al lado de la ventana; vio que lloraba, me apretó con tristeza la mano y se sentó. Guardamos silencio. Después de unos momentos, me dijo: «Liúbonka, ¿sabes qué estoy pensando? Qué bueno sería en una noche templada de verano

como esta, en algún bosquecito, apoyar la cabeza sobre tus rodillas y dormirme para siempre». «¿Qué dices, Dmitri? –le respondí–. ¿Qué pensamientos sombríos son esos? ¿Acaso no te da lástima dejar a nadie aquí?» «Me da lástima –respondió–, me da mucha lástima dejarte a ti y a Iasha; pero Semión Ivánovich dice que yo no puedo sino estropear la educación de Iasha, y yo también estoy de acuerdo con que tú lo criarás mejor que yo. Además, amiga mía, allí, al igual que aquí, mis oraciones por vosotros, oraciones llenas de fe y esperanza, llegarán a destino... A ti de dará lástima de mí; eso lo sé, amiga mía; eres tan buena; pero encontrarás fuerza para sobrellevar ese golpe, reconócelo tú misma.» Me causaba un dolor insoportable escucharlo; en sus palabras oía y veía un sentimiento malo; las lágrimas me corrían de los ojos. ¿Qué es esto? Empieza a parecerme que he atraído una desgracia sobre nuestra vida. Sin embargo, tengo la conciencia limpia... ¿Acaso lo he llevado a un estado tal de falta de amor o...? No tiene en mí la fe de antes, eso lo veo. ¿Acaso en su noble alma hay lugar para un sentimiento que no me atrevo a mencionar? ¿Acaso sospecha que lo he dejado de amar o que amo a otro? ¡Dios mío! ¿Cómo explicárselo? Yo no amo a otro, sino que lo amo a él y amo a Voldemar; mi simpatía por Voldemar es completamente distinta... Es extraño, me parecía que nuestra vida se había calmado, que marcharía a sus anchas, con plenitud, y, de pronto, un abismo se ha abierto bajo nuestros pies... Si al menos pudiera aferrarme del borde... Es duro... Si supiera tocar bien, muy bien el piano, extraería de mi alma los sonidos que no sé expresar; Dmitri me comprendería, comprendería que todo está limpio en mi fuero interno. ¡Pobre Dmitri! Sufres por tu amor sin límites. ¡Te amo, Dmitri mío! Si hubiera sido franca con él desde un principio, nada de esto habría sucedido. ¿Qué fuerza maligna fue la que me detuvo? En cuanto se serene, hablaré con él y se lo contaré todo, todo...

23 de junio. Semión Ivánovich, según me parece, también ha cambiado conmigo. Pero ¿qué he hecho yo?... No entiendo nada, ni qué he hecho ni qué ha sucedido. Dmitri ha estado más tranquilo hoy; he hablado de muchas cosas con él, pero no de todo; ha habido momentos en los que me ha parecido que me comprende, pero un instante después veía a las claras que nuestro modo de ver la vida es completamente diferente. Empiezo a pensar que Dmitri antes tampoco me entendía del todo ni comulgaba por entero con mis sentimientos. ¡Es una idea terrible!

24 de junio. Bien avanzada la noche. ¡La vida! ¡La vida! En medio de la niebla y la tristeza, en medio de mórbidos presentimientos y auténtico dolor, de pronto brillará el sol y todo será bueno y luminoso. Voldemar acaba de irse; he hablado un buen rato con él... Él también está triste y sufre mucho, y ¡cómo comprendo cada una de sus palabras! ¿Por qué las personas y las circunstancias atribuyen otro carácter a nuestra simpatía y la estropean? ¿Por qué todos hacen eso?

25 de junio. Ayer fue la fiesta de Iván Kupala.¹⁰¹ Dmitri estuvo en la onomástica de un maestro del liceo. Volvió tarde y borracho; nunca lo había visto en ese estado. Pálido,

despeinado, daba pasos nerviosos en el dormitorio. «¿Te sientes mal, amigo mío? –le pregunté–. ¿Quieres agua?» «Sí –dijo él con la voz sofocada por la emoción y con una expresión completamente ajena a su carácter–, si trajeras tanta agua como para poder ahogarme en ella, te estaría agradecido.» Yo lo miraba directo a los ojos y él se azoraba. «Por Dios, no escuches las tonterías que estoy diciendo –dijo, al parecer asustado por mi mirada–; ni yo sé por qué he bebido un vaso de vino de más; ahora tengo fiebre, deliro... Adiós, amiga mía, descansaré aquí un poco», y se echó con la ropa puesta sobre el sofá y enseguida concilió un sueño profundo. Yo no dormí en toda la noche; un intenso sufrimiento se reflejaba en su cara durante el sueño; por momentos sonreía, pero con una sonrisa que no era la suya... ¡No, Dmitri, a mí no me engañas! No fue por azar por lo que bebiste un vaso de más ni estabas delirando cuando dijiste esas palabras; el vino solo te dio una rudeza de la que carece tu alma. ¿Qué está pasando con nosotros, Dios misericordioso? ¡Esto es superior a las fuerzas humanas! ¡Estás mal, pobre Dmitri! Y ¡a mí me toca ver sus sufrimientos y saber que soy la causa de ellos!

Tres horas después. Todavía no me siento capaz de poner orden; en mi alma todo es tan confuso como después de una tormenta: las olas no se calman. Las sienes me laten, el corazón me palpita de tal modo que me agarro el pecho. ¡Dmitri! ¿No te da vergüenza interpretarme de esa forma tan ruin? Y ¡cómo sufres por eso, pobre! ¡Alivio para él, alivio para él!... ¡Oh, cómo me arde y se me va la cabeza! ¿No será otra vez fiebre? He hablado con Dmitri, le he pedido una explicación por su tristeza, sus actos, sus palabras. Sí, ha perdido la fe en mí, jamás comprenderá lo que me sucede. Es algo terrible, porque no puedo cambiar nada... Todo se cubre de niebla; el pecho me tiembla, me duele. ¿Por qué me habré encontrado con Voldemar?

26 de junio. ¡Qué extraño y embrollado es todo en los conceptos de los hombres! A veces piensas y no sabes si enfadarte o reír. Hoy se me ha ocurrido que el amor más abnegado es un supremo egoísmo, que la mansedumbre es un orgullo terrible, crueldad disimulada; yo misma me horrorizo ante tales pensamientos, del mismo modo que a veces, cuando era pequeña, me consideraba un monstruo, una criminal porque no podía amar a Glafira Lvovna y a Alekséi Abrámovich. ¿Qué voy a hacer? ¿Cómo protegerme de mis propios pensamientos y para qué? No soy una niña. Dmitri no me acusa, no me hace reproches, no pide nada, se ha vuelto aún más tierno. ¡Aún más! En ese *aún más* se ve que todo eso no es natural, como debe ser; en eso hay tanto orgullo y humillación para mí y tanta distancia de la comprensión. Él sufre mucho, pero ¿qué decir de la mujer que paga el amor con veneno? ¡Dios mío, como si yo hubiera deseado esto! He hablado con él más sinceramente que como lo habría hecho otra mujer; él cede en apariencia, pero, al mismo tiempo, algo muy distinto se le acumula en el alma, algo distinto que no coincide con él.

27 de junio. Su tristeza adquiere la forma de una desesperación irremediable. En aquellos días, después de conversaciones tristes había momentos algo más luminosos. Ahora no. No sé qué

hacer. Estoy perdiendo las fuerzas. Había que hacer un gran esfuerzo para llevar a la desesperación a un hombre tan manso, y yo lo he hecho, no he sabido conservar este amor. Él no cree más en mis palabras de amor, se está consumiendo. Si me pudiera morir... ¡morirme ya, ahora mismo!

Empiezo a despreciarme; sí, lo peor de todo, lo que menos se entiende es que tengo la conciencia tranquila; he asestado un golpe terrible a un hombre cuya vida entera ha estado consagrada a mí, a un hombre que amo, y solo me reconozco desgraciada; me parece que sería mejor si me reconociera criminal. ¡Oh!, entonces me arrojaría a sus pies, envolvería sus rodillas en mis brazos y lo expiaría todo con mi arrepentimiento: el arrepentimiento quita todas las manchas que hay en el alma; él es tan tierno que no podría resistirse, me perdonaría, y los dos, tras habernos hecho sufrir el uno al otro, seríamos aún más felices. ¿Qué maldito orgullo es ese que no permite que el arrepentimiento entre en mi alma? Ahora me gustaría estar sola en algún lugar lejano; solo me llevaría a Iasha; deambularía en alguna parte entre gente desconocida y recobraría mis fuerzas... Tú no encuentras reconciliación en tu alma, Dmitri. ¡Ay, amigo mío, yo daría hasta la última gota de mi sangre con tal de que pudieras y quisieras comprenderme! ¡Qué bien te haría! Eres víctima de tu exaltada incompreensión; yo te seguiré a ese abismo, te seguiré porque te amo, porque fuerzas subterráneas me han elegido para causarte la perdición. A veces me parece que dos o tres palabras con Voldemar me aliviarían, y temo buscar la ocasión de encontrarme con él. ¡Ahí está el resultado de las habladerías! Han logrado infundirme miedo a mí también, han logrado envenenar un sentimiento noble y luminoso. ¡Dios los perdone! Semión Ivánovich me ha dado indirectamente una clase de moral... ¡Oh, buen Semión Ivánovich! Me ha dado tanta lástima de él; no entiende nada, habla de las sagradas obligaciones de la madre... ¿Acaso no se le ocurre que yo a veces también lo he pensado?... El interés de los hombres es más ofensivo que su indiferencia. La amistad considera que su derecho supremo es atar a la picota a un amigo... después exigir el cumplimiento de los consejos... por más repulsivos que le resulten a la persona a la que han aconsejado... ¡Oh, qué mezquino es todo esto! ¡Puf, es sofocante como en un habitación pequeña cuando todas las ventanas están cerradas y encima vuelan moscas!...

Si Biéltov no hubiera ido a N. N., la apacible familia de Dmitri Iákovévlich habría conocido muchos años de felicidad y tranquilidad, por supuesto, pero eso no sirve de consuelo; a mí mismo, cuando a veces pasaba por delante de una casa incendiada, ennegrecida por el humo, sin marcos y con las chimeneas sobresaliendo, se me ocurría pensar: si la chispa no hubiera saltado y no se hubiera inflamado, esta casa habría seguido en pie muchos años, en ella habrían organizado banquetes y se habrían divertido, pero ahora no es más que una pila de piedras.

Nuestro relato, en rigor, ha concluido; podemos detenernos y dejar que el lector resuelva la

pregunta: *¿quién tiene la culpa?* Pero todavía hay varios pormenores que nos parecen bastante interesantes; permítannos compartirlos con ustedes. Vayamos primero con el pobre Krutsiferski.

Krutsiferski, poco después de la enfermedad de su esposa, notó que cierto pensamiento la tenía muy ocupada; estaba ensimismada, inquieta... Su rostro reflejaba más orgullo y fuerza que nunca. A Krutsiferski se le ocurrían distintas explicaciones, extrañas, inverosímiles; por dentro se reía de ellas, pero no dejaban de volver.

Una vez ella estaba sentada con Iasha; de pronto, en el recibidor, se oyó un golpe a la puerta y alguien preguntó: «¿Está en casa?». «Es Biéltov», dijo Krutsiferski levantando la vista, y sus ojos percibieron un ligero rubor en el rostro de Liubov Aleksándrovna y una mirada animada que, al parecer, no se animaba así por él. Se estremeció y guardó silencio. Sabía muy bien que su mujer tenía una gran amistad con Biéltov y no le asombraba en absoluto; pero ¿y esa mirada, ese tinte rojizo en su cara? «¿Es posible?», pensó, y volvió a mirar lo que sucedía. Biéltov acariciaba a Iasha, pero ¡qué mirada llena de ternura y pasión ha detenido en su madre! En esa mirada solo un ciego no habría visto amor, un amor ardiente y, más aún, un amor feliz. Ella, con la vista gacha y las manos algo trémulas, parecía muy dichosa. Dmitri Iákovlevich dijo unas palabras y se retiró a otra habitación. «¿Será posible?», se preguntó asustado; sintió una turbación tan grande en la cabeza y los oídos le latían de tal modo que se sentó en la cama; pasados cinco minutos durante los cuales no pensó en nada, sino solo sintió una absurda pena, volvió a la sala; conversaban tan amistosamente, con tal simpatía, que le pareció que no era en absoluto necesario. Empezó a andar por la sala y a recordar diversos detalles que apenas si habían llamado la atención en su momento, pero que ahora se presentaban como prueba, como confirmación. Cuando Biéltov se dispuso a marcharse, ella lo acompañó y le sonrió, y ¡cómo le sonrió! «Sí, lo ama.» Consciente de ello, empezó a ahuyentar con horror la idea, pero esta era tenaz, recurrente; una desesperación sombría y demencial se apoderó de él. «¡Ahí están mis presentimientos! ¿Qué voy a hacer? ¡Ni tú, ni tú me amas!» Se tiró del cabello, se mordió los labios y, de pronto, en su alma tierna y dulce se abrió la terrible posibilidad de la maldad, del odio, de la envidia y de la necesidad de vengarse, y, encima, halló fuerzas para disimular todo eso. Llegó la noche; sentía muchas ganas de llorar, pero no tenía lágrimas; por momentos, el sueño le cerraba los ojos, pero enseguida se despertaba, bañado en un sudor frío; soñaba que Biéltov llevaba de la mano a Liubov Aleksándrovna y la miraba con amor; ella caminaba y él comprendía que aquello era para siempre; después otra vez Biéltov, ella le sonreía, y todo era tan terrible; se levantó. Fuera amanecía; ella dormía; su rostro estaba tranquilo; el rostro del durmiente ofrece a veces un encanto singular y conmovedor: así era en ese momento el rostro de Liubov Aleksándrovna, y de pronto una sonrisa asomó a sus labios. «Lo está viendo en sueños», pensó Krutsiferski, y la miró con tal odio, con tal ferocidad que, a no ser por sus costumbres pacíficas propias de nuestro tiempo, la habría asfixiado con tanto arte como el moro de Venecia; nuestras tragedias, sin

embargo, no terminan tan abruptamente. «¿Cómo me ha pagado este amor sin límites? ¡Oh, Dios mío, Dios mío! ¡Por un amor semejante!», repetía como deseando huir de sí mismo y de las terribles tentaciones. Se acercó a la camita. Iasha, destapado, dormía profundamente con una manita debajo de la mejilla. «Pronto quedarás huérfano –pensó Dmitri Iákovlevich–. ¡Pobre Iasha!... No soy más tu padre, no puedo ni quiero sobrellevar esto. ¡Pobre niño! Te confiaré al protector de todos los huérfanos... ¡Cómo se parece a ella!» Se echó a llorar. Las lágrimas, las oraciones y el aspecto tranquilo del niño durmiendo aliviaron un poco su sufrimiento; un sinfín de ideas completamente distintas surgieron en su alma enternecida. «Pero ¿hago bien en acusarla? ¿Acaso ella ha querido amarlo? Y además él... si yo mismo estoy casi enamorado de su persona...» Y nuestro extasiado soñador, ahora convertido en un celoso enloquecido, en un marido que castiga, de pronto decidió guardar un abnegado silencio. «Que sea feliz, que conozca mi amor abnegado con tal de verla, con tal de saber que existe. ¡Seré su hermano, su amigo!» Y lloró de emoción, y se sintió mejor cuando se decidió a esa hazaña gigantesca, a ese sacrificio ilimitado de sí mismo, y se consoló con la idea de que ella quedaría conmovida con aquel sacrificio; pero no fueron sino momentos de afectación anímica; en menos de dos semanas desfalleció y cayó bajo el peso de semejante carga.

No lo acusaremos; tales virtudes antinaturales e inmolaciones premeditadas no se corresponden en absoluto con la naturaleza del hombre y existen en su mayor parte solo en la imaginación, no en la realidad. Durante unos días se mantuvo firme, pero el primer pensamiento que melló su heroísmo fue frío y estrecho: «Ella cree que no veo nada; es astuta, finge». ¿Sobre quién pensaba eso? Sobre la mujer a la que tanto amaba y respetaba, a la que debía conocer y en verdad no conocía; después la angustia interior, que ya de por sí lo consumía, empezó a abrirse paso en palabras, porque las palabras aligeran el pecho; eso llevó a explicaciones que él no paraba de exigir y que Liubov Aleksándrovna no habría querido dar. Se empezó a sentir mal después de conversar con ella; evitaba quedarse cara a cara con su esposa, pero en aquella vida de ermitaños estaban casi siempre a solas. Trató de ocuparse más, pero la ciencia no le entraba en la cabeza, los libros se resistían a ser leídos, o, cuando sus ojos los leían, la imaginación evocaba recuerdos luminosos del pasado, y a menudo las lágrimas corrían a raudales sobre las hojas de algún tratado científico. En su alma se abrió una especie de vacío cuyos límites parecían expandirse a cada hora y con el que resultaba imposible vivir. Empezó a buscar distracciones. Hemos visto en el diario de Liubov Aleksándrovna cómo regresó el día de Iván Kupala después de haber pasado la velada en casa de su amigo Meduzin.

Por cierto, para descansar de las escenas patéticas, vayamos a la erudita conversación de Meduzin y comencemos por aquello sin lo cual es imposible ingresar en ella: conozcamos al honorable anfitrión. Este conocimiento es tan agradable que le dedicaremos un capítulo aparte.

VI

Iván Afanásievich Meduzin, profesor de latín y dueño de una escuela privada, era un hombre excelentísimo que no se parecía en nada a Medusa: por fuera, porque era calvo; por dentro, porque estaba lleno no de maldad, sino de licor. Meduzin lo llamaron en el seminario, primero, porque había que llamarlo de alguna manera, y, segundo, porque los cabellos del futuro sabio estaban siempre revueltos y se distinguían por su extraordinario grosor, al punto que se los podía tomar por alambres, pero la destructiva acción del tiempo y «el viento se los llevó».¹⁰² Del seminario, a Iván Afanásievich le había quedado, además de su agradable apellido mitológico, esa sólida formación que a menudo acompaña a los seminaristas hasta el último día de vida y estampa sobre ellos ese sello singular por el que se reconoce a un antiguo seminarista cualquiera que sea la ropa que lleve. Los modales aristocráticos no eran el rasgo distintivo de Meduzin: nunca pudo decidirse a tratar de *usted* a los alumnos ni a evitar añadir en su conversación palabras poco empleadas en la alta sociedad. Iván Afanásievich tenía unos cincuenta años. Primero trabajó de preceptor en diferentes casas hasta que, por fin, creó su propia escuela. Una vez, un amigo suyo, un maestro y también antiguo seminarista apodado Kafernaúmski, que se distinguía porque en su vida nunca había dejado de sudar, con treinta grados bajo cero no paraba de secarse y con treinta grados sobre cero su rostro goteaba sin cesar, encontró a Iván Afanásievich en el aula y, como si fuera adrede, le dijo delante de testigos:

—Iván Afanásievich, si no me equivoco, creo que se acerca el día de su natalicio regio. Es obvio que lo celebraremos una vez más según su costumbre, ¿verdad?

—Veremos, honorabilísimo, veremos —respondió Iván Afanásievich con una sonrisa irónica, y esta vez decidió, por alguna razón, celebrar su onomástica con más pompa que de costumbre.

La hacienda de Iván Afanásievich no estaba *montada*. Había vivido unos quince años sin salir de N. N., pero podía pensarse que había llegado a la ciudad ayer y no había tenido tiempo de organizar nada. Esto se debía no tanto a la avaricia cuanto a la más completa ignorancia de las cosas que necesita un hombre que vive en sociedad. Cuando se disponía a ofrecer un baile, examinaba todas sus posesiones; resultaba que tenía seis tazas de té, dos de las cuales se habían convertido en vasitos porque habían perdido las asas; el juego lo completaban tres platitos; tenía un samovar, varios platos que se balanceaban sobre la mesa porque la cocinera los había

comprado con defectos, dos vasitos con pie a los que Meduzin llamaba humildemente «sus copitas de vodka» y tres pipas tapadas con mugre, seguramente para que el viento no las traspasara. Eso era todo. Repasó los nombres de todos los maestros de la escuela; pensó un buen rato qué hacer hasta que, al final, llamó a su cocinera Pelagueia (nótese que nunca la llamaba Palagueia, sino Pelagueia, como corresponde; del mismo modo, seguía diciendo las palabras «jueves» y «viernes» a la antigua usanza rusa).¹⁰³

Pelagueia era la esposa de un valiente guerrero que se marchó a la milicia una semana después de la boda y desde entonces no había encontrado tiempo ni para regresar ni para notificar su muerte, por lo que dejaba a Pelagueia en la muy desagradable condición de viuda que sospecha que su marido vive. Tengo mil razones para pensar que la obesa y alta Pelagueia, con un pañuelo en la cabeza, adornada con verrugas y cejas muy oscuras, tenía a su cargo no solo la cocina, sino también el corazón de Meduzin, pero no se las diré porque los secretos de la vida privada son sagrados para mí. La mujer se presentó. Él le explicó su delicada situación.

—¡Vaya astuto que es usted! —respondió Pelagueia—. Y ¡encima académico! Dios me perdone, pero es usted como un chiquillo insensato: ¡invitar a toda esa horda cuando a veces no le puedo sacar diez kopeks por lavarle la ropa! ¿Qué vamos a hacer ahora? ¡Es un bochorno, un incendio!

—¡Pelagueia! —repuso Meduzin en voz alta—. No abuses de mi paciencia; quiero celebrar mi onomástica con amigos, así lo quiero y así lo haré; no soporto las objeciones de mujer.

La influencia de Cicerón era evidente,¹⁰⁴ pero Pelagueia, alarmada por la noticia de la fiesta, no estaba para Cicerón.

—Por supuesto, no diré nada; es cosa suya si le da *blesir*¹⁰⁵ tirar dinero por la ventana. Deme cincuenta rublos que lo compraré todo, menos las bebidas.

Pelagueia sabía muy bien que a Meduzin no le gustaría su respuesta; por eso, tras decir esas palabras, con profundo sentimiento de la propia dignidad apoyó el codo sobre una mano y una mano en la mejilla, y esperó tranquila el efecto de sus palabras.

—¡Cincuenta rublos por esa porquería! ¿Has bebido más de la cuenta? ¡Cincuenta rublos sin bebidas! ¡Qué tontería! ¡Qué mujer estúpida! ¡No sabe dar un consejo! Vamos, ve a casa del padre Ioanniki, invítalo a que venga el 24 y pídele vajilla para la velada.

—¡Qué bonito deambular por los corrales en busca de vajilla!

—¡Pelagueia! ¿Conoces a ese hombre? —preguntó Meduzin, señalando el nudoso bastón que estaba en un rincón.

Pelagueia, al ver a su conocido, fue a la cocina a ponerse la bata y un pañuelo de seda y después, refunfuñando, se dirigió a casa del padre Ioanniki. Meduzin se sentó al escritorio y estuvo una hora sumido en profunda reflexión; después, de pronto, «dispuso de la mano»,¹⁰⁶ tomó un papel y escribió. Ustedes creerán que un comentario a *La Eneida* o al *Compendio de historia romana* de Eutropio, pero se equivocan. He aquí lo que escribió:

1. Gramática rusa y lógica	bebe mucho.
2. Historia y geografía	bebe bastante.
3. Matemática pura	está enfermo.
4. Lengua francesa	mucho vino.
5. Lengua alemana	muchísima cerveza.
6. Dibujo y caligrafía	solo licor.
7. Lengua griega ¹⁰⁷	bebe de todo.

Después de esas notas antropológicas, Iván Afanásievich escribió el programa correspondiente:

Balde de Santorini	16	rub.
½ balde de licor	8	»
½ balde de cerveza	4	»
2 botellas de hidromiel	0,50	»
10 botellas de vino de Sudak	10	»
3 botellas de ron de Jamaica	4	»
1 botella de vodka dulce	2,50	»
Total:		45 rub.

Meduzin quedó contento con el cálculo: no era muy caro, y había bastante para beber; además, asignaba una suma considerable para comprar *viziga*¹⁰⁸ para los pasteles, jamón, caviar prensado, limones, arenques, tabaco y melindres de menta (estos últimos ya no eran una necesidad, sino un lujo).

Los invitados se reunieron a las siete. A las nueve Kafernaúmski ya sudaba a manantiales; a las diez el profesor de geografía, hablando con el profesor de francés sobre la muerte de la esposa de este, se moría de risa y no podía entender qué había en rigor de gracioso en la muerte de esa venerable mujer, pero lo más notable era que el mismo francés, inconsolable viudo, al verlo se echó a reír a carcajadas, a pesar de que solo había tomado vino. Meduzin daba ejemplo a los invitados: bebía sin cesar todo lo que servía Pelagueia, ponche y cerveza, vodka y Santorini, y hasta llegó a atrapar un vaso de hidromiel, del que solo había dos botellas; animados por tal ejemplo, los invitados no se quedaban a la zaga; solo Krutsiferski, a quien el anfitrión había convocado para honrar la celebración, puesto que pertenecía al estamento más instruido de la

ciudad, no participaba en el bullicio y algarabía general: estaba sentado en un rincón y fumaba su pipa. La perspicaz mirada del anfitrión se detuvo por fin en él.

—Dmitri Iákovlevich, ¿no quiere tomar un poco de ponche con limoncito?... Vamos, de veras, está usted cabizbajo, no bebe nada, molesta a los demás.

—Ya sabe usted, Iván Afanásievich, que yo nunca bebo.

—No quiero ni oír, queridísimo mío, esa tontería de que bebes o no bebes; con amigos es preciso beber; una conversación amistosa, sí... Pelagueia, sírvele un vaso de ponche, y que esté bien fuerte.

Esta última observación, por lo visto, el anfitrión la basaba en que Krutsiferski no quería un trago más liviano.

Pelagueia trajo un vaso de vodka en el cual, al parecer, había una rodaja de limón muy embebida y habían desaparecido sin dejar rastro varias cucharaditas de agua hirviendo. Krutsiferski tomó el vaso para librarse del anfitrión, con la esperanza de que hallaría la ocasión de escupir tres cuartas partes por la ventana abierta. Eso no fue tan fácil porque Meduzin, tras buscar a alguien que lo reemplazara en el juego de cartas, se sentó al lado de Krutsiferski.

—Mira, Dmitri Iákovlevich, te diré sinceramente que te estoy agradecido, en verdad muy agradecido, como un amigo; a tu edad te pasas el día encerrado en casa; por supuesto, tienes allí una mujer jovencita, pero, de todos modos, hay que salir de vez en cuando al mundo a echar un vistazo. Vamos, déjame que te dé un beso por ello, Dmitri Iákovlevich.

Y, sin esperar permiso y a pesar de que despedía un aliento como el que sale de la puerta abierta de una taberna, litografió con bastante claridad sus gruesos labios en la mejilla de Krutsiferski. Después, sin mediar palabra, Kafernaúmski, que sudaba a chorros, también abrazó a Dmitri Iákovlevich. Con el deseo de secarse la cara, y sin ánimo de ofender a su hermano de formación de la juventud, Krutsiferski se retiró a un rincón y sacó el pañuelo. A su espalda se hallaba el inconsolable viudo, el profesor de francés, con Gustav Ivánovich, el profesor de alemán, que en ese momento estaba lleno de cerveza hasta la punta de los pies y fumaba una pipa con boquilla. Ni el uno ni el otro repararon en Krutsiferski y siguieron hablando a media voz. Desde luego, Krutsiferski no quería en absoluto oír su conversación, pero el apellido Biéltov, pronunciado bastante fuerte, junto con el suyo propio, lo hizo estremecerse y aguzar instintivamente el oído.

—Es algo muy viejo —dijo el francés, allanando un poco todas las letras rusas—, y si Adán no llevó *cuegnos* fue solo a que *ega* el único *hombge* en el edén.

—¡Tsí, tsí! —respondió Gustav Ivánovich—. Ese *Piéltov* es un *vegdadego Ton Shuán*. —Y un momento después lanzó una sonora carcajada; ese momento, según costumbre alemana, lo había pasado meditando en lo que había dicho el francés acerca de Adán; cuando por fin captó el sentido, lanzó una sonora carcajada y, sacando del chibúquí la boquilla, toda mordida por sus

dientes alemanes, añadió con gran satisfacción—: *Ich habe die Pointe, sehr gut!*¹⁰⁹

Pero en quien más efecto causó ese relato no fue en Gustav Ivánovich, sino en el hombre que apenas lo escuchaba, es decir, en Krutsiferski. ¿Qué significan esos dos nombres colocados uno al lado del otro? ¿Cómo es posible? ¿Acaso el terrible secreto que él apenas entrevé y que no se atreve a confesarse a sí mismo ya se ha convertido en un obsceno comadreo? ¿En verdad han dicho eso? Por supuesto que sí, y ahí están todavía en el mismo sitio, y Gustav Ivánovich sigue riéndose... A Krutsiferski le pareció que algo se desgarraba en su pecho y que este se inundaba de sangre hirviendo que subía y subía y pronto le brotaría por la boca... La cabeza le daba vueltas, veía puntos luminosos, temía encontrarse con alguna mirada, temía desplomarse al suelo y se apoyó contra la pared... De pronto, una mano fuerte lo tomó de la manga; se estremeció con todo su ser. «¿Qué va a pasar aún?», pensó.

—No, querido Dmitri Iákovlevich, las personas honradas no actúan así —dijo Iván Afanásievich, sosteniendo con una mano a Krutsiferski de la manga y, con la otra, un vaso de ponche—. No, amigazo, te has escondido en un rincón y piensas que tienes razón. Yo tengo esta ley: si quieres o no quieres coger el vaso, es cosa tuya, pero, si lo has cogido, bebe.

Krutsiferski, mirando y escuchando con prolongada atención, tal como había hecho Gustav Ivánovich con la observación del profesor de francés, comprendió vagamente al fin de qué iba la cosa, cogió el vaso, lo bebió de una vez y lanzó una carcajada.

—¡Eso me gusta, le hace honor! ¿Qué tal? Y ¡dice que no bebe el muy pícaro! Bueno, Dmitri Iákovlevich, Mitia,¹¹⁰ bebe otro vasito... Pelagueia —añadió Meduzin, sacando con su (cortés) dedo la rodaja de limón del vaso de Krutsiferski—, sirve otro ponche, y más fuerte... ¿Beberás?

—Venga.

—¡Bravo, bravo!...

Y Meduzin no besó a Krutsiferski solo porque tenía la boca ocupada con el limón, que comió con cáscara y semillas, añadiendo a guisa de nota aclaratoria:

—Lo ácido es excelente cuando ya están echados los cimientos.

Trajeron el ponche; Krutsiferski lo bebió como un vaso de agua. Nadie notó que estaba pálido como la cera y que los labios, morados, le temblaban, acaso porque a los invitados les parecía que el globo terráqueo entero estaba temblando.

Entretanto, cuando siguieron jugando a las cartas, la infatigable Pelagueia trajo en una bandeja una jarra y unos vasitos con pie y la dejó sobre la pequeña mesita; después sirvió un plato con arenques condimentados con cebolla. Los arenques, si bien estaban cortados a lo ancho, no carecían ni de columna vertebral ni de espinas, lo que les daba un gusto agudo muy singular y agradable. El juego terminó con pérdidas menores e insultos mayores entre los participantes. Meduzin había ganado: por tanto, se hallaba en la mejor disposición de ánimo.

—¡Basta, basta! —gritó—. Mejor bebamos kantafresni con la bendición de Dios.

Iván Afanásievich siempre llamaba «kantafresni» al aguardiente; por qué, lo ignoro, pero supongo que abreviaría en fuentes latinas fidedignas y suficientes.

Los invitados caminaron hacia la mesa.

—¡Dmitri Iákovlevich! ¿No vas a rechazar el kantafresni, verdad?

—¡Venga el kantafresni también! —respondió Krutsiferski, y se echó en la garganta una enorme copa de aguardiente estropeado con hierbas diversas, repugnante al gusto y bueno para el estómago, como piensan los hombres crédulos.

La exaltación de los invitados era indescriptible, pero Pelagueia trajo un pastel de *viziga* de dimensiones fabulosas... Por lo demás, supongo que ya nos hemos formado una buena idea del festín de Baltasar que Meduzin ofreció para celebrar su onomástica; tanto más considero innecesario describir su continuación cuanto puedo asegurar a los lectores que la fiesta prosiguió exactamente en la misma dirección y sobre la misma base.

Al día siguiente, Krutsiferski tuvo una larga conversación con Liubov Aleksándrovna; ella se había elevado otra vez a sus ojos a una gran altura, a una altura inalcanzable; era capaz de comprenderla y valorarla... pero algo se había roto entre ellos, y el terrible pensamiento de «ser la comidilla» lo consumía por dentro. Por lo demás, no le dijo una palabra del asunto; le resultaba penoso hablar con ella, así que se dio prisa en ir al liceo. Llegó antes de que terminara la lección anterior y se quedó de pie junto a la ventana de la sala de descanso. ¿Hacía mucho tiempo acaso que miraba tranquilo desde esa ventana? ¿Hacía mucho tiempo acaso que, en la cima de la dicha humana, se daba tanta prisa por volver a casa? Y, de pronto, todo había cambiado: ahora quería huir de su casa... Sin embargo, estaba abrumado por la grandeza y la fuerza de ella, comprendía que ella sufría tanto como él, pero que disimulaba esos sufrimientos por amor a él... «¡Por amor a mí! Pero ¿acaso me ama?, ¿acaso se puede amar un tronco que yace en el camino hacia la felicidad?... ¿Por qué no le he dicho que lo sé todo? Si hubiera sido más cuidadoso, ella no estaría sufriendo tanto. Haría todo lo posible para que fuera feliz. Pero ¿qué se le va a hacer? Debo huir, huir, ¿adónde?»

Lo detuvo Anempodist Kafernaúmski. Por lo visto, no se había repuesto aún de la solemne recepción del día anterior; tenía los ojos colorados y rodeados de un círculo rollizo como el que presenta la luna en los días helados de invierno; en las mejillas y en la nariz asomaban manchas moradas.

—Y, honorabilísimo, ¿no se te parte la cabeza? —dijo Kafernaúmski secándose el sudor de la cara.

Krutsiferski no dijo nada.

—Yo apenas si estoy vivo.

¿Has visto los restos del barco?

Sí, pero ¿qué hay? Esta vida ahora es mía...

¿Qué me dices de Meduzin, eh? ¡Viejo perro, se volvió loco! Y usted, Dmitri Iákovlevich, ¿ya se ha avisado? Ya sabe, un clavo saca a otro clavo...

—¿Cómo si me he avisado?

—Le mostraré cómo hacerlo. ¡Se nota que todavía es usted un novato! Venga conmigo. Vivo aquí cerca.

Ven a visitar mi casita

Para beber ron y anís.¹¹¹

Krutsiferski fue a casa de Kafernaúmski. ¿Por qué? Ni él mismo lo sabía. Kafernaúmski, en vez de ron y anís, le ofreció una copa de aguardiente y pepinos. Krutsiferski bebió y, asombrado, vio que, en efecto, su alma se aligeraba; tal descubrimiento, desde luego, no podía ser más oportuno en un momento en el que una pena abrumadora lo corroía.

Apenas pasadas las diez, Semión Ivánovich Krúpov se presentó en el pequeño salón del hotel Keresberg y empezó a ir y venir con semblante enfadado e inquieto. Cinco minutos después, la puerta de la habitación de Biéltov se abrió y salió Grigori con un cepillo en la mano y un abrigo en el brazo.

—¿Qué, todavía está durmiendo?

—Se acaba de despertar —respondió Grigori.

—Dile que he venido y que tengo un asunto para él.

—¡Semión Ivánovich! —gritó Biéltov—. ¡Semión Ivánovich! Por favor. —Y apareció en la puerta.

—¿Tiene media hora de tiempo para mí? —preguntó Krúpov.

—¡Aunque sea el día entero! —respondió Biéltov.

—¿No lo molesto? Creo que usted por las mañanas se dedica a la economía política, ¿verdad?

El viejo no ocultó en absoluto el tono irónico de la pregunta.

—Me parece que hoy se ha levantado usted temprano, pero con el pie izquierdo —señaló Biéltov, que tomaba con suma mansedumbre las observaciones de aquel viejo gruñón.

—Pues me he levantado con el pie que he deseado.

—Bueno —dijo Biéltov señalando la puerta.

Krúpov entró en silencio.

—¡Vladímir Petróvich! —comenzó, y, por mucho que quisiera mostrarse frío y sereno, no lo lograba—. He venido a hablar con usted no movido por un impulso, sino después de haber

meditado bien lo que hago. Me duele decirle verdades amargas, pero para mí tampoco fue fácil enterarme de ellas. En la vejez he quedado como un tonto. He cometido un error tal con el hombre que hasta un niño de dieciséis años debería sonrojarse.

Biéltov miró al viejo con asombro.

—Y, ya que he empezado a hablar, seguiré llamando a las cosas por su nombre, como un soldado macedonio, sin preocuparme por las consecuencias; estoy viejo, pero nadie podrá decir que soy un cobarde, y yo, por cobardía, no llamaré noble un acto innoble.

—¡Escuche, Semión Ivánovich! Estoy seguro de que usted no es un cobarde, y más seguro aún de que usted no me toma a mí por tal, pero me resultaría muy desagradable verme en la necesidad de demostrárselo a usted, por quien siento un sincero respeto; veo que está indignado; por eso, se trate de lo que se trate, pongámonos de acuerdo en no utilizar expresiones groseras, que tienen un extraño efecto sobre mí: me hacen olvidar todo lo bueno en quien se humilla apelando a ellas. Con insultos no explicará nada, por eso vaya directo al grano y disculpe por el aviso.¹¹²

—Está bien, seré cortés, muy señor mío, sumamente cortés. Vladímir Petróvich, permítame tomarme el atrevimiento de preguntarle si sabe usted o no que ha destruido la felicidad de una familia a la que durante cuatro años he visitado con toda alegría, que era para mí mi propia familia; usted la ha envenenado y ha hecho desgraciadas a cuatro personas de una sola vez. Por compasión a su soledad lo introduje en esa familia; usted fue recibido como uno más de la casa, lo cobijaron, y ¿usted cómo ha agradecido? Sírvasse saber que el marido hoy o mañana se ahorcará o se ahogará, no sé si en agua o en vino; ella contraerá tisis, puedo asegurárselo; el niño quedará huérfano en manos ajenas, y, para colmo, toda la ciudad proclama su victoria. ¡Permítame que yo también lo felicite! —El noble viejo se estremeció de ira al decir estas últimas palabras—. ¿O puede que a usted eso no le importe desde su elevado punto de vista? —añadió tras una breve pausa.

Biéltov se levantó del sofá y empezó a andar rápidamente por la habitación; después, de pronto, se detuvo ante el viejo.

—Permítame ahora a mí preguntarle quién le ha dado derecho a tocar con tanta insolencia y grosería el secreto más sagrado de mi vida. ¿Cómo sabe que yo no soy dos veces más desgraciado que los demás? Pero no prestaré atención a su tono; está bien, hablaré. ¿Qué necesita que le diga? ¿Si amo a esa mujer? ¡Sí, la amo! ¡Sí, sí! Se lo repito una y mil veces: ¡amo a esa mujer con toda la fuerza de mi alma! La amo, ¿me oye?

—Entonces, ¿por qué la arruina? ¡Si fuera usted un hombre con alma, se habría detenido en el primer peldaño, no habría dejado que se notara su amor! ¿Por qué no abandonó su casa? ¿Por qué?

—Mejor pregunte: ¿para qué vivo en general? ¡En efecto, no lo sé! Quizá para arruinar a esa

familia, para arruinar a la mejor mujer que he conocido. Para usted es fácil preguntar y condenarlo todo. Por lo visto, a usted el corazón le ha latido con calma desde que era joven, porque, si no, habría quedado siquiera algo en sus recuerdos. Pero disculpe, responderé a sus preguntas. ¡Sí! Siento ahora la necesidad no de justificarme, ya que no reconozco juez por encima de mí, sino de hablar; por otra parte, no hace falta que diga nada más: lo he entendido; usted solo tratará de revestir las mismas cosas de una forma cada vez más ofensiva; eso acabará irritándonos a los dos y, a decir verdad, no quisiera retarlo a duelo, entre otras cosas, porque usted es necesario, indispensable para esa mujer.

—Hable, hable. Lo escucharé.

—He venido aquí en una de las épocas más difíciles de mi vida. Hacía poco me había separado de mis amigos en el extranjero; aquí no había una sola persona cercana a mí; me topé con algunas en Moscú, pero ¡no teníamos nada en común! Eso me reforzó aún más en mi intención de venir a N. N. Usted sabe lo que sucedió aquí y si mi vida era alegre. De pronto, me encuentro a esa mujer... Usted la quiere, la respeta, pero no la conoce en absoluto, del mismo modo que no me conoce a mí. Usted valoraba mucho su felicidad familiar, su amor por el marido, por el hijo, y solo eso; no se enfade: hay momentos en los que se dicen no solo verdades dulces... No crea que la afinidad exterior o la edad fueron las que abrieron el alma del uno hacia el otro, ¡para nada! Muy a menudo personas que han vivido veinte años juntas son enterradas como extrañas la una para la otra; a veces sí se aman, pero no lo saben, mientras que una simpatía fraternal descubre en un instante diez veces más cosas. Por otro lado, según su costumbre de moralizar, usted la consideraba desde un punto de vista médico, de arriba abajo, mientras que yo, asombrado por su extraordinaria fuerza, me inclinaba ante ella. ¡Es una criatura sorprendente! ¿Cómo sucedió en ella que los resultados por los que yo he sacrificado media vida, a los que he llegado mediante el esfuerzo y el sufrimiento y que me parecían tan nuevos que los valoraba y tomaba por algo elaborado, eran para ella verdades sencillas, evidentes, habituales? No sé; he conocido a muchas personas, y tarde o temprano se llega al horizonte de cada una, al límite que no es capaz de traspasar; en ella no he visto ese horizonte. ¡Qué instantes de auténtica beatitud he experimentado aquellas noches en las que nos quedábamos mucho tiempo conversando! Descansé de todo el frío que había sentido en mi vida. Un hombre supo por primera vez qué es el amor, qué es la felicidad, y usted le pregunta por qué no se detuvo. Lo encuentro ridículo en última instancia; yo no tengo tanta prudencia. Además, eso no era en absoluto necesario. Cuando me di cuenta, cuando yo mismo lo entendí, ya era tarde.

—Pero diga de una vez cuál es su cometido, qué sigue ahora.

—No lo he pensado y no puedo decirle nada.

—Tiene usted ante los ojos los frutos de su irreflexión.

—¿Cree que soy indiferente a esos frutos, que esperaba a que usted viniera a contármelos?

Antes que usted he entendido que mi felicidad se ha apagado, que la época llena de poesía y éxtasis ha pasado, que a esa mujer la atormentan... porque está a una altura asombrosa. Dmitri Iákovlevich es un buen hombre, la ama con locura, pero su amor es una manía; se arruinará con ese amor; ¿qué hacer con eso?... Lo peor de todo es que también la arruinará a ella.

—Y usted ¿qué cree, que él debería mirar con sangre fría cómo su mujer ama a otro?

—No digo eso. Seguramente tenía que hacer lo que ha hecho; cada naturaleza es fiel a sí misma, sobre todo en los momentos críticos. ¿Sabe lo que no debería haber hecho? Unir su vida a la de una mujer tan fuerte como ella.

—Por desgracia, se lo dije antes de la boda, pero convenga que ahora es tarde para hablar de eso y que ella era feliz hasta que llegó usted.

—Semión Ivánovich, eso no habría durado para siempre. Tales malentendidos tarde o temprano salen a la superficie. ¡Qué inconsecuente es usted!

—¡En verdad, es un asunto enmarañado! ¡Oh, no por nada siempre he dicho que la vida familiar es una cosa peligrosísima, pero he predicado como Juan en el desierto; nadie me escuchaba! Si al menos se compadeciera usted...

—En verdad, no sé lo que quiere de mí. Después de su enfermedad empecé a notar su tristeza y su muda e irremediable desesperación. Dejé casi de visitarlos; eso usted lo sabe; pero cuánto me costó, eso lo sé yo. Veinte veces estuve a punto de escribirle, pero, temiendo empeorar su estado, no lo hice; iba a su casa y me quedaba callado, así que no entiendo qué es lo que me reprocha, qué quiere usted de mí; espero que no haya sido el mero deseo de soltarme unas cuantas expresiones ofensivas lo que lo ha traído aquí.

—Vladímir Petróvich, vamos, demuestre que es usted un hombre fuerte; comprendo que le resulte difícil, pero haga un sacrificio, un gran sacrificio... A lo mejor logramos salvar a esa mujer. Vladímir Petróvich, márchese de aquí...

Y cierta ternura en el tono sustituyó la forzada dureza... La voz del viejo tembló. Tenía aprecio por Biéltov.

Biéltov abrió su portafolios, revolvió en los papeles y le entregó una carta comenzada.

—Lea —dijo.

Era una carta para la madre; le informaba de su firme intención de viajar otra vez al extranjero, y además a la brevedad.

—Como ve, me marchó. ¿Usted cree que eso la salvará, bondadosísimo Semión Ivánovich? —preguntó con tristeza y negando con la cabeza.

—Y ¿qué hacer? —preguntó Krúpov con cierta desesperación.

—No sé —respondió Biéltov—. Semión Ivánovich, le escribiré una carta a ella, se la llevaré a usted y usted se la entregará, ¿palabra de honor?

—Se la entregaré —respondió Krúpov.

Biéltov acompañó hasta la puerta a Semión Ivánovich, abatido y destemplado.

Después volvió a su mesita y, sin fuerzas, se desplomó en el sofá; se notaba que la conversación con Krúpov le había asestado un golpe terrible; se notaba que no podía asimilarlo, comprenderlo, dominarlo. Se pasó dos horas echado con un cigarro apagado; después tomó una hoja de carta y se puso a escribir. Cuando terminó, dobló la misiva, se vistió y se dirigió con ella a casa de Krúpov.

—Aquí está la carta —dijo Biéltov—. ¿Puede facilitarme la ocasión de entrevistarme con ella en presencia suya un par de minutos?

—¿Para qué?

—¿Qué le cuesta? Las cosas no se pondrán peor. Si alguna vez ha tenido un mínimo de aprecio por mí, lo hará.

—¿Cuándo se marcha?

—Mañana por la mañana.

—Vaya al jardín a las ocho.

Biéltov le estrechó la mano.

—Hoy lo he visto a *él* en un estado de lo más lamentable.

—Basta, ni una palabra, Semión Ivánovich, se lo ruego.

Pálida, demacrada, con los ojos llorosos andaba la desgraciada Liubov Aleksándrovna del brazo de Krúpov; estaba afiebrada; la expresión de sus ojos era terrible. Sabía adónde iba, y sabía para qué. Llegaron al entrañable banco y se sentaron en él; ella lloraba; tenía la carta en las manos; Semión Ivánovich, incapaz siquiera de hacer observaciones moralizadoras, se secaba una lágrima tras otra.

Se acercó Biéltov; de su rostro había desaparecido toda luminosidad; cada rasgo reflejaba un sufrimiento insoportable; la tomó de la mano. Parecía un cadáver.

—Adiós —dijo con voz apenas inteligible—; vuelvo a deambular por el mundo; pero nuestro encuentro, su imagen la llevaré siempre en mi corazón... Me consolaré en el último minuto de mi vida.

—¿Para siempre? —preguntó ella.

Él guardó silencio.

—¡Dios mío! —dijo ella, y enseguida calló—. Adiós, Voldemar —añadió en un susurro, y después, de pronto, como si sus fuerzas se hubieran multiplicado en un instante, se levantó y, apretándole la mano, dijo en voz alta y clara—: Voldemar, recuerde que es usted amado sin límites... ¡sin límites, Voldemar!

Se levantó, pero él no hizo nada por retenerla; tuvo el espíritu suficiente para andar con pasos más firmes que cuando había ido.

Él la siguió con la mirada, acompañó hasta el último momento el centelleo del albornoz blanco

entre los abedules. Ella no tuvo el valor de volver la cabeza. Voldemar se quedó en su sitio. «¿En verdad debo dejarla para siempre?», pensó. Apoyó la cabeza en la mano, cerró los ojos y estuvo media hora sentado, destruido, abrumado por la pena cuando, de pronto, alguien pronunció su nombre; levantó la cabeza y apenas si reconoció el común rostro consejeril del consejero; Biéltov le hizo una parca reverencia.

—Por lo visto, Vladímir Petróvich, usted viene aquí a entregarse a sueños y reflexiones.

—Sí, por eso me gusta estar solo.

—Tiene toda la razón, le diré. ¿Qué puede ser más agradable para un hombre instruido que la soledad? —señaló el consejero, sentándose en el banco—. Por lo demás, a veces hay compañías tan buenas como la soledad. Acabo de encontrarme a Semión Ivánovich Krúpov, ¡si viera qué damita llevaba del brazo!

Biéltov se levantó en el mismo instante en que el consejero se sentó; tenía la intención de marcharse, pero estas últimas palabras lo detuvieron. El aspecto burlón del consejero dejaba ver a las claras qué perseguía con lo que había dicho. Lo más probable es que él también hubiera ido al jardín por un encargo secreto de alguna Maria Stepánovna.

—Conozco a la dama que iba con Krúpov —dijo Biéltov, sofocándose de ira.

—Pues claro, ¡cómo no iba usted a conocerla, ja, ja, ja! —señaló el desenvuelto consejero—. Ay, ustedes, los jóvenes: conocen a todas las señoritas atractivas.

—¡Usted está loco o es un estúpido! En cualquiera de los dos casos, ¡adiós! —dijo Biéltov, y empezó a alejarse por la alameda.

—¡Cómo se atreve a llamarme así! —exclamó el consejero, rojo como una peonía, y levantándose de un salto.

Biéltov se detuvo.

—¿Qué desea de mí? —le preguntó al consejero—. ¿Quiere batirse a duelo? ¡Por favor! Por repugnante que sea, me presentaré. Si no es el caso, usted discúlpeme, pero tengo la mala costumbre de ahuyentar con el bastón a quienes me impiden pasear.

—¿Cómo con el bastón? —preguntó el consejero—. ¿Quién se cree que es usted para atreverse a amenazarme con el bastón?

En cualquier otra ocasión, Biéltov habría soltado una auténtica carcajada ante el amable consejero, pero en ese momento, cuando ya de por sí estaba tan indignado que difícilmente controlaba sus actos, le mostró al consejero *cómo*. El consejero se asombró. Biéltov se marchó.

A la mañana siguiente, mientras Grigori trajinaba con el equipaje, Biéltov iba y venía por la habitación; tenía en la cabeza y en el pecho una especie de vacío, como si la mitad de su vida, la mitad de su existencia hubiera desaparecido bajo el agua; sentía pavor y dolor, estaba estremecido, y, de pronto, le saltaron las lágrimas. Diez veces se dirigió a él Grigori con alguna pregunta, y cada vez le respondió: «Da lo mismo»; y, en efecto, en ese momento le daba igual no

solo qué abrigo ponerse para el camino, sino qué rumbo tomar, a París o a Tobolsk. Entró Semión Ivánovich, completamente distinto al del día anterior: en los ojos se le notaban huellas de lágrimas; entró despacio, limpió el sombrero con la manga, se quedó de pie delante de la ventana, le indicó a Grigori que una vara de la diligencia no estaba bien atada y, en general, estaba de mal talante.

—¿Está contento conmigo, Semión Ivánovich? —dijo Biéltov entre risas y lágrimas.

—Ayer lo ofendí, pero bueno, ¿qué se le va a hacer? Discúlpeme... toda vez que se marcha...

Al viejo se le cortó la voz.

—Basta, basta, Semión Ivánovich, ¿qué está diciendo?

Y le tendió ambas manos.

—Algo más: acepte esto como recuerdo; he sentido verdadero cariño por usted y quiero... —y con estas palabras le entregó una carpeta bastante grande de cordobán— quiero regalarle un objeto valioso, muy valioso para mí.

Biéltov abrió la carpeta, miró al viejo y se le arrojó al cuello. El viejo sollozó y dijo:

—Yo mismo me siento ridículo, de veras, estoy chocheando. Qué tontería, de viejo me he vuelto un llorón.

Biéltov se desplomó en una silla y sostenía la carpeta delante de sí... Era un retrato a la acuarela de Liubov Aleksándrovna.

Krúpov, frente a él, para hacerle creer definitivamente que no sentía nada, hizo el siguiente comentario, secándose a hurtadillas una lágrima:

—Hace dos años pasó por la ciudad un pintor inglés, un buen pintor; hacía retratos grandes al óleo; el de la esposa del gobernador que está en el despacho lo pintó él; convencí a Liubov Aleksándrovna de que posara para él, apenas tres sesiones... ¿Pensaría ella...?

Biéltov no lo escuchaba; por eso la desgracia no fue grande cuando el discurso de Krúpov fue interrumpido por el hotelero, que, sofocado, anunció la llegada del jefe de policía.

—¿Qué quiere? —preguntó Biéltov.

—Tiene un asunto para el señor —respondió el hotelero.

—Dile que estoy en casa.

El jefe de policía entró haciendo tronar el sable; a lo lejos, a través de la puerta abierta, se veía a un delgado comisario y a un criado que, aterrado, sostenía el capote del jefe de policía.

Biéltov se levantó y expresó una pregunta con toda su figura, ya que las palabras estaban de más. La pregunta, naturalmente, era esta: *¿qué diablos lo trae por aquí?*

—Lamento mucho, Vladímir Petróvich, tener que demorarlo unos minutos. Parece que se dispone usted a abandonar nuestra ciudad, ¿no?

—Así es.

—El general pide que vaya a verlo. Firs Petróvich Elkaniévich ha presentado por escrito a su

excelencia una queja contra usted por ofensa a su honor. Me da mucha vergüenza; comprenda que me obliga el deber; ya sabe que mi tarea es cumplirlo a rajatabla.

—Esto es sumamente inoportuno. Permítame preguntarle si la demora puede ser muy larga.

—Eso dependerá de usted; el señor Elkaniévich es un hombre noble; seguramente dejará pasar el asunto si usted le da una explicación satisfactoria.

—¿Qué hay que explicar aquí?

—¡Ay, Vladímir Petróvich! ¿Qué haré contigo? En verdad no entiendes nada —señaló Krúpov—. Bueno, si quiere, el jefe de policía y yo intervendremos y acabaremos con el asunto en un cuarto de hora.

—Le estaría muy agradecido, sinceramente agradecido.

—Por favor —señaló el jefe de policía—, es nuestro deber sagrado, y un deber de lo más agradable cuando las cosas se resuelven pacíficamente y para beneplácito de todos.

Así sucedió.

Dos semanas después, por el mismo camino por el que alguna vez había pasado por delante del molino un coche tirado por cuatro caballos briosos y que partía de Biéloie Polie hasta el camino real, circulaba una diligencia; Grigori iba sentado en el pescante y fumaba su pipa; el cochero intentaba convencer a los caballos de que marcharan más rápido y, para hacerse entender mejor, pronunciaba solo sonidos vocálicos: o... o... o... u... u... u... a... a... a..., etcétera. De este lado del río había una viejita con cofia y bata blancas; apoyada en el brazo de una doncella, agitaba un pañuelo grande e impregnado de lágrimas al hombre que se asomaba de la diligencia; él también agitó su pañuelo; el camino torcía ligeramente hacia la derecha; cuando el coche giró hacia allí, solo se divisaba su parte trasera, pero pronto desapareció tras una nube de polvo; la nube se dispersó y todo lo que se veía era el camino, pero la viejita seguía de pie, poniéndose de puntillas y tratando de distinguir algo.

La ancianita sintió tedio y vacío en Biéloie Polie; cuando Voldemar la visitaba una o dos veces por semana, estaba acostumbrada a oír los cascabeles a lo lejos, aún desde la loma, y a salir a recibirlo desde ese mismo balcón en el que alguna vez lo había esperado cuando era un adolescente de tez bronceada y cara radiante. Algo la llamaba a N. N.: allí vivía una mujer a la que su hijo había amado, una desdichada víctima de su amor por él. Y, en efecto, la ancianita viajó allí en invierno. Encontró a una Liubov Aleksándrovna decaída, quebradiza; Semión Ivánovich, que se había vuelto dos veces más sombrío, negaba con la cabeza cuando le preguntaban por ella; Dmitri Iákovlevich, abrumado por la pena, *rezaba a Dios* y bebía. Sofia Alekséievna pidió permiso para cuidar a la enferma y pasaba los días enteros al lado de su cama, y había algo elevadamente poético en ese conjunto conformado por una belleza agonizante y una vejez hermosa, en esa mujer de mejillas hundidas que se marchitaba, con enormes ojos brillantes,

con el cabello que le caía revuelto sobre los hombros, cuando ella, con la cabeza apoyada sobre la enjuta mano, con la boca entreabierta y con lágrimas en los ojos, escuchaba las interminables historias de la anciana madre sobre su hijo, sobre el Voldemar de ambas, que ahora estaba tan lejos de ellas...

Notas

¹ Referencia a la inconclusa novela corta *Elena* (o *Allí*), en la que Herzen trabajó en Viatka entre los años 1836-1837 (y no solo «en un primer momento, luego de trasladarme de Viatka a Vladímir», como escribe Herzen). *[Esta nota, como las siguientes a menos que se indique otra procedencia, es del traductor.]*

² Se trata de *Memorias de un joven*, publicado en *Anales de la Patria* en los años 1840-1841.

³ Referencia a Praskovia P. Medvédeva, a quien Herzen dedica unas páginas en *Pasado y pensamientos*.

⁴ Referencia al capítulo «Las costumbres patriarcales de la ciudad de Malínov» de *Apuntes de un joven* (1840).

⁵ Pensamiento (flor).

⁶ Personajes de la novela en verso *Evgueni Oneguín* (1825) de Aleksandr Pushkin.

⁷ Páginas 53-54 de la presente edición.

⁸ Iskander era el seudónimo de Herzen.

⁹ Bebida rusa fermentada elaborada habitualmente a base de pan de centeno.

¹⁰ Pobre, es digno de lástima.

¹¹ Personaje legendario de la temprana República romana, que impresionó tanto al rey etrusco enemigo Porsena poniendo la mano sobre un brasero que este depuso las armas.

¹² Entrevista.

¹³ Las artesanías de Iaroslavl solían incluir la imagen de un oso, que servía de escudo de la ciudad.

¹⁴ Christoph Wilhelm Friedrich Hufeland (1762-1832), médico alemán prestigioso, promotor de la naturopatía y la dieta vegetariana.

¹⁵ Cobrizo oscuro.

¹⁶ Variedad.

¹⁷ Antioj Dmítrievich Kantemir (1709-1744), poeta y diplomático ruso de origen moldavo.

¹⁸ Láudano de Sydenham en agua destilada.

¹⁹ Estas palabras fueron omitidas por la censura. *[N. del A.]*

²⁰ ¿Cómo podemos nosotros, pobres niños, agradecer al ilustre visitante? (*Comment pouvons-nous, pauvres enfants, remercier l'illustre visiteur?*)

²¹ Este fragmento fue omitido por la censura. *[N. del A.]*

²² Es decir, había finalizado sus estudios de grado. Título equivalente a «licenciado» en muchos países occidentales.

²³ Tic doloroso.

²⁴ Pundonor.

²⁵ ¡Oh, qué tonta es, insoportable!

²⁶ Reminiscencia del canto XVII del «Paraíso» de la *Divina comedia*.

²⁷ Referencia al escritor, filósofo y teólogo suizo Johann Caspar Lavater (1741-1801), famoso por su obra sobre la fisionomía.

²⁸ Querida tía.

- ²⁹ Personaje de la novela en verso *Evgueni Oneguín* de Aleksandr Pushkin.
- ³⁰ Del torbellino infernal.
- ³¹ *Divina comedia*, «Paraíso», canto V.
- ³² Balada (1797) de Friedrich Schiller.
- ³³ Balada (1814) de Vasili Zhukovski.
- ³⁴ De sus pensamientos.
- ³⁵ Pobre joven.
- ³⁶ Colorete.
- ³⁷ Referencia al personaje bíblico José y al episodio narrado en Génesis, 39.
- ³⁸ ¡Oh, traidor, miserable!
- ³⁹ Referencia a la heroína de la *Eneida* de Virgilio.
- ⁴⁰ El nombre de la joven, Liubov, en ruso significa amor.
- ⁴¹ Fiebre catarral.
- ⁴² *Julia, o la nueva Eloísa* (1761), novela sentimental de Jean-Jacques Rousseau.
- ⁴³ *Les amours du chevalier de Faublas* (1787-1790), novela libertina de Jean-Baptiste Louvet de Couvray, muy popular en su época.
- ⁴⁴ Feroz.
- ⁴⁵ Procedimiento de elección de cargos entre la nobleza de las provincias y distritos del antiguo Imperio ruso; se elegían decanos, diputados de la asamblea de nobles, secretario de la asamblea de nobles, mediadores para la demarcación amistosa de tierras, etcétera.
- ⁴⁶ Novela (1803) de Nikolái M. Karamzín, basada en el personaje histórico de Marfa Borétskaia, que defendió la ciudad de Vieliki Nóvgorod contra Iván el Terrible en el siglo xv. Fascinó a los autores románticos rusos, entre ellos a Pushkin. El príncipe Jolmski (c. 1460-1524) fue un general moscovita que asedió y ocupó Vieliki Nóvgorod.
- ⁴⁷ Exaltada (de *exaltée*).
- ⁴⁸ Jean-Baptiste Massillon (1663-1742), obispo y predicador, muy alabado por sus dotes oratorias.
- ⁴⁹ Relato en verso (1783) del poeta Ippolit Fiódorovich Bogdanóvich.
- ⁵⁰ Apellido de un fabricante de carrozas muy de moda a principios del siglo xix.
- ⁵¹ Referencia a la práctica de los propietarios rurales de vender a sus campesinos para que ingresaran como reclutas en el ejército.
- ⁵² Novela sentimental (1787) de Bernardin de Saint-Pierre, exponente de los valores de la Ilustración.
- ⁵³ Referencia al marqués de Vauban (1633-1707), ingeniero militar que adquirió fama por el diseño de fortificaciones y por su estrategia para conquistarlas.
- ⁵⁴ A propósito.
- ⁵⁵ Alusión a la fábula de Iván Krilov *El zorro y la uva*.
- ⁵⁶ ¡Qué falta de moral la de este país bárbaro!
- ⁵⁷ Paso de baile ruso que consiste en acucillarse y estirar con ímpetu y por turno los pies hacia delante.
- ⁵⁸ Añadido.
- ⁵⁹ En la región de los Urales.
- ⁶⁰ Claude Prosper de Crébillon (1707-1777), famoso autor de novelas libertinas.
- ⁶¹ Charles Bonnet (1720-1793), biólogo y filósofo suizo.
- ⁶² August Ludwig von Schlözer (1735-1809), historiador, nombrado por la zarina Catalina II miembro de la Academia de Historia Rusa.
- ⁶³ Jean-Jacques Rousseau (1712-1778), autor del tratado *Emilio* (1762), que se menciona más adelante.
- ⁶⁴ Tanto el suizo Johann Heinrich Pestalozzi (1746-1827) como el alemán Johann Bernhard Basedow (1723-

1790) fueron pedagogos de la Ilustración. El alemán Friedrich Nicolai (1733-1811) fue librero, escritor, crítico y autor de una sátira de *Werther*.

⁶⁵ Conrad Malte-Brun (1755-1826), geógrafo danés-francés.

⁶⁶ Drama (1787) de Friedrich Schiller.

⁶⁷ Pasquale Paoli (1725-1807), militar que presidió la República Corsa independiente (1755-1769).

⁶⁸ Christian Friedrich von Matthäi (1744-1811), filólogo helenista alemán que enseñó en la Universidad de Moscú; Johann Christian Andreas Heym (1759-1821), geógrafo y gramático alemán que fue profesor y rector de la Universidad de Moscú.

⁶⁹ El derecho natural, el derecho de gentes, el código de Justiniano.

⁷⁰ Pandectas, glosas.

⁷¹ Ciudadano de Ginebra.

⁷² Futilidad.

⁷³ Cuero ruso.

⁷⁴ Pierre Hyacinthe Azaïs (1766-1845), filósofo francés.

⁷⁵ Andréi Ivánovich Osterman (1686-1747), diplomático ruso; Charles Maurice de Talleyrand (1754-1838), diplomático francés en el reinado de Luis XVI, en la época de la Revolución francesa, con Napoleón y en la Restauración.

⁷⁶ Antigua diosa griega de la justicia.

⁷⁷ Tras quince años de servicio ininterrumpido, a los funcionarios rusos se les otorgaba un distintivo.

⁷⁸ Ernst Johann von Biron (1690-1772), favorito de la emperatriz rusa Anna Ioánnovna, regente del Imperio ruso; Burkhard Christoph von Münnich (1683-1767), militar e ingeniero ruso de origen alemán. Biron, después de la muerte de Anna Ioánnovna, fue desterrado a Siberia con la avenencia de Münnich. Con la llegada al trono de Elizaveta Petrovna, Münnich fue desterrado a Pelim, adonde antes él mismo había enviado a Biron.

⁷⁹ A través de las fuentes primarias.

⁸⁰ Confiadas al cuidado de la embajada rusa.

⁸¹ Alusión de carácter autobiográfico: Herzen se refiere a un día memorable en su vida, el 3 de marzo de 1838, cuando, tras viajar clandestinamente a Moscú desde Vladímir, donde estaba desterrado, se encontró con su novia, Natalia Zájárina. El episodio lo narra en *Pasado y pensamiento*.

⁸² Referencia al relato de Terámenes sobre la muerte de su discípulo Hipólito en la tragedia *Fedra* (1677) de Racine (acto V, escena VI).

⁸³ Trago (del francés *petit verre*).

⁸⁴ El autor pone la fecha en los calendarios juliano y gregoriano respectivamente.

⁸⁵ Es costumbre en Rusia utilizar ramas de abedul para golpear la piel en los baños de vapor.

⁸⁶ Protagonista de la novela *Almas muertas* de Nikolái Gógol.

⁸⁷ Referencia al sistema lancasteriano de educación, donde los alumnos se ayudan entre sí.

⁸⁸ La gota horada la piedra.

⁸⁹ La penosa situación de los trabajadores lioneses dio pie a levantamientos armados en los años 1831-1834; la lucha del proletariado lionés concitó la atención de los círculos sociales de vanguardia tanto en el interior como en el exterior de Francia.

⁹⁰ Su Waterloo interior.

⁹¹ En guardia.

⁹² Cita de *Evgueni Oneguín* de Aleksandr Pushkin.

⁹³ Por despecho.

⁹⁴ Carácter oportuno.

⁹⁵ Referencia al movimiento de liberación nacional del pueblo griego en los años 1820.

⁹⁶ Del francés *mon repos*, «mi descanso».

⁹⁷ Referencia al episodio bíblico (Daniel, 6, 1-28).

⁹⁸ Cita de la tragedia *Edipo en Atenas* (1804) de Vladislav Ózierov.

⁹⁹ Paulina Viardot-García (1821-1910), mezzosoprano y compositora francesa; Giovanni Battista Rubini (1794-1854), tenor italiano.

¹⁰⁰ Prisionero de los cartagineses, el general romano Marco Atilio Régulo (c. 307-250 a. C.) fue encerrado, según algunas fuentes, en un cofre lleno de clavos de hierro, donde murió.

¹⁰¹ Celebración muy popular en varios países de Europa del Este. Coincide con el solsticio de verano y con la celebración de la noche de San Juan en otros países.

¹⁰² Cita de la tragedia *Edipo en Atenas* (1804) de Vladislav Ózierov.

¹⁰³ Es decir, *chetvertok* y *piatok* en lugar de *chetverg* y *piátnitsa*.

¹⁰⁴ Referencia a las palabras de Cicerón en uno de sus discursos contra Catilina: «¿Hasta cuándo abusarás, Catilina, de nuestra paciencia?».

¹⁰⁵ Forma alterada de *plaisir*, «placer» en francés.

¹⁰⁶ Alusión a la manera en que se expresan los habitantes de la ciudad N. N. en *Almas muertas* de Nikolái Gógol («Dispuse de un pañuelo»).

¹⁰⁷ Yo había escrito «Padre profesor de religión»... ¡La censura lo sustituyó por «Profesor de griego»! [*N. del A.*]

¹⁰⁸ Producto preparado con cartílagos de esturión.

¹⁰⁹ ¡He captado la gracia, muy bueno!

¹¹⁰ Hipocorístico de Dmitri.

¹¹¹ Cita modificada del poema *A Búrtsov* (1804) de Denís Davídov.

¹¹² En italiano en el original.

ALBA CLÁSICA

Colección dirigida por Luis Magrinyà

TÍTULO ORIGINAL: *Kto vinovat?*

© DE LA TRADUCCIÓN: Alejandro Ariel González



Este libro se ha publicado con la ayuda del Instituto de Traducción Literaria de Rusia

© DE ESTA EDICIÓN: **ALBA EDITORIAL, s.l.u.**

Baixada de Sant Miquel, 1 08002 Barcelona

www.albaeditorial.es

DISEÑO: Pepe Moll de Alba

IMAGEN DE CUBIERTA:

Nizhni Nóvgorod, 1915

Aristarj Vasílievich Lentúlov

Museo Estatal Tretyakov, Moscú

© Age Fotostock

PRIMERA EDICIÓN: febrero de 2024

PRIMERA EDICIÓN DIGITAL: febrero de 2024

ISBN 978-84-1178-047-6

REALIZACIÓN EDITORIAL: La Letra, S. L.

CONVERSIÓN A FORMATO DIGITAL: Estudio eBook

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y su distribución mediante alquiler o préstamo públicos.

ALBA

Alba es un sello editorial que desde 1993 lleva recuperando grandes clásicos de la literatura universal (Alba Clásica y Alba Clásica Maior) en nuevas traducciones y cuidadas ediciones. Presta asimismo atención al ensayo histórico y literario en su colección Trayectos, donde también se publican diarios y libros de memorias.

En el campo del teatro y el cine, merecen una especial mención la colección Artes Escénicas, dedicada a la formación de actores y profesionales en general del teatro, y la colección Fuera de Campo, con textos de formación en todos los ámbitos cinematográficos. También destacan sus Guías del escritor destinadas a aficionados y profesionales de la escritura. Por todo ello le fue concedido en 2010 el Premio Nacional a la Mejor Labor Editorial. En 2012 incorporó a su catálogo dos nuevas colecciones de literatura, Contemporánea (dedicada a la ficción de hoy) y Rara Avis (clásicos raros y no canónicos del siglo xx), e inició una línea de infantil/ilustrado con la publicación de una serie de libros disco, a los que pronto seguirían nuevas colecciones como Pequeña&Grande, Pequeños Grandes Gestos y Cuentos Vintage. En el año 2018 ha lanzado una nueva colección de poesía.

Consulta www.albaeditorial.es